UNIVERSIDAD DE SEVILLA
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL
PROGRAMA DE DOCTORADO

RELACIONES INTERETNICAS EN AMERICA LATINA.
PASADO Y PRESENTE

Memorias para la obtención de título de Doctor:

LOS IMAGINARIOS DE LA COLONIZACION ANTIOQUEÑA DESDE 1860 HASTA 1930 EN LA ZONA DEL EJE CAFETERO

Doctorando:
CESAR AUGUSTO VASQUEZ LARA

Directores:
Dr. PABLO PALENZUELA CHAMORRO
Dra. CRISTINA CRUCES ROLDÁN

SEVILLA. 2011

Siempre en agradecimiento perpetuo a mi bella esposa, Bellazmin, por su paciencia y sabiduría, a la pequeña Valerie, por sus travesuras, a mi madre Nilza, por su apoyo.

RECONOCIMIENTO

Indudablemente a cientos de personas que con opiniones e ideas, me acompañaron en los bares, tiendas, plazas y rincones a media luz de bibliotecas y archivos con olor a añejo, para todos ellos, un abrazo fraterno; Alfredo Cardona, por su fervor apostata de una historia de realidades escondidas, para Pablo Palenzuela y Cristina Cruces, por su gran apoyo y comprensión.

Simplemente muchas gracias

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN 8

2. MARCO CONTEXTUAL 10

3. PREGUNTAS ORIENTADORAS 11

4. EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN (OBJETIVO) 13

5. PROCESO INVESTIGATIVO 16

5.1. ACOTACIONES ESPACIO-TEMPORALES 20

5.2 MUESTRA 20

6. LO IMAGINARIO: PERSPECTIVA TEÓRICA 24

6.1. LINEAMIENTO ANTROPOLÓGICO 26

6.2. LINEAMIENTO SOCIOLÓGICO 40

6.3. LINEAMIENTO HISTÓRICO 52

6.4. DEL IMAGINARIO Y LA MATRIZ IDENTITARIA 69

6.5. POR UNA DEFINICIÓN DE LO IMAGINARIO 74

7. ANTECEDENTES PARA ENTENDER EL IMAGINARIO DE LA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA EN EL VIEJO CALDAS 80

7.1. REVISIÓN DE ALGUNOS CONCEPTOS 85

7.2. DESMITIFICACION DE LA COLONIZACIÓN 90

7.3. LA DESAPARICIÓN DE LOS INDÍGENAS 91

7.4. LOS TERRATENIENTES BENEFICIADOS 92

7.5. ALGUNAS VERDADES: LA COLONIZACIÓN NO FUE TAN DEMOCRÁTICA 93

7.6. LO QUE NO SE PUEDE REHUIR 95

7.7. EL PROCESO NO FUE SOLAMENTE ANTIOQUEÑO 108

7.8. LA MIGRACIÓN CUNDIBOYACENSE 115

7.9. EN BÚSQUEDA DEL ENCUENTRO CON NUESTRA PROPIA IDENTIDAD 116

8. DISCUSIÓN SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE IMAGINARIOS EN LA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA DEL EJE CAFETERO.....120

8.1. EL PATRIARCALISMO, EJE DE DOMINACIÓN Y ADMINISTRACIÓN. 121

8.2. EL IMAGINARIO DE LA CONQUISTA DE RIQUEZAS 150

8.2.1. LOS PIONEROS EN BUSCA DE EL DORADO 151
8.2.2. CARACTERIZACIÓN DEL PROCESO DE COLONIZACIÓN 164

8.3. COLONOS Y LATIFUNDISTAS 175

8.3.1. LA RELACIÓN COLONO-CAMPESINO, UN IMAGINARIO POR CONSTRUIR 175

8.4. LA DINÁMICA COLONIZADORA 214

8.5. LA POLÍTICA: COMO ELEMENTO DE FUNDAMENTALISMO PARA LA PROYECCIÓN DE IDENTIDAD Y DE SEPARATISMO 252

8.5.1. LA POLITICA Y LA SOCIEDAD: EL DISCURSO Y LOS PARTIDOS EN LA COLONIZACION ANTIOQUEÑA 282
8.5.2. EL PAPEL DE LOS PARTIDOS TRADICIONALES Y EL ESTADO 296

8.6. IMAGINARIO SOBRE LA RELIGIÓN: EL FUNDAMENTALISMO PAISA: UNA CRUZADA DE FE Y POLÍTICA 304

8.7. LA INVISIBILIDAD DEL CAUCANO 311

8.7.1. LA POBLACIÓN Y EL TERRITORIO 311
8.7.2. LOS PROCESOS DE COLONIZACIÓN DEL CAUCA 315
8.7.3. LAS POSICIONES POLÍTICAS EN TORNO A LA PROPIEDAD DE LA TIERRA EN EL CAUCA 318
8.7.4. LO ANTIOQUEÑO Y LO CAUCANO (LA IDENTIDAD RELACIONAL Y CONTRASTIVA) 323

8.8. UN NUEVO IMAGINARIO APARECE: EL SENTIDO DE IDENTIDAD DIFERENCIADO 329

8.8.1. EL IMAGINARIO CAUCANO 329

8.9. EL SENTIDO DE IDENTIDAD DE LO ANTIOQUEÑO 340

8.9.1 UN PROCESO DE BLANQUEAMIENTO 345

8.10. EL IMAGINARIO PATRIARCAL (PATER FAMILIAS) 356

8.10.1. EL PAPEL DE LA MUJER EN LA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA 363

8.10.2. MATRIMONIO E IGLESIA 378

8.11. CALDAS Y SU PROCESO DE MESTIZAJE CULTURAL 396

8.11.1. EL IMAGINARIO ACTUAL: LO PRECALDENSE Y LO CALDENSE 398

9. CONCLUSIONES 418

9.1. DIRECTRICES DEL ESTUDIO 418

9.2. SOBRE EL CONCEPTO DE IMAGINARIO Y LA MATRIZ IDENTITARIA 419

9.3. LA CONSTRUCCIÓN DE LOS IMAGINARIOS EN RELACIÓN CON LA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA 422

9.3.1. EL IMAGINARIO FEUDAL 422

9.3.2. EL IMAGINARIO CAMPESINO-COLONO: 435

9.3.3. EL IMAGINARIO DE LO POLÍTICO 442

9.3.4. EL FUNDAMENTALISMO PAISA 447

9.4. LO ANTIOQUEÑO Y LO CAUCANO 449

9.5. EL IMAGINARIO MUJER-MADRE 449

9.6. SENTIDO DE IDENTIDAD DIFERENCIADO 450

9.7. PROCESO DE BLANQUEAMIENTO 452

9.8. CALDAS Y SU PROCESO DE MESTIZAJE Y PROCESO DE IDENTIDAD 453

10. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA Y DE REFERENCIA 458

LISTADO DE MAPAS

Mapa 1. Movimientos de colonización 136

Mapa 2. Territorios ocupados por antioqueños 168

Mapa 3. Complejo cultural antioqueño 193

Mapa 4. Colombia de 1890 276

Mapa 5. Integración del Gran Caldas 1904-1909 280

1. INTRODUCCIÓN

Las historias oficiales suelen ser tan engañosas como los intereses que enmascaran. El siglo XIX transcurrió en Colombia como un camaleón que fue cambiando de colores en un carnaval que a veces reía y a veces lloraba, entre la tragedia y la farsa.

Y el poblamiento de ese territorio de nadie, que era el sur del Estado de Antioquia y el norte del Estado del Cauca, conservador el primero y liberal el segundo, que ya había visto pasar entre las nieblas del alto Ande, y bajo los guaduales susurrantes de los bosques de Risaralda y Quindío, varias oleadas de colonos de distinta pelambre, fue resultado de de las crisis económicas y políticas que una torpe y astuta casta de ricos vivía sin saber cómo podía resolverse. Y cuando algo anda mal en casa, lo mejor es ir a buscar algún Dorado en la tierra de nadie.

Cuando la maraña de los guaduales y los bosques alto andinos fue domesticada por los colonos que se apropiaron de estas breñas, a veces defendidas a dentelladas por quienes esgrimían viejos títulos, los relatos y las especies que se escuchaban en las cocinas y los cafés, en las fondas y las peluquerías, en los atrios y los caminos, en los androceos y los gineceos, hablaban de una raza de titanes que había llegado, hacha en mano, desde el norte a poner orden cristiano en este mundo casi salvaje.

Esta investigación busca tomarles una radiografía los imaginarios que surgieron detrás del proceso de colonización en el Gran Caldas, a partir de 1860 hasta 1930. Es esta la época en que se oficializó una historia de esa especia de gesta, que ha

mitificado a un grupo de pobladores provenientes de Antioquia, que a partir del siglo XVIII inició un movimiento migratorio en pos de mejores vientos.

El interés de este estudio se centra en la zona conocida como el Eje Cafetero que corresponde a los departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío, ubicados en el centro-occidente de Colombia y que están dentro de la órbita de la cultura paisa.

Para hallar estos imaginarios trataremos de poner la historia oficial cara a cara frente a la historia "oculta". La primera sonríe en palco de primera, habla fuerte y mira con desdén a la segunda que transita por los rincones, balbucea susurros y mira con desconfianza a la de arriba. La primera habla de una gesta en el cual el valor de los abuelos convertidos en héroes, la ética del trabajo, la habilidad para los negocios, entre muchas cualidades un poco calvinistas, quiso fabricar un posible origen del pueblo paisa con raíces hispánicas y semíticas.

La metodología de la investigación es cualitativa y se basa en el (análisis del discurso), que permitió trabajar elementos de fuentes escritas (archivo), investigaciones de expertos y fuentes orales, tales como relatos de personas que han intervenido dentro del área del conocimiento que nos ocupa, y el análisis se realiza en el marco de la teoría de los imaginarios y con aplicación de la matriz identitaria propuesta por Moreno y Palenzuela. Doctorado de relaciones interétnicas. Universidad de Sevilla. España.

2. MARCO CONTEXTUAL

Esta investigación se ubica geográficamente en la zona conocida como el Eje Cafetero, que fue protagonista de tres oleadas migratorias procedentes de diferentes regiones del país, entre ellas Antioquia, la última de las cuales ocurrió a partir de 1840, cuando los colonos ocuparon tierras pertenecientes en ese entonces al Estado del Cauca, lo cual generó una serie de fricciones que en muchos casos se dirimieron en escaramuzas y combates armados.

Con las migraciones, aparecieron formas de intercambio económico que permitieron el florecimiento de muchas poblaciones, y caseríos que con el tiempo se convirtieron en cabeceras municipales y capitales de provincias hoy departamentos. La investigación se centra en tres capitales, Manizales por el departamento de Caldas, Pereira de Risaralda y Armenia del Quindío. Las tres ciudades están ubicadas sobre la cordillera central y se encuentran relativamente cerca una de las otras, siendo la más antigua Manizales, que a la fecha tiene ya 154 años y la más reciente Armenia que cumplió 104 años.

La economía básica de los tres departamentos ha girado en torno a la producción del café, cuyo cultivo, explotación y comercialización ha originado la llamada "Cultura del Café", relacionada usualmente con el proceso de "colonización antioqueña", fuente de ciertos estereotipos relacionados con imaginarios producto de la "historia oficial", como es el trabajo campesino, la tenacidad y el esfuerzo para descuajar montes, el empresario pujante, osado y rico, fundador de familias numerosas, simbolizado en el "Verraco de Guaca" o en el "Putas de Aguadas", personajes que dan vida mítica a ese imaginario.

3. PREGUNTAS ORIENTADORAS

El planteamiento inicial del proyecto parte de la necesidad de comprender las categorías que estructuran la historia oficial del proceso de colonización antioqueña, que no son parte pública o no se hallan dentro de los elementos míticos que dicha historia ha propagado y mantenido. El interés de las versiones oficiales es mostrar una historia plena de bondades en una gesta casi heroica donde sus protagonistas han sido elevados a categorías épicas. Por esto, se ha visto la necesidad de buscar las justificaciones culturales de esa especie de epopeya, con un afán antropológico, pues los antropólogos y los etnólogos no han abordado estos temas en forma plena, dejando en manos de historiadores, economistas, y sociólogos un campo que bien vale la pena observar con otra mirada y otras implicaciones teóricas que, para el caso, es la aplicación de la matriz identitaria con sus variables estructurales (etnicidad, cultura del trabajo, relación sexo-género).

Pretendemos enmarcar esta perspectiva dentro de una estructura arquetípica imaginaria, que permita hacer una reconstrucción de esta historia mediante categorías relacionadas con la etnicidad de los paisas en el territorio de lo que hoy es el llamado Eje Cafetero, la visión de género de lo que pensaban y sentían las mujeres dentro de este proceso, y la cultura del trabajo relacionada con las etapas de colonización, asociadas al cultivo del café, principalmente.

Surgen algunos interrogantes dentro del proceso de definición del objeto de estudio, que se constituyeron en ejes centrales de la investigación, como los siguientes:

- ¿Cómo se configura la identidad del grupo paisa dentro del territorio de lo que se conoce como el Eje cafetero?
- ¿En qué ámbitos se reproduce la identidad de la población paisa, frente a otros grupos en Colombia: Los rolos, los patojos, los costeños, los opitas y los caucanos)?
- ¿Cómo es la mirada femenina frente a los procesos generados en la colonización en los campos de la familia, el trabajo, y la fundación de pueblos?
- ¿Cuáles son los marcadores identitarios que asocian a los pobladores del Eje Cafetero con respecto al colectivo social antioqueño?
- ¿Cómo se dio el proceso de estigmatización racial y el proceso de blanqueamiento de los grupos de colonos en el territorio?

4. EL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN (OBJETIVO)

La pregunta de esta indagación requiere centrarse en lo que hay detrás de la historia oficial que ha marcado del proceso de la colonización antioqueña en las tierras del llamado "Eje Cafetero", mitificando ciertos hechos y conductas que no han permitido revelar toda una verdad, y que algunos historiadores, economistas, sociólogos y antropólogos han abordado con posicione más propagandísticas que de rigurosa investigación académica. Durante las últimas décadas, la etnología especialmente, ha buscado en el estudio de la memoria y las representaciones imaginarias un sistema cultural de una sociedad que permite encontrar su estructura simbólica en torno a la cual una sociedad organiza su producción de sentido, su identidad como rasgos propios de un nosotros que permite diferenciarse de los otros nosotros y reconocerlos en forma simultánea.

Al comprender eso que llamamos *imaginario,* se podrá entender el comportamiento, la reacción y el manejo que da una colectividad ante una serie de sucesos que obran como respuestas simbólicas ante los procesos históricos y conforman progresivamente el referente identitario.

La historia oficial ha resaltado elementos como la ética del trabajo, puesto que (los paisas)[1] han sido vistos como ejemplo de empuje empresarial, origen de su

[1] El término paisa hace alusión al grupo humano que posee una serie de características culturales y que geográficamente abarca los departamentos de Antioquia, Caldas, Risaralda, y Quindío, más los territorios del norte del Valle y del Tolima, algunas zonas del Chocó, sur de Sucre y Córdoba. En Antioquia, que es el departamento originario de este grupo, se hace relación y una diferenciación así: Antioqueño al grupo étnico y que habita al departamento de Antioquia, y paisa, al sentido del ethos cultural, con unas características muy definidas acerca del trabajo, la religiosidad, el comercio, amistad, humor y el ser andariego. Sin embargo, muchos autores, usan el término como sinónimos. Para esta investigación y en aras de una comprensión académica, se usará el término PAISA, al grupo que

riqueza, su religiosidad ha sido tomada como principio de una moral que ha producido gente honrada y abnegada y que ha protegido el cumplimiento de la ley; la exaltación de la familia ha sido vinculada a la solidaridad y la hospitalidad de una estructura patriarcal, tomada como modelo que permitió la fuerza, la pujanza y la laboriosidad creadoras de riqueza, que se materializó en los procesos de colonización y que ha pretendido servir de ejemplo para los demás colombianos.

Para comprender el sentido de lo imaginario, según el análisis de Isidoro Moreno (1991), se distinguen, en la compleja problemática de la identidad, los sistemas identitarios y a las identificaciones colectivas, siendo necesario captar las articulaciones que se producen entre ambos. Las identificaciones colectivas son espontáneas y surgen históricamente en forma orgánica dentro de los diferentes grupos humanos. Los sistemas identitarios, por su parte, son una propuesta teórico-metodológica que hace relación a tres variables estructurales que conjugan la matriz identitaria, como son:

> "*la etnicidad, la cultura del trabajo e identidad de sexo-género, las cuales componen la trilogía estructurante de las identidades colectivas. Cada uno de los tres NOSOTROS que cada uno de ellos conforma - se desarrolla y aflora a la conciencia de los sujetos sociales tanto más cuanto las situaciones sean más fuertemente contrastadas y jerárquicas con los respectivos ELLOS*." (Moreno: 1994: 139).

El imaginario ha de ser asociado al concepto de cultura del trabajo, para entender *"las prácticas sociales de los distintos colectivos a partir del análisis del conjunto de procesos de trabajo y de producción de conciencia que de ella se genera."* (Palenzuela: 1995:22).

---

colonizó la zona del Eje Cafetero.

También la lectura permite al hombre moderno una salida al tiempo comparable a la efectuada por los mitos. "La vida de una época pretérita aparentemente más feliz funge como una fuente substitutiva de valor si la sociedad actual presente tiene bloqueada su capacidad de emitir significado." (Sánchez, 1996:152). Lo anterior se amplía en el capítulo 6 desarrollo de los imaginarios (imaginarios y matriz identitaria).

5. PROCESO INVESTIGATIVO

Al tratar de abordar el territorio denominado "Eje Cafetero", nos encontramos con un obstáculo de tipo metodológico. El Eje Cafetero es, una nominación, una convención referida a los pueblos ubicados en la cordillera Central, el sur de Antioquia, y entre los ríos Cauca y Magdalena. Esta nominación remite a una homogeneidad espacial y, con el tiempo, a una identidad cultural compartida por estos pueblos, resultado de los procesos económicos, políticos e ideológicos que allí se vivieron.

En el momento de plantear problemáticas concretas en este territorio y de intentar aproximaciones descriptivas y explicativas que dieron cuenta de aquellas con algún grado de satisfacción, nos encontramos con fenómenos que responden a cierta regularidad y que es posible generalizar con fines expositivos. No obstante, para explicar algunos de esos fenómenos es preciso acudir a casos concretos, a situaciones locales, que se suponen comunes a la región. Esta opción se justifica, tal vez, en la idea de que no hay historia regional sin historia local. Por lo demás, al asumir tal opción se evita tratar de explicar los fenómenos en todas las localidades, situación que hace inabordable el objeto de estudio e interminable su descripción.

Esta investigación se refiere a una época de intensa movilización, cambio social e inestabilidad política en el país. De hecho, la zona objeto de estudio no escapaba a estos fenómenos y son algunos de ellos los que, precisamente, se estudian. Entre 1860 y 1930, se avanza en ese proceso de construcción del Estado y de la nacionalidad colombianos. Son dos aspectos que tienen que ver directamente con la formación de un espacio nacional continuo y con la aplicación de dispositivos y de estrategias dirigidas a su institucionalización, es decir, a su control.

La periodización de esta investigación responde al lapso que hubo de transcurrir para que el Eje Cafetero adquiriera una entidad; lapso que comprende la fase inicial de poblamiento y de integración económica, política, institucional e ideológica de esta región.

Documentar procesos como los indicados puede resultar problemático no por la ausencia de fuentes que pueden dar cuenta de ellos, sino por el tipo de lectura que se haga de ellas. De hecho, el planteamiento de problemáticas específicas en esta investigación impuso, desde el principio, una lectura directa, atenta y avisada sobre una serie de documentos que, en la mayoría de los casos, habían sido indagados para ilustrar otros procesos. En estos documentos, se busca observar percepciones, prevenciones, juicios de valor, y subjetividades de ciertos discursos que son a veces difíciles de revelar, sobre todo cuando se hace con los instrumentos desde la misma cultura que los aborda.

Las fuentes utilizadas en esta investigación son diversas, y se intentó mantener un estudio sistemático de ellas que ofreciera miradas de conjunto. Entre las fuentes primarias se estudiaron biografías, cartas privadas, hojas sueltas, relatos de viajeros, anotaciones científicas, informes de gobiernos locales, provinciales y estatales, como la prensa oficial y la prensa partidista. En la exposición, desde luego, podrá identificarse cierta complementariedad y equilibrio entre ellas para dar cuenta de los fenómenos estudiados. También se abordaron algunos textos básicos sobre el tema y algunas monografías inéditas que, por su temática, resultan imprescindible para este estudio.

No obstante, hay que señalar que esta investigación tiene un punto de partida, constituido por trabajos previos que, si bien no se han referido exclusivamente al Eje Cafetero sino a Antioquia, sí han dejado claramente planteados los factores

que intervinieron en el proceso de conformación de la región del Gran Caldas y del espacio nacional continuo.

En el proceso de lectura de informes, fue notoria la excesiva exultación de los protagonistas que se suelen presentar como héroes de gestas mitológicas, o como modelos de hombría y valor para futuras generaciones que han resultado debilitadas por una modernidad afeminada. Al seguir las huellas de estos personajes fabulosos, van apareciendo preguntas por el papel de las mujeres; por la presencia de los indígenas y los negros, que son ignorados sistemáticamente en los relatos: por la gran cantidad de fundaciones dispuestas en el territorio; por el origen de tantas personas con riqueza y prestigio social, cuando una de las supuestas causas de la migración fue la crisis económica de los antiguos centros urbanos. Para resolver estas dudas, se procedió a realizar el siguiente procedimiento:

1. Se realizaron viajes por diversas poblaciones del Viejo Caldas, como Aguadas, Armenia, Aránzazu, Calarcá, Chinchiná, Filandia, La Dorada, Manizales, Marquetalia, Medellín, Neira, Pácora, Pensilvania, Pereira, Riosucio, Salamina, Santa Rosa de Cabal, Supia y Villamaría. Estos viajes se efectuaron entre 1999 y 2001.
2. En estas poblaciones, se buscaron personas conocedoras de la historia de la población, que tuvieran información sobre la colonización. Allí, se efectuaron 100 entrevistas que dieron pistas valiosas para la construcción del estudio.
3. Para verificar algunos aspectos expuestos en las entrevistas, se decidió revisar textos, cartas y otros documentos fin de hacer un cotejo más cercano a con los acontecimientos referenciados, en el intento de responder a las inquietudes que originaron esta investigación. Se encontró que muchas

respuestas mantenían una ensoñación propia de la historia oficial, por lo que fue preciso buscar expertos que presentaran una forma de afinar dicho cotejo. En esta forma, se hizo contacto con Alfredo Cardona Tobón, quien comentó historias, y nos permitió revisar manuscritos y documentos inéditos. De igual manera, se obtuvo la invaluable ayuda, de la antropóloga María Elvira Escobar, del sociólogo Jorge Ronderos y de los historiadores Vicente Arango, y el documento de la Historia Paralela de Caldas proporcionado por Ricardo de los Ríos Tobón.

4. Se realizó en forma paralela una constatación bibliográfica de expertos, historiadores, economistas y políticos que sugirieron directrices y, respuestas sobre el tema. Desde diferentes perspectivas metodológicas y en distintos momentos, autores como José Manuel Restrepo, Carlos Segismundo de Greiff, Manuel Uribe Ángel, James Parsons, Roger Brew, Álvaro López Toro, María Teresa Uribe, Jesús María Álvarez, Víctor Álvarez, Roberto Luís Jaramillo, Luís Javier Ortiz y Oscar Almario sugirieron problemas y señalaron formas de abordar las preguntas para dar respuestas sobre el proceso de formación del pueblo antioqueño y el proceso de colonización. Las reflexiones para el ámbito colombiano realizadas con propósitos divergentes por Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Fernán González, Fabio Zambrano, Hermes Tovar y Gustavo Bell, entre otros, también hicieron aportes para el entendimiento de los procesos de orden nacional, en medio de los cuales estaba inscrita la configuración regional.
5. Se realizó una revisión de los archivos históricos y de la Notaria 1ra de la ciudad de Manizales y del Registro de Instrumentos Públicos de Riosucio y, posteriormente, se hace una comparación con el archivo de Medellín, capital del Departamento de Antioquia, cuna de los movimientos migratorios que dieron origen al fenómeno social conocido como Colonización Antioqueña.

Dado que el objetivo central del estudio es comprender el fenómeno del imaginario en relación con las categorías emergentes, el diseño de la investigación corresponde al tipo descriptivo-comprensivo, enmarcado en una estrategia cualitativa, tanto en el momento de recolección de datos como en la fase de su interpretación. Para asegurar la calidad de algunas fuentes, se recurrió en ocasiones, a la triangulación metodológica, tanto en relación con técnicas aplicadas como a las fuentes de datos.

5.1. ACOTACIONES ESPACIO-TEMPORALES

Como se mencionó arriba, se tomaron como base las tres capitales del Eje Cafetero, (Manizales, Pereira y Armenia) y aquellas poblaciones de fundación reciente. Los hechos estudiados se refieren a la historia a partir de 1860, que corresponde a la tercera ola de migración. Podría decirse que la historia del territorio estudiado ocurre desde el momento del derrumbe federalista de la Constitución de Rionegro, la imposición de un régimen centralista y monista en la Constitución de 1886, y el desarrollo que tuvo esta Constitución hasta el final de la hegemonía conservadora y principios de una nueva hegemonía liberal en 1930.

5.2 MUESTRA

Se trabajó con una muestra de tipo finalista y significativa. Finalista porque en la selección de unidades de observación se tienen en cuenta ciertas características relevantes en relación con el objeto de estudio (pertenencia al territorio, tiempo

de asentamiento, reconocimiento étnico, trayectoria laboral). Significativa porque el número de unidades se definió según el criterio de saturación de categorías y se tuvieron en cuenta algunos interrogantes como ¿a quién interrogar y a cuantos entrevistar? Se entiende que el problema del número parece residir en el concepto de saturación como un proceso que opera en el plano de la representación y que el investigador construye poco a poco en su objeto de estudio, hasta comprender el patrón de relaciones socioculturales, al descubrir patrones de práctica. O sea, el patrón estructural (categorías) y sus transformaciones reciéntense -nuevos relatos- sólo confirman o -agregan pequeñas variaciones-. La saturación se alcanza en la medida en que el investigador haya buscado conscientemente diversificar sus informantes.

Dada la complejidad y la característica del objeto de estudio, se realizó un trabajo de campo intensivo. -entendido éste como una instancia reflexiva en la producción de conocimientos- que permitió ajustar y redefinir las categorías de análisis.

La estrategia metodológica contempló diferentes fases que constituyen momentos en el proceso de comprensión del fenómeno: La primera fase, significó un acercamiento al objeto de estudio recuperando la historia (oral y escrita), la temporalidad y significatividad de los actores (entrevistados) -sobre el fenómeno-. Se buscó reconstruir diversas modalidades en relación con los asentamientos o fundaciones del colectivo seleccionado. ¿-Quiénes, cómo, cuándo y por qué se asentaron en esa zona? ¿-Qué motivos o causas los indujeron a migrar?, ¿-Cómo se relacionaron con otros grupos?

Las técnicas utilizadas fueron las entrevistas en profundidad con residentes o pobladores de los municipios visitados, para encontrar historias de vida y relatos

tradicionales, y análisis documental (archivos y documentos de la época) basado en métodos de análisis del discurso, y especialmente del texto.

Fuente de datos: como datos primarios se realizaron (entrevistas a pobladores) y como datos secundarios se acudió a archivos y documentos de la época. Para acceder al pensamiento los primeros pobladores se revisaron escritos, anécdotas y relatos de nietos o personas que estuvieron en relación con los procesos de colonización.

Con lo anterior, ha sido posible realizar una reconstrucción de episodios que permite la estructuración de categorías desde el punto de vista de los actores.

En la segunda fase, el énfasis está puesto en la configuración y reconfiguración de identidades:

- ¿Cómo se cristaliza la etnicidad?
- ¿Qué prácticas identitarias se mantienen y cuáles se han ido diluyendo?
- ¿Cómo se resignifican ciertos marcadores identitarias?
- ¿Cuál es la participación social de la mujer y cuál ha sido su visión?
- ¿Cómo se modifican las prácticas productivas en los nuevos contextos? ¿Cuáles son los modelos de comportamiento, valores y creencias que se trasmiten en los grupos originarios en el territorio y que actúan como marcadores identitarios?
- ¿Cuáles son las prácticas y representaciones en relación con actividades económicas, sociales, familiares, celebraciones referidas a la reproducción identitarias de etnicidades y a los contextos de cambio?

Estas dos últimas fases se realizaron en un proceso, pues se trata de captar el sentido de la experiencia mediante las categorías significativas puestas en el juego

de la interpretación de la experiencia (principio de legibilidad), no sólo de los actores sino de la nuestra, y así lograr la estructuración de l(os) imaginario(s). Para esta segunda parte, se entrevistaron historiadores y conocedores del tema para develar los pensamientos y estructuras.

6. LO IMAGINARIO: PERSPECTIVA TEÓRICA

> Lo imaginario es siempre a la vez el modelo y reflejo de la realidad
>
> Michel Pastoureau [2]

Al estudiar el concepto de imaginario, este aparece relacionado a otros conceptos como mentalidad, ideología, representación, mito, memoria, entre otros, además de un cierto manejo gramatical, ya que su pluralidad (imaginarios) da una cierta relatividad y reconocimiento de su multiplicidad en una misma sociedad o en un mismo grupo social. Lo imaginario en singular sigue teniendo un toque filosófico y lo plural se vuelve verdaderamente histórico. A este plural, algunos antropólogos, sociólogos e historiadores, han agregado un adjetivo como imaginarios sociales o colectivos.

Las personas tienen imaginarios, pero también es cierto que estos imaginarios están en relación con los medios sociales donde viven, con su época, con su civilización, Baczko (1991) confirma esta evolución gramatical cuando escribe que "*el término de imaginarios sociales parecieran ser los términos que convendrían más a esta categoría de representaciones colectivas, ideas imágenes de la sociedad global y de todo lo que tiene que ver con ella"* (:8).

El interés de los estudios sociales por lo imaginario ha dependido, sin duda, de la exploración constante de esa tensión que, al mismo tiempo, produce una diversidad de definiciones.

---

[2] PASTOUREAU, M.(1989) Couleurs, images, symboles: études d´histoire et d´antropologie. Le leopard d´or. Paris. Pág. 111

Ahora bien, la diversidad de miradas hace de la definición de imaginario un asunto problemático. La noción está presente en múltiples disciplinas y es aplicada a muchísimos campos de acción social, pero no hay acuerdo interdisciplinario para definirla. Intentamos aquí una clasificación de las principales tendencias sobre esta noción, en procura de esclarecerá el concepto en relación siempre con nuestro objeto de estudio, conscientes de que se corre el riesgo de reducir la originalidad de cada autor a un esquema que puede traicionarlo. Se necesita, sin embargo, una clasificación mínima para intentar una definición.

Si abordamos exhaustivamente esta clasificación, corremos el riesgo de caer en un impreciso ejercicio de erudición que poco nos sirve para nuestros propósitos, pues precisar las significaciones de lo imaginario puede ser una tarea interminable. La multitud de saberes que reclaman el derecho de su verdadera definición impide fijar claramente los límites. Sin embargo, se puede ensayar una taxonomía, sabiendo que se corre el riesgo de la esquematización y de la parcialidad. Algunos ya lo ensayaron anteriormente como Maurice Blanchot (1955) en su capítulo "*Les deux versions de l'imaginaire"*

> *"Lo que hemos llamado las dos versiones de lo imaginario, ese hecho por el que la imagen puede ayudamos a recuperar idealmente la cosa y es entonces su negación vivificante; puede al mismo tiempo, al nivel al que nos arrastra la pesadez que le es propia, remitimos constantemente, no ya a la cosa ausente, sino a la ausencia como presencia, a la neutralidad doble del objeto en la cual la pertenencia al mundo se ha disipado: esta duplicidad no es tal que se le pueda pacificar por un "o esto o lo otro", capaz de autorizar una elección y suprimir en la elección la ambigüedad que la hace posible. Esta duplicidad misma remite a un doble sentido cada vez más inicial."*(Blanchot, 1955: 353)[3].

Blanchot reconoce una reflexión en la cual la noción de imaginario está todavía ligada a su sola ambivalencia con respecto a lo real. La clasificación que

[3] Vicky Palant y Jorge Jinkis, 1969 traductores de El espacio literario, edición Paidos, Buenos Aires.

proponemos permite determinar cinco grandes lineamientos que han definido lo imaginario:

1. Lo imaginario como la creación de los artistas y escritores;
2. Lo imaginario como sinónimo de imaginación;
3. Lo imaginario como los arquetipos inconscientes de un grupo;
4. Lo imaginario como Principio de funcionamiento de las sociedades;

Y se puede agregar una quinta, lo imaginario como representaciones sociales e históricas. Estás cinco grandes líneas que han enriquecido las perspectivas de investigación sobre lo imaginario no tienen un orden cronológico sino problemático y para nuestro trabajo voy a centrarme en lo antropológico, lo sociológico y lo histórico. (Numerales 3,4 y 5 de los lineamientos enunciados).

6.1. LINEAMIENTO ANTROPOLÓGICO

Un exponente importante en esta perspectiva es el trabajo de Gilbert Durand, antropólogo, discípulo de Gastón Bachelard, publica en 1960 una obra fundamental: Les structures anthropologiques de l'Imaginaire. En ella, se aproxima al problema por la vía del psicoanálisis de Karl Jung. En esta dirección, cree que lo imaginario está constituido esencialmente por arquetipos propios a toda la humanidad, arquetipos creados en la infancia del homo sapiens y que determinan las sociedades aun cuando éstas no sean conscientes de ello.

Para él, lo imaginario tiene un carácter universal, transhistórico, global e inmutable. Los "arquetipos" de la especie humana, venidos de los trasfondos de su historia, de una época inmemorial, se expresan mediante las diferentes

apariencias de las culturas. Los autores que defienden esta perspectiva tratan de encontrar una estructura universal, una teoría general de lo imaginario, sus leyes y su lógica. Sin duda, parece que por esta vía se ha creado una esquematización en los análisis omitiendo la diversidad histórica y el carácter cambiante de lo imaginario, puesto que estos autores tratan de fijar en pocas estructuras fundantes los imaginarios históricos, de modo que las regularidades, las permanencias y las constantes son los términos preferidos en estos análisis.

Gilbert Durand dio una definición que se puede leer como la principal característica de este lineamiento: "*Lo Imaginario es el conjunto de imágenes y de relaciones de imágenes que constituye el capital del homo sapiens"* (1981:35). Allí hace una exclusión del "*espiritualismo camuflado"* de la ontología culturalista y las posiciones psicologicistas que son "*exclusivas a priori"*. Para eso, dice: "*hemos de situarnos deliberadamente en lo que llamaremos el trayecto antropológico: es decir el incesante intercambio que existe en el nivel de lo imaginario entre las pulsiones subjetivas y asimiladoras y las intimaciones objetivas que emanan del medio cósmico y social"* (Durand, 1981:35)

Durand dice que en este punto debe resaltarse la investigación antropológica y define el imaginario "*no es nada más que ese trayecto en el que la representación del objeto se deja asimilar y modelar por los imperativos pulsionales del sujeto, y en el que recíprocamente, como magistralmente ha demostrado Piaget, las representaciones subjetivas se explican por las acomodaciones anteriores del sujeto al medio objetivo"* (1981:36).

Durand extrae dos consecuencias:

- La anterioridad del simbolismo sobre cualquier significancia audiovisual. El desarrollo del pensamiento es el estrechamiento de la metáfora: es este sentido de las metáforas, este gran semantismo de lo imaginario, la matriz original a partir de la que todo pensamiento racionalizado y su cortejo se

despliegan. Durand se sitúa en la perspectiva simbólica para estudiar los arquetipos fundamentales de la imaginación humana. Se está así rechazando el primer principio saussuriano de lo arbitrario del signo;

- Rechazar para lo imaginario lo arbitrario del signo implica rechazar también la linealidad del significado. El símbolo no es de naturaleza lingüística, por lo que no se desarrolla en una sola dirección. Lo símbolos no forman cadenas de razones, pero ni siquiera cadenas. El símbolo es pluridimensional y espacial.

Durand afirma que para delimitar los grandes ejes de estos trayectos antropológicos que constituyen los símbolos, debe optarse por utilizar el método totalmente pragmático y totalmente relativista de convergencia (influencia de Piaget), y que tiende a señalar vastas constelaciones de imágenes, constelaciones más o menos constantes y que parecen estructuradas por cierto isomorfismo de los símbolos convergentes. Imágenes que se agrupan en dominios diferentes del pensamiento: los símbolos constelan porque son desarrollos de un mismo tema arquetípico, porque son variaciones sobre un arquetipo y estas constelaciones las encuentra en el dominio psicológico, para lo cual utiliza principalmente el método del psicoanálisis literario, que le permite un estudio cuantitativo y cuasi estadístico. En este dominio, descubre los grandes ejes de la clasificación, para lo cual toma prestado de la psicología algunos principios derivados de los gestos dominantes del sistema funcional que se revelan en aparato nervioso del recién nacido, en particular dos de ellas y una tercera estudiada en el animal adulto macho:

- Dominante de posición, de forma privilegiada, verticalidad y horizontalidad;
- Dominante de nutrición;

- Reflejo sexual o dominante copulativa producto de la erotización del sistema nervioso.

Aunque en la tercera hay en germen una relación social, el análisis de Durand nos limita la explicación a las motivaciones individuales. Es necesario introducir las motivaciones sociales, culturales, para completar el análisis.

En el juego de los afectos, el proceso de creación de imaginarios puede condensarse así:

1. Hay una necesidad o malestar social que debe solucionarse. Puede ser una represión, insatisfacción, preocupación o angustia. Esta puede ser tan trascendental y límite como la muerte o los temores a lo desconocido. La angustia de la soledad, de la falta de reconocimiento social, o la falta de identificación con su grupo. En el caso de esta investigación, tiene que ver con el proceso de blanqueamiento, la imposición religiosa y el desarraigo de los campesinos-colonos en conflicto y las luchas entre vecinos.
2. La búsqueda de solución recurre a elementos del pasado personal pero principalmente del pasado social, ya sea que tome la dirección de aceptar o rechazar ese pasado. Los paisas que llegaron a la zona occidental trataron de imponer sus ideales de lo que debía ser una sociedad, en la cual los caucanos eran vistos como ateos, liberales, masones y guerreros, y esto juega un papel primordial en la construcción de imaginarios. Los negros y los indios trataron de conservar, donde se les permitió, imágenes y ritos de sus tradiciones. Cada etnia tratando de apropiarse del territorio al que se ha desplazado, por su propia voluntad o a la fuerza.
3. Identificación con el elemento o imagen que se acepte del pasado, o con la que contradiga la imagen rechazada. La imposición de una cultura del trabajo, duro y disciplinado, la iglesia, la vida patriarcal y el matrimonio monogámico

entre grupos paisas no pertenecientes al área central de Antioquia y entre los caucanos del occidente, generaron rechazos y conflictos.

4. Se encuentran soluciones imaginativas que satisfacen la necesidad, transforman la angustia en esperanza o tranquilizan las incertidumbres. No importa que esta solución no tenga soporte racional o lógico, es decir, no importa que no tengan relación de causa efecto. El efecto es socio-psicológico, y se reflejaban en los carnavales, las festividades cuando se hacía la fundación de los nuevos poblados o las relaciones sociales generadas por mujeres conocidas como ochavonas o ñapangas en las diferentes fondas camineras.

Las construcciones individuales se van comunicando a los grupos sociales. Permanecen aquellas que tienen aceptación o consenso, pues lo imaginario o lo histórico social, "*son un tipo de ser que escapa de modo esencial a la determinación"* (Castoriadis: 1989:12). Las condiciones aceptadas se ritualizan o estandarizan en acciones y se realizan transferencias del deseo o la necesidad, a los objetos o acciones ritualizadas. Este es el proceso de carga de significados. Los imaginarios se nutren de la contradicción y el conflicto. Un ejemplo de esto se encuentra en la realización del Carnaval de Riosucio, que es un conjunto de bailes y ritos de negros y nativos, el culto a la tierra y a sus tótems o dioses tutelares, trataron de ser institucionalizados permitiéndoles el esparcimiento en ciertos momentos, con lo que se pretendía sacralizar lo que consideraban pagano. A la vez los pueblos dominados aprovechan el resquicio de la fiesta religiosa para expresarse. Por ambas razones, el carnaval de Riosucio se permite e institucionaliza en la fiesta de Reyes. Lo que no captaron los españoles fue que tras los bailes, la música y la mascarada se escondían rituales de invocación, alabanza y adoración a los orichás o a los dioses indígenas. Tras el sonido, los ritmos y las danzas hay una

simbología sobrenatural o por lo menos mágica que provoca la comunicación entre el pasado y el presente, entre lo profano y lo sagrado.

Jacques Le Goff (1987) criticó esta visión de lo imaginario en las sociedades humanas del siguiente modo: "Pero en fin, veo mal cómo una historia auténtica podría acoger arquetipos, estos fantasmas intemporales, capricho de una larga duración delirante" (1987:232).

Los estudios de Gilbert Durand y sus discípulos trazaron una ruta y llamaron la atención de numerosos investigadores, incluso entre los historiadores, que son en principio resistentes a la idea de una estructura arquetípica. Por ejemplo, Jacques Le Goff, quien hoy está convencido de que los arquetipos son los enemigos del historiador, con ocasión de la segunda edición de La Nouvelle Histoire, en 1988, señala que una mejor relación debería establecerse, por ejemplo, entre los historiadores y el Centro de investigaciones sobre lo imaginario de Chambéry alrededor de Gilbert Durand, venido de la historia literaria y de la lingüística. Esta relación solicitada por el investigador del purgatorio no fue fructífera, porque los historiadores y los antropólogos han hecho trabajos sobre lo imaginario con dos concepciones diferentes del objeto.

Para ilustrar aún más esta interdisciplinariedad poco exitosa alrededor de lo imaginario, hay que recordar que el 20 de diciembre de 1966, en Grenoble, se crea oficialmente el Centro de investigaciones sobre lo imaginario [CRI]. En 1982, este centro obtuvo el aval del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia [CNRS] y Gilbert Durand fue su promotor, mientras que una de las direcciones de su sede era el 54, Boulevard Raspail donde funcionaba La Casa de las Ciencias del Hombre y la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, esta última, originalmente, impulsada por Lucien Febvre como la VI sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios. Entre los miembros

oficialmente reconocidos hubo varios investigadores que se situaban muy cerca de la escuela de los Annales: Edgar Morin, Jean-Pierre Vernant, Georges Balandier, Georges Duby y Mircea Eliade entre otros. La fuerza del (CRI) fue grande, y Durand (1983) señala "que a finales de 1980, se podía contar una docena de formaciones de investigación y numerosos equipos respondían a esto en el extranjero en los cinco continentes y bajo las ideologías más variadas (EU, Brasil, URSS, Israel, Rumania, Japón, Irán, entre otros), más o menos 60 equipos o formaciones universitarias". (Durand, G. 1983: 11)

Por otra parte, las relaciones entre esta antropología y el psicoanálisis complicaron con frecuencia los usos del término. Jacques Lacan, que en el psicoanálisis es el fundador de la noción de imaginario, no es de la misma opinión de Gilbert Durand (:27). En efecto, éste se separa de Lacan puesto que sostiene que contrariamente a lo que ha avanzado un psicoanalista, en cierto tiempo a la moda, no hay solución de continuidad en el hombre entre lo 'imaginario' y lo 'simbólico'. Lo imaginario es pues este conector obligado por el cual se constituye toda representación humana.

Durand recurre más bien a Freud y a Jung. Las tres instancias de la tópica freudiana (el ello, el yo y el súper-yo) pueden corresponder a las divisiones internas de lo imaginario, y el inconsciente colectivo de Jung podría explicar también una de sus principales características. El autor del libro *Les structures anthropologiques de l'Imaginaíre* (1981:61) dice que "en lo más profundo figura un 'ello' antropológico, lugar al que Jung llama el 'inconsciente colectivo', pero que nosotros preferimos llamar 'inconsciente específico', unido a la estructura psico-fisiológica del animal social que es el Sapiens-sapiens".

Los arquetipos constituyen el tratamiento clásico del tema en el sentido de que es construido por la intención de producir un discurso científico unitario que

responda a los interrogantes sobre el hombre y sobre la sociedad global y su futuro. Discurso producido por una ciencia social que se piensa ella misma como heredera de la tradición intelectual que se remonta al siglo del iluminismo, pero que hoy se encuentra escindida por la ruptura crítica según la cual ya no le es dado hablar del hombre, la sociedad, la cultura, el amor sino los hombres y mujeres, las sociedades, las culturas, los amores.

En una óptica diferente del lineamiento antropológico, los imaginarios tienen que ver con los arquetipos pensados por la semiología, el psicoanálisis y la antropología cultural. Northorp Frye, maestro del nuevo criticismo, dice que los arquetipos forman haces de asociaciones de ideas, conjuntos variables que se diferencian, por esa causa, de los signos. Esos conjuntos contienen numerosas asociaciones enseñadas o adquiridas, que son fácilmente comunicables por el hecho de ser familiares a todos los que participan de una cultura común. Cuando debemos hablar del simbolismo, pensamos en arquetipos largamente elaborados como los de la cruz, de la corona o en asociaciones convencionales: El blanco asociado a la pureza, el verde a los celos. El verde, considerado como arquetipo, puede simbolizar la esperanza, la vegetación natural, el libre paso o el patriotismo irlandés tan fácilmente como los celos, pero el vocablo verde, en tanto que signo verbal, designa siempre un color definido. Algunos arquetipos están vinculados tan profundamente a ciertas representaciones convencionales que sugieren inevitablemente una asociación idéntica, como ocurre en el trazado geométrico de la cruz, evocador de la muerte de Cristo (Northop, citado por Guiraud, 1986:98-99).

Como se observa, este lineamiento antropológico intenta encontrar las raíces innatas de las representaciones sociales, una verdadera matriz arquetípica, un depósito semántico capaz de dilucidar la diversidad de imágenes mentales, de

sueños, de mitos y de narraciones de las culturas a través de la historia, puesto que todo imaginario humano está articulado por estructuras irreductiblemente plurales, pero limitadas a tres clases que gravitan alrededor de esquemas matriciales del 'separar' (heroico), del 'incluir' (místico), y del 'dramatizar' —desplegar en el tiempo las imágenes de una narración- (diseminatorio), he aquí la esencia de esta investigación.

Desde 1993, el Bulletin de Liaison de Centres de Recherches sur l'Imaginaire publica los resultados de sus actividades, la dirección de este boletín está asegurada por uno de los discípulos de Gilbert Durand, Jean Jacques Wunenburger (1995:7), que ha publicado varias obras sobre lo imaginario y entre las cuales hay que señalar la que él coordinó y ha interesado a algunos historiadores: La rencontre des imaginaires entre Europe et Amériques. Al parecer, sin alejarse totalmente de la idea de arquetipos, Wunenburger mantiene vivo el interés por los estudios sobre lo imaginario, puesto que en su definición se encuentran "*conjuntos que se estructuran, se transforman e interactúan"*(Wunenburger: 1995:7).

Dentro de las publicaciones paralelas a los trabajos de estos Centros de Investigaciones, encontramos el libro de Lucien Boia, historiador rumano que desarrolló en su país una importante actividad orientada por una extraña combinación del lineamiento antropológico e histórico para, decir que "*todo el mundo tiene razón"* y que "*a pesar de una contradicción aparente, habría que terminar por acordar el mismo crédito a los principios opuestos"* (Boia: 1998:20). Aquí, Le Goff y Durand se reconciliarían porque "*el modelo del purgatorio concuerda perfectamente con el espacio-tiempo arquetípico del más allá. Arquetipos, modelos y manifestaciones específicas no son sino tres niveles de una misma construcción."*(Boia: 1998: 17) Decimos que esta es una extraña combinación, porque Jacques Le Goff nunca estaría de acuerdo con

estas afirmaciones y mucho menos con la que define "*la historia de lo imaginario como una historia de los arquetipos"* (Worms: 1991: 53)

No hay que olvidar en este grupo a un solitario, un hombre imposible de clasificar: Roger Caillois, quien reunió, bajo el título de Approches de l'imaginaire, varios artículos publicados con anterioridad. Caillois bien dijo, en las conversaciones con Jeannine Worms, que lo que le interesó toda su vida fueron "*las manifestaciones de lo imaginario"*. Para él, los mitos, que no deben cambiar su estatuto de mitos para comprenderlos como tales, "*son una de las manifestaciones de lo imaginario"*. Lo imaginario sería entonces, para Roger Caillois, el origen de las creencias y de los sueños tanto individuales como colectivos, son algo así como lo que Gilbert Durand ha llamado el fondo semántico.

En términos de Marc Augé los relatos son "el fruto de la memoria y el olvido, de un trabajo de composición y de recomposición que refleja la tensión ejercida por la espera del futuro sobre la interpretación del pasado" (Augé: 1998: 61) y la disputa entre la reflexión interior y las reflexiones ejercidas por otros individuos.

Pero, no podemos abandonar por lo pronto las ideas de Ricoeur sin traer a colación su punto crítico dentro de la fenomenología de la memoria: *"el recuerdo y la imagen",* debate también expresado por los griegos en términos de lenguaje y de experiencia vivida. Al respecto Husserl presenta dos categorías interesantes para lograr asumir el problema. De tal forma que el *Bild* (presentificaciones que describen de modo indirecto: retratos, cuadros, estatuas, fotografías, entre otros, pero además que abarca el campo de "lo pintado", de la presentificación indirecta fundada en una cosa también presentada) y *Phantasie* (haciendo relación a las hadas, los ángeles o en términos generales de ficción o en traducción a la fantasía) son los extremos de una gama de posibilidades cuando se trata de memoria y cuando se completa la oposición entre recuerdo y fantasía. Así, el campo de la

aprehensiones puede ampliarse o estrecharse dando origen a innumerables ramificaciones de las presentificaciones o representaciones.

"Mientras que la imaginación puede actuar con entidades de ficción, cuando no pinta, pero se aleja de lo real, el recuerdo presenta las cosas del pasado; lo pintado tiene todavía un pie en la presentación en cuanto presentación indirecta, la ficción y lo fingido se sitúan radicalmente fuera de la presentación. Pero, dada la diversidad de los puntos de vista desde los cuales se describen los fenómenos, y la amplitud variable reconocida a estas especies fenomenologías, 'conciencia de *Bild*' y 'conciencia de *Phantasie*' pueden distinguirse alternativamente, en pie de igualdad, para oponerse la una a las otras o inclinarse recíprocamente en un sentido o en el otro, según el lugar que les es reconocido en el campo de las presentificaciones intuitivas: todo el lugar o una parte de él" (Ricoeur: 2000:71)

Ambas categorías no solucionan el problema de la imagen y su relación con el recuerdo; de ahí la pertinencia de la pregunta de Ricoeur: ¿cómo explicar que el recuerdo vuelva en forma de imagen y que la imaginación así movilizada llegue a revestir formas que escapan a la función de lo irreal? La hipótesis sugerida por el autor es entonces el tránsito de la concepción bergsoniana del "recuerdo puro" al "recuerdo-imagen", siendo el primero el recuerdo que aún no está configurado en imágenes, el recuerdo perfecto al que el tiempo no podrá añadir nada. Esta distinción le implicó a Bergson establecer un concepto radical frente a las tesis de las dos memorias (proveniente de los griegos de *eikós* y de *tipos)* y deja de lado dicha relación para entrar a su disociación.

De tal forma que es en la rememoración donde puede ser recuperado la configuración en imagen del "recuerdo puro" y donde se da la bienvenida después de lo etéreo- a lo material. La imagen es la función visualizadora y el modo por el cual se abre camino ese "recuerdo puro". De ahí que un

acontecimiento pasado en cuanto es representado por la imagen pero no me lo imagino, no puedo plantearlo como algo *dado-ausente* sino como *dado – presente* en el pasado. El "recuerdo- imagen", fórmula mixta adoptada por Bergson entre el "recuerdo puro" y el "recuerdo reinscrito en la percepción" tiene un quiebre que ha sido expresado por Sartre en su libro LO IMAGINARIO, en la medida en que el recuerdo-imagen, es en sí misma *imágenes* que no escapan del ámbito de la imaginación y de la función alucinatoria, con lo cual a la memoria se le imprimiría cierta dosis de desconfianza, descrédito y debilidad y por ende, la historia (que debe estar llena de fidelidad ante la exigencia de verdad) no estaría exenta de "la función ostensiva de la imaginación".

He ahí la complejidad del problema y la minuciosidad (en términos de verdad) en el diagnostico discursivo de un relato y la construcción de historia. El problema se hace claro en la etnografía. Así lo expresa Augé en su trabajo *Las Formas de la Memoria*: "un individuo manifiesta de vez en cuando la necesidad de recapitular su existencia, de explicar su vida, de darle coherencia: es un juego entre la "*distentio*" y la "*intentio*" del espíritu dividido entre memoria, atención y espera (…) o sencillamente entre la *discordancia* de los tiempos singulares y la *concordancia* esperada de su reconciliación en los relatos a distintas voces". Sin embargo, no podemos escapar del adelanto en términos conceptuales del "recuerdo-imagen" y su vigencia hoy por hoy, también aceptada en estas páginas.

Lo importante por tanto es señalar la determinación de lo social en cualquier proceso de recuerdo y de memoria. Esto lo que significa es que procesos de recordación por individual y personal que parezca siempre tendrán una influencia directa lo social bajo la categoría de "cuadro o marco social" lo cual significa la representación general de la sociedad, sus necesidad y valores, los códigos culturales compartidos, las narrativas colectivas e históricas transmitidas

generalmente por la familia, la religión y la clase social o en términos de Ricoeur, la *mundaneidad.*

Dicha categoría nos ubica en dos aspectos: *i)* la memoria es una construcción y una representación social e histórica que por más individualizaste que parezca, es el resultado de una contextualización y de unas narrativas sociales comunes; y *ii*) por ser una construcción social sería impensable hablar de la memoria (en singular). Lo correcto entonces consiste en hablar de las memorias (plural) dada la influencia del contexto en las representaciones del pasado pero además por los recuerdos- imágenes que como lo hemos dicho anteriormente no escapa ni de la percepción ni de la imaginación propia de cada ser humano. En ese mismo orden de ideas, no es impensable hablar de memoria colectiva o memorias compartidas como producto de las interacciones múltiples, resultado de la conexidad de las tradiciones, de las vivencias y de las memorias individuales. Esto significa que las memorias son individuales y sociales; y "las vivencias individuales no se transforman en experiencias con sentido sin la presencia de discursos culturales y estos son siempre colectivos. A su vez, la experiencia y las memorias individuales no existen en sí, sino que se manifiestan y se tornan colectivas en el acto de compartir." (Jelin, 2002: 37) Como vimos con Aristóteles la memoria inscribe una representación del tiempo y del espacio, pero adicionalmente la necesidad de herramientas simbólicas llámese lenguaje y cultura como precondición para la construcción de la subjetividad de la memoria puesto que es sólo esto lo que hace posible su comunicación y transmisión.

Tanto en términos prácticos como filosóficos, existen dos tipos de memoria, una algo más memorable que la otra. Una modalidad que se da como práctica y es por excelencia la "memoria habitual" o para otros la "memorización" que merece ser distinguida rigurosamente de la rememoración. Como su mismo nombre lo

indica representa las rutinas y compartimentos cotidianos y habituales producto del aprendizaje, de las tradiciones y del ejercicio del día a día. Adicionalmente tiene algunos rasgos pragmáticos tales como el aprendizaje, la recitación o el *ars memoriae* (el arte de la memoria) en el que la asociación de imágenes a lugares tiene un peso especial. Por su parte, la "memoria narrativa" es aquella donde se involucra el sujeto de manera diferente y entra en acción los sentimientos y afectos para la reflexión de la cual se espera lograr algún sentido. Allí, el acto de recordar presupone un pasado que se activa en el presente por un deseo o sufrimiento, y bajo alguna intención en particular. Es el mismo acto de rememoración donde "se acentúa el retorno a la conciencia despierta de una acontecimiento reconocido como que tuvo lugar antes del momento en que ésta declara que lo percibió, lo conoció, lo experimentó" (Ricoeur: 2000:83)

Este último tipo de memoria tiene una carga significativa para el sujeto pues es allí donde se alberga las "heridas de la memoria", donde situaciones de dolor y represión conllevan a presentar ilógicas discursivas, no linealidad cronológica, interpretación de lo sucedido a partir del contexto social, interrupciones y huecos traumáticos en su narrativa y donde el "recuerdo- imagen" es mas imagen (*phantasie*) que nunca.

Es a la "memoria narrativa" a la que se hace referencia en los procesos de recuperación de la dignidad humana y de la identidad individual y colectiva posterior a un hecho doloroso y traumático en el marco de un proceso pacificador y dentro de los cuales el olvido y los huecos resultan frecuentes y peligrosos.

Por esto tanto el desarrollo de la memoria (memoria narrativa) como del olvido tienen una inscripción práctica en la política y en el ejercicio político puesto que su abuso o desuso de una u otro forma afecta la operación historiográfica en

cuanto a practica teórica. La vinculación entre su uso o desuso con la política trastoca el mundo de las relaciones de los individuos, el mundo del historiador y la relación de dos operaciones cognitivas y prácticas como son la memoria y la historia.

En este mundo propiamente práctico y por ende, político, son perceptibles ciertas formas de abuso dentro de ejercicio como son: la memoria manipulada o la memoria convocada abusivamente, de lo cual nos encargaremos más adelante.

Pero vale la pena llamar la atención sobre la vulnerabilidad de la memoria, lo cual resulta de la relación entre la ausencia de la cosa recordada y su presencia según el modo de la representación. Dichos abusos ponen al descubierto el peligro de la relación del presente con el pasado y cómo el ejercicio de la cultura determina sin duda esta relación.

6.2. LINEAMIENTO SOCIOLÓGICO

En este lineamiento hemos agrupado algunos autores para quienes la noción de representaciones colectivas es fundamental en la comprensión de las sociedades. Ella ha sido una construcción de la sociología durkheimiana, dentro de la cual L'Année sociologique, su publicación periódica, tuvo un papel esencial.

En 1925, Maurice Halbwachs escribe en esta revista un informe sobre el libro de Marc Bloch, cuyo título es *Los Reyes Taumaturgos*. Halbwachs reseñó así a Bloch, uno de los fundadores de la revista de los Annales: "*escribió un libro que aclara bajo una nueva luz una muy vasta materia histórica"*, y subraya que la noción de "*representaciones colectivas"* ha sido, entre otras, muy útil al historiador para plantear

el problema del fenómeno taumaturgo. Desde entonces, la noción de *representación* se convirtió en una herramienta imprescindible para toda investigación social, puesto que lo que conocemos de las sociedades no es la realidad sino las representaciones de las realidades.

Esta noción de representación, circunscrita en el comienzo del pensamiento sociológico al mundo de las religiones y, en particular, a las creencias de las sociedades llamadas primitivas, se extendió a toda la producción del saber sociológico, hasta el punto actual en el que las conclusiones de las investigaciones en ciencias sociales son igualmente representaciones de las sociedades estudiadas y, por ello, podrían sufrir constantemente el asalto de lo imaginario.

Es a través de esta noción de *representación* como los sociólogos acogen el *imaginario*, en esencial aquellos para quienes el marxismo fue, durante una cierta época, de su herramienta mental. Estos sociólogos "marxistas" no estuvieron sometidos a la vulgarización determinista porque, como lo escribió Roger Chartier (1989), las investigaciones fundamentales de la sociología francesa se construyeron "*afirmando contra las determinaciones inmediatas de las estructuras las capacidades inventivas de los agentes y contra la sumisión mecánica a la regla las estrategias propias de la política"* (:507)

Desde el punto de vista de la sociología, la característica más importante de lo imaginario es su función fundadora en las sociedades. Los fundamentos de éstas ya no son las condiciones materiales de vida, sino la representación que los diferentes grupos que la componen se hacen de ellas. Esta es la idea que desarrolló Cornelius Castoriadis en su libro *La Institución ímagininaria de la Sociedad* (1993). Autores como Claude Lefort, Dominique Lecourt, Bronislaw Baczko y Edgar Morín estarían de acuerdo con su propuesta. Las condiciones de dominación de una clase social dependen fundamentalmente de lo imaginario.

Este es un cimiento, funciona como un agente constructor o destructor de la vida social, y por esta forma de actuar se constituye en algo más concreto y preciso, se torna en fuerzas diversas que ahora es posible distinguir en plural: los imaginarios sociales, aún si una cierta confrontación se conserva con lo que se denomina lo real.

Castoriadis explica esto en los siguientes términos:

> "hablamos de imaginario cuando queremos hablar de algo 'inventado' ya se trate de una invención 'absoluta' (una historia imaginada completamente), o de un deslizamiento, de un desplazamiento de sentido, donde símbolos ya disponibles están dotados de otras significaciones diferentes a sus significaciones 'normales' o canónicas (qué es lo que vas a imaginar le dice la mujer al hombre que le recrimina por una sonrisa intercambiada por ella con un tercero). En los dos casos consideramos que lo imaginario se separa de lo real, que pretende poner en su lugar (una mentira) o que no lo pretende (una novela)." (1993:190)

Georges Duby concuerda con Castoriadis en su libro *Los tres órdenes o el imaginario del feudalismo* (1978:203). Allí, Duby cita a Castoriadis para mostrar cómo en la Edad Media la ideología de la paz de Dios "n*o hacía sino poner en su lugar lo que la sociedad ya decía de sí misma a todos los niveles".* Castoriadis aclara luego la distancia de lo imaginario con lo real, cuando dice que "*el imaginario social es más real que lo real, sobrepasando el sentido corriente de las dos nociones"* (1993:200).

En esta perspectiva, los imaginarios pueden definirse como los conjuntos de ideas-imágenes que sirven de relevo y de apoyo a las otras formas ideológicas de las sociedades. En esta forma, los mitos políticos fundadores de las instituciones

de poder son instituyentes de las sociedades. Las revoluciones contemporáneas, desde la Revolución Francesa, no han dejado de aprovechar esa característica de los imaginarios. Las ideas sobre el estado-nación, el progreso, la democracia y la libertad se vuelven universales y generales gracias a la función instituyente de lo imaginario.

Esto es justamente lo que podemos entender en Los imaginarios sociales, de Bronislaw Baczko, cuando escribe que

> *"… a todo lo largo de la historia, las sociedades se entregan a un trabajo permanente de invención de sus representaciones globales, como las ideas-imágenes a través de las cuales las sociedades se dan una identidad, perciben sus divisiones, legitiman su poder, elaboran modelos formadores para miembros, como por ejemplo el 'guerrero valiente', el 'buen ciudadano', el 'militante sacrificado', etc. Representaciones de la realidad social y no simples reflejos de ésta. Inventados y elaborados con materiales sacados del fondo simbólico, tienen una realidad específica que reside en su misma existencia, en su impacto variable sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos, en las múltiples funciones que ejercen en la vida social."* (1991:8)

Claude Lefort, en *Les formes de l'histoire* (1978:293) analiza la ideología en las sociedades modernas (capítulo XIII) recurriendo a la noción de imaginario. Reconoce el carácter histórico y específico de lo imaginario, que no puede definirse en todas partes de la misma manera, y cree que "*debemos a Marx la idea de esta modificación del régimen de lo imaginario"*. Para Lefort, el discurso, que impregna siempre las representaciones y los imaginarios, es constituyente, "*dirige la posibilidad de una articulación de lo social"*. Considera esta función fundadora pero propone ir más lejos, para adquirir alguna comprensión de los mecanismos que rigen el imaginario social en las sociedades occidentales contemporáneas. En otras palabras, esta perspectiva le ha permitido a la comprensión de lo imaginario, al análisis de los imaginarios sociales, referencias concretas a los contextos y a las épocas en que tienen lugar.

En el lineamiento sociológico, hay que señalar a Edgar Morín, cuyo libro *Le cinéma et l'homme imaginaire. Essai d'anthropologie sociologique*, fue publicado en 1956. Para esta época, Morín era colaborador de la revista de los Annales y su libro fue objeto de un informe, escrito por Robert Mandrou. Para éste, Morín es más filósofo que historiador. Reconoce el valor del libro porque allí se piensa el cine como un fenómeno social y no simplemente estético, pero no hace ninguna mención a la noción de imaginario. En realidad, la noción era todavía, para los historiadores de los Annales de los años 50, demasiado filosófica. Sin embargo, Edgar Morín (1956) propone en su trabajo una antropología de lo imaginario que nos conduciría "*al corazón de los problemas contemporáneos"* (:7). Lo imaginario aparece así como fermento de un trabajo sociológico que pondrá toda su fuerza, en adelante, en la manera de saber cómo se ubican las representaciones en el seno de las sociedades. Luego, investigadores como Serge Moscovici y Pierre Bourdieu terminan por superar la oposición entre las teorías objetivistas y las teorías subjetivistas, y concebir "*el mundo social como representación y como voluntad"* (Bourdieu: 1979:572). Esta perspectiva tuvo una positiva acogida entre los historiadores, porque la historia de las mentalidades había desarrollado también un acercamiento al pasado a través de las representaciones mentales.

El uso corriente del vocablo *imaginario* nos ubica en la invención absoluta o de un desplazamiento del sentido en el que se le atribuye a unos símbolos ya disponibles a otras significaciones diferentes a las normales o canónicas. En ambos casos, se da por supuesto que lo imaginario es diferente de lo real ya sea porque pretenda ponerse en su lugar (una mentira: hay que recordar que viene del latín mens-mentis que es de la mente y de ahí viene el mito) o no lo pretenda (una novela).

Lo imaginario tiene que utilizar lo simbólico, no sólo para expresarse sino para existir: dejar de ser algo más, en objetos, delirios, fantasmas y conceptos, están hechos de imágenes cuyo papel es representar otras cosas y en ello radica su función simbólica. Simbolismo que a su vez presupone la capacidad imaginaria de ver en una cosa lo que no es, o de verla diferente de lo que es (este es el sentido de la metáfora. La sustitución, el desplazamiento del sentido).

El *imaginario último* radica en la capacidad de hacer surgir como imagen algo que no es y nunca fue, y a sus productos o sea lo imaginado se llama *imaginario efectivo.* Se trata finalmente de la capacidad elemental e irreductible de invocar una imagen.

El simbolismo supone la capacidad de establecer entre dos términos un vínculo permanente, de modo que uno de éstos represente al otro. "Sólo en etapas muy avanzadas del pensamiento racional lúcido pueden estos tres elementos (significante, significado y vínculo sui géneris) mantenerse simultáneamente unidos y distintos, en una relación a la vez firme y flexible" (Castoriadis: 1993:43-44). Lo cual implica el dominio de la función imaginaria por la función racional; de lo contrario la función simbólica no pasa de ser un vínculo rígido (en la modalidad de identificación, participación o causación) entre el significante y el significado, el símbolo y la cosa.

En cierta etapa de la evolución de las sociedades humanas, la institución de lo imaginario cargó con más realidad que lo real. La existencia de Dios por ejemplo, resulta de las condiciones reales y cumple una función esencial. Que tal sociedad produce tal imaginario porque es necesario para su funcionamiento (Freud con respecto a la religión), es una explicación que puede ser cierta pero sobretodo útil, que debe ser tomada con cautela pues no explica por qué y cómo puede este imaginario, una vez planteado, determinar consecuencias propias que van más

allá de sus motivos funcionales, e incluso, a veces, lo contrarían, y sobreviven mucho tiempo después de las circunstancias que lo engendraron, lo que evidencia en el imaginario un factor autonomizado de la vida social.

Toda institución se configura conforme a un imaginario central pero no podrá sobrevivir sin que alrededor del imaginario central se conforme un imaginario segundo, quizás como protector del primero. Por ejemplo, la religión debe instaurar ritos, y su institución debe rodearse de sanciones. Dios creó el mundo en seis días y descansó el séptimo día. ¿Por qué el séptimo? ¿Determinación terrestre real o imaginaria? "*Tras ser exportada al cielo, de allá vuelve a ser importada en forma de una sacralización de la semana (...) existe el imaginario periférico no menos importante por sus efectos reales; corresponde a una segunda o enésima elaboración imaginaria de los símbolos, a capas sucesivas de sedimentación"* (Castoriadis: 1993:46) vale la pena resaltar que un ícono es un objeto simbólico imaginario, pero se le carga a otra "s*ignificación imaginaria cuando los fieles rasgan o rascan su pintura para tomarla como medicamento"* (Castoriadis,1993:48).

Las ceremonias no pueden interpretarse mediante una reducción directa a su aspecto funcional ya que en ellas se "*cristalizan innumerables sedimentos de reglas, actos, ritos, símbolos, unos componentes llenos de elementos mágicos y más generalmente, imaginarios, cuya justificación con respecto al núcleo funcional es cada vez más mediata, y finalmente nula"* (Castoriadis: 1993:47).

Toda representación social consta de elementos simbólicos en cuya constitución no es posible separar lo imaginario. Constituyen síntesis sucesiva derivaciones de las cuales está hecha la vida y la estructura de la sociedad. Son las figuras según las cuales ésta se ofrece a sus propios ojos y a los ojos de "los otros" (clanes, ceremonias, momentos, formas de relaciones de autoridad, entre muchas) y que poseen un sentido indivisible como si fuesen el resultado de una operación

originaria establecida en el origen, situándose en un nivel diferente al de cualquier determinación funcional. En culturas totémicas, hay un símbolo elemental que es a un tiempo principio organizador del mundo y fundamento de la existencia de la tribu.

En la cultura griega, en la que la religión es inseparable de la ciudad y de la organización social-política, se recubre con símbolos propios cada elemento de la naturaleza y se confiere un sentido global al universo y al lugar que ocupan los hombres en él. Gaia es a la vez el nombre de la primera diosa que, junto con Urano, está en el origen del linaje de los dioses. Es, también el nombre de la tierra, que desde un principio se ve como diosa originaria, cuya propiedad esencial es ser fecunda y nutridora que connotan también el significante de madre. El vínculo e identificación de los dos significados: "Tierra-Madre es evidente. El componente imaginario del símbolo particular es de la misma sustancia, por decir así, que el imaginario global de esta cultura" (Castoriadis: 1993:48).

La visión moderna de la institución, que reduce su significación a lo funcional, es una mera proyección de lo que el mundo capitalista quisiera que fuesen sus instituciones, pero que nunca fueron y siguen sin ser, pese al colosal movimiento de racionalización, del todo funcionales. Igual puede decirse de las visiones más recientes que quieren ver en las instituciones únicamente lo simbólico[4].

[4] Sobre esto Castoriadis dice que las concepciones antiguas sobre el origen divino de las instituciones eran, bajo sus envoltorios míticos, mucho más certeras. Así hablaba Sófocles de las leyes divinas"… las leyes más altas, nacidas en el éter celeste, de las que el Olimpo sólo es padre, que no fueron engendradas por la naturaleza mortal de los hombres y que ningún olvido adormecerá jamás, pues en ellas yace un gran dios, que no envejece" -Edipo Rey (ibídem p 49).

El imaginario social del que se originaron las instituciones debió entrecruzarse con lo simbólico, para que la sociedad pudiera reunirse, y con lo económico funcional para poder sobrevivir.

Especificidad y unidad de lo simbólico y orientación y finalidad de lo funcional son piezas irreductibles sin las cuales el imaginario es del todo incomprensible. Igual puede ejemplificarse con el amor como necesidad.

Un sistema meramente funcional es una serie integrada de dispositivos supeditados a la satisfacción de las necesidades de la sociedad o de las personas[5].

Las interpretaciones simbólicas no presentan menos problemas, puesto que la red simbólica que forman las instituciones, suscita preguntas como.

- ¿Por qué este sistema de símbolos y no ningún otro?
- ¿Qué significaciones vinculan los símbolos? ¿A qué sistema de significados remite el sistema de significantes?
- ¿Por qué y cómo consiguen autonomizarse las redes simbólicas? (Castoriadis: 1993:51).

Esto nos remite a las siguientes consideraciones:

Comprender la elección que una sociedad hace de su simbolismo exige que sean superadas las consideraciones formales o, incluso estructurales.

¿Por qué elige un par determinado de oposiciones, más que cualquier otro en el sinnúmero que ofrece la naturaleza?

---

[5] "Decir que una sociedad funciona es un truismo, pero decir que todo en una sociedad funciona es un absurdo" Claude Levi-Strauss. Antropología estructural.1958 Pág.17 Citado por Castoriadis Pág.50.

Capturar el simbolismo de una sociedad, es aprender las significaciones que éste conlleva, las cuales se dan dentro de estructuras significantes sin reducirlas a ellas ni determinarlas.

Las estructuras bipolares mediante las cuales se valoran hechos, remiten a la obsesión de los orígenes que afirman la identidad del ser del grupo que se la plantea. Ante la pregunta ¿Qué es el mundo humano? responden con un mito "*es aquel que somete los elementos naturales a una transformación (aquel en que los alimentos se cuecen) es, en última instancia, una respuesta racional que se da en el imaginario con medios simbólicos"* (Castoriadis: 1993:52).

Los sistemas simbólicos consiguen autonomizarse gracias a la imaginación creadora, inherente al sujeto tanto individual como colectivo, sin la cual la historia es imposible de concebirse. Ya la filosofía clásica alemana había señalado que la imaginación productiva es la que hace posibles todas las síntesis de la subjetividad. "Si algunos filósofos idealistas la asimilaron a la libertad o a la indeterminación se debe a que este hacer se plantea como algo distinto de lo que simplemente existe, y porque lo habitan significaciones que no son ni mero reflejo de lo percibido, ni simple extensión y sublimación de las tendencias de la animalidad, ni tampoco elaboración estrictamente racional de los datos." (Castoriadis: 1993:54)

Lo imaginado o imaginario efectivo se articula cada vez a un sistema de significaciones. Entender la elección que cada sociedad hace de su simbolismo y en particular de su simbolismo institucional, así como los fines a los que subordina la funcionalidad es tarea de la antropología cultural.

Mediante las respuestas a las constantes preguntas sobre ¿qué se es, quiénes somos unos para otros, dónde estamos, qué queremos, qué nos hace falta? la

sociedad define su identidad, su articulación con el mundo, en sus relaciones y los objetos que contiene, sus necesidades y deseos. Sin respuestas a estas preguntas no hay mundo humano, ni sociedad, ni cultura, pues todo se quedaría en un caos indiferenciado, pues ni la realidad ni la racionalidad son capaces de proporcionar una respuesta a estas preguntas.

Ahora bien, no ha de creerse que tales preguntas y respuestas son enunciadas explícita y conscientemente, ni que las respuestas se suceden a las preguntas. La mayoría de las veces, el quehacer social configura como sentido encarnado la respuesta a preguntas que sólo implícitamente se han planteado.

La sociedad cada vez instituye el mundo como mundo suyo, o su mundo con el mundo, suscita un conjunto de significaciones que le sirven de soporte, deferencia y mantiene la cohesión social.

El surgimiento de una significación central reorganiza, redetermina, y reforma una multitud de significaciones sociales ya disponibles, y con ello las altera, condicionando la constitución de otras significaciones y desencadenando lateralmente efectos análogos sobre la casi totalidad de significaciones del sistema considerado. Todo esto es acompañado por transformaciones en los actos y valores de la sociedad, de los individuos y de los objetos sociales que paulatina, progresiva e irretornablemente van ocurriendo sin que nada ni nadie pueda evitarlo habiendo circunstancias que activan, aceleran o atenúan sólo temporalmente este proceso de cambio.

A lo largo de la historia, las sociedades se entregan a una invención permanente de sus propias representaciones globales, ideas-imágenes a través de las cuales se da una identidad, perciben sus divisiones, legitiman su poder o elaboran modelos formadores para sus ciudadanos tales como "el valiente guerrero", el "buen

ciudadano", el "militante comprometido", la "esposa fiel y abnegada", el "buen marido", el "docente excepcional", el "todo un hombre", la "muy mujer", el "trabajador eficiente", el " muy profesional", el "hombre de éxito", el "padre ejemplar, el "decano magnífico" o para esta investigación el "abuelo heroico y arrojado, valiente y arriesgado", pareciera que con solo nombrarlas se remitiera a regiones conocidas para todos, y tal ausencia de definición no hace más que encubrir situaciones embarazosas.

Es más fácil hablar de lo que no existe que de lo que realmente existe, pues lo real apabulla y anonada. Una de las funciones de los imaginarios consiste en la organización y el dominio del tiempo colectivo sobre el plano simbólico. Las utopías conjuran el futuro al recibir y estructurar los sueños y las esperanzas de una sociedad distinta.

Marx, Durkheim y Weber hicieron aportes importantes a la definición del campo sobre los imaginarios sociales que se complementan tanto en sus interrogantes como en las hipótesis que presentan.

Marx insiste en los orígenes de los imaginarios en particular de las ideologías, así como en sus funciones en el enfrentamiento de las clases sociales; Durkheim pone el acento en las correlaciones entre las estructuras sociales y las representaciones colectivas, así como en la cohesión social que éstas asegurarían; Weber da cuenta del problema de las funciones que pertenecerían a lo imaginario en la producción de sentido que los individuos y los grupos sociales dan necesariamente a sus acciones y funda la legitimidad de sus poderes específicos.

Sin embargo, es preciso pensar ¿cómo se desarrolla el acercamiento que los historiadores hacen a lo imaginario? ¿Tienen algo qué ver con los anteriores

lineamientos? ¿Debe la noción de imaginario luchar con otras ya existentes en el instrumental mental de los historiadores?

6.3. LINEAMIENTO HISTÓRICO

La historia de las mentalidades es un producto francés, de la escuela de los *Annales*. Después de haber sido magistralmente mostrada a través de los trabajos sobre Rebeláis y Martín Lutero, ella es explicada en el programa que Lucien Febvre lanzó en la revista en 1941: *Comment reconstituer la vie affective d'autrefois? La sensibilité et l'histoire*, y que retomó después, en 1947, en dos informes: *Pour une histoire des mentalités*: *l'ouvrier de 1830 y Et toujours pour une histoire des mentalités* (p: 371-380). La historia de las mentalidades es también el resultado de una larga lucha por institucionalizar esta visión de la historia durante varias generaciones. Lucha en la cual algunos autores han visto desarrollarse una verdadera hegemonía académica, una guerra de movimiento, una estrategia de comprensión de los procedimientos, de los lenguajes de las ciencias sociales vecinas, de una capacidad notable para tomar los vestidos de los otros y revestir a una vieja dama indígena que se volvió antropófaga.

Es el caso de François Dosse (*L'histoire en Miettes.*1987) o de Coutau-Bégarie (*Le phénomène Nouvelle Histoire. Stratégie et idéologie des nouveaux historiens,* 1983) que dejan un sabor amargo en sus análisis militantes.

Las mentalidades están del lado de la sensibilidad, los imaginarios están del lado del pensamiento. Ciertamente, el pensamiento no está ausente de las mentalidades colectivas, pero este carácter nos permite diferenciar las dos nociones. Las imágenes mentales que componen un imaginado pueden cambiar

más fácilmente que las actitudes mentales que componen una mentalidad. Aquí, imagen y actitud deben distinguirse, porque la primera puede racionalizarse más fácilmente y pasar al mundo de las ideas, de las ideologías. Por el contrario, una actitud mental se arraiga fuertemente en las sensibilidades y resiste más al cambio.

La historia de las mentalidades ha sido, ante todo, el fruto de un espíritu: el de los historiadores de los *Annales*; espíritu abierto a los diálogos, a las innovaciones, a los cambios de dirección, incluso frente a las resistencias. Si el concepto de historia de las mentalidades aparece en los años 40, la noción de mentalidad ya había sido utilizada desde los años 20 en *Los Reyes Taumaturgos* de Marc Bloch (1924) y el *Martín Lutero* de Lucien Febvre (1928). El significado de esta noción, en el seno de los *Annales*, fue presentado por André Burguiére en su artículo "*La notion de mentalité chez Marc Bloch et Lucien Febvre: deux conceptions, deux filiations"*, en la Revue de Synthése en 1983. Burguiére muestra cómo el sentido de mentalidad en la obra de Lucien Febvre "pasa por la conciencia de los hombres, es decir, por las formulaciones conscientes que expresan el pensamiento de un individuo en vez de remitir al sentido implícito de los comportamientos colectivos" (Burguiere: 1983: 340), como sería el caso en la obra de Marc Bloch.

Por su parte, la noción de imaginario parece haber sufrido inflexiones y rodeos en los historiadores que la utilizaron. Si, en efecto, la palabra imaginario no hizo parte del vocabulario de los historiadores fundadores de los *Annales*, hay que reconocer que el sentido tomado hoy por ella, puede encontrarse en el análisis que Bloch hace del poder taumaturgo y el poder real a partir de aquellas creencias enraizadas o las representaciones colectivas que una realeza maravillosa y sagrada, común a toda la Europa Occidental, tuvo entre los siglos XII y XVIII. Del mismo modo, Febvre, en el informe de 1947 mencionado anteriormente, remite

a lo que nosotros entendemos hoy por imaginario, y toma un relato de un obrero de 1830:

> *"…se mueve siempre cómodamente en el mundo que frecuentan los vampiros y toda la fauna fabulosa de la región de Nimes… ve en los acontecimientos más coloridos tanto signos como prodigios. Espera apasionado lo extraordinario, cree en las advertencias misteriosas, cálculos extraños en los que juegan un papel las cifras místicas y otros tantos procesos familiares a su espíritu. Visionario y de ninguna manera observador de lo real, crea espontáneamente mitos: el del Faubourg, el de la Máquina, el del Rico, el del Pueblo, el del Monopolio. Pero no los confronta con los datos concretos de su experiencia. … ¿se nos ocurrirá por fin que aquí hay un gran tema de estudio y toda una historia para crearla de las mentalidades?"*(p: 378-380)

Pero Febvre, a pesar de su gran interés por las novedades y los análisis sociales de vanguardia, no pudo ver lo que Francastel proponía: la dialéctica de lo real y de lo imaginario.

Además, hay que precisar que Charles Morazé publica en 1967 su filosofía de la historia, un libro poco citado: *La Logique de l'histoire*. En 1968, la revista de los *Annales* propone un informe de Pierre Grappin sobre el libro de Morazé, en el cual se menciona el capítulo "*Les Conquétes de l'imaginaire"*. Pierre Grappin cita un párrafo reivindicativo de Morazé. Es una declaración innovadora. Esta es la primera vez que un historiador de los *Annales* argumenta a favor de lo imaginario:

> *"…reconocer el lugar esencial de lo imaginario en la historia, agregar las leyendas a los anales y las obras de arte a los archivos, es iluminar los antiguos milenios oscuros, profundizar en las razones inspiradas por las cronologías: es también, más allá de las estadísticas, hacer el catastro de los campos donde la naturaleza del hombre interviene en estos asuntos, aun cuando ocultándose de sus más aparentes razones"* (1968: 875).

Entre el programa de Morazé y el de Le Goff, veinte años más tarde, hubo un cambio importante en lo referente al lugar de la naturaleza humana en lo imagi-

nario. Morazé duda todavía ante el estructuralismo de la época con conceptos como "las profundidades móviles del ser" o "las pulsaciones elementales del ser", conceptos que siempre serán mal recibidos por el principal historiador de lo imaginario, el autor de El nacimiento del Purgatorio.

Parece que el lento desarrollo de la historia de lo imaginario se apoya -tal vez inconscientemente- por lo menos hasta los años 80, en el principio de la frase de Lucien Febvre en el periódico Le Monde, en 1949, que defiende la "separación de lo real y de lo imaginario como una de las conquistas más meritorias de la razón". Esta idea se ve expresada también en la obra de Morazé, cuando escribe que "las representaciones son traducciones de lo real", es decir, algo que falsea el verdadero conocimiento de la realidad.

A lo anterior se suma que, con la noción de "*instrumental mental*", Lucien Febvre había dotado a los historiadores de herramientas para investigar los elementos racionales y psíquicos, ideas, pensamientos, representaciones, saberes, conocimientos e imágenes, que les permitirían establecer los límites del universo mental de los hombres y las mujeres de la época estudiada. Esta noción de instrumental mental ha sido tan englobante que la de imaginario se vio marginada.

No obstante, el libro de Georges Duby, *Los tres órdenes o el imaginario del feudalismo*, que apareció en 1978, suscita un verdadero interés por lo imaginario en la revista de los *Annales*, que en 1979 publica por primera vez una sección especial titulada *L'imaginaire des sociétés*. Éste es el nacimiento de un nuevo territorio para los historiadores. En 1978, Evelyne Patlagean escribe, en la muy célebre *Encyclopédie de la Nouvelle histoire*, un artículo titulado "*L'histoire de l'imaginaire*", donde dice que:

> "…el terreno de lo imaginario está constituido por el conjunto de representaciones que desbordan el límite planteado por las constataciones de la experiencia y los encadenamientos deductivos que estos autorizan. Es decir, que cada cultura, por lo tanto cada sociedad, hasta cada nivel de una sociedad compleja, tiene su imaginario. En otras palabras, el límite entre lo real y lo imaginario se revela variable, mientras que el territorio atravesado por él [(el Límite)] sigue siendo por el contrario siempre y en todas partes idéntico puesto que no es otra cosa que el campo entero de la experiencia humana de lo más colectivamente social hasta lo más íntimamente personal (249-269)

Esta definición clásica de Evelyne Patlagean resume los elementos principales de la noción de imaginario entre los historiadores: conjunto de representaciones colectivas más o menos conscientes y relativas a cada sociedad.

En la década de los años 70, cuando Fernand Braudel ya no está en la dirección de los *Annales* ni en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, la imaginación como lo proclamó Georges Duby, empezó a formar parte del trabajo del historiador, la objetividad pura se convirtió en una ilusión y la noción de las mentalidades entró definitivamente en el lenguaje corriente de los historiadores. A finales de los años 70, le llegó la hora a lo imaginario en el seno de la comunidad de los historiadores. En 1986, Michel Cazenave realiza para Radio France un programa de entrevistas alrededor de "*Historia e imaginario"*. Cinco historiadores y un antropólogo -Gilbert Durand- se dan cita. Lo imaginario atraviesa entonces los medios de comunicación y una publicación reproduce un texto en el que cada investigador explica su trabajo en relación con lo imaginario. Los historiadores se alejan de una teoría general una vez más. Ahora bien, Gilbert Durand, por el contrario, proclama las "*Leyes de lo Imaginario"* (137)

La noción que se ha analizado ha conocido varios desplazamientos en la investigación histórica en Francia. Desde su contexto originario en el seno de la

historia del arte y de la literatura, significando las obras artísticas y literarias, pasó a la historia en sentido estricto, a definir los sistemas ideológicos, como lo atestigua el libro de Georges Duby sobre el imaginario del feudalismo. Luego, cubre el campo de los fenómenos religiosos, tales como las creencias, mitos e imágenes del más allá, éste es el caso del trabajo de Jaques Le Goff, *El nacimiento del Purgatorio*, y del libro de Jean-Claude Schmitt, *Les Revenants*. Además, lo imaginario es estudiado en los fenómenos políticos de colonización, revolución y nacionalismo. Por ejemplo, Serge Gruzinski, *La Colonización de lo imaginario (*1995); Maurice Agulhon, *Marianne au Pouvoír* (1989); François Furet, *La Revolution en debat* (1981). Actualmente, el imaginario es estudiado frecuentemente como representación social, como memoria colectiva o como ideología, a menudo sin hacer el esfuerzo de definirlo como lo ha hecho Jacques Le Goff en el prefacio de su libro *El imaginario medieval* (1991:VIII).

En lo que se refiere a los historiadores, es conveniente anotar todo lo que la característica de cambio y de relatividad de los imaginarios está presente a través de las épocas. A pesar de los diversos usos que los historiadores han hecho de la noción de imaginario, una constante los une: "*lo imaginario nutre y hace actuar al hombre. Es un fenómeno colectivo, social, histórico. Una historia sin lo imaginario, es una historia mutilada, descarnada"*. En efecto, el famoso aforismo: *el hombre es siempre el hombre*, suena extraño a los historiadores, la idea de un Imaginario igual para todas las sociedades es pues impensable en este lineamiento.

Así, pues, la posición de los historiadores respecto al imaginario sigue siendo muy similar a la que adoptaron con respecto a la noción de mentalidades. Le Goff concluye así su corto ensayo de definición de la noción de imaginario:

> *"Así como la palabra mentalidad, la palabra imaginario se despliega con una cierta vaguedad que le confiere una parte de su valor epistemológico, porque permite así afrontar las fronteras y escapar a los*

> *encierros. Este es un concepto liberador, una herramienta que abre puertas y ventanas y hace desembocar a otras realidades enmascaradas por etiquetas convencionales de las divisiones Perezosas de la historia. Pero que no se lo mezcle, como se hizo con mentalidad, con todas las salsas; que no se convierta en la panacea explicativa de la historia, cuya complejidad escapa a toda causalidad única; y que su vaguedad heurística no se desvíe de la pertinencia necesaria de su empleo"* (p: XXIII)

Parece que, entre las épocas históricas de Occidente, la Edad Media propone mayor cantidad de estudios sobre lo imaginario. Jean-Claude Schmitt, relacionado con el Grupo de Antropología histórica del Occidente medieval, dirige un curso sobre "*Imágenes e imaginario en la sociedad medieval"* en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales en París. Además, Schmitt (1996) en su artículo "*Imago: de l'image a I'imaginaire"*, formula una aproximación a lo imaginario a través de "*los papeles que estas imágenes -psíquicas, de la memoria, mentales, lingüísticas, materiales, etc.- han podido jugar, las unas con relación a las otras, en el funcionamiento y las transformaciones de la sociedad medieval*" (:29). He aquí, no solamente funcionamiento, sino también transformación. Para Schmitt, un imaginario es un conjunto de imágenes, relativas a la sociedad estudiada, donde la trama de la historia se despliega normalmente en la larga duración. En el caso de la Edad Media europea, "*en la larga duración de la cultura cristiana, de su imaginario y de sus imágenes"* (:36)

De esta manera, hemos querido revelar los procesos de definición de la noción de imaginario en las investigaciones históricas que, por otra parte, se rehacen todos los días gracias al descubrimiento de nuevos instrumentos conceptuales. A pesar de la resistencia de los historiadores franceses a la teoría y a la filosofía, no pueden quedarse sin ellas. Lo imaginario, un concepto, una noción venida de otras disciplinas, pudo finalmente fructificar entre los historiadores y representa un interesante campo de investigación y de análisis del mundo.

La tendencia actual es la de cimentar, contra la devaluación en boga, la importancia de lo imaginario en la cultura (Duran, 1981), pues sin imaginario es incomprensible la sociedad y el hombre. Para decirlo con Castoriadis, la institución histórico social es aquella en y por lo cual se manifiesta en el imaginario social. Esta institución es institución de un magma de significaciones, las significaciones imaginarias sociales. El sostén representativo participable de estas significaciones consiste en imágenes o figuras, en el sentido más amplio del término: fonemas, palabras, billetes de banco, geniecillos, estatuas, iglesias, utensilios, uniformes, pinturas corporales, cifras, puestos fronterizos, centauros, sotanas, partituras musicales. Pero también en la totalidad de lo percibido natural, nombrado o nombrable por una sociedad. Las composiciones de imágenes o figuras pueden, a su vez, ser, imágenes o figuras, soportes de significación. Lo imaginario sociales, primordialmente, creación de significaciones y creación de imágenes y figuras que son su soporte. La relación entre la significación y sus soportes (imágenes o figuras) es el único sentido preciso que se puede atribuir al término simbólico, y precisamente con ese sentido se utiliza aquí el término (Castoriadis: 1989:122).

En la construcción del imaginario social se da el siguiente proceso:

- La instauración de una correspondencia entre dos dominios.
- Una iniciativa individual derivada de una motivación también individual, hecha de emociones, cruzada por motivaciones sociales y que encuentra en las creencias del grupo la forma y el contenido de las analogías.
- Una actividad de control y regulación de esta correspondencia efectuada por el grupo y sus creencias. Puesta en lenguaje de transferencia, verbalización que permite la comunicación y la aceptación grupal.

- Aceptación de normas y prácticas sociales por efecto de la interiorización de la creencia en el individuo, y su correspondiente aceptación consensual por el grupo.

Esta serie de actividades es indisolublemente individual y social. Lo imaginario aparece entonces como la expresión de la afirmación, no voluntaria, sino afectiva, de la correspondencia entre la naturaleza y la sociedad. El mito, la leyenda y el sistema entero de relaciones descubiertas entre el cuerpo social y el cuerpo natural, sirven de garantía a cada transferencia particular, a cada imagen. Y cada transferencia, una vez que ha sido propuesta al grupo por uno de sus miembros, viene a reforzar el sistema. Así la creación individual de imágenes, inscribiéndose en una construcción colectiva, aparece como indispensable a la persistencia de esta última, pues "*la psique y lo histórico social son dos expresiones de lo imaginario radical*" (Castoriadis: 1989:178). El mito es la ratificación del vínculo social. Ante el mito, el individuo no es responsable. Del mito no se sospecha, Normalmente se dice: este relato no es mío pero lo he oído en algún lugar. Un mito colectivo, lejos de imponerse a los individuos como una realidad acabada, no puede vivir sin las emociones y las invenciones particulares, que lo consolidan, lo autentican y lo recrean sin cesar (Malrieu: 1971:69). Esta consolidación se da en el proceso de ritualizar la acción individual hasta ser asumida por el grupo. Es la diferencia de un simple adorno, a una imagen cargada de sentido.

El ritual es una fuerza que preserva el recuerdo mediante la repetición incesante de gestos y palabras. El ritual no es simple repetición mecánica indefinida sino que se adapta para que viejas fórmulas sirvan a nuevas necesidades. Inclusive a veces lejos de su relación original. Tal es el caso del entierro del calabazo al final del Carnaval, viene del ritual de la fertilización de la tierra en los ritos indígenas.

El ritual también tiene un efecto sanador. El rito crea zonas mágicas de afirmación mutua. Los gestos del ritual son vinculantes.

El ritual es una de las formas en que los oprimidos pueden responder a las ofensas y al desprecio que sufren en la sociedad, y, en general, los rituales pueden hacer soportables los sinsabores de la vida y de la muerte. El ritual constituye la forma social mediante la que los seres humanos tratan de enfrentarse al rechazo como agentes activos y no como víctimas pasivas. La civilización occidental ha tenido una relación ambivalente con estos poderes del ritual. La razón y la ciencia parecían prometer la victoria sobre el sufrimiento humano, en lugar de limitarse a afrontarlo, como hace el ritual. Al tipo de ritual que ha configurado nuestra cultura le han parecido sospechosos los fundamentos del ritual, sus metonimias y metáforas en el espacio, y sus prácticas corporales, que no son susceptibles de justificación o explicación (Sennett: 1991:86).

El ritual no se utiliza para investigar y debatir lo desconocido e invisible. No es una herramienta que se manipula, para explotar las diferentes posibilidades y resultados, como podría hacerse con un experimento científico. Tampoco se puede asemejar a una obra de arte, cuyos materiales son explotados conscientemente para causar el mayor efecto posible. La esencia del rito es penetrar en lo que existe y que parece exterior (Sennett: 1991:87). El ritual es el conjunto de acciones individuales y sociales que ratifican los hechos cotidianos, pues desde la sacralidad conforman la cultura. En el ritual "*la intención es encauzar las fuerzas y conocimientos básicos con una finalidad específica, y el método más eficaz para ello consiste en la repetición precisa de un número determinado de acciones, con los que se puede llegar a crear energía o nuevos conocimientos"*. El ritual es un mito vivido y su valor reside en la regularidad de los comportamientos y de las acciones que motiva. Se podría decir que para que la vida se transforme, es necesario que las culturas

repitan, con ciertas variaciones, lo que han hecho a través del tiempo. La cultura transforma la realidad con el rito continuado, por lo que es una práctica que activa las acciones de la vida, por lo que el rito, aunque comunica o se relaciona con conceptos, no se centra en esa función. Más bien, cumple funciones como la de unir a los miembros de un grupo social para resolver algún problema vital, lo que hace que el rito medie, no sólo con lo sagrado, sino también entre los componentes del grupo.

Por eso, el rito exige la participación, aspecto que lo diferencia de la acción teatral (Araque: 1998). "*La participación hace que las cosas parezcan"* que se revelen. Los rituales totémicos y los ritos de iniciación de las comunidades primitivas siguen este proceso: cuando el chaman induce la alucinación del iniciado por la planta sagrada, en la alucinación, el iniciado confirma que los relatos de los ancianos son ciertos porque él los ve, se le revelan (Malrieu: 1971, Furst: 1982). En el Carnaval de Riosucio, las procesiones, las ceremonias de recepción y despido del diablo, los conjuros, la literatura matachinesca, las cuadrillas, los disfraces y la danza cumplen esta función ritual.

Blair (1999:73). en referencia a Baczko (1991), define los imaginarios sociales como "*el conjunto de representaciones colectivas desde donde mejor pueden aprehenderse los modos colectivos de imaginar lo social"* estructuran los aspectos afectivos de la vida colectiva por medio de una red de significaciones, es decir, de una producción colectiva de sentido, que da cohesión a los grupos sociales, pues, al proveer un sistema de interpretaciones y de valoraciones, provoca una adhesión afectiva, capaz de moldear las conductas o inspirar la acción. Esta ausencia de producción colectiva de sentido explica que los tiempos de crisis sean "*tiempos calientes"* (Baczko, 1991), en la producción de imaginarios sociales por la interpretación que pretende dársele a los acontecimientos que se precipitan. En estas situaciones,

como lo afirma Baczko, hay un clima afectivo, engendrado por la crisis, impulsos de miedos y esperanzas que alimentan la producción de imaginarios sociales.

Partiendo de estas reflexiones, intentaré, pensar el problema de la identidad paisa formada en el territorio que se forjó en el proceso de colonización antioqueña mostrando cómo los imaginarios sociales, tradicionalmente asumidos como ilusorios o falsos, no son otra cosa que esa interpretación colectiva de sentido, imprescindible a la vida social y que juega en las prácticas de los actores por la vía de las significaciones (la búsqueda de sentido) y de la movilización afectiva que produce prácticas sociales.

A pesar de la complejidad que implica analizar una problemática en plena ebullición, tal como el fenómeno de las representaciones sociales o colectivas, de los imaginarios sociales, pretendemos mostrar que el proceso de colonización antioqueña es un fenómeno de representaciones colectivas, de imaginarios sociales que se construyeron y aún se forman cuando se revisa esta historia del siglo XIX y principios del XX.

Ahora bien, una de las funciones de los imaginarios sociales es el manejo - en el plano simbólico- del tiempo colectivo. Ellos intervienen en la construcción de memorias y futuros colectivos.

Dos procesos históricos corroboran que la identidad paisa ha sido un componente de nuestra identidad como Nación: el primero, por la vía de la exclusión a muerte del otro, y el segundo es la constitución de la nacionalidad colombiana y la imbricación de la guerra con la política. El primero, tiene que ver con los universos simbólicos acotados por la Iglesia y los partidos políticos como los dos pilares de construcción de la Nación, en medio de una confrontación donde *el otro* es el enemigo.

Nos interesa, mostrar cómo la identidad paisa se constituye, a partir de un mecanismo: de la exclusión a muerte del adversario (los caucanos), es decir, la imposibilidad de aceptar la diferencia en el marco de estos dos pilares fundamentales: Cristianos vs. Ateos, masones y comunistas, liberales vs. Godos reaccionarios. En cualquier caso, el otro era el enemigo del empuje paisa, recientemente constituido. El segundo proceso es el que podemos calificar, como de pervivencia histórica en el país de la imbricación de la violencia con la política. Siguiendo a los historiadores, es fácil concluir que la historia colombiana es, en buena medida, la historia de los diversos tipos de combinación entre la guerra. La religión y la política.

Con base en estos referentes históricos, intento mostrar cómo los paisas fueron construyendo un nuevo proceso de identidad con mezcla de violencia, con referentes incubados en la lógica de un proceso de construcción de pueblos fronterizos, apropiación de tierras de resguardos, un lucrativo negocios sobre las tierras para la fundación de nuevas poblaciones y el manejo de la llegada de colonos y campesinos en el Viejo Caldas, en un enfrentamiento encarnizado con los caucanos.

Estos motivos inhiben casi cualquier posibilidad de construir nuevas formas de relación con el otro, y esta inhabilidad para construir sociabilidades se evidencia en sus efectos sobre la sociedad. Ambos procesos se constituyen en el alimento que nutre las representaciones sociales en el país, la memoria colectiva de los colombianos y que por ese extraño juego, propio de la inercia de los sistemas de representación, une memorias y esperanzas colectivas.

Hoy, por el contrario, nuevas corrientes teóricas reconocen la producción de representaciones sociales, colectivas, y su presencia en la dinámica de la vida social. Con la introducción de esta reflexión en el análisis de los procesos

sociales, lo imaginario ha dejado el campo de las artes y la poesía y ha incursionado en el ámbito de lo serio, de lo real (Baczko: 1991).

A pesar de lo problemático que resulta un estudio con categorías analíticas en plena ebullición, como es el dominio de los imaginarios sociales, hay algunos acuerdos que pueden servirnos para pensar el problema de las significaciones simbólicas, su relación con las representaciones sociales y culturales y su inmenso impacto sobre las prácticas de los actores, y en segundo lugar para poner en evidencia el contenido cultural de ciertos símbolos generalmente extendidos al conjunto de una sociedad, su capacidad movilizadora, así como algunos de los procesos mentales que intervienen en su producción.

Como lo plantea Baczko, es el concepto de imaginarios sociales el que mejor define estas categorías de representaciones colectivas, ideas-imágenes de la sociedad global. Es, probablemente, a partir de ellas donde mejor pueden comprenderse los modos colectivos de imaginar lo social. Para quienes han incursionado en el tema, no hay duda de que los imaginarios sociales -a través de una compleja red de símbolos- intervienen en distintas esferas de la vida individual y colectiva. La constatación más importante al respecto es que al tratarse de un sistema de interpretaciones y valoraciones provoca una adhesión afectiva capaz de moldear las conductas o inspirar la acción.

Así, el dispositivo imaginario provoca la adhesión a un sistema de valores e interviene eficazmente en el proceso de su interiorización por los individuos, moldea las conductas, cautiva las energías y, llegado el caso, conduce a los individuos a una acción común. En efecto, a lo largo de la historia, las sociedades se entregan a una invención permanente de representaciones, ideas-imágenes a través de las cuales se dan una identidad, perciben sus divisiones, legitiman su poder y elaboran modelos formadores para sus ciudadanos. Estas

representaciones de la realidad social -y no sus simples reflejos- son inventadas y elaboradas con materiales del caudal simbólico de la sociedad y tienen una realidad específica que reside en su misma existencia, en su impacto variable sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos, en las múltiples funciones que ejercen en la vida social.

Por esto, los momentos de crisis son tiempos calientes en la producción de imaginarios sociales, fundamentalmente, por el nivel de significaciones que intenta dársele a los acontecimientos que se precipitan. Hay un clima afectivo engendrado por la crisis, impulsos de miedos y esperanzas que alimentan la producción de imaginarios sociales. Y esos conflictos precisan posibilidades simbólicas, aunque no sean imágenes exaltantes y magnificadas de los objetivos. Que sean imágenes magnificadas y sólo raramente se cumplan no le quita nada a las funciones decididamente reales de esos escenarios imaginarios.

Por otra parte, la idealización -mecanismo presente en la producción reproducción de estos imaginarios- es un proceso que opera por medio de imágenes y toma elementos del pasado aislándolos del conjunto, de la totalidad articulada y confiriéndoles un valor de emblemas (símbolos) como si en ellas se condensara todo el sentido. Este mecanismo ayuda a explicar que, en efecto, en "*las mentalidades, la mitología de un acontecimiento cuente más que el acontecimiento mismo"* (Baczko, 1991).

El peso, pues, de esas representaciones sociales, de estas ideas-imágenes en las prácticas colectivas, está dado por la capacidad de movilización afectiva que induce a la acción. La manera como funciona en los actores sociales la adhesión a estas ideas-imágenes, como se produce el proceso de introyección de creencias y valores, es un problema mayor que no podemos resolver aquí. Lo que nos interesa destacar, en un primer momento, es esa implicación afectiva de los

sujetos con respecto a ciertos símbolos, a ciertos imaginarios sociales y su consiguiente capacidad movilizadora que produce prácticas sociales marcadas por una serie de componentes emocionales o valoraciones afectivas legitimados a través de procesos colectivos de significación o, lo que es lo mismo, de una producción colectiva de sentido.

Muchos procesos, individuales y colectivos, intervienen en la producción y en la capacidad de movilización de una representación social, de un imaginario social, pues, más allá de la validez objetiva de lo que se representa, juega la interpretación subjetiva de la representación, su significación. En otras palabras, se trata de una producción de sentido donde, intervienen a modo de procesos mediadores recursos psíquicos y culturales como identificarse, diferenciar, legitimar, racionalizar, atribuir.

Estos recursos no sólo intervienen como procesos de la vida individual, pues a través de ellos se estructuran los aspectos afectivos de la vida colectiva por medio de una red de significaciones (Baczko, 1991). Esto obliga a considerar el peso de esa otra lógica, en la cual se desarrollan los procesos, en las prácticas sociales. Ella es, en efecto, uno de los elementos que se juega en la vida social, en la dinámica de los conflictos, sobre todo en una sociedad en crisis cuando se han deteriorado los referentes simbólico-normativos y se intenta dar una re-significación a los acontecimientos.

Ahora bien, las formas de sociabilidad por medio de la difusión, la circulación, la inculcación de ideas, valores y creencias son los mecanismos, por excelencia, de producción y reproducción de esos imaginarios. Ellas actúan a modo de vasos comunicantes entre los individuos y los grupos.

Otro aspecto fundamental en este trabajo, tiene que ver con la manera como intervienen los imaginarios en el manejo del tiempo colectivo. Se trata del peso enorme que tiene el pasado en la re-significación que intenta dársele a los nuevos acontecimientos. Es un complejo proceso donde intervienen -en el plano simbólico- las identidades perdidas y las nuevas que intentan estructurarse. Un juego "*entre un futuro con sueños y esperanzas de una sociedad distinta y la memoria colectiva"*, pues, designar una identidad colectiva es conservar y modelar los recuerdos pasados, así como proyectar hacia el futuro sus temores y sus esperanzas (Baczko, 1991).

La imaginación social y los sistemas simbólicos con los cuales ella trabaja se construyen sobre las experiencias, y también sobre los deseos. Un espacio en el que se cruzan las inercias históricas sobre las que se afirman las conductas y los comportamientos de los hombres con las esperanzas de futuro, que no son más que las referencias específicas del sistema simbólico de toda colectividad. Como lo pone en evidencia la psicología colectiva, la colectividad necesita continuidad, de modo que las experiencias que se van sucediendo, unas a otras, también se articulan una con otra para que la colectividad pueda comprender que ella es el sujeto de experiencias anteriores, sujeto de sí misma, a lo cual se le llama identidad.

La colectividad necesita un pasado para asegurase de que es la misma de siempre y luego poder interesarse en hacer algo para el futuro. Proceso en el que tienen enorme peso los imaginados, pues, la memoria es mejor que cualquier fenómeno psíquico, una creación. Los recuerdos no se encuentran, se construyen, y es aquí donde intervienen los imaginarios, en la creación de estas memorias.

En la construcción de la continuidad necesaria a la colectividad, de la base para su trayecto, la memoria colectiva es un proceso creativo, imaginativo, donde los

recuerdos se inventan. Se trata de crear el pasado para incorporarlo al presente de la colectividad, y de buscarle sentido y justificaciones al futuro, esto es interesante y significa que la memoria no se recupera, como dicen en los trabajos de narrativas, sino que se activan, se construye. Una colectividad se da una memoria para proyectarse.

Ahora bien, la creación de la identidad del paisa en este territorio es una trama continua de la historia. Y es en este juego complejo, entre pasados, presentes y futuros, donde ella interviene como referente inscrito en la memoria colectiva de los paisas. La sociedad paisa en el viejo Caldas ha construido sus imaginarios en la diferencia, ha nutrido a partir de ella sus representaciones y con ello ha magnificado la separación política-cultural con respecto a Antioquia.

6.4. DEL IMAGINARIO Y LA MATRIZ IDENTITARIA

Ya se ha hablado del sentido de lo imaginario en relación con el análisis de Moreno (1991), donde se puede distinguir una compleja problemática de las identidades colectivas a los sistemas identitarios y a las identificaciones colectivas. Esta distinción permite entender que las identificaciones colectivas no son arbitrarias por lo cual se hace necesario captar las articulaciones específicas que se producen entre ambos. A la vez, la propuesta teórico-metodológica que hace relación a tres variables estructurales conjugan la matriz identitaria, como es "*la etnicidad, la cultura del trabajo e identidad de sexo-género, las cuales componen la trilogía estructurante de las identidades colectivas. Cada uno de los tres NOSOTROS que cada uno de ellos conforma la conciencia de los sujetos sociales tanto más cuanto las situaciones sean más fuertemente contrastadas y jerárquicas con los respectivos ELLOS"* (Moreno: 1994:139).

Además, el imaginario ha de ser asociado al concepto de cultura del trabajo, para entender "*las prácticas sociales de los distintos colectivos a partir del análisis del conjunto de procesos de trabajo y de producción de conciencia que de ella se genera"* (Palenzuela: 1995:22).

Un modo de abordar el ejercicio de identificación de un "nosotros" y su diferenciación con un "otro" es a partir de su autoimagen (la imagen que un grupo humano posee de sí mismo), frente a la heteroimagen (la imagen que tiene de otros grupos), y la exoimagen (la que cree que otros grupos le asignan). En la configuración de las imágenes del "nosotros" y de los "otros" juegan procesos de categorización social y fenómenos de estereotipación.

Por lo general, detrás de una representación imaginaria colectiva, se genera un proceso de categorización que constituye un desarrollo cognitivo mediante el cual damos trámite a un enfrentamiento colectivo del mundo y a las formas en que se definen los nosotros y se diferencian de los otros. Las categorías derivadas de dicho proceso nos permiten ponerle nombres a las cosas, clasificarlas, adjetivarlas, organizan el pensamiento y estructuran la experiencia de la realidad. Se trata de categorías construidas socialmente que implican códigos compartidos y significados de uso colectivo y *"es a través de la experiencia social cotidiana, por medio de intercambios recíprocos, que incorporamos y aprendemos aquellas pautas que determinan y orientan nuestras formas de ver y entender la vida. De ellas se derivan actitudes, valores, creencias y prejuicios"* DÁdamo, García Beadoux: 1995:155

Esto último es importante tenerlo en cuenta dentro de la discusión, ya que en la teoría de las culturas del trabajo, hay una propuesta interesante de Bañares (1994) en relación con la necesidad de clasificar la vinculación del hombre con su trabajo, no con el producto, no con el precio o reconocimiento. Es decir "*si el hombre ha de quedar incluido en todo objetivo de acción, es justamente porque todo objetivo debe*

incluir la autorrealización, la planificación del hombre. El hombre no es algo ya acabado: su esencia no es más que una potencialidad de desarrollo. La esencia del hombre, es, por así decirlo, la línea que señala el sentido de ese desarrollo. Y tal desarrollo se realiza en la mayoría de los hombres por virtud, fundamentalmente, del trabajo" (Llanos citado por Bañares: 1994: 215-250).

Para Bañares, con estos presupuestos se ve la importancia de que trabajar para alcanzar algo hace de mediador para crear redes entre los miembros de un grupo, el trabajo, motiva el diálogo productivo con acciones que tienen sentido, que son concretas, que otorgan identidad cuando se hacen por amor (Alvira, citado por Bañares. 1994: 215-250).

De esta manera, es posible comprender que hablar de cultura del trabajo supone hablar del trabajo como factor de cultivo, y como medio de socialización. Cuando el criterio de valoración deja de ser el éxito - ganar o perder -, se parte de que la actividad de la persona, no la perfecciona por el logro obtenido, sino por la actualización de sus capacidades -en el esfuerzo- por lograrlo. Esto imponer una interesante visión del trabajo.

Por otra parte, el sentido que formaliza el imaginario, que (Sánchez:1996:150-152)describe como la sabiduría de las generaciones, es donde se conjugan los valores, creencias y modelos socioculturales de acción creados en el pasado, que perviven en estado virtual, dispuestos para una permanente relectura creadora de futuros esquemas de vida social.

Es la fuente de recursos ideales que las sociedades pueden emplear en la estipulación de su propia inventiva. Puede suministrar en el proceso de creación de la sociedad los recuerdos de esquemas de conducta, de figuras sociales emblemáticas (héroes, líderes carismáticos, santos o profetas), de instituciones

políticas (monarquía, democracia), de imágenes de sociedades referenciales (Grecia, Roma); suministra símbolos e imágenes propiciadores de una identidad colectiva, a través de las cuales se organizan y se consolidan las lealtades primordiales con la Nación, la Comunidad, el Partido Político, la Tribu.

El imaginario conserva todo tipo de tradiciones nacionales, himnos, banderas, emblemas, mitologistas y rituales públicos que hacen de la identidad presente un cuerpo moral y vivo. Es común la búsqueda del pasado originario o mitológico para fortalecer la cohesión de un grupo en torno a un proyecto común cuyo principio se pierde en un tiempo sin tiempo, participado por la carga numinosa de los antepasados. A la vez, es una vía de escape ante las insatisfacciones y frustraciones que emanan del presente. Su presentación en la sociedad se visualiza, según Mircea Eliade (1985:78), en el medio cinematográfico entendido como *"fábrica de sueños"* que vuelve a acoger en su imaginería a figuras como el héroe, el monstruo, los combates y las pruebas iniciásticas.

La creación de imaginarios está sustentada en la administración del tiempo en la cual se condicionar el futuro con experiencias pasadas. La angustia ante el futuro, sobre todo en procesos de desarraigo como los de las tres etnias participantes en la construcción de Riosucio, exige la presencia de sucesos temporales que garanticen de alguna manera la permanencia y el éxito. Se crean así situaciones temporales fuera del tiempo histórico. "... *la relación del tiempo identitario (el del calendario) y el tiempo de la significación (el tiempo imaginario) no es la misma"* (Castoriadis: 1989:75).

La creación temporal del carnaval no tiene relación con ninguna cronología establecida, como no sea la repetición del evento primero cada año y luego cada dos años. Lejos estamos de la transferencia de ciclos naturales o cósmicos. Ninguna relación existe ni con estaciones, ni con ciclos de cosecha o de siembra.

El que esté cerca del año nuevo sólo tiene relación con la posibilidad de celebrar la fiesta en la circunstancia de una celebración religiosa aceptada por los dominadores, la fiesta de los reyes.

Hay un tiempo identitario y un tiempo imaginario: "*El tiempo instituido como identitario es el tiempo como tiempo de referencia o tiempo-referencia y tiempo de las referencias. El tiempo instituido como imaginario (socialmente imaginario, se entiende) es el tiempo de la significación, o tiempo significativo. El tiempo instituido como tiempo de la significación, tiempo significativo o tiempo imaginario (social) mantiene con el tiempo identitario la relación de inherencia recíproca o de implicación circular".* Los ciclos diarios o anuales, primavera o verano, han sido meros hitos en el desarrollo del año, siempre han estado entretejidos con un complejo de significaciones míticas o religiosas (Castoriadis: 1989:74).

Para librarse de la angustia que produce la incertidumbre, se efectúa el simulacro de que se cumple lo deseado. De nuevo, el diablo, con su reaparición cíclica, garantiza que se dé la permanencia por medio de la institución explícita del tiempo como "*ciclo de repeticiones, escindido por la recurrencia de acontecimientos naturales llenos de significaciones imaginarias o de rituales importantes"* (Castoriadis: 1989:75). Aunque estemos lejos de la resurrección del Dionisio griego, cumple el mismo papel significante: puede haber muchos cambios, pero su retomo garantiza la continuidad del grupo. Se reciben de su presencia, fuerzas renovadas para enfrentar el futuro y no permitir que el pasado desaparezca del todo. La creación temporal permite el arraigo.

El desarraigo, la incertidumbre, el sentirse impotentes o arrojados de un paraíso mítico, el impulso de conservar la vida o la especie, el amor, la enfermedad o la muerte, cualquier tipo de angustia que acongoja la vida del hombre, cualquier situación límite a la que se enfrente, encuentran su apaciguamiento en el mundo

cerrado y armónico del mito. El mito institucionaliza las relaciones fuera del tiempo. La modernidad creyó darle todas las soluciones al hombre por medio de la respuesta instrumental y lógico racional, rechazó (desde Bacon en su crítica a los ídolos) todo tipo de relación con el mundo que no fuera la científico / lógico-matemática.

Desarrollos posteriores convirtieron al hombre en factor de producción y pretendieron darle calidad de vida completa por la realización en el trabajo, pero lograron sólo producir un hombre fragmentado, desterritorializado, escindido (Noguera: 1998:153).

6.5. POR UNA DEFINICIÓN DE LO IMAGINARIO

Un imaginario, es un conjunto real y complejo de imágenes mentales, independientes de los criterios científicos de verdad, y producidas en una sociedad a partir de herencias, creaciones y transferencias relativamente conscientes, que funcionan de diversas maneras en una época determinada y que se transforman en gran variedad de ritmos. Este conjunto de imágenes mentales sirve para las producciones estéticas, éticas, políticas, y científicas y de diferentes formas de memoria colectiva y de prácticas sociales para sobrevivir y transmitirse.

Esta definición contiene varios elementos que conviene profundizar. En nuestro concepto, todos ellos son esenciales. En primer lugar, preferimos hablar de imaginarios, en plural, en vez de imaginario. Lo imaginario como objeto filosófico y teórico permanece siempre en el fondo del problema pero, unos imaginarios sociales significan algo más preciso, porque pueden ser fechados y

objeto de conocimiento en el curso de los tiempos históricos. Por lo tanto, siempre son sociales, es decir colectivos.

De la misma manera como se han pensado las biografías, la vida de un individuo en relación con la época en la que vive -es el caso de los trabajos históricos de Lucien Febvre sobre Martín Lutero y François Rabelais- debemos insertar los imaginarios de un individuo, descifrables en sus producciones, en el contexto general de su tiempo. Por esto, el imaginario de un hombre concreto es una historia posible, pero será una buena historia a condición de que sea puesta en relación con los otros hombres de su sociedad.

Un imaginario es también un conjunto, es decir, el resultado de varios elementos que se ponen en relación. Estas relaciones son recíprocas y pueden formar en un momento dado una estructura, un sistema. Este conjunto es también real. Tiene una existencia tan real como las cosas materiales, en la medida en que puede intervenir sobre los comportamientos y las sensibilidades. Esta realidad no tiene nada que ver con los contenidos de los imaginarios. Es un nivel diferente de realidad del que busca el espíritu racionalista tradicional que se constituyó en Occidente desde las revoluciones científicas del siglo XVI.

Este conjunto también es complejo. Las relaciones entre los elementos no se perciben fácilmente ni son unidireccionales. La interpretación de estas relaciones puede exigir un gran esfuerzo de conocimiento y de imaginación. El rigor en el análisis debe ser siempre la regla. Este conjunto puede estar en el centro de otro conjunto englobante.

Este es el desciframiento de las correlaciones entre imaginarios, como bien lo ha dicho Jaques Le Goff, en varias de sus obras en las que ha expresado que las sociedades funcionan según ciertas diversidades. No tenemos sólo una herencia.

No vivimos en una dirección, pues en el interior de un mismo territorio, hay muchos imaginarios. Tomamos de manera general, lo que es aún más verdadero en economía, la conciencia de la complejidad, de la diversidad, somos sociedades complejas y diversas y es necesario encontrar conceptos que den cuenta de esa complejidad, y lo imaginario es un concepto que permite expresarla y estudiarla.

Finalmente, un imaginario es un conjunto de imágenes mentales. La palabra "*imagen"* nos hace pensar en una idea más o menos brumosa, que se defiende mal, que no llega a un alto nivel de racionalización pero que, por otra parte, puede ser muy convincente en el universo mental de un grupo, como los casos de pánicos, miedos colectivos - hay que recordar el libro de Georges Lefebvre, *La Grande Peur* o en movimientos religiosos. Las imágenes mentales serían pues, en un imaginario, su contenido mismo. Las imágenes iconográficas no son en sí elementos de un imaginario. Forman parte de lo que se conoce como la imaginería de las sociedades.

Estas imágenes mentales son independientes de los criterios científicos de verdad. No se discuten. Tienen un status particular de verdad. Se aprueban, por ejemplo, gracias a la convicción, la fe, o la tradición. Las imágenes mentales son válidas en sí mismas. El investigador que trabaja sobre los imaginarios puede mostrar sus funcionamientos, criticar y comparar estos funcionamientos en relación con los funcionamientos de otros conjuntos de representaciones como los producidos gracias a los científicos. De esta manera, se pueden comparar las diferentes explicaciones sobre el origen del universo, entre las cuales se pueden mencionar las de los astrónomos o las de los físicos. Los coloquios internacionales sobre el papel del espíritu en ciencia, imaginario y realidad, lo han confirmado: *"Parece claro que la ciencia del Hombre es, de hecho, la representación que el Hombre se hace del Mundo por medio de su Espíritu"* (Charon: 1985). Por tanto, las

imágenes mentales son todas verdaderas, discuten entre ellas, se autorizan a sí mismas.

Estas imágenes son producidas, son históricas, construidas por los hombres en sociedad, no son ni naturales ni biológicas. Las imágenes arquetípicas que algunos investigadores han defendido están fuera de esta definición. Los arquetipos pueden quitar la particularidad de la producción de las imágenes y crear un cierto artificio para explicar su génesis. Esta producción de imágenes mentales debe tener en cuenta las determinaciones sociales, pero no debe olvidarse que estas determinaciones son también el resultado de la acción de las personas. De esta manera, podemos decir, con Roger Chartier que esta es una forma inédita de historia social y cultural:

> *"… la mirada se ha desviado de la reglas impuestas a sus usos inventivos, de las conductas obligadas a las decisiones permitidas por los recursos propios de cada uno, como por ejemplo su poder social, su potencia económica o su acceso a la información"* (1998: 293).

Las imágenes mentales siempre se producen en una sociedad a partir de diversas fuentes del pasado, o de nuevas condiciones del presente. Obedecen por consiguiente a las herencias y a las creaciones, son el resultado de transferencias y de préstamos. Las generaciones se transmiten los imaginarios en la vida de todos los días. Transferencias que se hacen de maneras relativamente conscientes porque pueden convertirse en discursos, en formas verbales teóricas y aceptadas detrás de las cuales se constituye un imaginario complejo.

Estos conjuntos de imágenes mentales funcionan en las estructuras sociales globales de diversas maneras. Sus funcionamientos son una garantía de supervivencia. No cumplen siempre los mismos roles, pueden justificar las

sociedades, ponerlas en cuestión, darles toques de armonía o de conflicto, proponerles innumerables formas de vida.

Los imaginarios funcionan durante un cierto tiempo, sus funciones pueden renacer aquí y allá, no tiene una lógica necesaria y absoluta, no tienen leyes fijas e invariables. Existen en una época determinada y se trasforman. Su transformación es una cuestión de ritmo.

En el mundo de los imaginarios se emplea toda clase de producciones sociales para sobrevivir y ser transmitidos. Se sirven de mitos y leyendas, de lugares, de memoria, de técnicas de cuerpos, de gestos, así como de toda clase de fenómenos sociales para sobrevivir, para permanecer y perpetuarse. Los imaginarios sociales se difunden, se propagan. Se resisten, como las mentalidades, a los cambios bruscos.

Tenemos ciertamente una definición de lo imaginado, pero sólo es tal vez temporal. Por ahora, creemos que ella puede ser útil para afrontar futuras investigaciones sobre imaginarios concretos en sociedades históricas. Se trata, pues, de un importante instrumento conceptual.

Obviamente, quisiéramos precisar el sentido de algunos términos muy cercanos a los que hemos estudiado y que algunas veces se confunden. Lo imaginario, como conjunto de imágenes visuales o iconográficas, debe llamarse imaginería. Lo imaginario como discurso pragmático ligado a una institución, por ejemplo a un partido político o a un grupo religioso, debe ser llamado ideología.

Lo imaginario como una *manera de reaccionar* en el mundo y en una sociedad dada, debe ser designado por el término mentalidad, noción que forma la encrucijada, la unión, el punto de encuentro de las maneras de pensar, de sentir y de actuar.

Lo imaginado en tanto conjunto de objetos y prácticas metafóricas y alegóricas debe llamarse simbólica. Lo imaginario en tanto que recuerda cosas pasadas, cuentos y narraciones, normalmente orales, debe llamarse memoria colectiva.

Después de estas distinciones puede concluirse que lo imaginario es lo que hemos llamado un conjunto de imágenes mentales, un conjunto que siempre se mueve entre lo consciente y lo inconsciente, que se encuentra del lado del pensamiento ilustrado pero que no se devela completamente, imágenes mentales que se insinúan y que cuando se creen encarnar se llaman identidades, cuando se racionalizan se llaman ideologías, cuando se dibujan o se esculpen son imaginerías, cuando se "*metaforizan"* se vuelven símbolos y cuando se recuentan se convierten en memoria colectiva.

Lo imaginario se expresa en todas partes o mejor hay que saberlo captar, interpretarlo e imaginarlo en cualquier contexto histórico, en la producción intelectual o en toda creación artística y en cualquier obra científica. Se infiltra en las discusiones políticas y en las opiniones públicas. Lo imaginario penetra las prácticas y las sensibilidades individuales o colectivas.

Rescatar el peso enorme de los símbolos y los imaginarios sociales en las prácticas colectivas es un desafío que nos compromete como sujetos y que obliga a las ciencias humanas y sociales a darles el espacio que les ha sido negado.

7. ANTECEDENTES PARA ENTENDER EL IMAGINARIO DE LA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA EN EL VIEJO CALDAS.

En este capítulo, se quiere hacer un breve inventario de una serie de elementos que en cierta forma ya hacen parte de la historiografía oficial y que corresponden en forma al imaginario popular de los numerosos estudios respecto al tema. Se desea mostrar un proceso de elementos con carácter crítico para poder entender y dar cierta forma al tema de investigación como son los imaginarios en correlación con la matriz identitaria para así darle forma e identidad y comprender el sentir y la forma de ser del colonizador paisa.

En la época colonial antioqueña se empezó a gestar un discurso sobre lo que debía ser la Antioquia a partir de las diferencias culturales basado en las diferencias climáticas, económicas y por ende étnicas de los diferentes espacios geográficos que conformaban esa Antioquia.

Ya para el final del siglo diecinueve y principio del veinte, la percepción de la diferencia constituía una especie de mapa imaginario de las elites regionales. Estas distinguían entre las área centrales de colonización como el oriente cercano, suroeste, norte y el área de Medellín y su inmediato entorno y las zonas periféricas como el Uraba, el Magdalena medio, noroeste y el bajo Cauca.

Las áreas de asentamiento central eran marginadas como lugares en donde se reproducía o era acogida una serie de valores como la devoción a la iglesia católica, la disciplina al trabajo, blancura de la piel, legitimidad al orden y la autoridad patriarcal, matrimonio y capitalismo mientras que en las zonas

periféricas eran asociados con comportamientos que subvertían o impedían la reproducción de dichos valores.

La gente de la periferia típicamente era descrita como personas caracterizadas por las prácticas de concubinato o unión libre, la prostitución, la vagancia, la migración estacional, la ausencia de propiedad privada o de asentamientos agrícolas, la disidencia política y la falta de una identificación prioritaria con el culto católico. Además en su condición de aislamiento físico las zonas periféricas típicamente habían sido pobladas por personas oriundas de otras regiones colombianas y no por gente del interior de Antioquia.

A consecuencia de ese patrón demográfico, los pobladores o habitantes de la periferia eran percibidos por las autoridades y la élite antioqueñas y por los habitantes "civilizados" del interior como personas en las cuales no se podría confiar, pues su comportamiento y creencias contrataban con las del ideal cultural promovido por las autoridades y la élite regional.

Más que el reflejo de unas diferencias bien marcadas de apariencia fisiológica o de origen étnico que por lo general no eran tan evidentes, como para distinguir entre los habitantes del interior y los de la periferia, la atribución de diferencias culturales y de características especificas a los habitantes de la periferia se utilizó para construir una ideología del otro que simultáneamente contribuyo a consolidar y reforzar una identidad regional y legitimar la exclusión social política, social y económica de aquellos que parecían desviarse en su comportamiento diario de dicho ideal.[6]

---

[6] WADE, Peter. Race and Class: The Case of South American Blacks. En Etnic and Racial Studies 8 (2) April 1985 Pág. 233-249

El otro se asociaba con la criminalidad, la corrupción, la insubordinación y la pereza, comportamientos que amenazaban la estabilidad de la identidad antioqueña, la autoridad y la prosperidad del territorio central antioqueño. A su vez, la habilidad cultural y la satisfacción de normas de respetabilidad estaban ligadas a los conceptos del medio cultural, la noción de que la raza y la identidad nacional podrían estar aseguradas o ser alterados por el entorno físico, psicológico, climático y moral en que vivían.

En términos espaciales e ideológicos, Medellín y los pueblos dentro de la zona central, cumplían con el criterio de la antioqueñidad, estos eran descritos en el discurso oficial, como por ejemplo lo que se mostraba en la revista PROGRESO[7] como lugares poblados por "gente de raza noble y fuerte, sana, valerosa y trabajadora, cuna de libertadores y héroes"

Los pueblos de la periferia o frontera aledaños a los ríos Cauca, Nare, Nechi, entre otros, eran descritos como lugares insalubres poblados por gente de ascendencia africana, indígena, o forastera(no-antioqueña), considerados desde los días del geógrafo Manuel Uribe Ángel como enfermizos, indolentes y de una naturaleza apasionada e inconstante, de espíritu supersticioso y predispuestos al fetichismo y la anarquía.

La Antioquia central inicio un proceso de construcción de un ideario imaginado que cobro forma y fuerza al iniciar la colonización de la cordillera central y que marco el rumbo de la consagración de un proyecto hegemónico de la antioqueñidad. Construido y desplegado por los líderes políticos y hombres de negocio, basados en jerarquías de diferencias cultural, política y económica, amén de lo social. El acceso a la caridad, la educación, los servicios públicos, la

[7] PROGRESO, Organo de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín No. 11 de 1927 Pág. 294

movilidad social y la participación política y económica estaban condicionados por la aceptación de nociones burguesas que regían el orden social.

Esta elite construyo, disemino y imagino una sociedad blanca (aunque se sabe que la sociedad antioqueña en si es mestiza, pero aprovecharon ciertos movimientos de pequeños grupos de población blanca y pobre que se asentaron por los lados de Marinilla y los incitaron al proceso de colonización) basada en estereotipos.

Ya el investigador norteamericano James Parsons había advertido sobre este fenómeno y reconoció que los antioqueños cometen una herejía etnológica cuando "los habitantes se refiriendo así mismo como la raza antioqueña" e identifican a dicha raza como " blanca" ya que la " Antioquia contemporánea es producto de una mezcla inicial de españoles, indios y esclavos negros". La creencia de los antioqueños de ser miembros de una raza aparte (basada en valores netamente blancos), alego Parsons se encontraba firmemente enraizada en la conciencia popular a pesar de que ya para la década del cuarenta los censos regionales mostraban que la preponderancia de la sangre mixta constituía una flagrante contradicción a la aseveración de que "Antioquia es una provincia de blancos"

Ahora, revisemos que otros elementos han intervenido para entender este proceso de colonización con el Viejo Caldas y que se inicia un proceso de desmitificación de Antioquia, que no fue "la madre sabía ni el padre cuidadoso" es el tema en boga entre los nuevos estudios interesados en el tema de la colonización.

El Departamento de Caldas ha estado ceñido en su discurrir histórico a Antioquia, manteniendo a veces una dependencia que muchos consideran dañina.

En determinados momentos quien dio a luz y alentó su crecimiento no fue "la madre sabia y el padre cuidadoso". Aunque la mayor parte del territorio agregado para crearlo fue del estado del Cauca en 1905, y luego, tres años más tarde, una parte del Tolima (El Oriente) y otra del Chocó (Pueblo Rico). Quedan amojonados para un mejor análisis como puntos de interferencia de los antioqueños han hecho a los caldenses el manejo y discrepancias con la construcción del Ferrocarril de Caldas frente a la prelación de líneas en el territorio antioqueño; el proyecto Hidroeléctrico del o la Miel, el torpedo a la Ley 121 del 59 que ordenó la Vía Sur (por Caldas y Chocó) de la Carretera Panamericana, la alegre y masiva ayuda parlamentaria antioqueña para dividir a Caldas en tres, entre otros puntos de fricción le esperan reposadamente para el escrutinio del investigador y el historiador.

Esa dependencia, originada tras las oleadas sucesivas de los colonos antioqueños a finales del siglo XVIII, todo el siglo XIX y los primeros del XX, tiene al cabo de varias decenas de años de vida administrativa una vida más sutil, con un cordón umbilical le "hace más daño", al decir del historiador caldense Ricardo de los Ríos. Con mirada aquilina se ha restregado a los caldenses el no perseverar en factores de la raza antioqueña presuntamente legada, de un lado, y de mantener, de otro, cierta dependencia que aún ha llegado a cuestionar un posible "espíritu caldense" frente a los paisas, gentilicio que tiene sus diferencias con quienes pueblan estas comarcas. Así, el agudo escritor Ovidio Rincón expresó en el prologo a la obra de la antropóloga manizalita Luisa Fernanda Giraldo que " en varias ocasiones he insistido en un análisis del proceso sociológico, posterior desde luego al avance físico de los antioqueños en nuestras tierras.

La asunción natural de usos, costumbres y pensamientos de los abuelos se ha desarrollado con tanta constancia e intensidad que no hemos logrado, aún, la

independencia mental, económica y ni siquiera hemos logrado crear una fisonomía propia".

7.1. REVISIÓN DE ALGUNOS CONCEPTOS

Este apotegma tiene para Rincón un corolario al advertir que como ha habido un ablandamiento del pueblo antioqueño, por "la feracidad y la abundancia de nuevas tierras, hemos (los caldenses) continuado bajo la tutoría implacable de los abuelos en lo episódico, mientras carecemos del duro criterio del ahorro, la austeridad, el trabajo y la voluntad que son características especiales de los habitantes de suelos pobres". No por duros los criterios del escritor son menos ciertos. Quizás se han requerido varios lustros, el surgir nuevas generaciones con espíritus inquietos, para buscar más la razón de nuestra idiosincrasia, auscultar con rigor todo el proceso de nuestro desarrollo, desde la existencia de los aborígenes, la destrucción que hicieron los españoles aquí y la aparición la fuerte migración antioqueña con su colonización, para desmontar juicios románticos.

Ahora, el proceso de poblamiento de los departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío, y de las estribaciones de las cordilleras Central y Occidental en el departamento del Valle del Cauca, es asociado por la historiografía colombiana a la colonización antioqueña. Dicho planteamiento proviene del modelo de colonización propuesto por James Parsons en su obra La colonización antioqueña en el occidente de Colombia[8]. Este modelo, que tiene hasta la fecha

[8] La obra de Parsons fue publicada originalmente en **1949** por la Universidad de California, con el titulo *The Antioqueño Colonization in Western Colombia.* En Colombia, el libro fue traducido en **1949** por Emilio Robledo y editado en **1950,** con el auspicio de la Dirección Departamental de Educación de Antioquía.

un carácter hegemónico, ha sido y es utilizado como fuente de primera mano por diversos investigadores, y ha guiado y guía los estudios de investigadores regionales y locales, quienes han orientado sus esfuerzos a completar los vacíos dejados por este geógrafo norteamericanos respecto a las rutas de ocupación de los terrenos baldíos, la fundación de los poblados y los conflictos por el control de la tierra.

La única controversia a la obra de Parsons es la discusión en torno a la hipótesis que resalta el carácter igualitario de la colonización antioqueña, planteamiento que origina la versión rosa de este proceso de poblamiento: la conformación de una sociedad democrática de pequeños y medianos propietarios. Esta tesis es rechazada por diversos investigadores, quienes con base en los juicios por la propiedad de terrenos baldíos, en el análisis de los registros de adjudicación de tierras públicas y en el estudio de las compañías colonizadoras, han demostrado la concentración de la tierra en pocas manos[9].

Los estudios que están revisando la preponderancia de los antioqueños en los procesos de colonización de Caldas, Risaralda, Quindío y el Valle del Cauca han empezado a cuestionar en estudios de corte regional y local. Sin embargo, esta literatura, que podemos calificar de revisionista, tiene un carácter ambiguo y marginal, figura en libros y revistas de circulación restringida que no han logrado hacer mella en las grandes explicaciones de la historiografía colombiana. Estos

---

Hasta la fecha, el texto ha sido reeditado en cuatro ocasiones. La tesis que ubica la colonización de los departamentos de Caldas, Quindío, Risaralda y Valle del Cauca en la ruta colonizadora seguida por los antioqueños hacia el sur está planteada en el primer capítulo de la obra, "El Pueblo", pp. **21, 22** y **28,** de la cuarta edición realizada por el Banco de la República y el Áncora Editores en **1997.**

[9] Palacio **(1983);** López Toro **(1970);** Machado **(1988).** Christie *(1986),* p. 36, discute la hipótesis de Parsons sobre la colonización antioqueña, pero considera que sus planteamientos no son una refutación radical de la tesis de la frontera igualitaria.

autores han identificado la presencia de colonos de diferentes regiones del país —Tolima, Huila, Nariño, Cundinamarca, Boyacá, Santander, Antioquia— y destacan los proyectos de colonización estatal y empresarial liderados por las elites del Gran Cauca.

La hegemonía del modelo de colonización propuesto por Parsons es producto de su recepción pasiva y de su aplicación mecánica por parte de los historiadores colombianos. Estos autores han dejado al margen de sus investigaciones la noción que estructura el trabajo de este geógrafo norteamericano: el concepto de frontera; este no es explícito en el texto, figura entre líneas y remite al artículo de Frederick Jackson Turner *The Significance of the Frontier in American History*[10]. El desconocimiento de este concepto y del álgido debate en torno a sus implicaciones limitó y limita la discusión de esta obra a aspectos parciales y orientó y orienta las nuevas investigaciones hacia la consecución de información —datos empíricos— que no permiten el planteamiento de nuevos problemas y el debate de sus correspondientes hipótesis.

El concepto de frontera que fue planteado por Turner estableció la diferencia entre límite y frontera. El primero de estos conceptos designa la línea divisoria entre dos estados; el segundo, es "el límite de las tierras abiertas a la expansión... incluyendo al país habitado por los indios y el margen externo del área colonizada". En un artículo posterior, "La primera frontera oficial de la bahía de Massachusetts" precisa mejor su noción, definiendo la frontera como "una línea móvil que señala el límite de la colonización con la naturaleza salvaje, sin conquistar". Al utilizar el modelo de Turner —en lo referente a la forma como se desarrollo el desplazamiento hacia el oeste y en el significado de este proceso—,

[10] TURNER (1987), pp. 23-60.

Parsons, interesado en estudiar la ocupación de nuevas tierras por parte de los habitantes de Antioquía, olvido u omitió matizarlo para el caso antioqueño. Inconveniente que se refleja en el resultado final del trabajo, una descripción de las rutas seguidas por los colonizadores antioqueños, que se diluye en datos aislados a medida que el flujo colonizador se aleja de los núcleos iníciales, y una tesis sobre el carácter igualitario de este proceso, que no es sustentada con amplitud.

La historiografía colombiana, al aceptar pasivamente y aplicar mecánicamente la propuesta de Parsons, subyacentemente admitió el modelo de Turner y convalidó la idea de un proceso hegemónico, donde los antioqueños fueron y son señalados como los únicos colonizadores de los actuales territorios de los departamentos de Caldas, Risaralda, Quindío y Valle del Cauca. La única alternativa para superar esta hipótesis, y de paso comenzar a derruir el mito de la "colonización antioqueña" es abordar el estudio de estos procesos desde los nuevos conceptos de frontera.

El desarrollo de la teoría de frontera se inició con el debate a la tesis de Turner sobre el igualitarismo. El resultado de esta discusión ha posibilitado la elaboración de nuevos conceptos y tipologías de frontera; asimismo, las investigaciones han abordado procesos acaecidos en América Latina, África, Australia[11].

Las nuevas nociones se distancian de la concepción que define la frontera como un espacio marginal que se incorpora y hacen énfasis en los procesos de interacción social acontecidos en zonas o áreas geográficas ubicadas al margen de los antiguos poblamientos, donde una, dos o más culturas se apropian de un

[11] RAUSCH (1994), pp. 407-452; VARGAS ('993), p. 39; WEBER Y RAUSCH (1994), pp. xiv, xv.

espacio, construyen territorio y estructuran nuevas sociedades. Este cambio de perspectiva exige el planteamiento de nuevos problemas, pues los viejos interrogantes relacionados con las formas de ocupación e incorporación de territorios marginales pierden prioridad ante una serie de preguntas que indagan por los actores sociales que participan en estos procesos.

En este sentido, el debate y la refutación de la tesis de Parsons y de sus seguidores pasan por el estudio de los actores sociales: el Estado, los colonos y los territoriales que participaron en los procesos de frontera acontecidos en las zonas tradicionalmente son asociadas por la historiografía colombiana a la colonización antioqueña.

Casi toda la literatura más importante sobre la colonización ha provenido de Antioquia, por sus historiadores o por extranjeros seducidos por el fenómeno que produjo aquella (seis estadounidenses, tres franceses, dos ingleses, han escrito sobre el tema y el Archivo Historial de Manizales dirigido en 1918 por el santandereano Enrique Otero D'Costa), apoyados en sus cronistas paisas o caldenses (como el Padre Fabo, Luis Londoño), dando siempre una visión de allá para acá, dejando corta una parte del seguimiento de la misma, hasta la aparición de otros investigadores, de esta orilla, que han expresado sus puntos de vista con disentimiento, despojando en ocasiones de la piel de romántica y demócrata a la colonización antioqueña.

Ángulos de ese tipo se vislumbran en la obra de Otto Morales Benítez (Testimonio de un Pueblo), con más severidad y más visión socioeconómica en Antonio García (Geografía Económica de Caldas) y Jaime Jaramillo Uribe (La Historia de Pereira), aunque en la misma Antioquia, Álvaro Tirado Mejía y Jorge Villegas entraban a cuestionar la presunta equidad del reparto de tierras y el favorecimiento al grueso de los colonos, como no lo fue.

Un libro ha sido clave en este asunto, el del historiador caldense José Fernando Ocampo (Dominio de clase en la ciudad colombiana), en que revisa los criterios expuestos sobre la fundación de su ciudad, Manizales, despoja a sus colonizadores de una aureola "altruista y justa", se adentra en las luchas de los latifundistas para conservar su poder frente a los colonos pobres, peones y sirvientes y va delineando otra versión a la que estábamos acostumbrados los manizalitas, más el enorme peso que ha tenido en Caldas, con particularidad en su capital, el café.

Hacia 1972, el libro levantó roncha en las clases dirigentes de la región, lucho más por su enfoque marxista, contraponiéndolo al del sacerdote agustiniano Fabo (Historia de la ciudad de Manizales. 1924), quien sigue lineamientos de los hechos con una percepción sentimental y generosa.

7.2. DESMITIFICACION DE LA COLONIZACIÓN

Otro historiador, en una obra posterior a la de Ocampo, considerada como una de las más importantes sobre la historia del café en nuestro país, Marco Palacios (*El Café en Colombia 1850-1970*), en tres de sus capítulos se refiere a la que llama "fábula" de la citada colonización.

Este planteamiento desmitificador ha quedado ahondado en tres libros que ha editado la Imprenta de Caldas, en su Biblioteca de Autores Caldenses como la de Ricardo de los Ríos Tobón (*Historia del Gran Caldas. Orígenes y colonización hasta 1850. Vol. 1*), la antropóloga Luisa Fernanda Giraldo (*La colonización antioqueña y la Fundación de Manizales*) y del abogado Luis Eduardo Agudelo Ramírez (*Génesis del pueblo caldense*).

Agudelo dedica su ensayo a rescatar a los aborígenes de la región, olvidados por parte de los investigadores como si de repente la historia del Gran Caldas hubiera empezado con la migración antioqueña, dejando en un mar de penuria la cultura Quimbaya, por ejemplo, y al resto de chibchas y caribes que poblaron estos ariscos terruños.

"La historia se ha centrado mucho en Bogotá y en la cultura chibcha", recuerda Agudelo, quien prepara un libro referente a la controvertida tesis del origen judío de los paisas. Se llama el "Semitismo antioqueño" balancea entre la tesis de la procedencia vasca y judía, agregando que no solo es de ambas, pues recuerda que entre las tropas del Mariscal Robledo venían soldados sefarditas, sinus amalgamados con caribes, negros africanos, andaluces y castellanos.

"Hay —anota— una revisión y una historia de la polémica, en la que participó el médico Emilio Robledo; es una tesis (la suya) de comprobación sobre verdaderos documentos históricas y se ubica en el terreno científico".

7.3. LA DESAPARICIÓN DE LOS INDÍGENAS

"*Génesis del pueblo caldense*" husmea entonces en los aborígenes que poblaron la región (21 tribus) y en el período de la conquista con el paso de los españoles Robledo, Belalcázar, Vadillo, Maldonado, Núñez Pedroso y Salinas.

Para Agudelo Ramírez la conquista española capituló aquí (apenas duró 17 años), quedando entonces Caldas como una "selva virgen" y casi desaparecidos sus 100.000 pobladores.

El genocidio aborigen cometido por los españoles en la región fue "alto y espantoso", al decir de la antropóloga Giraldo, rematando Agudelo con que se debe hacer un replanteamiento: destapar la ocultación que se ha hecho de la gran destrucción que hicieron los ibéricos, física y culturalmente, de los aborígenes y colocar en su verdadero sitio dicha cultura, que está subvalorada.

Aunque ese campo no es el más estudiado (las culturas aborígenes de la región), el de la segunda colonización (la de los antioqueños) ha logrado más adeptos para descorrer ciertos velos, sutiles unos y más arraigados otros.

"Mientras Antioquia lograba consolidar su identidad, no nos dejaron a nosotros tenerla. Creo que debemos buscarla, y en ese aspecto la revisión de nuestra historia es fundamental. Para colmo de males, años después los líderes de la región nos pusieron a estudiar la cultura europea y nos enquistamos en el grecolatinismo que derivó hacia el grecoquimbayismo", subraya De los Ríos. Y agrega: "Caldas no le debe nada a Parsons" (el geógrafo) y le censura que este en vez de seguir con el desarrollo del proceso se devuelve, pero no obsta para manifestar que el libro del estadounidense, que apareció en 1949, es fascinante, dejando abiertas muchas puertas.

7.4. LOS TERRATENIENTES BENEFICIADOS

De todas maneras, si no es por la colonización, Antioquia jamás habría levantado cabeza, indica, y recuerda que había mucho desespero, los comerciantes estaban en crisis y se aventuraron en busca de tierras. Después se revitalizaron económicamente en Caldas. Más crítica continua la antropóloga Giraldo quien remata que "no se debe seguir con determinada historia, con una apología de los

fundadores de las ciudades; la colonización falta de sólo fue una solución para Antioquia (que tenía crisis minera, alta demografía, estancamiento) sino para el Estado (por la crisis fiscal) al ampliar la frontera agrícola para comerciantes, logrando concesiones coloniales".

Para ella, se debe acabar con el mito que los enormes beneficiados con la colonización fueron los colonos pobres y sus familias, cuando en verdad lo fueron los terratenientes y comerciantes, generando una enorme especulación de la tierra, sin que se presentara un rompimiento con la tenencia de la tierra colonial, pues los grandes latifundios no fueron afectados.

Ya José Fernando Ocampo había colocado en otro pedestal a los fundadores de Manizales, por ejemplo, desentrañando las manipulaciones, el poder y las influencias de la poderosa Concesión Aránzazu.

7.5. ALGUNAS VERDADES: LA COLONIZACIÓN NO FUE TAN DEMOCRÁTICA

El gran financista de la colonización fue el comerciante que consolidó sus intereses y sacó más ventajas a ese proceso de acumulación de dinero; pasó del dominio de la minería al de la tierra logrando incidencia en la legislación agraria y adquiriendo enorme poder económico y político.

Las oleadas sucesivas de colonos (que se fijan en tres, la de 1785-1810; la 2a. de 1820-1860, y la 3a. a partir de 1870) apoyadas por comerciantes hacia las regiones del Gran Caldas produjeron en cierta forma una revolución típicamente agraria, de desesperados, que tiene hacia el último período una dirección determinada

con capital desde Medellín, pagando peones, como en el caso de los que llegan a Pereira.

Pero no todos los colonos solucionaron sus problemas económicos, solo unos pocos, creándose desde el principio un amplio y profundo zanjón entre los pudientes y los más arrancados, que aún subsiste en nuestra región.

Los mismos conflictos nunca salieron de manos de los concesionarios. Las luchas entre colonos y terratenientes manifiestan la confluencia de diversos intereses que se resolvieron avanzando los colonos pobres, cada vez hacia el sur, mientras que los colonos ricos permanecían en posesión de sus tierras, inquiriendo por los mecanismos políticos que subyacen allí. —Recuerda Giraldo—

Para De los Ríos el aparte de su libro están reflejado en el análisis de las causas remotas y próximas de esa colonización, proceso de condicionamiento mental que traía frente a los grandes latifundistas y el aspecto leguleyo que emerge en momentos decisivos que lo llevan a expresar que "Caldas debe su existencia a los armeños; Arma es la madre de Caldas", cuando uno de sus pobladores, Luis Gómez Salazar, se enfrenta a la vasta capitulación Aránzazu para luchar por la disputa de tierras, aparentemente baldías, pero que al parecer de los colonos, aquella es revivida legalmente.

Pero los tres libros no son, desde luego, la panacea frente a este complejo suceso de la colonización de los antioqueños, sus causas, desarrollo y efectos en un departamento, como Caldas, que nació como cuña política entre los dos grandes estados soberanos de Antioquia y el Gran Cauca.

7.6. LO QUE NO SE PUEDE REHUIR

Por ejemplo, queda por estudiar el aporte del negro africano al desenvolvimiento del Gran Caldas en sus sitios de Supía, Marmato y Arma y el valle del río Risaralda. No se enfatiza en personajes populares como Fermín López, ni en la creación de una nueva arquitectura, distinta a la de los antioqueños, con base en la guadua y el bahareque; ni en la colonización del oriente de Caldas y parte del Tolima, los aspectos políticos militares que llevaron a la fundación, auge y crecimiento de Manizales, la cual, al decir de algunos investigadores no fue tan espontánea. Falta ver también la fuerte migración boyacense, los aspectos genealógicos de la sangre que nos nutre, las características de las poblaciones fundadas por los antioqueños y su similitud con poblaciones de su procedencia, las diferencias sociológicas de los colonos al fundar las tres ciudades más importantes de Caldas, generando ánimos y disposiciones distintas entre armenios, manizaleños y pereiranos que han evolucionado en sentires distintos en sus núcleos sociales.

Solo superficialmente se ha rozado la participación de los caucanos (por eclipse de los antioqueños con su emigración) sobre todo en la región occidental, las rivalidades fuertes entre unos y otros, el desarrollo de la "Sociedad Burila" con sus tejemanejes como propietaria de las tierras quindianas y sus vinculaciones con latifundistas de la recién fundada Manizales.

Y aún la misma fecha con precisión de la fundación de Manizales, que evidentemente fue en 1848, pero que en el decurso de las discusiones está ubicada, para unos en 1849, cuando fue sancionada la providencia que le dio vida. Se ignora el mismo acto de la fundación, cuando desmontaron los colonos la selva y empezaron a trazar calles y repartir terrenos, antes que la ley los

reconociera. Un dislate de esos ha llevado a creer que la ciudad apenas va a cumplir tos 162 años, ahora, cuando ya sobre sus espaldas tiene 163.

Y, desde luego, la dependencia que aún subsiste con Antioquia y su influencia en determinadas áreas geográficas limítrofes, no solo comercial sino cultural, para buscar nuestra propia identidad.

Aunque aparezca reciente, por el hecho de la ley que los separó, en 1966, ya la división de Caldas se vislumbraba desde hacía más de sesenta años. Y que según Fals Borda se debió al apetito burocrático y la representación bipartidista, con efectos prácticamente negatorios para las comunidades locales. Para el mismo autor recalca que este tipo de solución fue puramente política que es inexcusable porque no hubo juego para intereses superiores de índole cívica, y no se resolvieron problemas básicos de las comunidades, hasta el punto que hoy los tres departamentos del Eje Cafetero han tenido que volverse a juntar y fueron los terratenientes y comerciantes, generando una enorme especulación de la tierra, sin que se presentara un rompimiento con la tenencia de la tierra colonial, pues los grandes latifundios no fueron afectados.

Lo anterior es una muestra de los muchos puntos que podía uno dedicarse a ir buscando la madeja para ir desentrañando el hilo y dar una respuesta a cada uno de estos interrogantes.

Lo importante es que para entender todo este maneje consideró necesario investigar o mejor, buscar el o los imaginarios que impulsaron a una gran cantidad de gente a colonizar un amplio territorio que se abandono a partir de 1640. No es mi interés volver a relatar la historia, que ya de por sí ha sido ampliamente estudiada por una gran cantidad de historiadores, economistas,

sociólogos, entre otros. Y que han contribuido a resaltar y crear un mito fantástico y casi mítico que se ha envuelto en una en una especie de epopeya, y donde estas personas de carne y hueso se han convertido en héroes, que la imaginería popular y ciertos grupos de elite han querido darle una aureola fantástica.

De hecho, este trabajo no trata de desvirtuar dicho imaginario propio de la historiografía oficial, sino más bien busca nuevos datos reveladores de nuestros antepasados que de un modo u otro ejercieron un dominio humano repleto de errores, aciertos y flaquezas propias de una época, pero que, sin embargo no han sido muy ventiladas, y más bien se les ha puesto un velo, para que queden de una forma anecdótica y no destruya o disminuya la imagen de héroes que hoy se les reverencian. Por ejemplo:

Primero fundaron pequeñas posadas de camino sin ninguna pretensión mayor que la sobrevivencia, pero el auge del caté hizo de ésta una especie de manáes de las tierras templadas y los sorprendió en la riqueza y la abundancia practicando la gesta de construir sin límites una ciudad (Manizales) que no tenia pasado pero debían forjar por medio de la imaginación.

Está ciudad fue arrasada por el fuego en varias ocasiones, desde las cenizas, esos fundadores se empeñaron en refundar la ciudad y para eso construyeron en su centro ¡La Catedral más grande del mundo! en cemento armado, trayendo en barco desde Baltimore (U.S.A.) cientos de miles de barriles de cemento que llegaban al filo de las montañas en jumentos de estirpe quijotesca. Y, además de la Catedral, que podía verse desde todos los confines de la zona, para que no hubiera duda de la insensatez humana, construyeron centenares de casas enormes sacadas de los álbunes del más variado art-deco poblando las avenidas y las

esquinas con habitaciones de sueño, casi de pastelería parisina, vienesa o Suiza que alternaba sin problemas con las viejas casas de bahareque donde estaban empotrados los baúles llenos de monedas y en cuyos zarzos se oían los pasos y las voces de los muertos en pena.

Ya para la cuarta década de este siglo, el centro de esta ciudad y muchas de las zonas de la periferia se acomodaban con perfección a la gestión de los poetas, que trajeados de negro, con camisas almidonadas, chaleco, bastón y sombreros Stetson recorrían las calles de ese pequeño de París de juguete, dedicados a rumiar sus lecturas o a perorar en griego y latín, convertidos en literarios hasta la indecencia como dijo de sí mismo Porfirio Barba-Jacob y recogido todo esto en palabras de Eduardo García Aguilar (1997).

Existe una amplia bibliografía que relaciona la forma de ser de determinados pueblos con su capacidad para la empresa económica y en particular con la creación del capitalismo. La gran mayoría de los autores que han tratado dicho tema coinciden en una enumeración de los mismos rasgos psicológicos de aquel grupo social que ellos consideran el iniciador del proceso de crecimiento.

Sin embargo, cada uno de estos autores ha escogido como ejemplo pueblos totalmente distintos. Es ya clásica la descripción que Max Weber (1904) hiciera de las sectas protestantes y del ascetismo racionalista que caracteriza a sus adeptos. Otro trabajo interesante es el de Werner Sombart (1911) quien escribió un estudio muy documentado acerca de los judíos y del papel jugado por ellos en el desarrollo del moderno sistema capitalista atribuyendo a los judíos casi las mismas característica sicológica que Weber encontró entre los protestantes.

En respuesta a los trabajos anteriores se han escrito muchas obras que también tuvieron éxito en demostrar que grupos sociales católicos habían sido capaces de

producir en forma autónoma los mismos resultados obtenidos por protestantes y judíos. Se destacan la obra de Pirenne (1914), See (1926), Tawney y Fanfani (1952), entre otros, ofrecen muy buena documentación para demostrar que centros católicos tales como Bélgica, Venecia o Florencia también habían realizado la misma empresa económica y desarrollada tipos humanos semejantes.

La tesis de un ETHOS social que se ha dado en llamar puritano, como condición para el surgimiento del empresario y para el éxito en el desarrollo, se ha ido abriendo paso hasta tal punto que dondequiera que se describe un proceso de industrialización rápido los estudiosos comienzan a descubrir una psicología social basada en los valores del puritanismo, Lo que se puede concluir de esto, es que no se equivocó Max Weber al suministramos la descripción del tipo de personalidad que ha estado asociado al proceso moderno de la industrialización.

Donde aparece el equívoco es en atribuir este tipo de personalidad a determinados dogmas religiosos Porque si hemos de seguir encontrando puritanismo y ética protestante en toda sociedad que encamine por las vías del desarrollo económico tendremos que llegar al fin a plantear el problema en los siguientes términos: ¿No será que todo proceso implica la asunción de ciertos usos de imaginarios que implican una serie de cambios que se reflejan de manera indistinta en la organización social de un pueblo y en sus estructuras fundamentales como la familia, la educación, el trabajo, las relaciones de los grupos, entre otros, y que todo esto influye para que a la vuelta de las generaciones surja míos rasgos altamente significativos en el proceso de identidad?

En Colombia, se ha estudiado con cierta profundidad y desde la antropología, la sociología, la economía a un grupo sociocultural conocido como los PAISAS O ANTIOQUEÑOS, cuyo movimiento migratorio, iniciado en el siglo XIX y

culminado a mediado de la mitad del siglo XX, se ha comparado con la colonización del oeste norteamericano o el de los Bandeirantes del Brasil.

El profesor Everett Hagen, en su libro *La teoría del cambio social (l962*), analiza el fenómeno del crecimiento económico en varios países, para demostrar que el factor decisivo del desarrollo es la presencia de lo que él llama personalidad creadora. En su capítulo sobre Colombia, identifica a los antioqueños como los gestores del desarrollo económico en nuestro país. Y al preguntarse: "¿Por qué los antioqueños?, se responde debido a su "personalidad creadora".

Para Hagen la personalidad creadora se caracteriza por ciertas necesidades o motivaciones subconscientes, que él denomina. "LA NECESIDAD DEL ORDEN, EL ÉXITO, AUTONOMÍA Y DE DOMINIO". Tales reflejos subconscientes son para Hagen, quien implícitamente desemboca en una explicación de sabor psicoanalítico, el resultado de complejos psíquicos incubados en la primera infancia.

De hecho, al revisar las más diversas fuentes sobre la descripción de dicho grupo, se encuentra las siguientes cualidades: ascetismo, activismo, afición por el dinero, alta motivación hacía el éxito, afición al juego y al riesgo calculado, agresividad, creencia el progreso, expresividad de movimientos, frugalidad, fidelidad conyugal, hipersensibilidad acerca del tiempo(cumplimiento), maneras democráticas, movilidad geográfica, método y orden, neutralidad afectiva, optimismo, positivismo, predominio del rango social adquirido sobre el rango social adscrito o heredado, predominio de la orientación hacía el futuro, puritanismo sexual, reserva, religiosidad, regionalismo, sentido práctico, sentido comercial, sentido de independencia, tradicionalismo y truculencia.

Y así como sucedió con la obra de Weber, en Colombia se han venerado una profusión bastante considerada de diversos trabajos con múltiples miradas tratando de explicar este fenómeno de la génesis y conformación de dicho grupo cultural. Por lo general, se ha tratado más desde el punto de vista económico, más en un sentido emocional y que desborda en el campo sociológico, claro sin olvidar el histórico.

De hecho, vale la pena revisar una serie de detalles o más bien que tipos de imaginarios o representaciones colectivas se generaron durante décadas y que a la luz de hoy valdría la pena revisar para auscultar con mayor integridad, la génesis de este grupo y revaluar ciertas ideas que han venido calando y que se mantienen como mitos, como algunas de las cualidades anteriormente descritas, muchas de las cuales son más producto de fantasías, de querer demostrar cierta superioridad sobre otros grupos de hacer aparecer ciertos fenómenos que son más producto de plumas delirantes que no tienen que ver con mía realidad histórica o de carácter sociocultural.

La historia han hecho énfasis y alusión al afán de conquista tierras baldías que no tuvieran dueños ya que la preocupación de la gran mayoría de los colonos fue la lucha legal por hacerse dueños de parcelas y los litigios que tuvieron que sostener con ciertas familias que poseían títulos legales sobre extensos territorios, y que la lucha iba más allá de los estrados judiciales en donde la venganza, la destrucción de cosechas, sembrados y nacientes caseríos, los odios enconados dieron origen a luchas sangrientas que eran almibaradas por ciertos mitos muy parecidos a los que sufrieron los conquistadores en búsqueda de El Dorado.

En pos de una quimera, diversos grupos migratorios iban avanzado hacia el sur siempre alejándose de la larga mano de la justicia de los grandes latifundistas y que soñaban con una tierra edénica, fértil que les diera más que la comida, la

riqueza suficiente para tener una vejez segura y cómoda. De allí, por ejemplo, que el Quindío, se convirtió en el paraíso soñado, hizo muy rico a ciertos guaqueros[12], cuna de un grupo indígena conocido como los Quimbaya, famosos por ser unos orfebres de alta excelencia y refinado gusto artístico, cuyas pocas obras se pueden observar en el Museo del Oro de Santafé de Bogotá y el Museo de las Américas de Madrid, Por esto vale la pena revisar ciertos mitos o más bien revaluar algunos imaginarios sociales que ha tomado fuerza como ha sido el de la ética del trabajo, que a la luz de algunos autores tienen tanta fuerza como la ética del protestantismo de Weber o la importancia de los judíos en la formación económica en algunos países europeos.

Si más que una ética del trabajo era más bien una ática por el dinero como un valor supremo para alcanzar ciertas posiciones o prebendas sociales. El trabajo no era - como ahora- más que una forma entre otras de acceder al supremo valor que es el dinero, como lo enseña el eslogan de la educación familiar en las familias paisas ráigales:

Consiga la plata mijo

Consígala trabajando,

Si no puede trabajando,

Consiga la plata mijo.

Hay que recordar que el proceso de colonización antioqueña en el occidente colombiano fue antecedido por la crisis del comercio del oro, por lo tanto la

[12] Según el Real Diccionario de la Lengua Española, el guaquero es la persona dedicada a la excavación de tumbas funerarias. Palabra de origen quechua.

minería fue una explotación y una institución que tuvo trascendencia en la vida económica antioqueña por varios siglos, Por lo tanto, la colonización viene legitimada por la idea de progreso(en el mismo sentido que se entiende hoy) y el progreso, por lo tanto ha quedado ligado a un grupo sociocultural, que por eso de los grandes mitos, se le denomina" raza antioqueña", que todavía se santifica y se asume por parte de algunos intelectuales, ciertos grupos sociales y económicos como la raza superior en el país.

Otro imaginario, que hay que investigar y que aparentemente no se deja observar muy a la luz de los trabajos de la colonización es acerca del racismo, ya que la cultura cafetera es profundamente racista y discriminatoria, opuesta a lo que Jorge Amado considera la única arma eficaz contra el racismo: el mestizaje, para no hablar de la manera peyorativa como cotidianamente nos expresamos acerca de los indígenas y de los negros, porque no soportamos la indiferencia y porque con ello legitimamos, primero el saqueo de las tierra y recursos y segundo, el confinamiento social, geográfico y laboral de estos grupos étnicos a los lugares más apartados y a los oficios más denigrantes y obviamente peor remunerados. La mezcla sino la cocción de los elementos y esa cocción del caldero de la cultura ha producido el mestizaje, única realidad palpable de nuestro continente.

Detrás de la búsqueda de autenticidades se esconde posturas equivocadas que, como dice Martín Barbero no comprometen en nada nuestros imaginarios. Es cierto que algunas comunidades que por razón de su abandono y aislamiento han conservado su tradición en los últimos quinientos años, pero la constante ha sido la creación y fortalecimiento de culturas mestizas que han irrumpido en la historia regional de una influencia nueva y decisiva. Algunos todavía se empeñan en descubrir herencias primigenias, autenticar que resguarden del temor de lo recóndito, a lo nuevo, a lo impuro, a la falta de identidad, a la soledad.

De hecho, las relaciones con los indígenas y los negros, siempre han sido una cuestión de extremos, entre el odio y el amor.

Con los primeros, ya desde el mismo momento de la conquista fueron súbitamente avasallados, cuando no, eran exterminados y rápidamente se incorporaran al proceso de mestizaje; posteriormente, con la llegada de los africanos a las trabajos de las minas y a las haciendas, el mestizaje se hizo en forma más truculenta, aunque hay que reconocer que procesos migratorios de población de origen europeo se fueron asentando en la accidentada geografía antioqueña, lo cual permitió que no tuvieran una mezcla muy acentuada y cuando se inicio la oleada migratoria de estos grupos hacía lo que hoy es Caldas, Risaralda, Quindío y el norte el Tolima. Muchas poblaciones conservaron la pureza de los colonos fundadores, en cuanto a la etnia o de la sangre como llaman algunos.

De por sí, hay que mencionar que en estos territorios, los grupos indígenas ya habían desaparecidos y los pocos que encontraron los colonos se hallaban desperdigados en las selvas y no conformaban grupos culturalmente fuertes, por lo tanto la cuota de sangre indígena en el proceso de colonización no fue muy abundante.

Pero, en cambio con los africanos la historia fue algo diferente. Cuando se inicia la ola migratoria, habían grandes grupos de esclavos africanos en las minas y haciendas y en una de estas rutas migratorias, por el río Cauca, con dirección hacia el sur, había establecimientos mineros y poblaciones con esclavos y cimarrones en libertad; además, los colonos antioqueños tuvieron relaciones de toda índole(comerciales, militares, sociales) con población proveniente, en esa época del Estado de Cauca, mayoritariamente negra, o con la muy mestiza proveniente del Tolima y que cuando se generaban fricciones, bien sea por la

guerra o por la creación de asentamientos humanos dentro del territorio del Cauca, se caldeaba el ambiente y se usaban los motes de maiceros para los antioqueños y bicheros a los caucanos, por el uso del plátano biche en su alimentación.

De hecho, hay que analizar con más detenimiento y parte de la intención del autor es en profundizar que imaginarios se dieron por esta época, que provocó cierta estigmatización de los negros y su no-aceptación en los diferentes grupos que fueron poblando y que en algunos escritos de los archivos municipales y cronistas de la épocas rememoran cierta dosis de racismo y desdén por lo negro.

Otro imaginado para analizar es un arraigo profundamente individualista y conservadora, con todo lo que ello significa. Lo que han dejado estos 151 años de explotación cafetera han sido unos hábitos de ostentación de riqueza, de apariencia, de doble moral, de uso utilitario de la religión, de la familia y de cierto machismo exagerado basado en una institución patriarcal que todavía golpea a pesar de su languidez; el papel de las fondas camineras o las tiendas, como centros de propagación de imaginarios y que de una u otra forma dieron fuerza, impulso e integración cultural y económica de lo que hoy es el occidente de Colombia.

También sería interesante ahondar hasta qué punto se puede hacer un ensayo sobre el imaginario de la identidad de los pobladores de los nuevos territorios, conocidos como el Viejo Caldas, cuya capital es Manizales, Risaralda con Pereira como su capital, y el Quindío, cuya capital es Armenia, y el norte del departamento del Valle y la zona norte del departamento del Tolima, con relación a los abuelos fundadores y al núcleo conocido actualmente como los antioqueños.

Pero en lo que toca con la región del Gran Caldas, es necesario advertir que hemos magnificado hasta la saciedad uno solo de los componentes de dicho proceso. Con el agravante de que hemos terminado por crear una falsificación histórica que ha terminado por atravesarse como una mula muerta en el camino de nuestra propia identidad y de paso, desvirtuar la suposición de los historiadores marxistas quienes quisieron encasillarla dentro del estereotipo de una aguda lucha de clases, o contravía, por ejemplo, de Antonio García quien concluyó en su obra *Geografía Económica de Caldas (1978)* que "las colonias, poseedoras de un sentido dinámico de la propiedad, son especies de asociaciones fraternales agrarias.

Esta es la raíz de ese poderoso espíritu municipal existente en Caldas, que no se relaja a pesar de que el desarrollo económico ha ido cerrando el círculo de los individuos", en la hora de ahora, después de trasegar por diversas fuentes, pienso que es el momento de revisar el concepto mismo de colonización antioqueña, porque le hemos venido dando este nombre a un proceso que no es solamente antioqueño.

Como en tantas oportunidades lo ha advertido Otto Morales Benítez., la colonización se realizó en tres etapas: una de 1775 a 1810; la segunda de 1820 a 1860 y la tercera, a partir de 1870. Tienen características propias y luchas diversas. En efecto, aquella que va de 1775 y 1810, y que desató en el suroeste de Antioquia el oidor Mon y Velarde con el desconocimiento de la concesión Villegas que englobaba un inmenso territorio que no había cumplido con las condiciones impuestas por la Corona de poblarlo y cultivarlo, es la colonización típicamente antioqueña.

La segunda que tiene en sus comienzos como centro de irradiación a la recién fundada Salamina - el General Santander la elevó a la categoría de parroquia o

municipio el 8 de Junio de 1825-, deja de ser eminentemente antioqueña. SÍ bien es cierto que en el territorio comprendido entre el río Arma y el Chinchiná, la cordillera central y el río Cauca, este proceso fue en su génesis eminentemente antioqueño, a poco éste empezó a ser permeado por los caucanos y el núcleo de extranjeros que tuvieron como epicentro de sus actividades a Marmato.

Y cuando Manizales se consolidó como el paso de frontera más estratégico, y por ello más importante, entre el estado soberano del Cauca y el de Antioquia, la presencia de caucanos no dejó de ser desdeñable, más si se tiene en cuenta que a poco de fundada Manizales, se fundó a la Aldea del María, después Villamaría, con el propósito inicial de mantener a raya a Manizales, pues recuérdese que se estaba en los tiempos de la federación, y los estados del Cauca y Antioquia eran rivales en la política, por aquello de que el Cauca era eminentemente liberal y Antioquia conservadora.

Pero, como era inevitable, las dos fundaciones se fueron traspasando su población. Así, verbigracia, es a un caucano, Mario Arana residenciado en Manizales desde 1877, a quien se reconoce como a uno de los más fervientes propagadores de las ideas liberales en una ciudad que se consideró desde su fundación una de las fortalezas del ideario conservador. Por su parte, don Ramón Arana, su padre, ingeniero y convencionista en Rionegro por el Cauca, estuvo muy vinculado a la suerte de la Aldea de María, pues actuó como contraparte de la compañía González y Salazar en las pretensiones de ésta última de englobar a aquella dentro de los límites de la antigua concesión Aránzazu detentadora de todas las tierras desde Salamina hasta Manizales y desde el no Cauca hasta la cordillera central.

Aún más, a Manizales como un pueblo de frontera acudirían personas de otras regiones del país, como es el caso de Antonio Pinzón, un santandereano radicado

en ella desde 1870, y quien desde la finca "El Águila", adquirida en 1878, dio principio a la agroindustria del café que luego habría de extenderse, como un reguero de pólvora, a las nuevas tierras colonizadas. O de extranjeros, como la familia de los Walker, quienes se vincularon al proceso colonizador como copropietarios de la compañía González y Salazar, esta vez bajo la razón social de Moreno, Walker y Cía. Recuérdese que cuatro años antes, en 1844, de la fundación de Manizales, estuvo por las breñas del Nevado del Ruiz, el alemán Julius Degenhardt, acompañado de varios de quienes serían sus fundadores, entre ellos Antonio María Arango Palacios.

Y ya que hablamos de santandereanos, no puedo dejar de traer a colación a una dama oriunda de la población de Vélez, quien se radicó en Manizales con su esposo el abogado antioqueño José Miguel Arango por los años 80, tres décadas después de su fundación. Se trata de Ernestina Franco, madre del doctor José Miguel Arango Franco, magistrado de la Corte Suprema de Justicia por más de 25 años y gobernador de Caldas en la administración de Eduardo Santos. La señora Franco de Arango hacía el contrapunto entre la sociedad manizaleña de la época, puesto que hacía gala de un liberalismo jacobino, y era poco afecta a los rezos y a los ceremoniales de la liturgia católica, como era la nota más sobresaliente entre las damas coetáneas, por lo que se granjeó la ojeriza de mal de un clérigo ultramontano; llegándose entonces al expediente de que se le prohibiera a la pacata feligresía entrar en tratos con la obstinada dama santandereana.

7.7. EL PROCESO NO FUE SOLAMENTE ANTIOQUEÑO

Si rastreáramos con mayor dedicación, daríamos con la presencia de personas oriundas de otras regiones del país, diferentes a las de la antioqueñidad que

fueron definitivas para el avance y consolidación de las recientes fundaciones allende el Arma y aquende el río Chinchiná.

En Salamina se hizo notorio el influjo que desde finales del siglo pasado ejerció en el campo de la educación con Manuel Ferrer Alfaro, primo hermano de Jorge Isaacs y de César Contó, y como ellos oriundo del Cauca grande. El historiador Emilio Robledo, quien lo tuvo como su maestro, dejó dicho que "al linajudo don Manuel Ferrer, debe la juventud de entonces su preparación literaria y la ciudad el bien ganado nombre de ilustrada y culta".

Por su parte. Rodrigo Jiménez Mejía afirmó en su obra Tierrabuena que "había en él un gran temperamento artístico que se manifestaba en su afición por el teatro, vocación que debía venirle de sus antepasados italianos y que heredaron algunas de sus hermosas hijas. Gastaba sus ocios ensayando zarzuelas y comedias que educaban a la juventud y distraían al público".

Pero en donde definitivamente puede afirmarme que la colonización no fue únicamente antioqueña lo fue a su vez en la que se dio en tierras de lo que hoy por hoy es el oriente y el occidente de Caldas, los departamentos del Quindío y Risaralda y el norte del Tolima y el Valle del Cauca. Como aserto de lo anterior, detengámonos en estos datos;

1) Gran parte del occidente de Caldas, el Departamento de Risaralda y el Quindío eran caucanos. Los colonos antioqueños llegaron a compartir el espacio territorial con los antiguos residentes del gran Cauca. Las tensiones que genero el encuentro entre estos dos grupos se hace evidente en la novela Tomás, de Rómulo Cuesta. Aún más, los antioqueños se vieron precisados a fundar pueblos acicateados por el rechazo de los caucanos. Tal por ejemplo el caso de Pereira. Allí se estableció un grupo de familias antioqueñas ante la hostilidad con que eran

mirados en Cartago. Cuando el padre Remigio Antonio Cañarte llegó a este sitio para cumplir con las aspiraciones del recién fallecido Francisco Pereira, propietario de esas tierras, encontró establecidos unos 79 antioqueños, con quienes, y con el concurso de un núcleo de caucanos, acometió la fundación alrededor de una capilla techada en paja.

2) A tierras del Quindío no sólo penetraron, estableciéndose en ellas, los caucanos y los antioqueños sino además tolimenses y cundinamarqueses. De paso es necesario decir que, como lo ha señalado Otto Morales Benítez. Aún no se ha estudiado el rol que cumplió el Quindío como refugio de los perseguidos de la regeneración conservadora de Núñez y de Caro.

Lo cierto es verbigracia, que como lo señalo Jaime Lopera en su libro *En torno a la colonización del Quindío y fundación de Calarcá*. que en el proceso de erección de ésta última participó, a la par que los antioqueños, un buen grupo de cundinamarqueses a quienes los paisas denominaron, con un cierto dejo despectivo, "los orientales". Pero aún más, recuérdese que la génesis de la colonización del Quindío hay que rastrearla en la antigua colonia penal de Boquía, que dio origen a la primera fundación de Salento, acometida por expresidiarios oriundos de distintos sitios del país que encontraron allí su nueva tierra de promisión.

3) En el hoy oriente de Caldas, la colonización no sólo fue antioqueña sino también tolimense. Y qué decir del proceso que llevó a la fundación de La Dorada, convertida en un cruce de caminos a donde confluyeron antioqueños, tolimenses, cundinamarqueses, boyacenses y santandereanos. Y qué no decir entonces del proceso que llevó al encuentro de los antioqueños con los tolimenses del norte del Tolima; y de, otra vez los antioqueños, con los raizales del norte del Valle.

4) Aún no se ha estudiado con el rigor que se merece, el papel que cumplieron en la consolidación del empeño colonizador, el grupo de extranjeros que inicialmente llegaron a establecerse en las minas de Marmato. Es bien cierto que si de acuerdo con el censo general de población realizado en 1869, en Marmato residían unos 25 extranjeros, quienes representaban un grupo más bien reducido, sin embargo algunos de ellos ejercieron un evidente liderazgo y dejaron una marcada impronta en hechos esenciales para la consolidación del proceso.

Agregando al anterior grupo, los extranjeros residentes en Riosucio y Supía, habría que decir que esa presencia de extranjeros en un país de tan escasísima inmigración, en una remota región de su interior, tenía una connotación tan atípica dentro del contexto nacional, que en mucho debió influir en la configuración del nuevo espíritu que aparejó la colonización, puesto que como lo afirma Álvaro Gartner, un descendiente de una de tales familias, en un trabajo suyo sobre extranjeros en el occidente de Caldas, "obviamente su número no fue tan grande como para copar grandes regiones o como para constituir fortines semejantes a los montados por los primeros colonizadores paisas en el Oro y Cambia, pero su aporte cultural e ideológico si tuvo notables ribetes, pues los descendientes de los inmigrantes ingleses o teutónicos asumieron posiciones de liderazgo en su trabajo y en sus convicciones políticas, a veces en las religiones, que los llevaron a ser reconocidos nacionalmente".

Pero la presencia de extranjeros no se circunscribió únicamente al hoy occidente de Caldas. Algunos de ellos, por cambio de residencia o por razón de sus actividades, aparecen brindando su concurso al proceso colonizador. Por ejemplo, el doctor Jorge Treheme y su esposa Elisa Wallis fijaron morada definitiva en Salamina, después de haber ejercido el primero como médico de las minas de Marmato. No obstante profesar su religión protestante, en cuya fe

hubieron de morir, los colonos asentados en Salamina después de haber ejercido el primero como médico de las minas de Marmato. No obstante profesar su religión protestante, en cuya fe hubieron de morir, los colonos asentados en Salamina.

El sacerdote santandereano nacido en El Socorro José Bonifacio Bonafont retratado con tanta gracia y picardía en las memorias del francés Boussingaulf, y el cura caucano- payanes por más señas, José Ramón Bueno. En la fundación de Pereira, no puede desconocerse el nombre del caucano Remigio Antonio Cañarte, ni en la consolidación de la segunda fundación de Salento, ignorarse al padre Manuel Perménides Velasco.

En la historia de Manzanares se registra el significativo hecho de que su primer cura párroco lo fue un costeño, el padre Manuel E. Díaz, oriundo de San Sebastián de Morales, una población de Bolívar y su segundo párroco, tal vez el que mayor impronta dejara por virtud de su largo curato, lo fue el alemán Antonio Hartmann.

A Santa Rosa de Cabal estuvo muy vinculado en sus primeros momentos el presbítero caleño José Ramón Duran de Cazares, quien luego aparecerá como primer cura párroco de Villamaría. En fin, la lista de sacerdotes cofundadores es bastante nutrida.

Tampoco se le ha dado mayor trascendencia a la presencia de minorías raciales que necesariamente tuvieron que interactuar a veces entrando en conflictos, con los recién llegados colonos. Aún más, en algunos sitios bien determinados como Riosucio, Quinchía, Santa Cecilia en Mistrató, Marmato, Guamal en Supía y el antiguo semipalenque de Sopinga en la Virginia, esas supuestas minorías fueron la mayoría del momento mismo de la alborada del proceso colonizador. Pero aún

más, los primeros colonos que llegaron a Manizales se encontraron con un grupo de indígenas asentados en su tierra, según carece desprendidos de algunas de las tribus del hoy occidente de Caldas. En una de las fracciones rurales de Salamina, los colonos dieron con un asentamiento indígena, tal vez de una de las tribus que habitaron el territorio en los tiempos de la conquista.

Lo cierto es que una tradición oral respetable afirma que a Fermín López, uno de los colonos fundadores de Salamina, recogió muchos de los términos de su dialecto que fueron a parar a manos del historiador antioqueño Manuel Uribe Ángel, autor de la Geografía General del Estado de Antioquia, perdiéndose después el rastro de lo que hoy sería un precioso documento etnográfico y lingüístico.

Así mismo, en La Merced los recién llegados debieron compartir el espacio con varios grupos indígenas establecidos desde antes de la colonización en su territorio. Por su parte, existen noticias de que los antioqueños al llegar a tierras del hoy corregimiento de Castilla en Pácora hallaron dos establecimientos negroides, aún en estado de cimarronería, y muy probablemente originarios de esclavos huidos del Cauca grande.

Es muy posible que en muchos de los espacios en donde actuó la segunda oleada colonizadora, aquella que va de 1820 en adelante, se repitieran los casos que venimos enumerando pero que no han merecido el gran estudio, aunque marginalmente algunos historiadores se hayan ocupado de los mismos.

En este sentido, creemos que les asiste bastante razón al historiador supieño Jorge Eliécer Zapata Bonilla y a los historiadores Alfredo Cardona Tobón y Héctor López López cuando afirman que basta ya de colonización antioqueña porque es bien cierto que al cargar la mano sólo sobre la contribución de los

antioqueños a un proceso, que no es solamente antioqueño, se ha generado a su vez un proceso de ocultamiento de los otros factores que se dieron cita en la gesta colonizadora.

¿Qué hacer entonces? Ricardo de los Ríos Tobón en su obra *Historia del Gran Caldas: Orígenes y Colonización hasta 1850*, nos dice que el concepto del Gran Caldas, tanto desde el punto de vista geográfico como sociológico, no puede circunscribirse a la mera entidad territorial de los tres departamentos que conformaron el llamado Viejo Caldas.

Esto es, el Gran Caldas no sólo es Caldas, Risaralda y Quindío sino que también engloba a los pueblos cordilleranos del norte del Tolima y del norte del Valle, en cuyo ámbito al influjo de un vasto proceso colonizador que tuvo como principal consecuencia el encuentro de diversos grupos humanos en la consolidación del mismo, terminó generando un nuevo pueblo.

Así lo dijo Fernando Londoño en un reportaje que aparece citado en una obra del escritor manizaleño José Chalarca en tomo a la vida de don Leónidas Londoño: "El antioqueño y el caldense son dos entidades próximas pero diversas"; y lo confirmó Otto Morales Benítez en Testimonio de un Pueblo, Cátedra Caldense y Colonización en la Obra de Ernesto Gutiérrez Arango. Lo mismo que Albeiro Valencia Llano quien en su aporte al estudio de la colonización que aparece en Patrimonio y Memoria Cultural de Caldas, concluyó que dicho proceso terminó siendo "un crisol de etnias y culturas". Ya Bernardo Arias Trujillo lo había también planteado en un excelente ensayo que llamó *Elogio a Caldas*.

7.8. LA MIGRACIÓN CUNDIBOYACENSE

Pero hay otro factor que confirma aún más esa entidad de la colonización como crisol de etnias y culturas, y que ha sido poco menos que ignorado. Nos referimos a la importante y significativa migración cundiboyacense, y tanto más boyacense, que se dio a las regiones frías y parameras de la región del Gran Caldas, tomado en la acepción que ha sugerido Ricardo de los Ríos Tobón.

Desde antes de los años 30, se vivió en varios pueblos de Boyacá, una difícil situación de hostigamiento hacia los liberales. Este estado se agravó en los años 30, en mucho alentado por levitas de la iglesia católica que fueron conocidos como los *Curas Guapos*, quienes no se resignaban a que el conservatismo hubiera perdido el poder, después de una larga hegemonía.

En algunos casos, se llegó hasta el asesinato y la masacre. Aunque el fenómeno fue controlado, creó un rescoldo de odio que habría de reventar años más tarde con mayor virulencia. Pero el estado de zozobra sembrado en algunas regiones de Boyacá, hizo que desde los años 20, se diera una migración de liberales y algunos conservadores hacia otros lugares del país. Al departamento de Caldas llegaron por la avanzada de colonización boyacense ya establecida en Murillo, corregimiento del Líbano.

A partir de allí encontraron las tierras ideales para levantar nueva casa, porque por serlo de clima frío reproducían el hábitat dejado atrás y se revelaron propicias para el cultivo de la papa. La colonización antioqueña, reacia por su parte, a poblar los pisos térmicos fríos, porque procedían a su vez de hábitats de clima medio, habían dejado casi que incultas, vastas extensiones de tierras en las regiones parameras. Con la llegada de los boyacenses, esas tierras encontraron su

verdadero sentido económico. Esa migración se haría más fuerte, en la segunda ola de la violencia política, la iniciada por los años del 47.

Por estas razones varios apellidos de la estirpe boyacense, tales como Higuera, Pinilla, Hernández, Chacón, Rivera, Burgos, Murcia, Coca, Sierra, Castellanos, Camacho, Albornoz, Roncando, Lozano, Castro, Amador, Salamanca, Ortegón y otros, se fueron integrando a la vida caldense, especialmente de Manizales".

7.9. EN BÚSQUEDA DEL ENCUENTRO CON NUESTRA PROPIA IDENTIDAD

Las anteriores consideraciones, y las que vayan apareciendo a medida que otros estudiosos grancaldenses se dediquen a esclarecer muchos de los aspectos simplemente esbozados, nos llevan a proponer que no hablemos más de colonización antioqueña sino que en adelante sustituyamos esa referencia que tanto ha contribuido a esconder nuestra propia identidad en el concierto nacional, por la de COLONIZACIÓN DEL GRAN CALDAS. Ese nombre de Gran Caldas, que por demás honra la memoria de uno de nuestros próceres mayores como lo quiso el mismo Rafael Uribe Uribe al proponer la creación de lo que después fue Caldas, caracterizaría una vasta región que tiene unas mismas raíces y que está delimitada por los nos Arma, el Arquía, el Magdalena, el Cauca, el Quindío y se extiende hasta los pueblos de la cordillera del Norte del Valle y del Tolima. Y se acomoda, por demás, en un todo y por todo con el espíritu de lo regional a que viene convocando nuestra nueva Constitución de 1991.

Por esto, y porque el Gran Caldas no es sólo café, se debe dejar de lado, como lo viene pregonando Otto Morales Benítez con constancia digna de mejor suerte, la

denominación de Eje Cafetero, de reciente factura. Porque entonces se pregunta, verbigracia, ¿las tierras no cafeteras de nuestras regiones frías y las del valle del Risaralda o las aledañas a nuestro Cauca y Magdalena no suenan tan grancaldenses, como las que si producen café? Por lo pronto - es otra de las advertencias de Morales Benítez -, ¿no le estamos dando los caldenses las alas a La Dorada para que se desmembre de una región que pregona ser solamente cafetera?

Octavio Hernández Jiménez en uno de sus trabajos para Patrimonio y Memoria Cultural de Caldas nos advierte que nuestros municipios tienen un gran sentido de su propia identidad, pero ese espíritu se va relajando en lo que tiene que ver con lo regional. A nuestro modo de ver el Gran Caldas le ha faltado una ciudad aglutinante. Manizales no ha sabido asumir del todo ese rol al que está llamada por el mismo hecho de la preeminencia que alcanzó cuando el proceso colonizador se fue consolidando. La razón hay que rastrearla quizás en el hecho de que su clase dirigente es la que menos conciencia tiene de la identidad de lo regional.

Por eso Manizales no es la ciudad centrípeta, a diferencia de Armenia y Pereira, sino centrífuga. Consideremos un solo ejemplo. Este año, por los días del evento ferial, apareció publicado en el diario La Patria un aviso de octavo de página en el que se leía lo siguiente: "HAGAMOS FERIAS. Volveremos a hacer de Manizales LA ÚNICA FERIA ESPAÑOLA DE AMÉRICA. Quedémonos en Manizales. Ahora que tenemos la oportunidad, vivamos todo ese sabor español que nos convirtió en la ciudad que hizo las Ferias de América. Para los que no han vivido una feria española, será algo espectacular. Para los que ya la vivieron, será recordar las más inolvidables épocas. Así pues, que NOS VEMOS EN LA FERIA... LA FERIA DE MANIZALES. Enero 6 al 13 de 1996". Este estropicio

apareció patrocinado por la Industria Licorera de Caldas, la Alcaldía de Manizales y su oficina de Fomento y Turismo. Esa carencia de sentido de la identidad de Manizales para con lo original, no en sus bases populares sino en sus clases dirigentes.

Por lo tanto, para que Manizales, y con Manizales toda la región del Gran Caldas, resuelva esa "inquietud fundamental" de saber quiénes somos, de dónde venimos y para dónde vamos se hace necesario adoptar unas acciones mínimas. Sin detrimento de la importancia alcanzada por ciudades como Pereira y Armenia, Manizales debe liderar desde el punto de vista esencialmente cultural, y sin que deba dejar de lado a su vez sus otros valores, este proceso de reencuentro con la identidad con lo regional. Los Juegos Florales de Manizales deben intensificarse como punto de encuentro de todas sus manifestaciones culturales.

El Festival de Teatro debe aglutinar en su tomo todas las manifestaciones teatrales del Gran Caldas, sin abandonar su propósito de ser una ventana abierta a las manifestaciones del teatro universal. El distrito universitario de Manizales, conjuntamente con las universidades de Pereira y Armenia, deben atender preferentemente la demanda de educación superior de los grancaldenses; e instituciones como el Instituto Caldense de Cultura y la Imprenta Departamental deben impulsar, en acción conjunta con organismos similares de la región, la que podría llamarse "Biblioteca de Autores Grancaldenses" que recoja la producción intelectual de sus escritores, tanto del pasado como del presente. Pero por sobre todo, es necesario que en el proceso de regionalización que se viene gestando a partir de lo dispuesto en la Constitución del 91 se reconozca el hecho, que está avalado en la historia y la sociología, de que el Gran Caldas es una de las regiones más definidas dentro de la nacionalidad colombiana.

El desarrollo y el reconocimiento legal de este hecho histórico y social

corresponde impulsarlo a su clase dirigente de todos los matices; a las llamadas fuerzas vivas, dentro de un amplio proceso comunitario que bien pude ser liderado por su dirigencia política, cívica, empresarial, administrativa y eclesiástica. Porque retomando y reelaborando el canto premonitorio de Luis Carlos González, uno de nuestras rapsodias mayores: "Por los caminos del Gran Caldas llegaron las esperanzas...".

8. DISCUSIÓN SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE IMAGINARIOS EN LA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA DEL EJE CAFETERO

El relato es el mecanismo a través del cual se construyen los imaginarios sociales, el hilo que teje la trama. Es el conjunto de representaciones colectivas desde donde mejor pueden comprenderse los modos colectivos del imaginario social, y ayudan a estructuran los aspectos afectivos de la vida colectiva por medio de una red de significaciones, de una producción colectiva de sentido, que da cohesión a los grupos sociales, pues al proveer un sistema de interpretaciones y valoraciones, provocan una adhesión afectiva, capaz de moldear conductas y de inspirar la acción.

La ausencia de producción colectiva de sentido indica que los tiempos de crisis son tiempos calientes, en la producción de imaginarios sociales por la interpretación que pretende dársele a los acontecimientos que se precipitan. Situaciones en las que, como lo afirma Baczko (1991) hay un clima afectivo engendrado por la crisis, impulsos de miedos y esperanzas que alimentan la producción de imaginarios sociales.

8.1. EL PATRIARCALISMO, EJE DE DOMINACIÓN Y ADMINISTRACIÓN.

En una visita a la ciudad de Salamina (Caldas), alguien mencionó que las cosas tenían su lado, y que especialmente en la colonización, la gente sabía que debían hacer y que los pueblos se fundaban no donde les cayera la noche, sino donde los principales o los ricos decidieran y que los colonos pobres siempre buscaban a una persona adinerada o que supiera leer y escribir para que los guiara en la fundación de su nueva aldea o rigieran sus vidas. Además, otras personas entrevistadas, confirmaron que había "una manera de hacer las cosas, por parte de los abuelos, que no había tanto desorden ni caos, que los hijos obedecían a los padres, que el alcalde era respetado, que la palabra del señor cura era sagrada, que las mujeres eran castas y buenas madres y no había tanto batahola como hoy en día".

A partir de esta afirmaciones, se consideró pertinente empezar con tres preguntas surgidas de la investigación y de las deducciones extraídas de las entrevistas y los relatos ¿Quiénes fueron los individuos (paisas) sobre los cuales recayó la tarea de garantizar la existencia de un orden social? ¿Qué perfil tuvieron los funcionarios públicos? ¿Qué tipo de administración pública se configuró en la región?

La inexistencia de la presencia del Estado durante el período de colonización y después de la instauración de la República, desde los inicios de las primeras oleadas de los migrantes hacia estas tierras, hizo casi imposible la administración pública, que debió ser resuelta por la acción directa de individuos, que asumieron por su propia cuenta la responsabilidad de garantizar la existencia de un orden so-

cial, mediante la exigencia a los pobladores de un apego a normas, valores y procedimientos que no estaban clara y necesariamente institucionalizados. Esta circunstancia deja claro que el control social en la zona de colonización estuvo a cargo de algunas personas que, por su prestigio, lograron el reconocimiento y la aceptación de los colonos y de los demás pobladores. A estas personas les correspondió establecer mecanismos dirigidos a la resolución de los conflictos que se generaban en la zona y en algunos casos, transmitir una normatividad dada y reconocida como legítima.

Esta situación fue cambiando lentamente con la creación de instancias que tenían el objeto de coordinar el proceso de distribución de predios y de resolver problemas concretos surgidos en la colonización. Por estas instancias se materializó la creación de ámbitos institucionalizantes dedicados a la administración oficial de los recursos territoriales, aunque a través de personas que cumplían un papel público con base en criterios y prácticas tradicionales basadas en una estructura de tipo señorial[13].

---

[13] El término feudal ha generado diferentes concepciones de tipo económico e histórico. Cuando llegaron los primeros conquistadores españoles, existían en nuestro territorio dos formas de producción: la forma comunitaria indígena y la tributaria. En la forma comunitaria no había propiedad privada sobre la tierra, ésta no tenía valor sino en cuanto al uso que hacían de ella las familias. No había una acumulación excesiva por parte de alguno, que produjera diferencias sociales o de clase. En la forma tributaria hubo una tecnología superior, con excedentes acumulables y mayor diferenciación social, que indicaba el comienzo de una economía o "régimen tributario". El caso más conocido es el de los Muiscas (actual sabana de Bogotá), Quimbayas, Zenúes, Taironas y la cultura Agustiniana. Entre ellos había una avanzada división del trabajo, pues contaban con orfebres, mineros, escultores, pintores, tejedores, sacerdotes, curanderos, músicos, astrónomos, ingenieros, constructores y comerciantes.

En el régimen tributario, el estado no se había desarrollado plenamente. Pero esa explotación

Para realizar la tarea de control del espacio denominado *baldío* en las zonas que no se adjudicaron por medio de concesiones, se crearon las juntas de repartimiento, que fueron encargadas de privatizar, por la vía de entrega de parcelas, las tierras del Estado. Estas juntas, como lo señala Álvaro López Toro (1979), fueron las primeras formas de presencia institucional en las zonas de poblamiento reciente. Por lo demás, la designación de estas juntas significaba no sólo "el premio" a una empresa colonizadora sino además la incipiente articulación de la zona con las autoridades centrales de Antioquia.

Las juntas de repartimiento eran designadas por las autoridades de la provincia: tenían como objeto central realizar la entrega y titulación de predios a los colonos que acreditaran los requisitos exigidos por la ley para tal fin, y dirimir los

---

rudimentaria sirvió de base a los españoles para imponer sus formas señoriales de denominación, especialmente en aquellos sitios donde había numerosa mano de obra.

A su vez en España estaba en decadencia el régimen feudal en los sitios donde se había desarrollado (Cataluña y Rosellón) debido al desarrollo comercial de Barcelona. En cambio, se había venido conformando el régimen señorial que establecía relaciones especiales entre trabajadores y el señor de la tierra. Al mismo tiempo, aparecían formas de producción capitalistas o "libres" con arrendatarios, aparceros, asalariados o jornaleros del campo, tal como los conocemos hoy entre nosotros. Los arrendatarios pagaban al señor el arriendo de la tierra en especie o en trabajo. Los jornaleros trabajaban por la comida, el vestido, el alojamiento y un jornal en dinero. En la aparcería el aparcero compartía la cosecha con el propietario de la tierra. De modo que en España existía varios modos de producción en el momento de la conquista de América.

El régimen que impusieron los españoles en América fue una mezcla de los modos de producción españoles con los existentes en América en las comunidades indígenas y tuvo como sus bases más importantes el repartimiento y la encomienda.

Para está investigación optaremos por el término señorial, y con más referencia en el sentido de "como se hacían las cosas"(anexo 1 Señorial americano siglo XVI)

conflictos que surgieran en ese proceso. Estas juntas, por lo general, estaban constituidas por personas "*notables"* que supieran leer y escribir y que, de alguna manera, hubiesen estado presentes en el proceso de activación social y económica de la tierra, como sus protagonistas directos.

Para esto empezamos con la Antioquia de donde partieron los colonizadores. Era una región casi tan atrasada como la que describió el gobernador Francisco Silvestre(1950:25) y el oidor Mon y Velarde(1890:21-64) en el siglo XVIII, una región que como un todo se había quedado rezagada de las corrientes civilizadoras que se iniciaron en Europa desde los remotos años del Renacimiento italiano.

Esto llevó a la creación de un ethos cordillerano, muy recatado, profundamente religioso, patriarcal y de maneras de ser, hacer y pensar muy fuertes, rígidas y autoritarias. No en vano el conjunto de las medidas coloniales españolas se tomaron para mantener sus dominios de ultramar en un pavoroso atraso industrial y agropecuario, de forma que debiera importarse todo de una metrópoli que decidió apuntalar su dominación con utilidades que le producían la intermediación entre las colonias americanas y los países del Viejo Continente que sí le habían apostado al desarrollo industrial.

La independencia de la dominación española no generó de manera automática un rompimiento de las trabas señoriales que conspiraban contra el progreso de la Nueva Granada. A mediados del siglo XIX, aún permanecían -casi intactas- las estructuras económicas en las que se sustentaba un sistema económico, que servía de base a un muy reducido mercado interno y que condenaba a la región a un aislamiento internacional y nacional de subsistencia.

El intento por cambiar las cosas con la abolición de la esclavitud y el rompimiento de los gravámenes coloniales, en 1850, generó algún progreso, pero no logró romper el espinazo al antiguo orden de cosas. La batalla entre las concepciones burguesas, capitalistas, de conducción de la sociedad y las concepciones señoriales se resolvió a favor de las segundas, con lo cual Colombia tuvo que esperar a que la introducción de las relaciones capitalistas se diera con suma lentitud y bajo la impronta de un imaginario señorial que sólo empezó a modificarse cuando el desarrollo del café y la presencia del capital extranjero modernizaron en alguna forma la Nación, pero que todavía hoy son un lastre para el desarrollo regional.

Sin duda alguna, los primero movimientos migratorios hasta la fundación de Manizales (1849), eran conformados por colonizadores de extracción campesina, incluidos los que llegaron con algunos bienes de fortuna. Los más pobres habían vendido sus pequeñas parcelas (pegujales) en sus poblaciones de origen de la comarca antioqueña o eran peones agrícolas (agregados)[14] que llegaron a la región con la esperanza de convertirse en prósperos campesinos. Y los más acomodados entre los migrantes provenían de zonas rurales o de poblaciones como Rionegro, Marinilla, Abejorral, y Sonsón, que sólo podrían catalogarse como ciudades mediante una idea laxa del concepto. Los unos y los otros, cargaban sobre sí el fardo señorial. Este fardo se evidencia en las primeras oleadas de colonizadores,

[14] El término de agregado es muy distinto al que se usa hoy en día y que se relaciona a la persona que cuida y labora en una finca o temperadero, y al cual se le paga un salario. En esa época el agregado, de acuerdo con los censos, eran personas que vivían en una casa en calidad de agregados. No es fácil conocer la procedencia y oficio de este sector de la población, pero parece tratarse de personas recogidas por ser parientes del dueño de casa, expósitos, cónyuge de un esclavo o esclavos manumitidos. Posiblemente, estaban vinculados a las actividades de la casa, pero no se explica en dichos documentos en qué condiciones.

donde se mantuvieron relaciones de servidumbre, ya que muchos de ellos llegaron con esclavos y peones[15] que estaban a su servicio y había una relación y una visión relativamente estática de las cosas que esa extracción social comporta.

Hay que resaltar, que la historiografía oficial poco habla sobre este tema, de la llegada de esclavos negros y de peones, que acompañaron a los primeros colonos que fueron llegando a estas tierras. En cierta forma, para mantener el mito del hombre blanco y el movimiento del *blanqueamiento*.

Es verdad, más que no tener conciencia de la existencia del Otro, lo que los letrados hicieron fue ignorar al Otro. De este modo, las memorias de los grupos marginados no formaron parte de la memoria oficial y quedaron relegados al ámbito de lo oral o, en el mejor de los casos, al ámbito de la escritura privada. Pero este ignorar la existencia del Otro, esta exclusión de la ciudadanía no implicó que los excluidos lo fueran siempre de la escritura o que lo fueran de un modo particular. En ese sentido, textos como la *Autobiografía* del esclavo negro, de Juan Francisco Manzano, o los poemas, las novelas, los ensayos o las cartas que muchas mujeres escribieron durante el siglo XIX dan cuenta de la otra cara del modo en que los letrados ejercieron el poder de la escritura.

La existencia de una escritura de los excluidos podría extenderse a otras áreas, en particular a todo lo que tiene que ver con el sujeto del discurso nacional ya que

---

[15] Para finales del siglo XVIII, se presenta un hecho interesante ya que en una misma familia puede haber miembros esclavos y libres. Estos libres se convertían en agregados de los amos de los esclavos, a quienes solían prestarles servicios. Estos grupos cohabitaban y daban origen a un complejo mundo de relaciones, que iban desde la imposición de la autoridad a través de castigos, la sujeción por dependencia económica hasta las relaciones amorosas clandestinas (Patiño citado por Melo, 1986:154).

entender dicho sujeto como único u homogéneo no parece adecuado. O al menos no parece adecuado en este presente cambio de siglo, ya que lo que parece evidente –y no constituye ninguna novedad– es que durante el siglo XIX se procedió a la construcción de una memoria nacional por parte de los dueños de la palabra que eran los dueños de la nación.

El mismo hecho de que hoy podamos deconstruir el proyecto de creación del imaginario nacional de los países latinoamericanos durante el siglo XIX, por parte de los letrados hegemónicos, indica que dicho proyecto ha perdido fuerza. Posiblemente indica, además, que estamos en un nuevo proceso de construcción de lo nacional futuro que seguramente no podrá tener los rasgos del proyecto decimonónico y que exige la revisión del pasado. Es posible, también, que estemos en un nuevo momento fundacional pero el *esfuerzo fundacional* de hoy no podrá afirmarse única ni fundamentalmente en el poder de los letrados. No podrá porque ese poder, así como la palabra del letrado está en cuestión. No podrá porque hoy en día los dueños de la memoria ya no son los dueños de la palabra. No podrá, además, porque la memoria no es una y los dueños de la palabra son muchos y diversos. No podrá porque los dueños de la nación no son –no deberían serlo– los dueños de la palabra (Achugar, 2002:83).

El proceso de colonización antioqueña no fue ajeno a la ideología que se fue estructurando a partir de la cual se construyó el Estado en Colombia: un Estado en cuyos discursos fundacionales estaba la exclusión de los indígenas, los negros y las mujeres y que fue radical. Y lo fue en la medida en que la diferencia era afirmada únicamente en su irreductible y negativa alteridad.

Dos importantes intelectuales de la época afirmaban lo siguiente: -uno de ellos, José María Samper decía: "*La política tiene su fisiología, permítasenos la expresión, como la tiene la humanidad y sus fenómenos, pues ellos obedecen a un principio de lógica inflexible, lo mismo que los de la naturaleza física (…) democracia es el gobierno natural de estas sociedades nuestras en las que cada grupo social obedece a las leyes de su fisiología y su geografía"*(1969:35-64), y Florentino González escribe: *"Lo que tenemos es una democracia ilustrada en la que la inteligencia y la propiedad dirigen los destinos del pueblo"*. Es decir, la sociedad colombiana se representa a sí misma como una sociedad en la que la exclusión del pueblo, de las mayorías, se legitima en carencia de inteligencia tanto como de propiedad. Pensar nuestra cultura política arrancaba de ahí, de esa violencia originaria en que se funda la recortada representación del país que cabría en sus primeras figuras de nación independiente.

La violencia de la representación cimentó, hasta bien entrado siglo XX, una concepción del mestizaje como proceso de blanqueamiento de las razas inferiores. Pues civilizar esas razas significaba que los negros dejaran de ser negros y los indígenas dejaran de ser indígenas. El no blanco o se transmutaba en lo más parecido a un blanco macho o desaparecía. No hay que olvidar que en la América hispana, especialmente en la colonia, se implantó el sistema de castas, y la Antioquia señorial no fue ajena a este sistema (Samper: 1969).

Al revisar los diferentes escritos, como el censo de 1843 y el de 1851, y las obras de Duque Botero (1982), Juan B. Popés (1944), Ocampo (1972), Albeiro Valencia (1983), entre otros, se observa la evidencia de la llegada de esclavos y de peones a estas tierras, y por ende la reproducción de formas de servidumbre, que se mantuvieron hasta la llegada del siglo XX.

> *"La colonización antioqueña trajo su contingente de negros. Venían de Girardota, Otrabanda y Porce. Se radicaron principalmente en la banda izquierda del río Cauca. Las mulatas de las fondas hicieron gratas las noches y fueron las ochavonas y cuarteronas que pasaron al registro de matronas de encumbradas familias de las nuevas fundaciones. En Caldas, negro y liberal se convirtieron en sinónimos. Un negro y conservador era un descache de la naturaleza. Marmato fue un fortín rojo, al igual que Guamal, Supía o Buenavista. A principio del siglo XX, los sacerdotes claretianos emprendieron la evangelización de indígenas emberas y de negros en la zona de Chamí a la manera de los conquistadores españoles. Se encontraron con la resistencia del padre Marco Antonio Tobón, un paisa de Sabaneta que intentaba ganarlos al catolicismo con su ejemplo y sus obras, pero respetando sus costumbres y su cultura. Ganaron los claretianos, y a fines del siglo XX aún se izaba el pabellón español y se cantaba el himno de ese país en los actos públicos del colegio negro de Santa Cecilia. Actualmente, la cultura negra es débil en Caldas y Quindío pero en Risaralda, especialmente en Pereira, es cada vez más morena"* (Cardona, Manuscritos particulares).

Tan arraigadas eran las ideas de su mundo que, por ejemplo, el criollo y especialmente el antioqueño heredó igualmente del español gran parte de la ritualidad de éste en los procesos de fundación de las primeras poblaciones, estableciendo un centro o plaza principal, donde ocuparía un lugar privilegiado el templo y la casa de gobierno y a sus alrededores la vivienda de los patricios o los notables; y se tomaba el trazado octagonal formado por calles de ocho varas (6.40 metros), entre los paramentos, con manzanas cuadradas de ochenta varas (64 metros) de lado, medidas inferiores a la tradición colonial.

A pesar de su gran religiosidad, no se adjudicó una gran manzana para la edificación de la iglesia, más bien se designó un lugar en la plaza que tenía las mismas dimensiones de los demás lotes. Otro elemento de la herencia colonial fue que no se diseñó ninguna zona verde.

Cierta razón había en este diseño, ya que lo verde era lo abundante. Y ni la cuadrícula puede atribuírsele a las Leyes de Indias como no sea de manera inconsciente, porque esos colonos no eran propiamente versados en historia. Más bien, puede obedecer a esas fijaciones tan propias de las concepciones feudales, en las cuales las cosas se hacen de una determinada manera porque "*así se hacen"*. Tal era la convicción generalizada aún durante el siglo XIX en el proceso de colonización, que toda fundación de pueblos debería estar dirigida por un notable o un patricio, de modo que cuando cuarenta colonos de Rionegro y Marinilla decidieron fundar a Sonsón, acordaron solicitarle a un hombre rico y prestigioso (Joaquín Ruiz), que se pusiera a la cabeza de dicha fundación para que el pueblo tuviera el reconocimiento de las autoridades civiles y eclesiásticas.

Era claro para los colonos pobres que de hacerse la fundación por parte de hombres del común, la población no podría alcanzar la prestancia a la cual se aspiraban por parte de los habitantes (Peña: 1982:68).

Es significativo en estos personajes el tipo de justicia que administraron y que predominó en la zona, por lo menos hasta el nombramiento de los primeros jueces locales. Esta administración, como queda expuesto, era de índole patrimonialista y descansaba sobre el prestigio, la riqueza y la ascendencia de quienes la desempeñaban. No obstante, eran objeto de una aceptación ampliamente consensual.

La dinámica de la colonización impuso el nombramiento de personas con este perfil, así como el establecimiento de formas administrativas patrimonialistas. Ambas situaciones eclipsaron el afianzamiento del Estado y de los procesos administrativos modernos que éste avalaba. En su reemplazo, se ubicaron los

fundadores, que administraban los asuntos públicos en forma discrecional, pero teniendo la ley como referencia. La presencia y la acción de estos individuos permitieron que en estas sociedades locales en plena configuración se aceptaran mandatos que configuraron, por primera vez, un terreno común en el ámbito normativo.

Al mismo tiempo, estos personajes fueron la clave en el proceso de forjar lazos de identidad locales. Alrededor de estas autoridades se articulan los pobladores, y en ellas se concentra, de alguna manera, la personalidad del pueblo en gestación.

Para las autoridades de Antioquia, algunos de los asuntos sociales más problemáticos en las zonas de colonización eran el aislamiento, la dispersión y la movilidad de la población, pues se suponía que estas condiciones favorecían un estilo de "vida doblada", sin Dios y sin ley.

Para poner fin a esta situación, las autoridades provinciales y los grandes empresarios propietarios de tierras apoyaron de diferente manera la concentración de la población en núcleos ubicados en medio de la frontera, donde se podía garantizar una presencia más permanente de algunas autoridades civiles y religiosas. Se trataba, en términos generales, de crear las condiciones para establecer una forma de vida en sociedad en las zonas de colonización, desprovistas hasta el momento de los factores generadores de civilización: vida social, plaza pública, iglesia y autoridades permanentes en el pueblo.

En este propósito coincidieron las autoridades del Estado, la Iglesia y los grandes propietarios de tierras, que querían subsanar en las zonas de frontera de Antioquia algunos problemas sociales tales como las uniones libres, los hijos naturales, la vagancia, los juegos prohibidos, entre otros.

La concentración de la población se realizó, básicamente, mediante la fundación de caseríos. ¿Cómo se llevaron a cabo las fundaciones de pueblos en la parte meridional de la provincia de Antioquia? ¿Qué sectores participaron en este proceso? Estas fundaciones se iniciaron cuando se contaba con un grupo numeroso de colonos, que ameritaba reunirlos en algún lugar propicio. Aunque no se dieron de manera inmediata, sí tuvieron un grado de simultaneidad. Con el proceso colonizador, hecho que explica el interés de las autoridades de imponer cierto orden para controlar un flujo demográfico disperso y heterogéneo.

La fundación comenzaba con la selección de un lugar que reuniera características especiales, es decir, que fuera "*un paraje sano, ventilado i de buenas aguas"*, como lo anotaba el gobernador de Antioquia Juan María Gómez. (Gómez: 1843:6-7). Para los colonos y aun para algunas autoridades, la naturaleza reservaba peligros para la humanidad, diferentes a las fieras salvajes, que era necesario evitar para lograr un mínimo bienestar: los miasmas y gases deletéreos: la humedad y los efluvios palúdicos: las aguas malsanas por la degradación de materiales vegetales perniciosos, como el borrachero, entre otros.

La espontaneidad y la simpleza con que a veces se elegía el lugar sorprenden, pero demuestran cieno pragmatismo y el afán por fundar el pueblo. Sobre la fundación de Andes, Francisco Toro Montoya dice lo siguiente:

> *Si no recuerdo mal fue el día 12 de junio de 1852 que don Nicolás Ochoa y yo cuadramos la plaza y delineamos las calles. Ese mismo día clavé los primeros estantillos para hacer mi casa. Fueron los primeros que se clavaron en la plaza de Andes. Yo tenía cinco peones haciendo una roza en Piamonte. Con esos cinco peones se rozó el punto en donde debía ser la plaza.* (Citado por Vélez: 2002:159)

El proceso continuaba con el trazado de la plaza y con la designación de los solares para los edificios públicos, la iglesia, la escuela, la cárcel y el cementerio. Aunque la construcción de tales edificios demoraba algunos años, en esta fase se concebía la plaza pública como un lugar propicio para la socialización, en el que, además, se aglutinaban los edificios encargados de velar por el orden social y de demostrar la "pujanza local".

Este proceso, en particular, no estuvo exento de dificultades, y en algunas ocasiones se presentaron divergencias generadas por el choque entre los intereses colectivos y los intereses de algunas personas, como ocurrió en el caso del trazado de la plaza de Gomia (Concordia). En este lugar, los comisionados del gobierno provincial escogieron el sitio que creyeron más adecuado y procedieron a trazar la plaza, núcleo a partir del cual se expandía el resto de la población, en predios que ya habían sido asignados a dos colonos que habían desmontado y "empradizado" el terreno. Aunque esta situación se resolvió positivamente en favor del pueblo, planteaba un dilema que se presentó en otros lugares y que fue expuesto por el gobernador Juan María Gómez en los siguientes términos: "*parecía poco conforme ajusticia quitarle los predios a sus propietarios sin indemnización alguna; pero resultaba "incuestionable" que los nuevos pobladores tenían derecho a un área para los edificios públicos y para levantar sus propias casas"* (Citado por Vélez: 2002:160)

Superados estos problemas, se asignaban algunos lotes a los colonos más antiguos, y desde entonces comenzaban a crecer los caseríos en la medida en que aumentaba el número de vecinos, ya fuera por el aumento de colonos o por el avecindamiento de inversionistas que compraban grandes porciones de tierra en la zona. En Támesis, por ejemplo, Manuel Salvador Orozco, hermano de Pedro Orozco, luego de que trazara las calles, dividiera los solares y separara los espacios

para la escuela de niños y para el templo católico, procedió a repartir los solares restantes entre los pobladores.

El interés por fundar pueblos expresa una ilusión que estaba afianzada en las mentes de algunas personas que, aun sin existir las condiciones objetivas para tal fundación, procedían a realizar el ejercicio mental de trazar un pueblo. Así ocurrió a comienzos del decenio de 1860, cuando el padre Gómez Ángel, interpretando el deseo de algunos individuos, trazó un pueblo en los terrenos de la hacienda El Jardín, de Indalecio Peláez, que posteriormente sería el distrito del mismo nombre:

> *[...] construí una escuadra de agrimensor; i estuve delineando la plaza i las calles, midiendo solares i entregándolos, acariciado con la idea de que aquella población se llevaría a cabo i yo mismo me formaba ilusiones de que sería quizá párroco de aquella nueva sociedad de fieles*.(Citado por Vélez:2002:164)

Con la fundación de caseríos se buscaba, pues, organizar núcleos urbanos en áreas que así lo ameritaban; pero, ante todo, se trataba de concentrar la población para evitar algunos problemas sociales propios de las zonas de colonización. De esta manera, se sentaban las bases para ejercer control institucional directo sobre la población y concentrar una fuerza de trabajo disponible y necesario para continuar con las labores de desmonte del bosque.

El antioqueño que empezó a impulsar un nuevo proceso, a partir de las reformas de Mon y Velarde, inició un cambio de su hacer mas no de su mentalidad aún feudal, y mucho más recalcitrante, debido a que la sociedad de esa época era regida por el entorno basado en una economía minera, un poco disoluta, abierta y basada en la necesidad de encontrar riqueza rápida y fácil. La crisis se ahondó

hacía 1790, cuando en las regiones de explotación minera, los socavones quedaron vacíos, las tierras fueron acaparadas por unos pocos terratenientes y una gran mano de obra compuesta por peones, mineros, esclavos, pequeños comerciantes, pobres laboriosos, delincuentes y aventureros buscaban la manera de sobrevivir y de encontrar nuevos horizontes.

Era también un momento de caos socio-político, relacionado con los malestares de grupos esclavos negros en busca de libertad, que ya sentían aires de independencia por parte de grupos criollos blancos contra el gobierno colonial y ya se gestaba un proceso de madurez de diferentes grupos humanos en dos grandes sectores[16] de lo que hoy conocemos como Antioquia, que iban a marcar la senda del proceso de colonización.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la Antioquia que dio el paso a la colonización no era homogénea, no tenía una sola cultura, no era un solo pueblo y un solo ethos. Era una sociedad de clases, definidas por los procesos de colonización hispana, asentadas en una intrincada, arisca y aislada geografía.

Había dos Antioquias que dirigieron sendas corrientes colonizadoras:

1. Antioquia del centro con Medellín, Rionegro y el sur con Marinilla, Abejorral y Sonsón caracterizada por una población blanca, pobre, disciplinada, patriarcal y muy conservadora, clerical y profundamente religiosa con vocación agrícola, colonizo la Cordillera central e incursiono por el occidente y el oriente caldenses.

[16] Ver antecedentes y las dos Antioquias en la página siguiente.

2. La Antioquia de la periferia con Girardota, Envigado (Otrabanda) y Copacabana se dirigieron por la banda izquierda del río Cauca, compuesta por indígenas, negros, morenos o mulatos, presos y en general el lumpen de la sociedad antioqueña de esa época ávida de riqueza y el botín fácil, en pro de la aventura y de lo que saliera fácil, cómodo y sin mucho esfuerzo. Liberales, sin Dios ni Ley, se vendían al mejor postor y lanzaron revoluciones a las que nunca midieron o razonaron sus consecuencias. Colonizó el norte del Valle, parte de Risaralda y el Quindío (vea Mapa 1).

Mapa 1. Movimientos de colonización

Estas dos corrientes decidieron avanzar hacia el sur. Muchos lo hicieron por el cauce izquierdo del río Cauca y los otros por todo el lomo de la cordillera Central, forjando y sembrando una historia fantástica y rica en tonos y variedades humanas.

Un caso interesante ocurrió en Careperro, al margen de las grandes haciendas de Santiago Santamaría, ubicadas en las riberas de los ríos Cauca y Cartama. Se formó allí un grupo social con características tales que se convirtió en un verdadero desafío para el orden que intentaban implantar las autoridades regionales. Entre sus habitantes había algunos reos prófugos de la justicia. También llegaron otros pobladores que se dedicaron a la pesca y a la ganadería, pero sin establecer las tradicionales relaciones que los demás colonos y campesinos tenían con el propietario de las tierras. No existían relaciones de aparcería o de compadrazgo ni las deudas que habitualmente fungían como el más efectivo mecanismo de control social sobre los habitantes de las zonas de colonización.

Esta circunstancia hacía de los habitantes de Careperro un grupo políticamente "*peligroso"* y refractario al orden social. No sólo habían conformado parejas ilícitas, sino que, según las versiones de las autoridades locales de Jericó, eran considerados como "*conspiradores y hostiles"* al gobierno y conformaron bandas que tenían como teatro de operaciones las riberas del Cauca[17].

Hacia la década de 1850 a 1860, podemos decir que las corrientes conquistadoras y colonizadoras de estas selvas mantuvieron un imaginario uniforme, producto de

---

[17] Sobre las acciones de la "banda de Careperro" véase, por ejemplo, la comunicación de Luis María Restrepo corregidor de Jericó, al secretario del Estado del 13 de junio de 1861. *Boletín Oficial.* Nº 32. Medellín 15 de junio de 1861 p. 1.

esa Antioquia colonial, cuyas representaciones sociales estaban basadas en una fuerte religiosidad, una ética basada en el trabajo, un espíritu señorial acendrado que se reflejaría en lo político y lo religioso (conservadurismo), una patriarcalidad autoritaria, firme y rígida, una alimentación magra, pobre y sin mucha variedad, grandes ansias de riqueza, una sociedad donde la camaradería y los convites forjaron la riqueza familiar y la ayuda mutua pero con cierto aliciente de violencia y racismo marcados.

No hay que olvidar que en ciertos momentos de la historia de Antioquia, algunos de los asuntos sociales más problemáticos en las zonas de colonización eran el aislamiento, la dispersión y la movilidad de la población, pues se suponía que estas condiciones favorecían un estilo de vida "*doblada"*, sin Dios y sin ley. Para poner fin a esta situación, las autoridades provinciales y los grandes propietarios de tierras apoyaron de diferente manera la concentración de la población en núcleos ubicados en medio de la frontera, donde se podía garantizar una presencia estable de las autoridades civiles y religiosas. Se trataba, de crear las condiciones para establecer una forma de vida en sociedad en las zonas de colonización, despro-vistas hasta el momento de los factores generadores de civilización: vida social, plaza pública, iglesia y autoridades permanentes en el pueblo. En este propósito coincidieron las autoridades del Estado, la Iglesia y los grandes propietarios de tierras, que querían subsanar en las zonas de frontera de Antioquia algunos problemas sociales tales como las uniones libres, los hijos naturales, la vagancia, los juegos prohibidos, entre otros.

Las primeras oleadas de colonizadores tenían mentalidad señorial que, marcó la primera etapa de la colonización, en las fundaciones de las poblaciones de la cordillera Central que, con la fundación de poblaciones como Aguadas, Salamina y

Manizales entre otras, y sentó las bases del mito del colono heroico, invencible, trabajador, familiar y patriarcal, de rectas costumbres morales, y creo la fama de demócrata[18]. Hay que resaltar que las avanzadas de colonos que fueron teniendo relaciones con los caucanos en la zona de lo que hoy es Risaralda y el Quindío, fueron creando un ambiente de rivalidad, y que hoy más bien se llamaría de Identidad, frente al otro, ya que al rivalizar, enfrentar y contrarrestarse en los ámbitos económicos, sociales, religiosos y políticos fueron dando paso a la génesis de la fortaleza del pueblo antioqueño y creando el mito de la antioqueñidad[19].

Se ha querido resaltar este primer imaginario señorial, de corte patriarcal, ya que los primeros colonos que llegaron dejaron su impronta, de esa forma de pensar y hacer las cosas, de ese "así se hacen" tan bien marcada, que las sucesivas generaciones, las mantuvieron a pesar de las nuevas riquezas generadas por el comercio y la producción de café, las cuales generaron nuevas formas de relaciones y que afectaron a las familias y formas de gobernar. Esto se evidencia

---

[18] Aquí se está tomando las ideas que la historiografía ha mantenido acerca del movimiento de colonización y una de ellas es contradictoria sobre su proceso democrático, basado solamente en algunos ejemplos de repartición de lotes por algunos de los terratenientes, que sólo buscaban ganarse el favor de los colonos para obtener ganancias económicas y dividendos políticas, pero con la imagen de personas demócratas, lo que hay que rescatar es la idea del arquitecto-historiador Jorge Enrique Robledo (1996), que el proceso democrático se logró a través del cultivo del café, ya que permitió que los pequeños campesinos se incorporaran a la economía nacional.

[19] El mito de la antioqueñidad surge a partir de 1880, cuando una serie de escritores como Gregorio Gutiérrez González, Tomás Carrasquilla, entre otros, buscaron resaltar el empuje y el esfuerzo de los antioqueños en su proceso de colonización, como una manera de mostrar lo positivo y su preeminencia frente a otros grupos como los bogotanos y los santandereanos. Dicho mito ha tenido momentos de efervescencia de acuerdo con situaciones cuando se pierde el rumbo o la claridad frente a otros grupos (Gómez, 2002: 3-4).

en los trabajos de investigación de George Drake(1970), Christie(1986) acerca de las familias que llegaron a estas tierras, que mantuvieron la forma de familia patriarcal desde sus orígenes hasta más allá de la mitad del siglo XX, y con una característica muy llamativa, estas familias, fueron pertenecientes al grupo de los veinte, que fundaron a Manizales y que aún mantienen lazos de consanguinidad y han manejado y controlado el poder (político, económico y una cierta aristocracia) de la ciudad[20].

Esto último se ve reflejado en la rivalidad que ha mostrado Manizales frente a Pereira en torno al orden social, donde Manizales aparece como señorial y con una sociedad mucho más cerrada y tradicional, frente a Pereira que se muestra más liberal, algo disoluta y una sociedad más abierta. Sin embargo, esta historia se puede mirar en la historia industrial y comercial de la ciudad de Manizales, y relacionada a una pregunta sobre el por qué la ciudad perdió impulso y vigencia después de 1930 en cuanto a su riqueza y direccionamiento de su posición privilegiada que tenía hasta ese entonces.

Muchas han sido las respuestas, desde las económicas (depresión de los años 30 que afectó la economía mundial, la regulación del control de cambio desde Bogotá y no en las capitales regionales), históricas (los incendios de 1922 y 25 que destruyeron el centro bancario y comercial) hasta las geográficas (la ciudad está enclavada en una geografía de difícil acceso). Sin embargo, el autor ha defendido la tesis de que los hijos de las familias que detentaban el poder político y económico nunca se prepararon para ejercer dicho poder y continuar los negocios

[20] Se ha establecido que esta condición no sólo se ha dado en Manizales. En un rastreo de las familias fundadoras y las que han detentado el poder tanto político como económico se encontraron casos como el de Salamina, Aguadas, Pácora, Aránzazu, Chinchiná y Armenia.

de sus padres, ya que como una forma patriarcal (señorial en el sentido de manejar los asuntos públicos y privados, el padre delegaba en sus hijos mayores la orientación de los negocios y en sus hijas los asuntos religiosos, sociales, culturales y de caridad)[21].

Muchos de estos hijos, nunca se prepararon ni académica ni experencialmente, aunque asumieron las riendas de dichos negocios (más por delegación del padre para mantener el apellido de la familia al frente de dichos negocios. Se ha podido seguir la historia de muchas de las industrias, que decayeron estruendosamente (Giraldo, 2001), y aún así, todavía en las poblaciones de la Cordillera Central, especialmente en la ciudad de Manizales, se siguen rigiendo de esta manera. En muchas de las instituciones, empresas e industrias, se sigue entronizando a los hijos e hijas de los dueños, sin mayor experiencia o preparación, simplemente por el sólo hecho de ser *los hijos del patrón*.

Además, este tipo de hecho, genera una situación sobre las relaciones internas que se genera en toda institución, bien sea académica, comercial o industrial, donde las relaciones interpersonales, se ven atravesadas por la relación que se tiene con los hijos de los dueños, las cuales denotan intereses de poder y ello conlleva a que estas instituciones en muchos de los casos no sean competitivas, frente a la toma de decisiones y al manejo que se dan en ellas (procesos de despotismo y nepotismo)o el simple hecho de negar oportunidades a personas con mayor experiencia o capacidad de trabajo por no poseer los apellidos tradicionales.

---

[21] El autor agradece algunas ideas interesantes sobre este asunto a los colegas de la facultad de Economía Empresarial de la Universidad Autónoma de Manizales, acerca de la historia industrial y comercial de Manizales. También hay unas muy buenas referencias como las de Valencia (2003), Giraldo (2001), Rodríguez (1979), Restrepo A. (1995).

Al comparar la historia de Manizales y Armenia con la de Pereira (Jaramillo U., 1963), Restrepo A. (1995:101 y ss), esta última ciudad, desde 1960, ha tomado mayor impulso industrial, comercial y académico, porque su proceso de colonización, y en especial su estructura de poder, no ha sido tan cerrada como en las otras dos. Pereira no ha tenido una forma señorial de manejar sus intereses a partir de la familia tradicional como se ha dado en Manizales o en Armenia. Por esto, fuera de ser una ciudad con una dinámica social abierta, ha tenido desarrollos acelerados que le han generado una rivalidad ya tradicional, con las otras dos ciudades.

Aunado a este imaginario que denota el manejo de redes sociales, con una impronta sobre la manera de hacer las cosas, en las entrevistas se manifiesta que el paisa tiene una manera especial de hacer riqueza y de obtenerla. Siempre hay el estereotipo de que el paisa es rico, bien sea por su afán de tener riqueza y que a través del trabajo logra obtener bienes para una vida holgada. Es más, la imagen de paisa, en algunos lugares de Colombia, se maneja como hombre-rico o como grupo que despoja y alienta la pobreza de aquellos que se sienten vulnerados o ultrajados por su codicia.

Para afianzar el control social en las zonas de colonización se requirió la existencia de unos ámbitos que lo hicieran posible. Estos ámbitos están relacionados con la presencia de instancias o personas que representaran a las instituciones encargadas de llevar a cabo el control social.

Con la fundación de pueblos, la construcción y dotación de capillas y la erección de distritos, se crearon los medios para llevar hasta las zonas de colonización referentes de autoridad que no estaban plenamente afianzados. Así

mismo, se generaron las condiciones para la creación de la noción de *espacio público,* de un ámbito común, representado en un espacio físico (los terrenos baldíos), unas normas comunes (las que se introdujeron inicialmente a través de las juntas de repartimiento y, posteriormente, a través de los corregidores y alcaldes), un lugar social (la plaza) y una comunidad de valores (la de los fieles).

Como lo ha afirmado Germán Colmenares, luego de la Independencia la fundación de pueblos y la creación de distritos parroquiales se constituyeron en unas de las estrategias más efectivas para romper las jerarquías coloniales urbanas (Colmenares: 1986:172), hay que anotar que con los pueblos fundados en el área se conformó una importante subregión que en el mediano plazo llegó a tener notoria influencia política y económica en Antioquia.

La fundación de estos pueblos, finalmente, se convirtió en un recurso estratégico que les permitió a las autoridades provinciales y a los empresarios propietarios de tierras lograr su cometido: mantener el control, de un lado, sobre los modos de vida en áreas de baja institucionalidad y, del otro, sobre la fuerza de trabajo disponible[44] en áreas con importante potencial económico. La dispersión de la población representaba, en efecto, un obstáculo para lograr el orden social deseado y la productividad de amplios espacios que estaban siendo vinculados a la frontera agropecuaria.

Desde entonces se abrió paso a la necesidad de crear unas instancias administrativas locales que afirmaran la sensación entre los colonos de haber logrado éxito en su empresa de colonización (López T. 1979). La fundación de pueblos también permitió presentar una respuesta ordenadora para los procesos masivos de desplazamiento demográfico que afectaron a todo el occidente del

país. La creación de distritos parroquiales en tales zonas permitió acotar el espacio y delimitarlo con fines políticos y jurisdiccionales.

Lo que se intenta argumentar, pues, es que la fundación de pueblos en el suroeste y el sur de esa Antioquia, fue una fase previa a la realización de un control social institucionalizado. Con tales fundaciones se creó un ámbito social, urbano y administrativo, que propició la existencia de unas autoridades, portadoras de unos procedimientos institucionales y de unos valores en vía de consolidación. Por esta vía, extensas y densas zonas pobladas a lo largo de la frontera colonizadora se articularon a un centro institucional: Medellín, pero lo fueron posteriormente Salamina y Manizales, respectivamente.

Al menos hasta el decenio de 1850, la presencia del Estado en el suroeste y sur de Antioquia era precaria y se limitaba a actuaciones intermitentes que eran el resultado de una acción administrativa cambiante, desarrollada por individuos que la asumían como una tarea onerosa y que generaba pocas satisfacciones. ¿Quiénes fueron los individuos sobre los cuales recayó la tarea de garantizar la existencia de un orden social? ¿Qué perfil tuvieron los funcionarios públicos? ¿Qué tipo de administración pública se configuró en la zona?

Las precariedades del Estado en el plano administrativo fueron resueltas por la acción directa de individuos que, ya fuera dentro del aparato administrativo del Estado en gestación o por fuera de él (por su propia cuenta), asumieron la responsabilidad de garantizar la existencia de un orden social, mediante la exigencia a los pobladores de un apego a normas, valores y procedimientos que no estaban clara y necesariamente institucionalizados. Esta circunstancia deja claro que el control social en la zona de colonización estuvo a cargo de algunos

individuos que, por su prestigio, lograron el reconocimiento y la aceptación de los colonos y de los demás pobladores. A estas personas les correspondió establecer mecanismos dirigidos a la resolución de los conflictos que se generaban en la zona y, en algunos casos, transmitir una normatividad dada y reconocida como legítima.

Esta situación fue cambiando lentamente con la creación de instancias que tenían el objeto de coordinar el proceso de distribución de predios y de resolver problemas concretos surgidos en la colonización. Por estas instancias se materializó la creación de unos ámbitos institucionalizantes dedicados a la administración oficial de los recursos territoriales, aunque a través de personas que cumplían un papel público con base en criterios y prácticas tradicionales.

Para realizar la tarea de control del espacio denominado *baldío* en las zonas que no se adjudicaron por medio de concesiones, se crearon las juntas de repartimiento, las cuales, en últimas, fueron las encargadas de privatizar, por la vía de entrega de parcelas, las tierras del Estado. Estas juntas, como lo señala Álvaro López Toro, fueron las primeras formas de presencia institucional en las zonas de poblamiento reciente. Por lo demás, la designación de estas juntas significaba no sólo "el premio" a una empresa colonizadora sino además la incipiente articulación de la zona con las autoridades centrales de Antioquia. (López T. 1979:65).

Las juntas de repartimiento eran designadas por las autoridades de la provincia; tenían como objeto central realizar la entrega y titulación de predios a los colonos que acreditaran los requisitos exigidos por la ley para tal fin, y dirimir los conflictos que surgieran en ese proceso. Estas juntas, por lo general,

estaban constituidas por personas "notables", que supieran leer y escribir y que, de alguna manera, hubiesen estado presentes en el proceso de activación social y económica de la tierra, como protagonistas directos del mismo.

Hacia 1840, la Cámara Provincial de Antioquia designó la primera junta de repartimiento en el área. Esta junta, según lo informa Manuel Uribe Ángel, fue presidida por Juan José Restrepo Uribe, a quien le correspondía "presenciar las entregas [de predios], formar las partidas y autorizarlas con títulos o escrituras de propiedad" (Uribe: 1895:399) Después de esta junta se formaron otras, encargadas, a su vez, de realizar el mismo procedimiento en los terrenos que progresivamente se fueran colonizando.

En 1852 el gobierno provincial designó una junta de repartimiento para los terrenos de la fracción de San Juan. A esta junta pertenecieron los señores José Vicente Uribe, Rafael Restrepo Uribe, Alejandro Vélez, Juan B. González y Felipe Giraldo. Los dos primeros fueron fundadores de Bolívar y, además, socios de la empresa constructora del camino a Chocó, que tenía el objeto de abrir y explotar comercialmente la vía y los predios aledaños que los estados de Antioquia y Cauca le entregaron en concesión. (Citado por Vélez: 2002:179).

Uribe y Restrepo también figuraron en comisiones que creaba el gobierno de la provincia con el fin de verificar la construcción del camino entre Bolívar y el límite con el Cauca. A esta junta le correspondió resolver los pleitos de los pobladores de Titiribí y Comiá, por la entrega de los predios en los que posteriormente estarían situados Bolívar y Andes. Sus decisiones fueron objeto de controversias y, en no pocas ocasiones, el gobernador de la provincia tuvo que intervenir con el fin de poner orden en el proceso de asignación de predios.

Cabe señalar que muchas de las disputas entre colonos, así como las desavenencias con las juntas de repartimiento, surgieron porque no existía reglamentación clara al respecto, y algunas decisiones eran tomadas según el arbitrio de los miembros de las juntas o del notable escogido. Estos problemas quedaron en evidencia en casi todas las poblaciones del suroeste y sur de Antioquia, como el ocurrido en las adjudicaciones en las zonas de La Soledad (Andes) y de Bolívar, cuando algunos colonos denunciaron a los miembros de las juntas por desconocer sus derechos y por privilegiar en las adjudicaciones a personas que no se merecían la titulación de predios.

De hecho, denunciaban a sujetos que se hacían titular "'globos de terreno" con el fin de venderlos posteriormente, lo que estaba dando lugar a la especulación con la tierra que afectaba directamente a aquellas personas pobres que aspiraran a lograr una parcela.

Cuando el proceso de colonización presentaba muestras de agotamiento, y los pleitos por linderos se hicieron cada vez más frecuentes, se hizo necesario apelar de nuevo a las juntas con el fin de aclarar lo referido a la titulación de tierras. Esta tarea no fue posible dada la dificultad de reintegrar las juntas y de reconstruir los procedimientos que éstas llevaron a cabo.

En 1871, el secretario de hacienda del Estado, Abrahán Moreno, resaltaba las dificultades sociales que se generaron por la informalidad de las juntas. Para el caso de Andes, Bolívar y Concordia, Salamina, Neira y Manizales, no sólo no se reintegraron las juntas que habían entregado predios, sino que hubo dificultades con la legalización de los títulos de propiedad expedidos por aquéllas. En su opinión, "*La ley vigente sobre esta materia es sumamente deficiente en algunos puntos y tiene*

el inconveniente de hacer depender de juntas transitorias, y por consiguiente muy informales, la adquisición de los títulos de propiedad de los terrenos". (Citado por Vélez. 2002: 179)

Así pues, las juntas repartidoras de terrenos, pero sobre todo, los notables, fueron de alguna manera, la primera presencia institucional efectiva en zonas de colonización, tuvieron características de instancias de control, pero que limitaron inicialmente la implantación y legitimación directa del Estado.

En primer lugar, porque el Estado delegó sus funciones a juntas transitorias, compuestas por individuos que gozaban de reconocimiento y prestigio social, pero que accedieron a funciones que el Estado debería desempeñar directamente a través de sus funcionarios. No sobra anotar que la condición de miembros de las juntas y, a la vez, de propietarios de tierras con intereses en la zona, hacía de estos individuos jueces y partes en un proceso dinámico y conflictivo, en el que frecuentemente se mezclaron los intereses particulares con los colectivos.

Por esta vía se afianzaron las primeras formas de patrimonialismo en la administración pública. Los integrantes de las juntas que antes de ser nombrados gozaban de cierto reconocimiento social lograron aún más autoridad cuando desde Medellín se les designó para organizar y dirigir el proceso de titulación.

El papel de administradores del territorio le correspondió directamente a estos individuos, quienes con criterios personales procedieron a su manejo y administración.

En segundo lugar, estas juntas limitaron la legitimación del Estado porque tenían encomendadas tareas sobre las cuales no había derroteros administrativos señalados. Es decir, los procedimientos adoptados por ellas fueron informales,

cambiantes y poco organizados, lo que limitaba las posibilidades de institucionalización en lo referente a la administración de los asuntos públicos.

Finalmente, hay que reconocer que las juntas fueron portadoras de una idea de autoridad a la cual debían responder los colonos con el objeto de lograr la asignación de parcelas. Así mismo, introdujeron procedimientos, como la titulación de las parcelas, que llevaban a los colonos a reconocer la existencia de normas comunes a todos los pobladores.

Pero sobretodo, la de los notables, quienes aprovechando su ascendencia sobre el grupo de colonos, campesinos, mineros y relegados de la sociedad del momento, aprovecharon, la dinámica de la colonización que impuso el nombramiento de personas con este perfil, así como el establecimiento de formas administrativas patrimonialistas. Ambas situaciones eclipsaron el afianzamiento del Estado y de los procesos administrativos modernos que éste avalaba; y los ubicaron como fundadores, que administraban los asuntos públicos según su libre albedrío.

La presencia y la acción de estos individuos permitieron que en estas sociedades locales en plena configuración se aceptaran mandatos señoriales que configuraron, por primera vez, un terreno común en el ámbito normativo.

Al mismo tiempo, estos personajes fueron clave en el proceso de forjar lazos de identidad locales. Alrededor de estas autoridades se articulan los pobladores, y en ellas se concentra, de alguna manera, la personalidad del pueblo en gestación como fue el caso de Manizales.

8.2. EL IMAGINARIO DE LA CONQUISTA DE RIQUEZAS

"…el oro fue el que jodio esta tierra". Entrevista 23. Riosucio-Supía (Caldas)

"Paisa que se respete, tiene plata". Entrevista 35 Aguadas (Caldas)

"El Quindío se construyo con las guacas de los indios, que el paisa saco como las yucas". Habitante de Armenia. Entrevista 45.

"Esta tierra era bendita (el Quindío), aquí donde usted metía el recatón, salía algo, una ollita, un tiesto o figuritas de oro muy bonitas, bendito Dios, hace muchos años había mucha riqueza, pero hoy se ve mucho pobre". Habitante de Montenegro (Quindío) entrevista 47.

"en mi niñez, recuerdo que en el jardín de la Grecia(finca cercana a Armenia), las matas estaban sembradas en ollas grande y pequeñas de los indios, y yo quebré muchas de ellas, y algunas tenían figuras de hombres o de animales, hoy me arrepiento de eso, pero en esa época, eso no tenía el sentido cultural de hoy en día, y mi padre guardaba en un arcón muchas figuras doradas que los peones le traían cuando abrían monte o colocaban los horcones de las cercas" Dueña de finca Armenia Entrevista 50.

"la colonización antioqueña en su primera oleada, en la confrontación y lucha por tierras en la concesión Aránzazu. Al sur de Arma y hasta el río Chinchiná, contribuye a consolidar la consolidación de una nueva identidad regional, la cual trae ya, culturalmente asimilado, el signo y la marca del oro y el afán del lucro como expresión y sentido colectivo de vida. La colonización, en cierto sentido era una empresa capitalista orientada inicialmente con un fin, el oro y motivada por un sentimiento, el afán de lucro. Estos elementos integran un espíritu de cohesión social con cierto grado de homogenización de ideologías, en donde la división del trabajo está claramente determinado: los que trabajan y producen los mineros, tumbadores de montañas y los que

administraban, orientan y se apropian del resultado: Los comerciantes. Los une el afán de lucro, pero es obvio que el montaraz minero, siempre estará distante de la capacidad y seguridad del comerciante y de la capacidad de traducir tal afán del lucro en capital, comercial inicialmente. El comerciante compra barato, tumba en la compra y vende caro lo que necesita el minero y además negocia en el exterior (otras localidades y regiones) y allí logra buen resultado. Tiene el poder: oro, con el cual compre mercancía, monta la fonda, invierte en transporte (mulas y bueyes), en tierras, agricultura y ganadería, un negocio completo." Entrevista con Jorge Ronderos.

Este acápite, no debe separarse totalmente del contexto de relaciones señoriales, ya que el afán de la riqueza, es una característica alabada por los numerosos escritores que han hecho referencia de los antioqueños y se halla vinculado a una estructura de poder con fuertes rasgos de tipo patriarcal, entre los cuales se destaca el valor de los apellidos, el sostenimiento del poder amparado por el poder religioso, el aval moral de la riqueza, la sabiduría vinculada a ancestros de quienes se hereda, por arte de magia, conocimientos misteriosos, entre muchos otros.

8.2.1. LOS PIONEROS EN BUSCA DE EL DORADO

Sin duda alguna, el comercio fue el eje estructurante de la vida de los antioqueños, especialmente de los habitantes de Medellín, durante el siglo XIX, lo que marcó su ethos sociocultural y los referentes colectivos de su identidad. Su importancia social estaba dada por la capacidad de articular otras actividades económicas como la minería y la agricultura, y por haber constituido la trama sobre la cual se desarrollaron las funciones del crédito, la banca, el transporte y los seguros.

Este ethos comercial y mercantil, ha sido resaltado por los diferentes viajeros que frecuentaron las duras y breñosas montañas antioqueñas, entre ellos está De Greiff, quien afirmaba:

> "*una inteligencia rara facilita aún las últimas filas del pueblo la propensión natural a las mejoras materiales y a la progresiva marcha de ellas… Es así muy común ver hombres sin otro recurso que su decisión y trabajo personal… Acometer especulaciones mineras y comerciales más que problemáticas… Por su carácter especulativo los habitantes de Medellín, verdaderos yankees, conservan en general un profundo respeto de la religión y la moral*" (1852:58)

En iguales términos hablaba Agustín Codazzi, a quien le llamaba mucho la atención la forma de ser y pensar de estos habitantes y su actividad mercantil y de negocios en una ciudad tan mediterránea y prácticamente sin vías de comunicación (1852), y este fue el discurso de muchos intelectuales importantes de la ciudad como la de los doctores Manuel Uribe Ángel o Demetrio Viana, entre otros.

Sin embargo, este ethos mercantil era visto por otros como el factor desestimarte de la vida pública, de la actividad política, del desinterés por las artes y las letras, de la escasa vida social de sus habitantes e incluso de la irritante rutina. Estos críticos ven en Medellín una ciudad vuelta sobre sí misma, encerrada en el mundo privado del hogar, sin goces ni diversiones, que entraba en la soledad y en el silencio a las seis de la tarde, cuando se cerraban las notarías, los almacenes, las grandes casas de banca y las compraventas de oro.

A propósito, un columnista de la época, Camilo Antonio Echeverry decía en el periódico El Tiempo:

> *"Medellín, la rica, la hermosa y opulenta ciudad se muere y se achiquita ahogada en los debates de política, en los sacudimientos de la mentalización, en el vaivén incesante de los chismes de los desocupados… Sí, Medellín se muere porque en Medellín no hay goces, porque su existencia consiste en comprar y vender, en dar dinero a interés y en capitalizar los intereses de los intereses. Medellín es hoy en día un gran monasterio, un cementerio de vivos pues sus habitantes se han encerrado en sus casas a contemplar sus doblones, a bendecirlos y a besarlos y a regarlos con sus lágrimas"* (1854: No.39)

En Antioquia sobraban manos. Había una gran necesidad de satisfacer los anhelos de una masa inconforme y ávida de riqueza. Ya en esos momentos, la minería que generó grandes riquezas momentáneas, había construido todo un imaginario que alimentaba el trabajo rápido, fácil y sin mucho esfuerzo a través del oro o de la toma de una propiedad, generó insatisfacción y a la vez unas ganas de obtener nuevas riquezas. Las opciones no era muy halagüeñas, la minería estaba en bancarrota, la agricultura era desdeñada y no era muy desarrollada, lo mismo ocurría con la ganadería y el comercio que estaban en pocas manos y eran manejados por grupos muy cerrados. Quedaba la opción del bandolerismo, el abigeato, el contrabando, la caza o el ser boga en los ríos Cauca y Magdalena, de intenso comercio en esa época, facilitado por el estado de anarquía y guerra civiles que azotaba el país.

Sumado a lo anterior, los sueños de El Dorado o del tesoro del cacique Pipintá seguían vigentes y de vez en cuando se reavivaban alimentados con los descubrimientos de guacas con oro que algunos guaqueros y aventureros relataban de sus hazañas de las tierras del sur. El sur (hoy el Quindío) comenzó poco a poco a ser un nuevo sueño, una quimera que tomó forma a medida que se alimentaba con aventuras, de tierras extensas, llenas de grandes tesoros ocultos, de enormes animales, de ríos caudalosos, en fin era allí la nueva tierra prometida que manaba

leche y miel, donde cualquier hombre podía hacerse rico y comienza a marcarse esa característica del paisa de ser ambicioso, con (el imaginario de la conquista de riquezas, de pioneros en busca de fortuna).

Todo esto fue un incentivo, para que una gran población de blancos pobres y libres, peones, esclavos, mulatos y zambos se lanzarán en pos de una quimera que era el de ser pequeños propietarios de algún pedazo de tierra, arrebatadas a las grandes selvas de ese entonces. Pero, detrás de ellos, se lanzaron comerciantes y empresarios que decidieron irse apropiando de las nuevas tierras que los pioneros fueron abriendo a través de sudor, lagrimas y sacrificios, convirtiendo en riqueza estas tierras para estos comerciantes que fueron lanzando y abriendo nuevas redes de parentesco y de poder en las nuevas tierras.

El ethos antioqueño, que en sus comienzos estuvo dentro de la privación y la pobreza de estilo franciscano, el soñar con la riqueza marco sin duda alguna, la naturaleza esa característica por el afán de poseer bienes para marcar la diferenciación con los demás. El poseer la parcela de tierra, fue el primer motor que llevó a cientos de personas a lanzarse a abrir selva, para cumplir con este sueño. Lógicamente detrás de estas personas, muchos comerciantes, aventureros y empresarios, aprovecharon el momento junto con ardides judiciales para arrebatar el sueno a estos cientos de pobres y miserables colonos, que con su esfuerzo personal y familiar anhelaban tener "*su tierrita*" y así se abona el terreno para la gran propiedad, con esta constante : " a una colonización espontánea de colonos que no disponían de otro recurso que sus brazos, sus hachas y sus machetes, que actuaban individual o familiarmente, sucedía una colonización empresarial y capitalista"(Jaramillo U. 1963:378).

A pesar de la continua migración a las minas y a la frontera, se presenta un exceso de trabajadores en antiguas áreas de colonización; por lo tanto, los salarios eran bajos y los hacendados no estaban obligados a establecer términos especiales de contratos para "amarrar" la mano de obra. Por eso algunas zonas de colonización desde Arma hasta Manizales, producen "sobrantes" de fuerza de trabajo desde mediados del siglo XIX.

Manizales expulsa colonos "sobrantes" desde la década de los años sesenta, debido a que sus tierras ya están monopolizadas y se convierte por lo tanto en impulsora de la colonización hacia otras regiones, con el fin de expandir la frontera. En este sentido encaja la siguiente acotación de Eduardo Santa, haciendo referencia a Isidro Parra uno de los colonizadores del Tolima:

> *"Contaban los abuelos que en una luminosa mañana de 1864 salió de la pequeña aldea de Manizales una tropilla de hombres y mujeres, unos a pie, otros a caballo, rumbo al nevado del Ruíz, y que luego vertiente abajo, se internaron en territorios del antiguo Estado Soberano del Tolima.*
>
> *Iban en pos de tierras al fin de hacerlos suyos… Las mejores tierras Manizales y de las comarcas vecinas ya habían sido ocupadas por migraciones anteriores. Pero allí, tras el nevado, en la otra vertiente de la cordillera central, había un país selvático y misterioso del cual muy poco se sabía en los nuevos poblados que la incontenible corriente migratoria venía edificando y del cual apenas sí hablaban vagamente aventureros codiciosos, arrieros trotamundos, y buscadores de oro y de ganado cimarrón"* (Santa:1961:21).

Con posterioridad a la guerra de 1860, se profundizó el movimiento migratorio de la población antioqueña, pues las colonias saturadas con evidente rapidez, se veían obligadas a expulsar su crecimiento vegetativo hacia nuevas tierras. El aislamiento de cada poblado y su dedicación al cultivo simplemente extensivo de la tierra, creaba en cada colonia una economía cerrada con pocas posibilidades de expansión e

intercambio, lo que "*provocó la aventura heroica de conquistar nuevos territorios, ocupándolos de hecho; y ya no fue la invasión lenta y progresiva del sur, fue la irrupción en masa que ocupó y colonizó la rica región, de subsuelo volcánico que hoy forma el departamento de Caldas*" (López: 1976:48).

Los campesinos con mejores posibilidades salían a colonizar, y los otros permanecían en la parcela familiar convirtiéndose en mano de obra barata y abundante, utilizada por los empresarios interesados en abrir haciendas en tierras del sur y sureste.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX hay un relativo control de la fuerza de trabajo por parte de los empresarios agrícolas, sobre todo en las regiones de escasos territorios baldíos, donde los terratenientes utilizaban los recursos humanos, bajo las formas de peonaje, concierto y arrendatarios o aparceros independientes.

Pero en las zonas donde se presentó la posibilidad de colonizar o de emplearse por un salario en dinero –en ocupaciones no agrícolas-, los grandes propietarios se vieron en la necesidad de acelerar la apropiación de baldíos y montar haciendas ganaderas para aumentar la oferta de peones y mantener bajo el salario real.

Se trataba de controlar los baldíos para impedir al campesino sin tierra las posibilidades de colonizar y obligarlo a transformarse en peón o en aparcero. Este fenómeno obligó a los dueños de haciendas a utilizar otros mecanismos no capitalistas para "amarrar" la fuerza de trabajo como es el caso del peonaje, logrando que el trabajador estuviese sometido al terrateniente por medio de anticipos sobre el salario, lo que producía el permanente endeudamiento de los peones, conseguido al pagar el salario por meses vencidos, de modo que los trabajadores se vieran en la necesidad de fiar en las proveedurías de las haciendas (López: 1976:191-192).

Bajo esta relación, el peón estaba sometido al terrateniente, pues debía cubrir las deudas para poder marcharse; en caso de no hacerlo el alcalde del nuevo lugar de residencia lo remitía al hacendado, para que saldara sus deudas con trabajo.

La relación de peonaje se explica además en el interés del hacendado por sujetar el trabajador a la tierra, bajo otros parámetros como la parcela, la vivienda y los lazos invisibles que lo mantienen unido a la tierra como parte de ella, impidiendo el desarrollo de las relaciones de producción capitalista ya que este sistema necesita de un trabajador sin medios de producción y libre para vender su fuerza de trabajo[22].

Al terminarse la tierra baldía se presenta un hecho que va sumergiendo al campesino en la miseria minifundista al entrar a operar dos intensas presiones: las herencias y la valorización comercial de la tierra; en dos o tres generaciones -no existiendo una política defensiva y orientadora del Estado- la finca familiar de 40 ó 60 hectáreas debía ceder a la presión externa y contribuir al nuevo proceso de concentración en las áreas cafeteras o se transformó, simplemente, por la vía de las sucesiones, en una polvareda de minifundios" (García: 1978: X).

A partir de 1850 se crean las condiciones para la formación de fortunas en la región, con la estabilización y profundización de la colonización y por el desarrollo de los pueblos de Salamina, Neira y Manizales que cumplen el papel de impulsores de la producción, del mercado y orientadores de la colonización hacia el sur.

---

[22] Este tipo de monopolio social fue popio en Hispanoamérica, manteniéndose activo en Colombia hasta los años setenta o todavía vigente en algunos países como Bolivia. Y es una pauta muy común a varios desarrollos similares fuera de América Latina, como es el caso de la minería inglesa en algunos zonas de la Europa mediterránea.

A mediados del siglo XIX se puede hablar de acumulación de capital a partir del comercio, la minería, especulación con tierras, ganadería, caña de azúcar, tabaco y comercio de cacao y por las condiciones de mercadeo que crearon las guerras civiles. En cuanto al café, no estuvo presente para este período de los pioneros, sino que su cultivo en forma empresarial es una consecuencia del capital acumulado durante esta etapa.

Una de las fortunas más grandes hacia 1850 era la de Elías González, socio de la empresa González-Salazar y Compañía que monopolizó y comercializó las tierras del sur entre el río Pozo y el Chinchiná. Era él fuerte cultivador de tabaco en Mariquita; como especulador con la tierra orientó la fundación de Salamina y Neira para luego vender lotes a colonos que llegaban con posterioridad a la repartición de parcelas hecha por los cabildos; también explotó salinas en Salamina y Neira e impulsó el comercio en ambas poblaciones y en Manizales.

De esta manera se preparó un ambiente adecuado no sólo para la colonización sino para el impulso de relaciones de producción y mercado. Hacía 1850, en la zona central de la cordillera y especialmente en Manizales se da un fenómeno de concentración de la propiedad a partir de empresarios foráneos, y a su vez se da una monopolización debido al enriquecimiento de antiguos colonos o sus descendientes. Al revisar, los cuadros y reportes de historiadores sobre este fenómeno, se puede deducir cómo en Manizales una parte de los fundadores se transforma en un grupo empresarial y constituyen compañías que especulan con lotes, asociándose con personas de otras regiones de Antioquia, en especial de Medellín, para dedicarse a operaciones de compraventa de territorios baldíos, que quedaban aún en la región.

Cuando a partir de 1870 se satura de habitantes la región sur de Antioquia (de Arma hasta Manizales), y se desarrollan las fuerzas productivas, son superadas las condiciones de economía cerrada que predominaba en los pueblos y se producen niveles de especulación agraria con una intensidad desconocida hasta el momento. La forma de uso de la tierra se explica a partir de las necesidades de ganaderos y cafeteros especialmente, mientras que las actividades de los comerciantes están en relación directa o indirecta con la colonización.

Además del control sobre la producción y el comercio, este mismo grupo empresarial explotaba las ricas minas de oro de la región. En el año 1888, se encontraban registradas en Manizales 159 minas de oro y plata, en Pácora se hace relación de 18 minas y así por el estilo en la gran mayoría de los nuevos poblados cuyos propietarios eran fundamentalmente comerciantes que habían penetrado al estabilizarse la colonización.

Teniendo Manizales un voluminoso capital comercial, sus organizaciones mineras se estabilizan para los años ochenta.

Sin duda alguna, el grupo de fundadores y colonizadores se empieza a diferenciar y se fortalece como productor agrícola y controlador del comercio, se orienta la colonización hacía otros puntos de la región haciendo factible la concentración de capital, logrando imponer parámetros a los sectores sociales del sur de Antioquia, lo que redunda en su beneficio económico social y político.

Pero en el pueblo raso, de peones desarraigados, colonos frustrados, aventureros y vagos, testigos de la riqueza de unos pocos, la idea de la riqueza fácil aún rondaban en sus cabezas, y con la llegada de noticias sobre las fabulosas riquezas

de las guacas del Quindío y alimentadas con la fábulas del Dorado, el afán de enriquecimiento rápido no se hizo esperar.

Cientos de hombres, mujeres y niños se lanzaron en pos de esa quimera quindiana y aurea, a la búsqueda de las guacas que los sacaran de la pobreza y convertirlos en propietarios.

Es sorprendente la cantidad de leyendas, cuentos y anécdotas sobre antepasados, tatarabuelos, o parientes que se tornaron en ricos súbitamente, amén de la gran cantidad de agüeros, consejas y medidas para el trabajo del guaqueo, especialmente en la zona del Quindío.

De hecho, vale la pena revisar una serie de detalles o más bien que tipos de imaginarios o representaciones colectivas se generaron durante décadas y que a la luz de hoy valdría la pena revisar para auscultar con mayor integridad, la génesis de este grupo y revaluar ciertas ideas que han tomado forma y que se mantienen como mitos, como algunas de las cualidades anteriormente descritas, muchas de las cuales son más producto de fantasías, de querer demostrar cierta superioridad sobre otros grupos de hacer aparecer ciertos fenómenos que son más producto de plumas delirantes que no tienen que ver con la realidad histórica o de carácter sociocultural.

La historia ha hecho énfasis y alusión al afán de conquista de tierras baldías que no tuvieran dueños ya que la preocupación de la gran mayoría de los colonos fue la lucha legal por hacerse dueños de parcelas y los litigios que tuvieron que sostener con ciertas familias que poseían títulos legales sobre extensos territorios, y que la lucha iba más allá de los estrados judiciales en donde la venganza, la destrucción de cosechas, sembrados y nacientes caseríos, los odios enconados

dieron origen a luchas sangrientas que eran almibaradas por ciertos mitos muy parecidos a los que sufrieron los conquistadores en búsqueda de El Dorado.

En pos de una quimera, diversos grupos migratorios iban avanzado hacia el sur siempre alejándose de la larga mano de la justicia de los grandes latifundistas y que soñaban con una tierra edénica y fértil que les diera más que la comida, la riqueza suficiente para tener una vejez segura y cómoda.

De allí, por ejemplo, que el Quindío, se convirtió en el paraíso soñado, hizo muy rico a ciertos guaqueros (personas dedicadas al saqueo de tumbas y palabra de origen quechua), cuna de un grupo indígena conocido como los Quimbayas, famosos por ser unos orfebres de alta excelencia y refinado gusto artístico, cuyas pocas obras se pueden observar en el Museo del Oro de Santafé de Bogotá y el Museo de las Américas de Madrid.

En este contexto es relevante revisar ciertos mitos o más bien revaluar algunos imaginarios sociales que ha tomado fuerza como ha sido el de la ética del trabajo, que a la luz de algunos autores tienen tanta fuerza como la ética del protestantismo de Weber o la importancia de los judíos en la formación económica en algunos países europeos. Sí más que una ética del trabajo era más bien una ética por el dinero como un valor supremo para alcanzar ciertas posiciones o prebendas sociales. La colonización era una empresa racional duradera, con técnica racional, fundada en rama del derecho y propiedad (Las concesiones por ejemplo), orientada por una ideología racional (las ganancias, la fortuna). Pretende una racionalidad de la vida (el ahorro y la inversión), fundamentada en una ética racional de la economía (Weber.1976).

En los comienzos de toda ética (la colonización la tenía, venía en la cultura que se había forjada en Antioquia durante la colonia) y de condiciones económicas que de ella derivan, aparecen por doquier el tradicionalismo, la de la tradición, la dedicación de los herederos a las actividades y negocios heredados de los abuelos (Weber, 1976). La leyenda de la colonización, las hazañas y logros de los abuelos, confirman esta aparente afirmaciones weberianas, en tanto se estructuran una nueva tradición; la épica de la colonización, leyenda e imaginaria colectiva, que se transmitirá a las generaciones posteriores… y ciertos intereses materiales pueden cooperar al mantenimiento de la tradición (Weber. 1976), tal tradición incorpora un espíritu, manera de ser, leyenda, adagios, imaginarios que refuerzan una ética, valores y principios a convertirse en normas.

El trabajo no era - como ahora- más que una forma entre otras de acceder al supremo valor que es el dinero, como lo enseña el eslogan de la educación familiar en las familias paisas ráigales:

- Consiga la plata mijo
- Consígala honradamente,
- y si no puede trabajando,
- Consiga la plata mijo.

O esta otra: " disponer de dinero es lo importante, propio o ajeno es secundario", la riqueza es entonces símbolo de todas las posibilidades gratificantes y por lo tanto la suprema aspiración vital de cada miembro de este complejo cultural.

El espíritu antioqueño del negociante, del "berraco", el que a todo se le mide, incorpora siempre el hálito de la libertad, de la posibilidad, del éxito y de la fortuna. Todo es posible de lograr. La región lo tiene: lo da, el oro. Por este, entre

otros, se desarrollan los cultivos y el ganado. También aquí gana, el comerciante. Y como se menciono atrás, invierte en fondas, en arriería, ganado y cultivos, en mejoras…Después del maíz, que es el complemento necesario de Los colonos, campesinos y los mineros.

En la tradición de la cultura antioqueña, los componentes como la religión, la iglesia y el cura, de ancestro español, juegan un papel destacado en la conformación del ethos de lo antioqueño, como expresión del espíritu y cultura del capitalismo, que aún se viven en el país. Un hecho característico del capitalismo moderno, debe buscarse en un sector donde oficialmente domino una teoría económica hostil al capitalismo, distinto de la oriental y la antigua país.

Esta aparece en la Iglesia, en su ética PUEDE NEGOCIAR SIN INCURRIR EN PECADO, PERO NI AUN ASÍ, SERA GRATO A DIOS, pecar y orar empata, digno de la doble moral que la institución eclesial siempre impuso en estas tierras.

Hay que recordar que el proceso de colonización antioqueña en el occidente colombiano fue antecedido por la crisis del comercio del oro, por lo tanto la minería fue una explotación y una institución que tuvo trascendencia en la vida económica antioqueña por varios siglos. Por lo tanto, la colonización viene legitimada por la idea de progreso, lo cual ha quedado ligado a un grupo sociocultural, que por eso de los grandes mitos, se le denomina "raza antioqueña", que todavía se santifica y se asume por parte de algunos intelectuales, ciertos grupos sociales y económicos como "la raza superior en el país".

8.2.2. CARACTERIZACIÓN DEL PROCESO DE COLONIZACIÓN

"Nuestros abuelos sí que eran unos verracos, eso de venir por acá a tumbar monte, comer maíz y carne de monte, pasaban meses solos en estas selvas, que por la noche son como el infierno y de día, el zancudero y las enfermedades, eah avemaria pues, eso era duro". Entrevista 65. Pensilvania.

"Era gente muy dura la que vino por estas montañas…" Entrevista 66 Pensilvania.

"Mujeres, niños y hombres se la jugaban todos los días por estas breñas, estas selvas, y estos ríos". Entrevista 69 Manzanares.

"Los colonos eran los que tenían que trabajar muy duro, tumbando selva para abrir mangas, abiertos para el maíz y el pasto, tener unos animalitos, uno que otro marranito y una casa de vara en tierra, ahí para pasar mientras tenían con que". Entrevista 69 Manzanares

"No señor, la cosa era muy fregada por esos tiempos, había picardía por parte de gente que les quitaban la tierrita al campesino o al colono, acuérdese de la historia de un tal Gonzales, que lo mataron por aquí cerquita, y que con embelecos de papeles le quitaba la tierra a esa gente". Entrevista 89 Neira

"Hay muchas historias, muy tristes acerca como la violencia se ensaño con los colonos, para quitarles la tierra, despojarlos de todo". Entrevista 90 Neira.

Desde la primera mitad del siglo XIX, cuando surge Manizales como gran centro catalizador de la región, hasta mediados de esa centuria cuando se consolida la colonización en zonas como Pereira, Armenia y Calarcá, asistimos a una compleja

evolución donde las relaciones mercantiles penetran constantemente todo el proceso. No se trata de un ciclo de colonización capitalista depurado.

Muchas formas de trabajo reflejaban resabios de métodos inferiores de producción de riqueza, por ejemplo, con la figura del agregado. Si bien las relaciones monetarias eran las dominantes para todo tipo de transacción, formas de trueque existieron con frecuencia.

Desde el principio, el fenómeno de poblamiento de la zona andina central del país respondió a esquemas de una economía de mercado (sus rasgos señoriales no eran más que pervivencias de valores de una cosmovisión colonial), entre los cuales no eran menos importantes la proyección, la ejecución y el avituallamiento de las expediciones. El trabajo asalariado como forma dominante, para fines del siglo ya caracterizaba claramente las relaciones laborales, con lo cual la oferta de bienes de consumo era creciente en el tiempo, de la misma manera que logró estabilizar una demanda respetable en el largo plazo.

Era natural que la producción de plátano, maíz, fríjol, cacao y otros bienes fuese determinante, pues el campesino que tumbaba montaña lo hacía en primer lugar para garantizar la subsistencia de su familia. Posteriormente, en los últimos decenios del siglo XIX, empieza el café a reordenar todo el proceso económico de la región.

Se creó, entonces, un mercado dinámico de bienes de consumo imprescindibles, a los cuales se sumaría posteriormente la producción textilera moderna, pues Antioquia careció de una producción artesanal al estilo de otras partes del país, unido a un producto de exportación como el café y lubricado todo el engranaje

por una respetable producción aurífera, tenía que cambiar radicalmente la historia como en efecto sucedió.

Una característica bien interesante, es un firme desarrollo temprano de formas económicas modernas como la bancaria, que expresaba la consolidación de circuitos mercantiles relativamente diversificados como para necesitar la intermediación financiera. Por ejemplo, Manizales contaba desde la década de 1870 con establecimiento bancario (antioqueño) y en 1881 personas muy ricas de la ciudad fundan el Banco Industrial.

Por su parte, en Antioquia, y desde la década de 1840, operaban empresas familiares que actuaban como verdaderos bancos y entre 1872 y 1914 aparecen fundados o en actividades desde antes, 34 de estas instituciones (Brew, 1977:116). Algo importante es que Manizales, en menos de 40 años, logra conformar una clase muy adinerada, tan importante e igual a la de Medellín.

8.2.2.1. ASPECTOS RELEVANTES DE LA COLONIZACION ANTIOQUEÑA

El proceso de colonización antioqueña podría resumirse así:

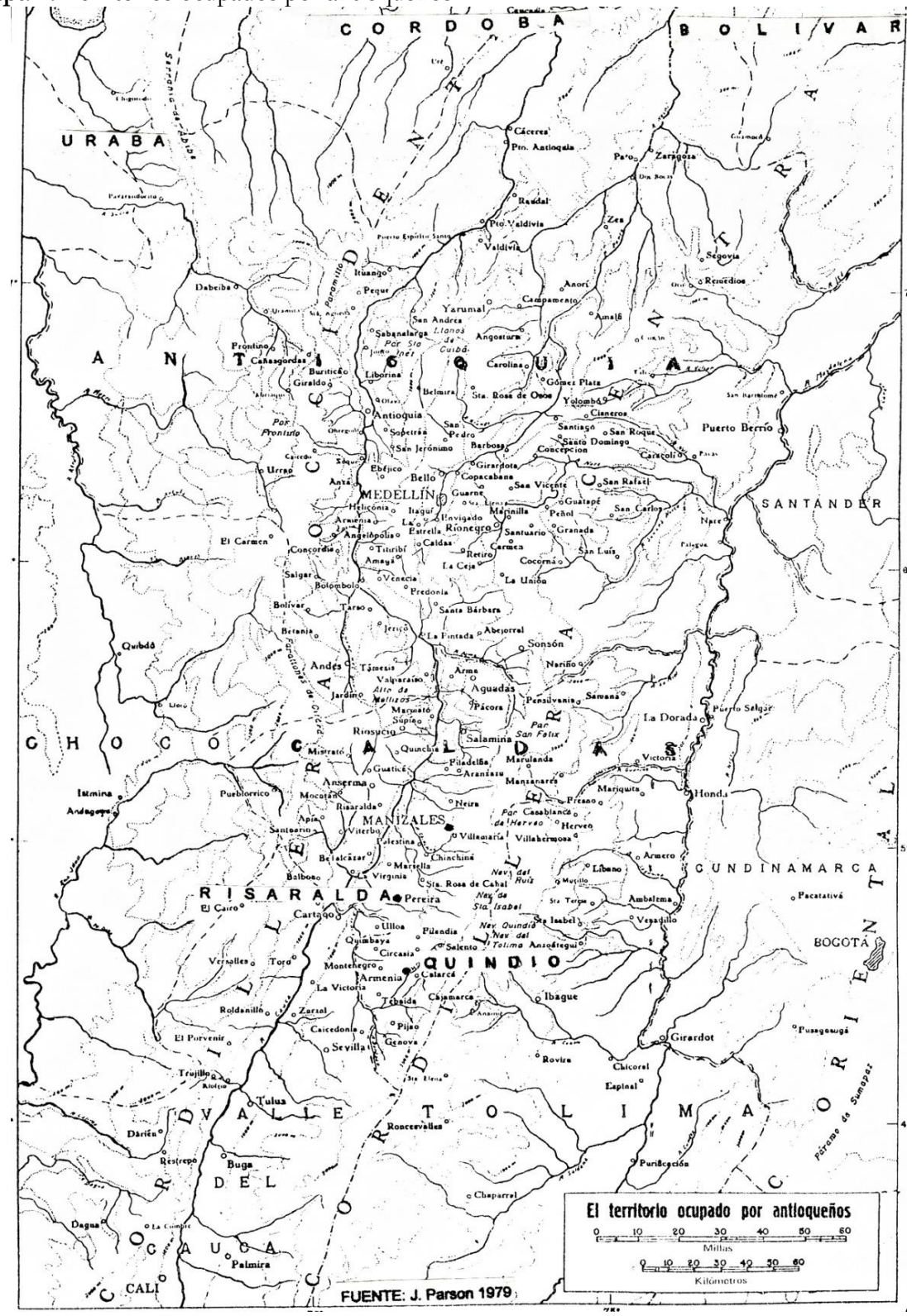
- En primer lugar: ocupación territorial expansiva en alto grado pues en menos de 80 años y en un poco más de un siglo si se incluye el oriente antioqueño, se fundan 159 prósperas poblaciones que hoy en día constituyen la zona rural más urbanizada del país. El avance en electrificación rural, intercomunicación de toda clase, servicios públicos, de muchos municipios de Antioquia, Quindío, Risaralda y Caldas confirma que allí se impulsó el progreso con ímpetu, como

> pocas veces fue logrado en otras regiones del país. En cerca de 70-80 años se cubrió un territorio de por lo menos 20.000 Km^2 en sus últimas etapas, y de cerca de 30.000 Km^2 (Parsons, 1950:97) (ver Mapa 2) si se incluyen los primeros períodos aumentando solamente en medio siglo la duración total del gran proceso. Sin incluir la del actual departamento de Antioquia, la población total de las áreas colonizadas al final del proceso, bordea hoy en día los dos millones de habitantes.

Importante aumento a partir de nada en poco más de un siglo. La incorporación económica de esta vasta región de los Andes Centrales de Colombia significó también un alto precio en términos ecológicos: el desvertebramiento del equilibrio hídrico en la región central, la erosión, la deforestación inmisericorde que acabó en un poco más de un siglo con espléndidos bosques primarios, la desaparición de especies animales, entre ellos herbívoros, plantígrados y carnívoros, fueron objeto de cacería intensa como fuente de proteína animal por los colonos.

La revolución económica que implicaban las nuevas relaciones mercantiles que se iban introduciendo, terminaron por absorber cualquier rezago del pasado, como sucedió por ejemplo con uno de los últimos palenques cercanos al río Cauca, llamado Sopinga (hoy La Virginia) y que en la segunda mitad del siglo XIX, fue diluido completamente en el nuevo proceso, incorporando a sus pobladores como jornaleros. Luego, creó y transformó una vasta masa humana en una sociedad dominada por relaciones capitalistas modernas. Lo que en resumen es lo esencial para caracterizar el proceso.

Mapa 2. Territorios ocupados por antioqueños



- Segundo: la colonización no respondió a un patrón único de poblamiento, ni de explotación del trabajo ni de aplicación de técnicas homogéneas. Las fuerzas productivas regionales se desarrollaron de manera dispar y con altibajos. Por otro lado, a medida que la colonización se consolidaba, aparecía el típico conflicto entre el campesino que había tumbado el monte y el dueño real o supuesto de la tierra. El antagonismo terrateniente-colono impregnó todo el siglo XIX y continuó raudo en el siglo XX.

La historia de la Concesión Aránzazu con títulos desde la época colonial y que alcanzó a cubrir desde Pácora al norte de Caldas hasta el mismo Manizales, llena la totalidad de la primera mitad del siglo XIX. Enmarañó en un agotador litigio por la posesión de la tierra a la poderosa familia Aránzazu, que inclusive puso presidente de la República en 1841, y a centenares de familias campesinas pobres que iban constituyendo lo que después serían municipios como Salamina, Filadelfia, y Neira.

Poco tiempo después, la historia se repetía. Cuando el proceso colonizador hubo avanzado hasta el norte del Valle del Cauca, aparecen nuevamente las artimañas de los terratenientes. El modelo fue muy parecido. Una vez el colono había limpiado el monte aparecía el terrateniente que o bien arrojaba de la tierra al campesino, o lo convertía en un agregado. Seguía la siembra de pastos. Tal mecanismo permitió el nacimiento o la ampliación de la frontera del latifundio de ganadería extensiva.

Ese fue el caso de la famosa concesión Burila (Valencia Llano, 1994:229) que saturó la segunda mitad del siglo XIX con dolorosas historias de despojos

campesinos. Alcanzó a abarcar inmensas zonas de lo que hoy es el Quindío y Risaralda, fuera de municipios del norte del Valle como Zarzal, Sevilla y Caicedonia. La tardía erección de Caldas en departamento sólo en 1905, se explica en parte porque el poblamiento no era un proceso históricamente unilineal sino extremadamente sinuoso y conflictivo que con frecuencia entorpecía la unificación de un mercado regional, dilatando de esa manera el aparecimiento de una clase dirigente con suficiente autoconciencia como para plantear ciertas reivindicaciones ante el gobierno central.

Refiriéndonos por supuesto solamente al "Gran Caldas", pues en Antioquia, desde comienzos del siglo XIX se puede hablar de una auténtica clase dirigente regional de alto peso político.

Esos intensos antagonismos expresaban el conflicto entre relaciones modernizantes y arcaizantes. Fueron agudas en toda el área y también surgieron en el occidente de Cundinamarca cuando allí se desarrolla la economía cafetera, hacia mediados del siglo XIX, en medio del dominio de formas sociales más atrasadas aún que las que se abrían camino penosamente en el centro del país.

De todos modos, la colonización produjo también, y desde sus comienzos, firmes procesos de diferenciación de clases, donde unos terminaban trabajando para otros, máxime cuando las tierras disponibles se iban agotando y los más pobres o no las podían encontrar o carecían de los recursos para comprar las herramientas y provisiones que requerían para sobrevivir mientras la tierra empezaba a producir. La colonización de los propietarios es pues sólo una leyenda.

En ese sentido operó también el capital comercial que durante casi todo el siglo XIX fue forma dominante. La diferenciación social tendía a estratificar la

comunidad. El capital comercial, al apropiarse de un excedente creciente originado en el campesino o en la minería, fue la base de la fortuna de riquísimas familias de Antioquia, Caldas, Risaralda o Quindío pero entorpeció la reproducción del sistema porque orientaba la capitalización personal en un sentido no productivo.

Es cierto, sin embargo, que no pocos comerciantes figurarían después, en el siglo XX como fundadores de empresas fabriles, pero eso no fue siempre la regla. Por ejemplo, lo confirma la historia menuda de la generación de los "azúcenos" (Drake, 1970), Restrepo A. (1995) en Manizales, que lograron la creación de importantes empresas fabriles bien avanzado ya el siglo XX. Pero la historia antioqueña está llena por su lado de comerciantes que si lograron dar ese salto.

De todos modos, el desarrollo del capital comercial al concentrar ingresos y reorientarlos hacia la circulación, o el estímulo al consumo suntuario, entorpecía la expansión del trabajo asalariado lo que en últimas distorsionaba la ampliación de la demanda. Ello porque el capital comercial se nutría preferentemente de la pequeña propiedad campesina y de la producción minera que llegó a alcanzar un interesante nivel para la época (Valencia Llano, 1985:4).

También la diferenciación social, apoyada a su vez en una división del trabajo cada vez más compleja sobre todo cuando comienza el siglo XX, induce una polarización importante de las fortunas familiares. Hay evidencia histórica suficiente que confirma la existencia de amplios estratos de gente muy pobre o misérrima desde los comienzos del siglo XX.

La figura del pequeño parcelero como base de la nueva riqueza cafetera, resultó un mito (Giraldo, 2001:76). Una vez que las insensibles leyes de la economía

completaron ciertos ciclos, la estratificación social se manifestaría en toda su crudeza, obra que remataría la violencia hacia la mitad del siglo XX, reorganizando el proceso. Hoy día, los barrios pobres, en niveles colindantes con la miseria absoluta, son numerosos y abiertamente chocantes en ciertos cordones urbanos marginales de ciudades como Medellín, Armenia, Pereira o Manizales.

La historia del pequeño agricultor empobrecido o arruinado es demasiado frecuente como para considerarla una excepción, aunque durante los primeros decenios de auge cafetero, y antes de que la diferenciación social cerrase un ciclo de su acción, fuese la producción parcelaria la principal aportante.

- Tercero: otra óptica para entender la importancia de la colonización antioqueña en su sentido mercantil y modernizante es mirando rápidamente la parte final del ciclo, hasta su agotamiento. El cómo y porqué de ello, arroja nuevas luces sobre las posibilidades globales de la economía colombiana. Hacía los dos últimos decenios del siglo XIX, y primeros del XX, el café se convierte en el objeto productivo por excelencia de la economía regional. Pero, cuando en los tres primeros decenios del siglo XX se estabiliza su economía, se agota también el ímpetu colonizador. Hacia mediado de 1930 ya parece cerrado definitivamente. ¿Por qué no siguió su expansión geográfica la colonización del centro del país?

La respuesta tiene en primer lugar una dimensión geográfico-ecológica apoyada en la aplicación de una serie de leyes económicas que le quitaron impulso al desarrollo regional y lo revertieron hacia Bogotá, el desgaste de la clase dirigente al

no continuar con proyectos de mayor envergadura y dedicarse más a negocios conocidos como el café sin proyección prospectiva.

Si se miran los contornos del mencionado triángulo de oro, Medellín, Bogotá, Cali, se verá que la expansión geográfica tenía ciertos límites naturales. Al Occidente, se encontraba la zona costanera del océano Pacífico, que por lo que se refiere al Chocó y al río Baudó, eran selvas de bosques tropicales. De alta pluviosidad y un medio hostil en alto grado, desalentaban cualquier corriente migratoria que buscaba climas más benignos y topografías más accesibles al cultivo rápido.

Es tal la naturaleza del Chocó que su incorporación plena a un proceso de desarrollo de amplio espectro, requeriría otro marco histórico parecido al que creó la colonización central del país. Lo que parece muy difícil en las circunstancias por las que atraviesa Colombia a fines del siglo XX. Pero, también en el siglo XIX era inaccesible la región norte de Antioquia y sus valles insalubres y cubiertos de densa selva, tanto allí como en la región del piedemonte central del río Magdalena. Algo sin embargo se logró como lo comprobó el auge de Puerto Berrío y Nare, cuando a mediados del siglo pasado quedaron conectados directamente al centro de Antioquia.

Lo que permitió el desembotellamiento de la región central, no fue sólo la construcción del ferrocarril de Antioquia hasta Puerto Berrío sino la conexión, ya en el siglo XX, con Buenaventura a través del ferrocarril del Pacífico. Lo interesante es que, en el siglo XIX, el norte y el extremo nor-oriental de Antioquia también se parecían al Chocó por sus condiciones climáticas inhóspitas. Y de todos modos, dicho flujo migratorio de darse, hubiera tendido a alejarse de los

circuitos comerciales internos que existían en esos momentos. Las tendencias centrípetas de la historia, en su orientación hacia los mercados regionales interiores, irían de todas maneras contrapesándose con aquellas fuerzas que empujaban el país hacía el exterior.

Quedaba solamente el sur, y efectivamente hacia allá avanzaron ciertas puntas de la colonización sobre todo por el lomo de la cordillera central. Prueba de ello son poblaciones tolimenses como Líbano, hija tardía del proceso. Con todo, más al sur, hacia las estribaciones del nevado del Tolima, también se hicieron intentos, pero ya la expansión a cualquier lado de la cordillera hubiera tocado con tierras ocupadas por inmensos latifundios, tanto en el Valle del Cauca como en Tolima o Huila. Había pues un perímetro posible, que aunque muy extenso, tenía ciertos límites utilizables.

Pero tal vez la razón principal del cierre del ciclo colonizador esté en la propia sociedad que terminó consolidándose en la zona. El café, al estabilizar finalmente la economía del área, termina por abrirle camino a cierto tipo de relaciones capitalistas, que entran en proceso de expansión, y consolidación. Otro ciclo comenzaba, con gran necesidad de mano de obra. La tendencia se invertía y ahora, bien avanzado el siglo XX, empezaron a predominar fuerzas centrífugas distintas por naturaleza a aquellas que a comienzos del siglo XIX habían iniciado la historia. Las posibilidades de Antioquia como fuente de oleadas de emigrantes, estaban agotadas.

El desarrollo de otras regiones como Urabá y Córdoba, ya en la segunda mitad del siglo XX, responde a otras leyes. A otro modelo responde también el tardío desarrollo económico-industrial de una región tan especial como es el Valle del

Cauca. Igual cosa se podría afirmar de procesos como los de la industrialización de Barranquilla, Cartagena y Bucaramanga.

Paradójicamente, los Santanderes y Boyacá, que en el siglo XVIII fueron nuestro mejor ejemplo de progreso por la fuerza de su manufactura artesanal, se quedaron atrás. Aunque ciertos factores contribuyeron, desde esas lejanas épocas, a crear condiciones para que tan prometedoras regiones terminaran deprimiéndose y reintegrándose a formas de vida que se parecen demasiado al pasado. Entre ellos, aunque parezca extraño, la misma derrota comunera del siglo XVIII es uno de esos factores de esa derrota porque "*probó"* la no viabilidad del camino artesanal. Pero lo que parece determinante en el largo plazo, fue la extraordinaria capacidad de supervivencia y readaptación del latifundio, que, como relación social, logró reinvertir procesos de esa envergadura.

8.3. COLONOS Y LATIFUNDISTAS

8.3.1. LA RELACIÓN COLONO-CAMPESINO, UN IMAGINARIO POR CONSTRUIR

"*Vea señor, no nos metamos mentiras que aquí al colono o el que abría el monte se jodía mucho para tumbar montañas y llegaba el rico y le engatusaba con papeles y le quitaba lo tumbao". Entrevista 89 Habitante de Neira.*

"La vida en esa época, creo yo que era muy dura, eso era para gente muy verraca". Entrevista 99, habitante de la Merced (Caldas)

"La vida de los campesinos, siempre ha sido fregada, y eso siempre ha sido así, toda la vida y en esa época creo que era así". Entrevista 100 habitante de San José (Caldas)

"Si más tarde se produjo concentración de ella, habría que hacer un estudio apelando a las notarías. Éste nos advertiría las novedades y de qué manera se efectuaron. Se establecería la situación financiera de algunos matrimonios, y el papel que jugó el patrimonio de las mujeres. El desarrollo económico será posible reseñarlo. Siguiendo el curso de las transacciones, se podrá comprobar varios progresos económicos: qué pasó con la agricultura y allí se comienza el establecer cómo fue el cultivo del café y en qué fecha se inició; lo que sucedió con las salinas, algunas destacadas; cómo fue apareciendo la minería y más tarde, unido a la arriería, cómo creció el comercio.

Este se podrá vincular al crédito y detenerse en sus modalidades y abundancia o restricción. La atadura entre todos estos factores y su interrelación con las vías que se fueron proyectando y abriendo. Las variaciones en los nombres de los sitios, en los apellidos por capricho, por matrimonio, por eliminación debido a la unión de varias propiedades.

Hay que verificar cómo fueron los obsequios de los terratenientes –en nuestro caso de las compañías que mantenían los litigios– para construir los pueblos. Para citar los dos casos más típicos: Salamina y Caicedonia. Es una manera de mejorar la prueba sobre el verdadero dueño de la propiedad. Cuando Aránzazu donó los terrenos para construir la bella ciudad del norte del Gran Caldas –que ha llevado a la confusión a algunos historiadores para admitir que a Juan de Dios se le puede señalar como el fundador– pretendía que se aceptara su derecho a la tierra. Si me obsequian y yo acepto, estoy admitiendo, sin ninguna dubitación, el derecho del otro para entregar. Le estoy otorgando la categoría de propietario. Eso se pretendió tanto en la colonización del norte, como en la del Quindío del Gran Caldas. Son mañosas maneras de integrar voluntades sobre las voracidades de tierras que distinguieron a esos grupos. Les permitía alegar

ante las autoridades administrativas, para que éstas actuaran, de inmediato, en el desalojo de los colonos" (Entrevista con Escobar y Ronderos).

Al hacer la lectura de las obras de Albeiro Valencia, historiógrafo, se deduce una serie de descripciones de los hogares como unidades económicas en los cuales tanto el hombre como la mujer realizaban tareas definidas. Aunque considerables segmentos de la población campesina de Antioquia, no tenían facilidades de acceso a la tierra, pues no eran propietarios y por lo tanto aceptaban trabajos temporales o permanentes en haciendas de diferentes tamaños, la parcela pequeña se convirtió en el eje de la producción y el consumo en las zonas rurales en gran parte del territorio colombiano durante el siglo XIX. Ya sea como cultivadores autónomos o como aparceros en haciendas grandes, estos campesinos demostraron tener una gran habilidad para generar diversas fuentes de sustento.

El cultivo de la tierra fue de gran importancia para los aparceros, que obtenían cosechas de granos o de tubérculos como las papas en las tierras altas del oriente y el sur, plátano en el Valle del Cauca y maíz en el corredor antioqueño que se complementaban con otros cultivos de raíces -yuca- en la costa Atlántica, vegetales y frutas. Además de los granos y las legumbres, el azúcar en forma de panela y miel y una gran variedad de bebidas alcohólicas, entre ellas el aguardiente y el guarapo, eran fuente de energía y placer para los campesinos, pues les ayudaban a sobrellevar las penalidades de la vida diaria.

Otra fuente importante de la nutrición de los aparceros eran los animales de corral como pollos, ovejas, cabras y cerdos. El ganado vacuno proporcionaba carne, leche y cuero y los caballos y las mulas eran de gran importancia para el transporte de personas y de objetos. Por último, los núcleos familiares de los campesinos

demostraron su versatilidad en la manufactura de la mayoría de sus vestimentas, calzado, herramientas y muebles, así como para la construcción de tos trapiches y las chozas de guadua y bahareque, convirtiéndose de esta manera en el elemento más común y distintivo de esa época.

Esta combinación de alimentos básicos, ganados y manufactura doméstica artesanal, se complementaba con una producción abundante y en progreso continuo, por parte de los pequeños propietarios, representada en cosechas de productos como cacao, algodón y café, especialmente en las zonas recientemente pobladas. Con mucha frecuencia, esto se daba bajo los auspicios de empresas mayores que orientaban el cultivo y el procesamiento de estos productos. Desde los aparceros que cultivaban el tabaco en Ambalema y Santander, en las décadas de mediados de siglo, hasta los arrendatarios del café en las haciendas del Tolima y el oriente de Cundinamarca un poco después, los aparceros dependientes jugaron un papel clave en la expansión de la agricultura comercializada y la vinculación de Colombia a la economía mundial después de la Independencia.

Pero muchos campesinos también llegaron a ser productores autónomos de dichos bienes, estableciendo un balance complejo entre el cultivo de alimentos y la producción de artículos para mercados nacionales e incluso internacionales. En el caso del café, cultivo de haciendas grandes en Santander, Cundinamarca y Antioquia, parece que la cosecha se complementaba con la producción obtenida por minifundistas independientes que vendían sus granos a las plantaciones. Hacia finales del siglo, los mazamorreros, numerosos productores de alimentos en el vasto corredor antioqueño, habían diversificado sus cultivos hacia el café, creando así un campesinado libre cuya producción estaba orientada hacia los mercados globales y que marco una nueva etapa comercial y social de bonanza para una elite

de comerciantes y para los campesinos, una nueva relación de mano de obra(peonaje), necesaria para este tipo de cultivo(recolección de la cosecha) y la venta libre del grano, que permitía unas ganancias extras para las familias minifundistas.

Sin embargo, un buen número de campesinos antioqueños no lograba subsistir dependiendo exclusivamente de sus parcelas y ante el avance de grupos campesinos provenientes por los lados del suroeste de Antioquia y del Quindío que ante el agotamiento del saqueo de las tumbas indígenas, se dirigieron a lo largo de la cordillera Central a la búsqueda del oro en las minas y en los ríos. Pequeños propietarios, en permanente movimiento, con frecuencia demostraban tanto interés en las excavaciones de cementerios indios para buscar guacas como en la siembra de una nueva parcela.

En casi todas las regiones, los campesinos descubrieron recursos adicionales en las extensas zonas selváticas y en las altiplanicies del norte de los Andes, ubicadas lejos de sus pequeñas parcelas. Había osos, venados y otros animales de caza en los aún densos territorios y los enormes bosques proporcionaban carbón y madera para cocinar y para construir las modestas chozas de los campesinos; las zonas selváticas también proporcionaban otros productos como el caucho silvestre y la corteza de cinchona; además de la abundante pesca en los arroyos y ríos de las zonas quebradas -en las faldas de las montañas del norte de la cordillera de los Andes así como en las riberas pantanosas en el piedemonte de los dos océanos, proporcionaba abundantes recursos de subsistencia.

Durante el siglo XIX, la parcela individual era tanto el ideal como la realidad de la mayoría de los colombianos que habitaban en las zonas rurales. La propiedad

comunal de grandes extensiones de tierra era la excepción y aun cuando lo montañoso de Antioquia, impidió estas grandes haciendas, las diferentes concesiones si generó que la apropiación de la tierra les fuera negada a las inmensas mayorías que tuvieron que migrar en búsqueda de tierras para cultivar y tener acceso a una pequeña propiedad.

En este complejo y a menudo tenso universo de hombres y mujeres de diferentes generaciones, los hombres mayores siempre intentaban controlar la asignación del trabajo y los recursos traídos a la propiedad por hombres más jóvenes, mujeres y niños, los patriarcas y otros hombres se inclinaban por el trabajo de limpieza de la tierra, la siembra de las cosechas y el cuidado del ganado, mientras que las mujeres estaban centradas en las labores del hogar, incluyendo la preparación de las cinco comidas diarias para la familia y los trabajadores contratados, el cuidado de los hijos, que solían ser muchos, y de algunas labores menores relacionadas con el ganado.

Tanto las mujeres como los niños con frecuencia intervenían en ciertas etapas del proceso de comercialización de algunas cosechas, como realizar el corte del tabaco y la selección de los granos de café.

Y en los pocos ratos libres se dedicaron a la artesanía, que ocupaba también un papel esencial en la economía familiar en muchos lugares, un ejemplo es la producción de sombreros de jipijapa en Aguadas. Sin embargo, tanto las mujeres como los niños también iban al campo en épocas de cosecha y con no poca frecuencia ayudaban en tareas tradicionalmente masculinas como la siembra, la poda y la escarda. Ciertamente en casi todas partes, pero especialmente en las regiones de frontera, donde la visión tradicional de la división del trabajo por

género se veía debilitada por el proceso constante de reubicación que les exigía rehacer las vidas, las mujeres adquirieron nuevas cargas y oportunidades dentro y fuera del hogar. Las regiones en las que las mujeres y los jóvenes se atrevieron a desafiar el control patriarcal se vieron afectadas por una violencia fratricida y conflictos sexuales (Botero 2003, Castro 1996).

La población migrante provenía de municipios con características eminentemente rurales. Esta población es en apariencia homogénea, pero en realidad es altamente estratificada y segmentada en su interior. La población migrante fue conformada por campesinos minifundistas, aparceros, jornaleros, campesinos-comerciantes y comerciantes. Todos, tan escasos de fortuna que los más afortunados traían alpargatas[23] y la mayoría venía a pie limpio[24]. No obstante la heterogeneidad presente entre los migrantes, desde el punto de vista sociocultural, se pueden caracterizar bajo la categoría de campesinos.

Los oficios de la gente que vivía en el campo no diferían mucho de los que tenían los habitantes de las ciudades y las villas. Muchas personas vivían por temporadas en uno u otro de esos lugares. No obstante, podemos hablar de actividades propias del área rural, a las cuales se dedicaba la mayor parte de quienes moraban en los sitios pertenecientes a la jurisdicción de Medellín, de donde salió una gran población que colonizó estas tierras.

Un porcentaje alto de los residentes del valle de Aburrá se dedicaba al cultivo de maíz, fríjol, plátano y caña de azúcar y a la cría de ganado. José Manuel Restrepo

---

[23] Especie de cotizas o sandalias con suela de fique y franja de sujeción al pie de lona.

[24] Relato oral de Elena Sánchez de Lara, de su vivencia en la ciudad de Armenia.

definía en 1808 a los habitantes de Medellín como agricultores y describía la agricultura de la región de la siguiente manera:

> *"Sembrar maíz cuya base de sus alimentos, en terrenos arados y rozas salteadas, la caña antigua de azúcar y ahora la de hotayte (sic) de la que sacan panela, y cultivar plátanos, extraer muchos de estos frutos a Rionegro, Santa Rosa y otros minerales. He aquí cuál ha sido siempre la agricultura y las cosechas de los habitantes de Medellín… A más de los mencionados, se siembra entre las raíces, la yuca, la arracacha, la batata, la papa o turma o patata. Entre las legumbres el fríjol común, el blanco, o el de año y las alverjas. De las hortalizas, las coles, repollos, lechugas, cebollas y ajos. De los frutales, se cultivan los aguacates o curas, grandes chirimoyas, guanábanas, piñas, granadas, granadillas, ciruelas, algunas uvas, limas, limones, naranjas y cidras. Finalmente entre los frutos silvestres el único que se encuentra con abundancia es la guayaba"*

Si bien las descripciones coinciden en que casi todos se dedicaban a la agricultura, no todos lo hacían en las mismas circunstancias. Podemos dividir este grupo entre grandes propietarios de tierras o hacendados, pequeños propietarios, denominados en los censos labradores o estancieros y los pobladores sin tierra, que bajo las modalidades de "*mercenario, agregado o jornalero"* trabajaban en las tierras de otros.

Rogers y Svenning (1973:258-9) dicen de los antioqueños:

> *"Los ciudadanos de Antioquia, Colombia, parecen ser muy diferentes de otros latinoamericanos en muchos de sus valores y actitudes sociales. Ellos le conceden gran valor al trabajo arduo, la educación y el adelanto personal. Parecen ser innatos comerciantes, empresarios, y audaces hombres de negocios cuya "tacañería" es tradicional. Predominan entre los capitanes de la industria colombiana. y son ricos en relación con relación con el promedio del país. En contraste con la aversión al trabajo manual que se encuentra en otras partes de América Latina. Los antioqueños trabajan con diligencia, aparentemente disfrutando del trabajo manual. Recuerdo mi sorpresa cuando desperté una mañana a las 4.30, en una aldea colombiana, y encontré las calles oscuras llenas de aldeanos que iban a su trabajo. Los valores de los antioqueños, poco comunes en América Latina, han llevado a sus*

compatriotas a llamarlos los "judíos de Colombia", aun cuando no hay pruebas contundentes de que tengan un origen judío (Hagen 1962: 371-373).

¿Por qué los antioqueños, y otros grupos étnicos dotados como ellos de talentos empresariales (como los hindúes en África, los chinos en Tailandia, los sichs de la India, los ibos de Nigeria, los kikuyus de Kenia, los hugonotes de Francia, los judíos de los Estados Unidos, y los regiomontanos de México) se vuelven tan orientados al éxito, tan centrados en sus aspiraciones, y tan inclinados al trabajo? La respuesta, es la motivación de realización.

La motivación de realización es un valor social que pone de relieve un deseo de excelencia para obtener una sensación de hazaña personal. También se le ha llamado necesidad de realización.

¿Para qué estudiar la motivación de realización entre los campesinos? Una razón es que muchas descripciones de la vida campesina sostienen que la mayoría de los campesinos se caracterizan por una motivación de realización sumamente escasa.

La vida campesina se caracteriza por la limitación de recursos, la escasez de oportunidades, la crianza autoritaria de los hijos, y la explotación por otros. Estos factores ambientales tienden a producir individuos con escasa motivación de realización.

En los estudios antropológicos y sociológicos se representa al campesino colombiano típico como poseedor de una perspectiva fatalista de la vida, y de una escasa motivación de realización. *"La resignación, la docilidad y el fatalismo fueron el resultado natural de las condiciones rígidas, inflexibles, establecidas durante la Colonia"*, dice Fals Borda (1955:245), quien agrega que los bajos niveles de aspiración pueden ser

convenientes para los campesinos cuyas oportunidades han estado históricamente muy limitadas.

En Colombia, generalmente los jóvenes campesinos que poseen mayores niveles de motivación de realización tienden a emigrar a las ciudades donde pueden encontrar mayores oportunidades para realizar sus valores de acción. Un resultado de esta migración selectiva del campo a la ciudad es sacar de la aldea a los jóvenes con mayores niveles de motivación de realización, perpetuando así las concentraciones de campesinos con escasa motivación de realización.

El análisis de los datos colombianos trata de determinar la relación existente entre la motivación de realización y algunos de sus antecedentes como la socialización de la personalidad en la infancia, el contacto con los medios de comunicación y otras variables de modernización. Si además podemos encontrar relaciones significativas entre la motivación y las consecuencias de la modernización tales como la excelencia en la agricultura, habremos dado otro paso hacia el entendimiento de la modernización entre los campesinos. (Escobar, entrevista 2004)

Por último, al comparar los resultados colombianos relativos a los antecedentes y las consecuencias de la motivación de realización con los obtenidos en medios culturales diferentes, como el de la India, quizá podamos establecer algunas generalizaciones interculturales referentes a la motivación de realización de los campesinos.

La exposición de Roger y Svenning (1973) acerca de los campesinos, ayuda a reivindicar el pensamiento campesino de los primeros migrantes antioqueños a estas tierras. De acuerdo con Cardona y Bonnet Patiño, ambos historiadores y en

razón de la información obtenida de los diferentes entrevistados junto con la información de Escobar (antropóloga), esta caracterización ayuda a comprender la formación del ethos antioqueño en estas tierras del viejo Caldas. A pesar de lo considerado por algunos economistas clásicos, los campesinos no actúan con la misma lógica y racionalidad de los agricultores capitalistas, es decir, no son maximizadores de beneficios, no adecúan sus medios para incrementar la rentabilidad, pues de lo contrario se les reduciría a meros agentes económicos que actúan en consonancia con las señales del mercado.

El campesino (respetando los matices ya mencionados), pese a que está inmerso en una economía monetaria, no maneja una empresa en el sentido económico, dirige una unidad familiar de trabajo y consumo, no un negocio; produce en esencia valores de uso –bienes– para satisfacer sus necesidades inmediatas, y cuando le es posible, o lo que produce no es de consumo directo, lo intercambia en los mercados locales y regionales por otros valores de uso, a través de las transacciones en dinero. En este caso, el dinero cumple una función de intermediación, en la circulación de mercancías, y no de capital como ocurre en la empresa capitalista (Roger y Svenning 1973).

En la época en que se presentó el principal flujo migratorio a la zona, las relaciones con la sociedad mayor eran más limitadas que hoy, pero dado que estos campesinos combinaban sus actividades agrícolas con el comercio, principalmente de animales y productos agrícolas, su relación con los mercados era muy estrecha. Esta condición les dio una cierta ventaja frente a los "campesinos netos", que desconocían el arte de negociar. Hasta donde se pudo indagar de los escritos de la época y lo expuesto por los estudiosos del tema, entre los migrantes que fueron más "exitosos" en términos económicos se encuentran los que tenían

antecedentes de comerciantes o de "negociantes", como dicen ellos (Álvarez 1987: 40-1).

Otra forma a través de la cual los campesinos de hoy se articulan a los mercados es mediante la venta de fuerza de trabajo dentro de la misma agricultura o hacia otros sectores de la economía. En esa época, la venta de fuerza de trabajo era mínima, predominando el intercambio de jornales en la forma conocida como "mano prestada" o convite. Si los campesinos actúan en consecuencia con lo antes expuesto, surge el siguiente interrogante: ¿Cómo muchos de los campesinos paisas que vinieron a Caldas lograron acumular capital, y pudieron convertirse, en campesinos ricos o prósperos empresarios? Hay un caso interesante como el de Pantaleón González, que se inició en la agricultura, combinándola con el comercio y el manejo de la especulación sobre las tierras baldías, obteniendo una enorme fortuna y convirtiéndose en uno de los tantos famosos *titanes* de la región, ejemplo de realización y sagacidad para los negocios, como se observa en el siguiente párrafo:

> *"Las utilidades i pérdidas serán divididas entre ambos socios. Las cuentas de la sociedad se llevarán rigurosamente por el sistema de partida doble. La compañía durará por tiempo ilimitado arreglando los desacuerdos amigablemente o por árbitros amigables. Ninguno de los socios dará su firma como fiador, por ningún motivo, ni tomará parte activa en la política del país, en que por este i nocivo pueda perjudicar los intereses de la compañía, siendo del cargo del socio que faltare a estas condiciones los perjuicios que ocasione a la sociedad, perdiendo además la décima parte de sus intereses el socio que faltare i destinada dicha parte perdida a favor del otro socio. En caso de que falleciese uno de los socios es su voluntad que el que sobreviva continúe los negocios en el mismo pie que tenía al tiempo de*

la muerte del finado hasta que los legítimos herederos entren a tomar posesión" (se respeta la ortografía de la época)[25].

Este singular personaje enseñó a los campesinos una forma de pensar como millonarios y a los de su generación les decía que el secreto para ser rico está *"en trabajar parejo con los peones"*. Además, aconsejaba: *"No estudie, mijo, que los doctores viven bien pero mueren pobres… Métase a la guerra y sáquele provecho a las desgracias, pues la guerra del 76 nos arruinó pero a la larga ganamos los hacendados"*. De este modo, el general Pantaleón González preparó el terreno para los campesinos-empresarios que llegaron posteriormente.

Explicar en la economía campesina los mecanismos que permiten acumular dinero no es fácil. En principio, se presume que los migrantes que tenían familiares establecidos en la zona encontraron condiciones apropiadas para comenzar a cultivar lotes que les dejaban los parientes para trabajar a "codillo"[26]. Un segundo aspecto que influyó en los procesos de acumulación fue la habilidad para realizar negocios o combinar actividades productivas, lo cual depende del nivel educativo, la tradición familiar y, las oportunidades ofrecidas por el medio.

La aquí denominada "*ética del trabajo duro"* no explica el éxito económico, pero sí se considera un valor que subyace en la lucha por salir adelante.

Otro elemento que sirve para caracterizar al campesino es la división y especialización del trabajo. En las sociedades campesinas; se reduce a una división

---

[25] Notaria primera de Manizales (NPM) 1882. FOL.789 Escritura 472.

[26] Codillo. Expresión popular que alude a un peón, jornalero que trabajaba la tierra y repartía utilidades con el dueño de ésta.

por sexo y por edades, dependiendo de la región del país y del grado de articulación a los mercados. Un campesino tradicional puede realizar muchas tareas: Cultivar las plantas, cuidar los animales, comercializar los productos, entre otros y que la Antropología Económica llama pluriactividad. La familia campesina, constituida en unidad básica de organización social, proporciona el trabajo necesario a la finca. En el caso de la gran mayoría de los colonizadores antioqueños que migraron, el crecimiento demográfico y la estrechez del espacio físico, los obligó a buscar tierras y oportunidades de trabajo en otros lugares, que en este caso fueron las tierras del Viejo Caldas.

Para terminar esta síntesis, se debe considerar como un elemento importante de la cultura campesina las relaciones asimétricas que mantenían con otros grupos, expresadas en subordinación a través de los fondos de renta, que no sólo se transfieren a la sociedad mayor sino que pueden ser apropiados por otros grupos que coexisten en el campo -campesinos ricos, comerciantes, agiotistas-. En el caso de los migrantes antioqueños, buena parte del trabajo de los campesinos con menos visión del negocio agrícola fue apropiado por sus coterráneos, parientes o amigos.

Esta subordinación no fue sólo económica, también tuvo –tiene- su expresión en el manejo del poder político a través de los fenómenos conocidos en nuestro país como el gamonalismo (caciquismo, en España) y el clientelismo. En la esfera política, el campesino está subordinado al gamonal de la región o del pueblo.

La relación de dependencia política está estrechamente ligada a la subordinación económica. Lo anterior es patético en zonas donde las relaciones de producción

se basan en la aparcería y otras formas de compañía (aparcería, codillo o agregado), como en la zona donde se presentó la colonización antioqueña.

Sin embargo, y fuera de todo lo anterior, y a pesar de la lucha por la tierra entre los grandes terratenientes, los empresarios agrícolas y las empresas dueñas de las concesiones, un hecho ayudó a que los campesinos que tenían en mente ser propietarios lo pudieran ser y fue el cultivo del café. Este cultivo permitió que pequeños campesinos se fueran metiendo entre los intersticios de la lucha por la tierra y se fueron incorporando a la economía cafetera nacional.

Esto generó democracia: los campesinos se hicieron propietarios de sus tierras, ya que muchas de ellas estaban ubicadas en cañones, faldas y terrenos que no generaban la ambición y apropiación por parte de las concesionarias o los grandes terratenientes, ya que el cultivo del café se daba en forma óptima en dichos terrenos. Además, les permitía a estos campesinos obtener recursos monetarios, sin necesidad de vender su mano de obra o arrendarse a los grandes propietarios. Valencia (2003:85) agrega lo siguiente:

> *"en la formación de las empresas se tuvieron en cuenta las condiciones propias de finales de siglo XIX, cuando el empresario participaba en todo el proceso de creación del capital trabajado "parejo con sus peones" y no se limitaba sólo al acto de dirigir o administrar, lo que favoreció el proceso de relaciones paternalistas de producción que se conservan en el sector agropecuario hasta mediado del siglo XX. Lo anterior hizo posible que muchos de los llamados "hacedores de fortuna" hayan sido considerados como "titanes del trabajo" o como verdaderos forjadores de la región y que tuvieron por lo tanto gran valoración social en su momento".*

Para Melo (1995), en el caso de Antioquia, hubo una élite conservadora socialmente menos tradicionalista (dada su dedicación a actividades comerciales y mineras) la que impulsó el desarrollo industrial, el mejoramiento de la

infraestructura de transporte y la ampliación de la escolaridad con el apoyo de la iglesia, bajo el impulso de la dinámica generada por un proceso colonizador centrado en el campesinado. La formación de este campesinado libre sobresale sobre un panorama marcado por la gran propiedad territorial y por su correspondiente inmovilidad. Parece ser que la pequeña propiedad parcelaria había mostrado sus ventajas respecto a otras formas de producción.

En Antioquia, los mazamorreros y campesinos, abrieron un amplio espacio al comercio y se constituyeron en una alternativa de subsistencia para un gran sector de la población. López (1979) afirma que la evolución de las actividades independientes relacionadas con la búsqueda de oro, ofrecieron en Antioquia, desde finales de la época colonial, una alternativa de ocupación diferente a la del peón agregado.

De otro lado, el desarrollo de una actividad mercantil que giraba en torno a los tres principales sectores económicos de ese momento como era la agricultura, la ganadería y la minería, trajo consigo el desplazamiento del poder económico y político de la clase latifundista hacía la clase comerciante, que se constituyó, con el transcurso del tiempo y gracias a sus vínculos políticos, en una de las principales impulsoras de la colonización.

Así lo refrenda Kalmanovitz (1988) al afirmar que los comerciantes antioqueños no sólo consiguieron fortalecerse económicamente sino que su influencia política llegó a equipararse a la de los terratenientes y propietarios de minas. El apoyo que dieron a la expansión y libre colonización de las tierras concedidas mediante mercedes a unos cuantos individuos, resultó decisivo para enfrentar la oposición desplegada por los poderosos criollos propietarios de Antioquia.

Palacios (1979) destaca las formas como la burguesía antioqueña apoyó el movimiento de colonización y su participación en el otorgamiento de crédito y aprovisionamiento de bestias, aperos, semillas y herramientas. Apoyo político consistente en la influencia que podía obtener en el Estado para que traspasase tierras públicas a los colonos y para que mediara en su favor en los conflictos con los propietarios ausentistas y un apoyo legal para que el Estado legitimara las autoridades locales y ampliara sus servicios administrativos.

La combinación de una colonización libre y un productor independiente conformaron una estrategia de modernización económica, pues incorporaron tierras nuevas a la producción y ampliaron el mercado de éstas y crearon la demanda de bienes de consumo.

La clase dominante antioqueña adquirió una visión distinta respecto al control sobre la tierra y de esta forma impulsó la colonización con un criterio empresarial, sobre todo a partir de la segunda oleada de migración. Su propósito fue, además de especular con tierras nuevas, acrecentar su radio de acción en el comercio y garantizar el aprovisionamiento agrícola del sector minero.

Como vemos, la realidad social, y sobre todo en fases de transición, es más compleja y dinámica que los arquetipos esencialistas. Los motivos por los cuales la gente migra son muy diversos, pueden ser "racionales o instrumentales", normativos y psicosociales. *"La orientación económica* -dice Weber- *puede tener un carácter tradicional o efectuarse en forma racional con arreglo a fines" (Weber, 1944: 51)*. En el caso de las migraciones, aunque no se consideran un suceso económico, han causado en todos los tiempos radicales transformaciones en la estructura económica y política de las sociedades. De hecho, los hombres reaccionan de

formas muy diversas frente a la contracción absoluta del espacio vital, por catástrofes ambientales o incrementos desmesurados de la población en ausencia de cambios tecnológicos.

Las motivaciones racionales tienen que ver con los factores ambientales u objetivos, los cuales pueden operar como factores expulsivos o atractivos. Se destacan entre éstos la calidad de los recursos naturales, los medios de comunicación, los sistemas de transporte, la accesibilidad a los recursos, las distancias, los costos de viaje, el contacto entre lugares de origen y de destino, los amigos y parientes establecidos. Todos estos elementos se ubican en la esfera de lo objetivo (Roger y Svenning.1973)

Se considera la motivación a migrar como una decisión individual. En la literatura clásica sobre la colonización, se atribuye la migración a factores "*económico"*. Pero la migración como fenómeno social es un proceso muy complejo, *"en que las presiones y atracciones llamadas económicas, como las de otro tipo, sólo pueden expresarse a través de los valores y de las normas peculiares de la sociedad y de los grupos sociales a los cuales pertenece el migrante, y por las actitudes de éste"* (Germani, 1965: 67).

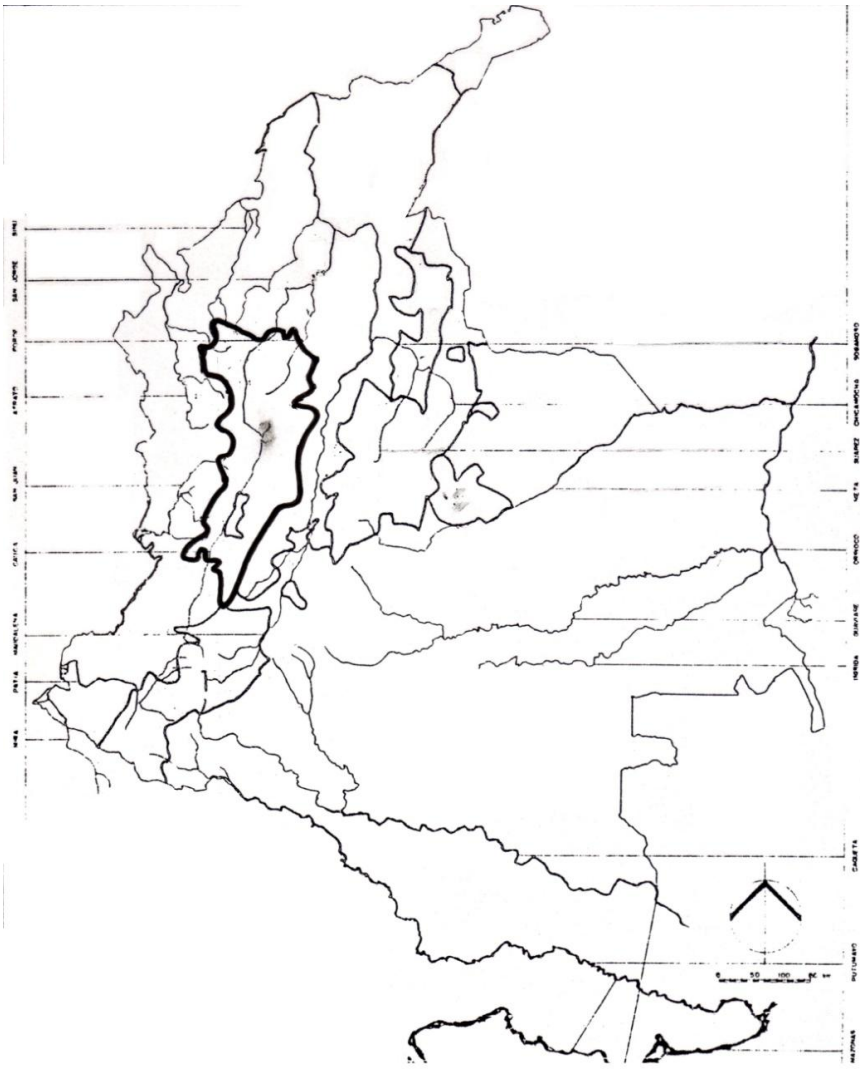
Además, Germani recalca que las condiciones objetivas no operan en el vacío, sino en un contexto normativo y psicosocial. En las normas, las creencias y los valores de la sociedad de origen pueden encontrarse no sólo criterios sobre lo que se deben considerar como malas o buenas condiciones, atracciones o expulsiones, sino también las actitudes y las pautas de comportamiento que en dicha sociedad regulan la migración.

Uno de los rasgos frecuentes de muchas sociedades tradicionales en áreas rurales es la estabilidad, el aislamiento y la fijación de los individuos al suelo natal.

Virginia Gutiérrez de Pineda, en la caracterización del *"complejo andino americano"*, al cual pertenece el antioqueño (ver Mapa 3), destaca *"su resignación ante la vida, quietismo, pasividad, fatalismo, resistencia al cambio, desgano en la lucha económica"* (Gutiérrez de Pineda, 1996: 355-495).

Aunque estas características son validas para algunos (obviamente hay quienes pueden cumplir esos rasgos, pero de ahí no se puede construir una "cultura andina" o una "personalidad nacional" como diría Kardiner) de este complejo sociocultural, la gran movilidad que se ha presentado en este complejo subcultural pone en entredicho tal apreciación. Así lo hace notar la misma autora: *"Estos rasgos cambian al moverse a las ciudades o a otros complejos subculturales, se despoja de su tradicional apatía y se llena de creatividad individual, como ocurrió con el contingente antioqueño que se desplazó por el Viejo Caldas"* (Gutiérrez de Pineda, 1996: 355).

Mapa 3. Complejo cultural antioqueño



En el aspecto psicosocial, deben tenerse en cuenta las actitudes y las expectativas de los individuos concretos. Se espera que haya correspondencia entre las condiciones objetivas, las expectativas, las actitudes y el comportamiento real. Tal situación de correspondencia entre los tres niveles: condiciones objetivas, marco normativo y actitudes internalizadas, es en realidad muy difícil de encontrar. Siempre se encuentra cierta proporción de desviación normal. En el caso que nos ocupa resulta muy difícil separar los tres niveles, aunque las condiciones objetivas

salten a la vista, siempre estarán estrechamente relacionadas con los aspectos subjetivos y normativos de los individuos (Roger y Svenning.1973).

A pesar del surgimiento de nuevas formas de relación social, no se desconoce el carácter conflictivo de la ocupación que enfrentó a lo largo de la frontera agrícola a grandes propietarios y colonos en torno a la propiedad de la tierra y su legítima ocupación en el viejo Caldas. Los conflictos y las formas en que muchas veces estos se resolvieron, a favor de los grandes propietarios y concesionarios realengos, pone en entredicho la conformación de una sociedad igualitaria y democrática y cuestiona la leyenda rosa de la colonización.

De allí que la conformación de un campesinado libre, que gracias al cultivo del café generó un ordenamiento social más igualitario y moderno respecto a las formas anteriores, no excluye la existencia de una estructura jerárquica, donde, al mismo tiempo se sentaron las bases para la concentración de la propiedad rural y la existencia de profundas desigualdades. En este sentido, la colonización no fue unívoca, selectiva y en ella convergieron distintos actores sociales e intereses: colonizadores capitalistas, terratenientes ausentistas y colonos pobres que ocuparon, a su vez, distintos tipos de tierra: concesiones coloniales, de colonización capitalista y baldíos. La coalición de intereses le otorgó viabilidad al movimiento. Los colonos aportaron su espíritu de independencia, su trabajo y solidaridad, la burguesía suministró recursos financieros y materiales y legitimó el movimiento frente al Estado.

Además, las élites dominantes en Antioquia crearon, a partir de elementos culturales campesinos, una visión de su mundo regional: montañero, libre, independiente, altivo, frugal, laborioso y pragmático, sectarista o fundamentalista

religioso y político (con una profunda interiorización de valores religiosos, con el consiguiente reforzamiento de la familia nuclear y una mentalidad conservadora o tradicional).[27]

Aunque la colonización definió un comportamiento conservador en términos culturales y políticos, en los aspectos socioeconómico sentó las bases del proceso modernizador porque:

a. Estableció un nuevo ordenamiento social menos estratificado y más móvil desde el punto de vista territorial y laboral.
b. Dinamizó el crecimiento demográfico ligado a una consolidación de diferentes actividades socioeconómicas y al desarrollo de nuevos núcleos urbanos.
c. Creó las condiciones para la acumulación de riqueza en zonas que antes habían permanecido baldías y ajenas a la utilización económica y a los circuitos productivos.
d. Permitió romper el estrangulamiento socioeconómico que sufría la provincia de Antioquia a finales de la colonia y fortalecer la naciente burguesía que se vinculó a la tierra, el comercio, la minería, la banca y acrecentó su influencia política.

Decía Palacios(1979) que esto fue la culminación de un proceso que puede interpretarse como la prueba de un modelo liberal en su intención por conformar una democracia basada en la pequeña propiedad y ampliar la ciudadanía al mundo rural a partir de la creación de una clase media de agricultores alfabetizados.

---

[27] Estas afirmaciones surgen de la lectura de las obras de Silvestre(1950), Mon y Velarde(1890), Echeverri (1854), Kastos(1972) y de las conversaciones con los historiadores Cardona y Valencia (2003)

Viene ahora esta pregunta ¿En qué manera fue apreciada la experiencia colonizadora por las autoridades de Medellín, que eran las encargadas de mantener un orden político e ideológico en Antioquia? ¿Existía en el centro de la provincia una prevención sobre esos procesos colonizadores?

Entre las autoridades de Antioquia, radicadas en Medellín, había preocupación por la población que migraba hacia la parte meridional y sur de la provincia y por el tipo de sociedades que allí se iban conformando. Era motivo de inquietud la manera como se relacionaban los individuos, la forma como se integraban las parejas, los valores predominantes, las creencias, los hábitos y costumbres y las preferencias políticas de la gente. En pocas palabras, había preocupación por el orden social en vía de configuración en las partes sur y suroeste de la provincia.

Esta preocupación se puede notar en las observaciones y comentarios que frecuentemente se hicieron sobre las zonas de colonización, áreas que eran consideradas distantes, inhóspitas y salvajes, a donde se desplazaban, no los campesinos pujantes que suponemos hoy, sino "hombres desterrados, perseguidos y expulsados" por la pobreza, por el orden existente y por las prevenciones y prejuicios sociales. En estos comentarios se aprecia un interés por contrastar, de manera implícita, las condiciones de vida entre las áreas de colonización y los centros urbanos con algún grado de "civilidad", dada una forma de vida "en poblado y a son de campana", amén "de la gracia de Dios" y la práctica de ciertos hábitos por parte de sus habitantes, que hacían presumible tal condición.

Las zonas de colonización en Antioquia, en términos generales, no eran bien vistas por las autoridades civiles y religiosas de la provincia de Medellín. De Manizales, por ejemplo, se afirmaba que era "*un punto de reunión de los más famosos*

criminales de todas partes", hecho que demandaba la presencia permanente de un prefecto para que garantizara la seguridad de las personas y las propiedades. (Roger Brew: 1995:99) Del suroeste, un visitador del Departamento del Centro advertía que "*en las vegas del Cauca había varios amancebamientos [...] y que eran aquéllas refugio de varios reos prófugos y de insignes criminales*" (Boletín Oficial: 318:52-3)

Aunque los colonos propiciaban la ampliación de la frontera agropecuaria, y a pesar de que estos espacios se constituyeron en verdaderas válvulas de escape para la presión social por la tierra que existía en el centro de la provincia, había prevenciones de orden social, político e ideológico, con respecto a las gentes que estaban migrando hacia estas zonas y a los poblamientos que estaban configurando. Las razones que explican esta prevención resultan de la dinámica misma que impuso el proceso colonizador.

Según las autoridades de Antioquia, el contacto directo de colonos, campesinos y mineros con la naturaleza creaba las condiciones para un modo de vida calificado como "tosco y montaraz", en el que fácilmente se adoptaban hábitos y costumbres propias del mundo "salvaje". La dispersión y la permanente movilidad que demandaban tales actividades generaban una vida "suelta", en el que estas "pobres gentes" se olvidaban del apego a las leyes de los hombres (Jurado: 1996:9-10).

Y aunque este estilo de vida era impuesto por las condiciones mismas de la colonización y de la minería, las personas que apreciaban tal panorama desde un centro urbano como Medellín no encontraban una plena justificación para ello. Manuel Uribe Ángel, por ejemplo, consideraba que estas actividades imponían "*un modo de vida feroz y silvestre, pues las gentes permanecían retraídos a los montes y separados de la sociedad civil y cristiana*" (Uribe A.:1895: 392).

A estos aspectos hay que agregar el temor por el contacto "pernicioso" con las comunidades indígenas. Este temor fue sustituido luego por la necesidad de civilizar tales comunidades, según los parámetros de una etnia dominante y excluyente, por medio de la enseñanza de un poco de moral y algunas nociones de cristianismo, como ocurría en Caramanta, asunto mencionado por Kastos (1972).

Así pues, la vida en comunidad y la presencia de autoridades civiles y religiosas era, desde esta perspectiva, un factor importante que garantizaría el control social sobre los colonos, control que, a su vez, contribuiría a crear o preservar un orden político, económico o ideológico determinado. Pero la misma ausencia de autoridades en las zonas de colonización las convertía en lugares atractivos para aquellas personas que, por diferentes razones, no cabían dentro de los modelos establecidos en centros urbanos como Medellín, Santa Fe de Antioquia o Ríonegro, es decir, sitios donde estaban afianzadas las diferentes formas del poder público y operaba un estricto control social.

Es quizá por esta condición que la frontera ubicada en la parte meridional de la provincia atrajo a una población inestable y, en muchos casos, refractaria a los controles institucionales. De hecho, como lo afirma Álvaro Restrepo Eusse (1903:172), el montaje de algunas haciendas ganaderas se hizo con una especie de "colonos gratuitos", es decir, de peones que pagaban prisión por deudas, lo que pudo haber favorecido la entrada a la zona de una población marginal.

Todos estos temores se sintetizan, de alguna manera, en un comentario sobre el "Estado de la civilización en Colombia y principalmente en Antioquia", publicado hacia 1866. En esta reflexión se afirmaba que:

Si en los centros poblados de las cordilleras el carácter i las costumbres se suavizan con el clima, en los profundos valles que forman nuestros grandes ríos bajo un cielo inflamado, todo es áspero i vigoroso como el clima, indómito i salvaje como las fieras que pueblan estas vastas soledades. Todavía se conserva en las profundas i dilatadas hoyas del Magdalena, del Atrato i aún del Cauca [...], los usos, inclinaciones i costumbres que tenían sus primitivos colonos mezclados va con las razas aborígenes un siglo después de la conquista.

"En las riberas de estos ríos, tan embelesadoras i poéticas como abrasadoras e incultas, el hombre civilizado se encuentra solitario i sometido para su transporte i sus necesidades del capricho de esos semibárbaros que no obstante su dulce natural, le hacen sentir, no su igualdad social, sino la superioridad que sobre él ejerce en la inmensidad del desierto." (JBM: 1866:118)

Así pues, desde el punto de vista de algunos observadores radicados en Medellín, subsistir en zonas de colonización no garantizaba la preservación de los valores, referentes y prácticas civilizadas. Por el contrario, el hecho de no "*vivir en policía y a son de campana*", es decir, al amparo de la ley, hacía posible que la autoridad se diluyera y que las gentes adquirieran una conducta reprochable desde el punto de vista moral y legal.

Estas circunstancias dieron paso a la creación de una imagen de la población, asociada con los rasgos del espacio que habitaban. Esta imagen, en algunos casos, adquirió un perfil definido cuando las autoridades del centro de Antioquia expresaron su preocupación, pues las zonas del sur se habían convertido en refugio para delincuentes, vagos y enemigos del gobierno (Jurado: 2004:45).

Así pues, para las autoridades de Medellín, en las zonas de colonización se conformaba un cuadro que merecía especial atención: población dispersa, establecida en un entorno salvaje, retraída de la vida civilizada y alejada del apego a

las leyes de los hombres y de Dios. Era una sociedad sin pleno control a la que había que articular social, política e ideológicamente.

La colonización de los territorios ubicados al sur y al suroeste de la provincia, allende el río Cauca, generó experiencias de vida entre los colonos y los grandes propietarios de tierras, experiencias que, en alguna medida, contribuyeron al moldeamiento de una sociedad de frontera en los términos atrás indicados. Pero ¿cómo vivieron estas experiencias los colonos? Para el grupo humano que emprendió la tarea del desmonte del bosque secular, la colonización fue una labor difícil de realizar. No sólo se enfrentaron con el desarraigo (la desterritorialización) sino, además, con situaciones concretas que los ubicaron en medio de realidades completamente desconocidas.

Veamos algunas de ellas:

Puede afirmarse que una experiencia inmediata consistió en que los colonos se alejaron de una vida urbana, con espacios delimitados y patrones de conducta establecidos. En esta vida urbana los vínculos sociales, políticos y económicos, y la mediación de instituciones como el Estado y la Iglesia, creaban entre las gentes la impresión y la certidumbre de vivir en condiciones de civilidad. En este sentido, la experiencia colonizadora apartó de la vida urbana a millares de personas, que iniciaron desde entonces lo que se consideraba un estilo de vida doblada, que enfrentaba a los colonos y campesinos a espacios abiertos, peligrosos, desprovistos de los referentes inmediatos que situaban y precisaban el destino de los hombres.

Durante la fase inicial de colonización, el choque de los colonizadores con el medio fue frontal. Tenían, en primer lugar, que acomodarse a un medio

completamente adverso. Algunos de ellos murieron víctimas de las fiebres, de las mordeduras de serpientes y de diversos males adquiridos en estas zonas no acondicionadas para la vida humana. Otros, con más suerte, resistieron este primer enfrentamiento con el medio y pudieron sobrevivir en medio de condiciones tan adversas. Éste es el caso, por ejemplo, de Santiago Santamaría, fundador de la aldea de Piedras (Jericó), quien "*desafió el brutal salvajismo de las fieras, el veneno mortal de las serpientes, las picaduras de los mosquitos, los abrojos, la humedad, la fiebre, la soledad, la intemperie, el calor insoportable del valle y el frío intenso en la cumbre de las montañas*" (Álvarez R.:1974:40), para, finalmente, morir mucho después como consecuencia de una enfermedad adquirida en estas tierras.

Los colonos también debieron disputarle a la indómita selva y a sus fieras, el dominio del territorio:

> *"Entre los animales que al hombre disputaban entonces estas incultas regiones figuraban en primera línea el tigre que, sin duda, por falta de alimentos adecuados, atacaba constantemente las recuas que por allí transitaban, y no faltó ocasión en que disputaran con el hombre sus víctimas. En los valles del Cartama y del Risaralda los tigres eran tan numerosos, que diariamente ocurrían encuentros con ellos, y las caballerías, ganados y cerdos que escapaban de los tambos eran perdidos"* (Orozco: 1897:9-10).

Pero el medio ambiente y las fieras no eran los únicos factores generadores de temor e incertidumbre para los colonos. Francisco Toro Montoya, en el relato de su experiencia colonizadora, manifiesta algunas de las adversidades que se encontró en su paso por la fracción de San Juan:

> *"A la semana siguiente fuimos [hacia el San Juan] pero no por el camino sino por una trocha de capotero y tragadales de pantano que se metía uno hasta la cintura. A los cuatro días llegamos a Rancho Quemado bajo un aguacero horrible y una noche muy oscura. Encontramos un rancho en el*

que había una troje de maíz, pero no había gente. Al día siguiente [...] llegamos a La Bodega que consistía en un rancherío donde había unas pocas personas que llegaron a negociar con los indios y una partida de facinerosos criminales que se habían ido a refugiar allí huyendo de la justicia, por librarse del castigo, porque en ese tiempo se castigaba el crimen [...]. Esa noche la pasamos temiendo que nos atacaran para quitarnos el bastimento. Al día siguiente nos fuimos para el Taparte y nos pusimos a cavar sepulturas en el pueblo que llaman de Aramburo [...]. En él trabajamos cerca de dos meses y sacamos algo de oro. Cuando regresábamos para Titiribí entramos a una casa donde vivían Víctor Álvarez y Crisanto Villa y nos dieron mazamorra, que nos gustó mucho porque hacía días que no la probábamos" (Citado por Vélez: 2002:146).

Por estas razones, el reto que asumieron los colonos y algunos empresarios fue valorado especialmente y sirvió para la exaltación de las personas que se introdujeron en aquellas zonas. Los llamados fundadores, que fueron destacados por haber erigido pueblos en medios completamente adversos, expresaban pues la fortaleza de todo un grupo de colonos que con el mismo arrojo se introdujo en zonas completamente desconocidas.

Pero ¿qué definía el estilo de "vida doblada" que tanto preocupaba a las autoridades de Medellín? En esta fase, los colonos y campesinos vivían dispersos en las riberas de los ríos, en chozas provisionales construidas con hojas de rascadera, palmiches, helechos y hojas secas, expuestos a la intemperie y a las penalidades propias de la selva. Según Pedro Antonio Restrepo, los primeros habitantes de La Soledad (Andes) se esparcieron en las orillas de los ríos, "*habitando tristes barracas construidas únicamente para guarecerse de la intemperie*" (Apartes entrevista Alfredo Cardona). Estos ranchos de vara en tierra, fueron lentamente reemplazados por viviendas menos inseguras, construidas con las finas maderas que se obtenían del desmonte del bosque. No obstante, los pequeños grupos que se fueron conformando permanecían

dispersos, solitarios y sólo con algunos animales domésticos y con la presencia de un bosque que se resistía a desaparecer.

Las actividades económicas predominantes, como la minería y el desmonte de bosques, generaban una dinámica de vida especial entre colonos y campesinos, caracterizada por el constante desplazamiento y por la dispersión a lo largo de la frontera. El desmonte del bosque secular, por ejemplo, era una labor realizada por pequeños grupos en varios frentes de una extensa frontera despoblada y las cosechas, de otro lado, dependía de las lluvias y obligaba a los colonos a vivir esparcidos por las riberas de los ríos. Así por ejemplo, en el relato sobre su experiencia en tierras del San Juan (Andes), Francisco Toro Montoya muestra la permanente movilidad y la combinación de actividades que debía realizar para poder sobrevivir en este territorio: "*A pocos días me volví para el San Juan, me puse a hacer una roza y mientras se secaba para quemarla y sembrarla, me puse a sepulturiar con Víctor Álvarez y también sacamos algunas argollas. Apenas sembré la roza me fui para Titiribí [...]*" (Citado por Vélez: 2002:147).

Al realizar estos trabajos, los pequeños grupos se fragmentaban, y se hacían más grandes los obstáculos para concentrar a la gente en núcleos poblacionales permanentes. Estas actividades creaban, pues, un estilo de vida caracterizado, en buena parte, por el aislamiento, la dispersión y la soledad, condiciones que se acentuaban con los reclutamientos forzosos para conformar los ejércitos partidistas, que ponían a colonos y campesinos en huida hacia el monte.

Para desempeñar algunas de las tareas de subsistencia, alternas al proceso de colonización, se aprovechó la fuerza de trabajo disponible: las mujeres, los ancianos y los niños. Claro que ante las vicisitudes de la guerra, que alejaban

frecuentemente a los hombres del desmonte del bosque, tal tarea fue asumido por aquéllos directamente:

> *"[...] mientras el cañón tronaba en Yarumal i en el Cascajo, las incultas selvas que orlan el San Juan resonaban con el golpe del hacha que las descuajaba, y el murmullo de sus palmeras se mezclaba con el canto alegre y venturoso del activo agricultor. Era el anciano, era el niño, era la mujer robusta que cultivaban la tierra mientras que los jóvenes peleaban por la relijión i la libertad"* (Citado por Vélez: 2002:147).

En las zonas de colonización el núcleo social básico fue la familia, pero constituida dentro de una gran laxitud. A estos lugares llegaron matrimonios legalmente constituidos, pero en el área se debieron haber conformado otras parejas que, sin la bendición del cura, crearon familias estables aunque prohibidas y condenadas por el clero en Antioquia. Este hecho se pone en evidencia con la existencia de tales parejas y, consecuentemente, con el nacimiento de numerosos hijos naturales. En Concordia y en Andes hubo respectivamente, 33 y 25 casos de madres solteras, y una abundante presencia de hogares donde estaba ausente uno de los dos padres. (Citado por Vélez: 2002:148).

Este fenómeno social se explica, en parte, por el hecho de que en las zonas de colonización no había autoridades civiles y religiosas que garantizaran la persistencia del contacto de los colonos con los parámetros de conducta establecidos por la ley y por la moral fundada en principios religiosos.

Los pocos curas en la zona debían cumplir extensos itinerarios, y no tenían una frecuencia definida de visitas a cada lugar. Así por ejemplo, Santiago Santamaría, fundador de Jericó, reclamaba al vicario general del obispado, a comienzos del decenio de 1850, la presencia de un cura propio para Jericó, puesto que había "*muchos párvulos sin bautizar y muchas personas deseosas de contraer matrimonio"* (Álvarez

R.:1974:40). Todo lo anterior no quiere decir que no existieran formas de autoridad y códigos más o menos aceptados por todos los participantes de este proceso de colonización.

La inexistencia de controles sociales institucionalizados atraía, pues, a "una clase de gente perjudicial en los pueblos". Esta era la queja más común entre los diversos alcaldes y prefectos de la época que ilustra una preocupación que compartieron sus similares en los demás pueblos de la frontera, y que hacía eco a las prevenciones de las autoridades de Medellín: "*pluga en esta parroquia la vagancia pues sin duda los criminales que en otras poblaciones no pueden abitar, quisa porque las autoridades los persiguen, se vienen a esta de maneras que corrompen la sociedad con sus malas costumbres*" (Citado por Vélez:2002:149).

La imagen negativa de las zonas de colonización se fundaba en apreciaciones personales de importantes figuras públicas de la provincia. Estas apreciaciones, no obstante, expresaban la existencia de prejuicios de índole cultural e ideológica con respecto a personas y lugares que apenas estaban formando sus propios referentes de identidad.

Casos como el de La Soledad (Andes) parecen confirmar esta afirmación, pues, como se podrá apreciar más adelante, fue una localidad que despertó de manera especial la atención y el ánimo civilizatorio de las autoridades de Medellín.

En los comentarios que se realizaron sobre este pueblo, se aprecia claramente la manera como se valoraban unos espacios singulares carentes de los contenidos de civilización que sí existían, por ejemplo, en Medellín. Por esta razón a esta población se la llegó a calificar como "semisalvaje", dada la gente que la habitaba, las prácticas que realizaban y las creencias políticas que tenían.

Antes de que se fundara el caserío, La Soledad tenía las características de cualquier área de poblamiento de zona de colonización. Según Pedro Antonio Restrepo, hasta el momento de fundar la aldea "*todo era desierto i soledad allí; los bosques seculares cubrían todo el territorio y las 300 personas que componían la población estaban distribuidas a lo largo de los ríos donde practicaban la minería"* (Citado por Vélez: 2002:150). Allí se asentaron los "criminales, facinerosos y bandidos" que huían de la acción de la justicia, según lo anotaba el colono Toro Montoya. La fundación del caserío, al parecer, no tuvo el efecto deseado de transformar de inmediato la situación y las costumbres de sus gentes. Según el alcalde Francisco María Ochoa, el vecindario se compone de gentes muy pobres que la miseria los ha hecho venirse a estos montes con la esperanza de que se les dé un pedazo de terreno. La parroquia carecía de todo, es decir, "de cárcel, de escuela, de puentes, de caminos" y era difícil reunir contribuciones o compartos con el propósito de construir tales edificios: "*Cualquier cantidad, por mínima que sea, que se les ecsija a estos infelices, es arrancarles el pan de sus familias*" (Citado por Vélez: 2002:150).

Para Pedro Antonio Restrepo era evidente y necesario emprender una acción administrativa decidida con el fin de "regenerar este pueblo" y de rescatarlo del "marasmo social" en que se encontraba. Una prueba del estado de atraso del pueblo era que "*ya casi no hay relaciones, sobre todo entre las mujeres*" (Citado por Vélez: 2002:151).

La fama de Andes trascendió las fronteras locales, pero con elementos adicionales que contribuían a la formación de una imagen negativa de sus gentes. Para Rafael María Giraldo, gobernador del Estado a finales del decenio de 1850, la zona, a pesar de "sus inmensos elementos de riqueza", era un palenque, es decir, un

lugar a "*donde corrían a ponerse en salvo los criminales de otros pueblos"* (Citado por Vélez: 2002:151).

De hecho, cuando el general Borrero se pronunció y proclamó la federación de Antioquia en 1851, hubo un levantamiento en La Bodega, comandado por un nombrado criminal criminal de la época llamado Juan Pablo, quien al otro día del pronunciamiento "*tenía ochenta y tantos negros más o menos criminales como él*" dispuestos a dar la batalla contra Borrero (Citado por Vélez: 2002:151).

El padre Gómez Ángel, quien tuvo que huir hacia Andes cuando se desató la persecución contra el clero en la guerra de 1861, también formuló comentarios negativos sobre la población, determinados por el tipo de autoridad que representaba; de Andes criticaba la irreligiosidad y las preferencias políticas de sus gentes:

> *"Abundan entre aquellas pobres jemes, rojos que habían sido corrompidos en sus ideas políticas i religiosas, bien en el Retiro de donde eran originarios los más. bien aquí en donde los pocos partidarios del Tirano [Mosquera] habían hecho entender a los ignorantes mineros i proletarios, que la revolución tenía por objeto distribuirles los bienes de los ricos i las montañas de los hacendados"* (Citado por Velez:2002:151)

Vale la pena recordar, que la condición de frontera explica por qué estas zonas sirvieron paradójicamente de refugio a individuos portadores de imaginarios sociales y políticos contarios: sacerdotes y criminales, por ejemplo (ver la sección del proceso de blanqueamiento). El mismo Pedro Antonio Restrepo tenía una percepción negativa de las personas y de las costumbres de quienes estaban bajo su gobierno. En las anotaciones de su diario, correspondientes al 20 de agosto de 1864, fecha importante para él, pues se celebró la fiesta del casamiento de su hija en Andes, calificaba a este "país" como "semisalvaje". Sus

habitantes, aunque jóvenes y alegres, acostumbraban consumir un licor que llaman aguardiente y que sin duda era una "creación del infierno"; en su opinión, este licor era no sólo la "causa eficiente del noventa por ciento de los delitos" que se cometían en la zona sino que conducía a quienes lo consumían a una "alegría criminal que imprueba la moral, la delicadeza y el honor" Adicionalmente, entre Andes y Jardín existía una tribu indígena que seguía las "bárbaras costumbres de sus antepasados". A estas comunidades se las trató de civilizar a través de su contacto con los blancos y de instituciones como la escuela y la iglesia. (Citado por Vélez: 2002:152)

Años después, cuando en el suroeste ya había poblamientos y las comunidades indígenas habían sido arrinconadas, Manuel Uribe Ángel expresaba que Andes se caracterizaba por una *"belleza cerril y salvaje, que contrastaba con otra que llamaba "la belleza de la civilización, que se encontraba seguramente en lugares céntricos como Medellín y Río Negro"* (Uribe: 1895:392-3).

Las evidencias eran pues contundentes: un pueblo formado por delincuentes, pobres, ateos, rojos, y que no prosperaba debido al desinterés de sus habitantes. Estas apreciaciones, en su conjunto, contribuyeron a afianzar una idea particular y maniquea de la población de Andes y de muchas otras (Pereira, por ejemplo) y, tal vez, de otras localidades del sur y suroeste de la Antioquia de ese entonces.

De esta manera se explica por qué en algunas descripciones sobre los primeros colonos del sur y suroeste, se destacaban rasgos que expresaban una simbiosis entre naturaleza y sociedad; es decir, características que aludían a la población en los mismos términos que al entorno en el que habitaba. Para este caso, retomo el ejemplo de Andes no era excepcional en el suroeste y no se debía exclusivamente

al modelo de colonización campesina que predominó en la zona, ni a la ausencia de autoridades o de figuras integradoras en el ámbito local.

Estos factores tal vez contribuían para que los habitantes de Andes asumieran ciertas prácticas que eran consideradas socialmente negativas; pero, más allá de éstas y de los prejuicios que servían de base a tales valoraciones, lo que había era una sociedad en plena configuración que espontáneamente asumía sus relaciones afectivas, sus hábitos recreativos y sus adhesiones a partidos políticos.

O en su en efecto, vuelvo sobre el área de Careperro, al margen de las grandes haciendas de Santiago Santamaría, ubicadas en las riberas de los ríos Cauca y Cartama, se formó un grupo social con unas características tales que se convirtió en un verdadero desafío para el orden que intentaban implantar las autoridades regionales. Allí se concentró un núcleo poblacional entre cuyos habitantes existían algunos reos que habían evadido la acción de la justicia.

También llegaron a la zona otros pobladores que se dedicaron a la pesca y a la ganadería, pero sin establecer las tradicionales relaciones que los demás colonos y campesinos tenían con el mayor propietario de tierras. No existían relaciones de aparcería o de compadrazgo, ni las deudas que habitualmente fungían como el más efectivo mecanismo de control social sobre los habitantes de las zonas de colonización.

Esta circunstancia hacía de los habitantes de Careperro un grupo políticamente "peligroso" y refractario al orden social. No sólo habían conformado parejas ilícitas, sino que, según las versiones de las autoridades locales de Jericó, eran "conspiradores y hostiles" al gobierno y conformaron bandas que tenían como teatro de operaciones las riberas del Cauca. Por esto eran señaladas como los

directos responsables de los frecuentes robos que se hacían a las haciendas de Santamaría. Durante los levantamientos políticos ocurridos entre 1859 y 1863, adoptaron las banderas liberales y, según las denuncias de las autoridades, cometían los "robos y tropelías a nombre del tirano Mosquera".

Sobre estas personas existía pues la sindicación de ser reos, cuatreros, conspiradores, hostiles y además liberales, hecho que explica en parte la decisión de los corregidores de los pueblos aledaños de perseguirlos hasta acabar con el que consideraban un foco de corrupción para la zona. Una de las primeras incursiones del corregidor de Jericó para acabar con la zozobra que existía en la zona se realizó a comienzos del decenio de 1860, cuando el comandante de la guarnición local y algunos habitantes de Jericó, abanderados por el propio Santamaría y otros miembros de "distinguidas familias", encabezaron expediciones armadas contra los rebeldes que desafiaban el gobierno conservador de Antioquia. (Citado por Vélez: 2002: 155)

Al parecer, las acciones contra estas personas tuvieron poco efecto, pues, posteriormente, ocurrieron nuevos hechos que involucraban a los integrantes de este núcleo poblacional en robos, levantamientos y otras tropelías que amenazaban el orden en la zona. En consecuencia, se ordenaba a las autoridades realizar actividades conjuntas para imponer el orden, como ocurrió en diciembre de 1866, cuando tuvieron que acudir los corregidores de Támesis y Valparaíso, y los alcaldes de Jericó y Felonía, para aprehender a todos los reos prófugos que se encontraban en la fracción de Careperro. (Boletín Oficial No.188:411)

Independiente de la veracidad de tales denuncias, la persecución contra las conductas prohibidas en determinadas zonas cuyos habitantes parecían proclives

al escándalo público, generaron prevenciones que terminaban con serias estigmatizaciones de algunos sectores de la población.

El proceso de colonización generó, pues, una dinámica social particular en la que para sobrevivir resultaba definitivo el acomodo del individuo a las condiciones que imponía el espacio.

La población migrante estuvo constituida, inicialmente, por campesinos pobres y mineros de diferente condición racial, quienes esperaban lograr los medios para su sustento material. Así mismo, entre la población migrante se encontraban individuos que habían sido desplazados de sus lugares de origen debido a que eran considerados vagos o habían sido desterrados por algún motivo grave. No es extraño que en estos lugares habitaran también los perseguidos políticos o los "maleantes" que esperaban ponerse a salvo de la acción de la justicia. Estos aspectos, pues, atrajeron a una población que, como en otros lugares del país y por diversas razones, no "cabía" (Zambrano: 1990: 87-91), dentro de los modelos establecidos en ciudades como Santa Fe de Antioquia, Ríonegro o Medellín.

En el contacto d recto con la naturaleza y en la lucha por superar las adversidades que el medio imponía, se forjaron varias generaciones de colonos que intentaban arrebatar a la selva una parcela para cultivar y para sembrar pastos. En este proceso, los colonos se sintieron dependientes, tributarios y temerosos de un bosque que los circundaba y que, en algunas ocasiones, daba la impresión de que los absorbía. No obstante, de este bosque obtuvieron algunos medios para la sobrevivencia y el sustento, sobre todo cuando lo dominaron progresivamente hasta el punto de convertirlo en ricas dehesas y productivas parcelas.

Entre las características del proceso estaban la dispersión y la permanente movilidad de sus protagonistas, quienes inicialmente se vieron privados de las garantías que ofrecía la vida en comunidad. Esta situación, y la débil presencia de unas autoridades civiles y religiosas, permitieron la conformación de una sociedad laxa en cuanto a los parámetros de conducta.

Como ya se ha dicho, desde Medellín se creó una imagen según la cual el sur era una zona en la que la población sobrevivía en un medio salvaje. Con esta imagen se pretendían contrastar las condiciones de vida del área con las que existían en espacios urbanos como Medellín. El propósito de este contraste estaba dirigido a señalar la necesidad de afianzar valores, prácticas y creencias determinadas en estas zonas que carecían de los fuertes controles sociales ejercidos en ciudades como Medellín, Rionegro o Santa Fe de Antioquia. Es decir, se trataba de articular social, política e ideológicamente el suroeste con el centro institucional de la provincia.

Este contraste entre áreas pobladas y zonas de reciente colonización se definió, entonces, en términos del apego de los grupos sociales dispersos en la extensa frontera a una normatividad explícita y a una serie de códigos implícitos, formalmente aceptados en el centro de la provincia. Es decir, se estableció un modelo de sociedad —cuya base estaba configurada por la religiosidad, el trabajo material, la familia, el ahorro y por valores como la honradez y la sencillez en las costumbres—, al que debían responder los grupos que se estaban conformando en las áreas remotas de la provincia y que respondían al ethos sociocultural antioqueño, a partir del cual se diseñaron dispositivos de poder y mecanismos de control social en la región.

De esta manera, puede afirmarse que, durante una buena parte del siglo XIX, en el sur de Antioquia se constituyó una "nueva" sociedad con rasgos singulares respecto a los centros urbanos ya constituidos, como Medellín. Esta sociedad puede considerarse, inicialmente, corno de frontera, es decir, una comunidad donde los lazos de sangre constituían el principal factor aglutinador social, los parámetros de conducta no estaban claramente establecidos por alguna institución, los referentes de autoridad eran débiles y no existían fuertes lealtades políticas.

Por esto, los referentes de autoridad tradicionales no operaron con la misma fuerza y vigor, al menos en una fase inicial; es decir, allí "*las guías institucionalizadas de conducta, de pensamiento, [eran] débiles o no existían"* (Geertz: 1992:191). Por lo anterior, el sur también puede considerarse un espacio "vacío", y su población suelta y dispersa, haciendo referencia a la debilidad de controles sociales institucionales. Es a partir de esta idea que se conciben y aplican estrategias de "civilización" que tienen que ver, básicamente, con la fundación de poblamientos y con el afianzamiento de las figuras y de las formas de control social habituales: el cura, el corregidor, el juez y el notable.

8.4. LA DINÁMICA COLONIZADORA

En el anterior se hizo una descripción de la colonización desde el punto de vista de la mentalidad de los primeros pobladores. Sin embargo, llegó un momento en que este poblador tuvo que asumir un papel inicial de colono, mientras despejaba

un terreno para limpiarlo e iniciar un proceso de producción y de ingreso al mercado que necesitaba alimentos, servicios y comerciales.

Este primer momento se caracterizo por:

1. La labor del colono no era respetada por las compañías;
2. Al "*rompemontes"*, colono que era contratado por las compañías, lo utilizaban ellas para controlar otras tierras;
3. Los regalos servían para alegar que se les reconocía como propietarios;
4. Se han introducido concesiones, al señalar como colonos a otras gentes, que obedecían a otros intereses que, para algunos, son capitalistas.
5. Para que haya verdadera colonización, se demandan algunas circunstancias:
   5.1. que la realicen gentes del común que tratan de salir de su miseria;
   5.2. que al emprenderla, lo hagan con sentido comunitario;
   5.3. que su tarea la cumplan en tierras del Estado o de particulares (o de las comunidades indígenas, como fue el caso), con muchos años sin explotación;
   5.4. la colonización es un sistema de reivindicación social.

Manuel Grisales (1918), uno de los fundadores de Manizales, en sus Memorias dice que ellos *«socolaban para la comunidad» y* remata con la siguiente afirmación: "*No lo hacían para una compañía capitalista, ni para el rico que acaparaba tierras. Su afán era por el hombre inope que combate por su mejor estar económico".*

Hay urgencia de contar cómo manejaba la Regeneración, época que en Colombia, con el gobierno de Núñez, dio nuevo aliento al proceso de apropiación de la tierra por parte de los campesinos y la ayuda del Estado. La solución del problema de las tierras para el caso de la Concesión Burila en el Quindío. Contra esta compañía

presentan los campesinos un memorial en 1910, que sólo es resuelto en 1930. Pero aún más, el Consejo de Ministros discutió el problema una vez, en 1917, o sea, a los 7 años de presentado aquél. Luego, lo analiza y define en otros 10 años (1927). La colonización desata confrontaciones doctrinarias.

Luego, hay obligación de detenerse en el análisis jurídico de los diversos enfoques legales sobre tierras de los estados soberanos del Cauca y de Antioquia. Vigorizar los estudios sobre la Convención de Rionegro, que alentó los disímiles esfuerzos de los proletarios de la colonización. Esta es una de las causas de repudio y crítica a ella por los grupos dominantes en el país. El Cauca estaba dirigido e influido por las ideas del radicalismo (ver más adelante la sección de política) que, en sus leyes nacionales, desató el movimiento de la colonización.

El historiador José Fernando Ocampo (1988) ha sostenido que Antioquia, en cambio, favorecía a los latifundistas, posición no muy aceptada por otros historiadores sobre el tema.

Es indispensable aclarar que esa colonización no se hizo con el cultivo del café. Este es un cultivo perenne que demanda años desde la siembra hasta la recolección para la venta. El colono y campesino no tenía dinero para emprender una siembra de tardío rendimiento, pues era pobre. Por lo tanto, necesitaba cultivos que le retribuyeran de inmediato, como el maíz, el tabaco, el anís y otros productos de pancoger. El café aparece muy posteriormente (hacia mediados de 1870)[28].

[28] Ya hay algunas investigaciones que muestran que desde 1848 ya habían cultivos de café en esta zona, aunque no de una forma masiva.

Hay una materia significativa que apenas empieza a estudiarse, que es la concepción económica y jurídica de la tierra. Qué valor tenía para los gobernantes y cuál era su influencia determinante en la comunidad.

Al respecto, hay dos posiciones contradictorias: lo que pensaba el radicalismo liberal y lo que sostenía la Regeneración conservadora de Núñez y Caro. Ello influye en el proceso de colonización que se concreta en diferentes formas de colonización. Cada una tiene sus propios matices: complicaciones jurídicas muy profundas, con resoluciones legales que no se aplicaban; las aventuras administrativas sumamente complicadas y dilatadas, manejadas -con poder e influencia política- por los latifundistas. La situación de los colonos carecía por completo de equidad frente a otros grupos sociales. Había intereses económicos que privilegiaban a quienes manejaban el destino administrativo del país.

Los regímenes sobre el manejo de tierras no concordaban. Las legislaciones de los estados soberanos de Antioquia y del Cauca eran totalmente opuestas. La posición política señalaba los distintos derroteros: Antioquia conservadora, el Cauca manejado por los radicales. Son orientaciones disímiles que es indispensable estudiar en el proceso de las colonizaciones. La ideología determina una posición en cada uno de los aspectos y es primordial.

Vamos a poner algunos ejemplos sobre las diversas colonizaciones: en el norte de Caldas se cumplió en tierras selváticas; no había pueblos, no existían fundaciones, no se conocían los caminos, no se contaba con ninguna explotación reconocida legalmente.

En la del Quindío, se tenía el camino de Bogotá a Cartago que los viajeros pintan como unos "abiertos", y se encontraba, además, la colonia de Boquía a donde

enviaban a los liberales a purgar su herejía, pues el liberalismo era condenado por la iglesia católica como pensamiento ateo, vinculado a la masonería. Por eso, el Quindío es liberal, pues de allá salió parte de los colonos. Las siembras fueron de maíz, anís, tabaco y palma de cera.

Para el occidente de Caldas, es totalmente diferente, porque había fundaciones. El oro se explotaba en Marmato, Supía y Riosucio, desde la época de la Colonia. Esas explotaciones mineras influyeron en la independencia de Colombia, pues, cuando se fueron a conseguir los empréstitos por Francisco Antonio Zea, las garantías que exigieron los prestamistas europeos fueron las minas de Supía y Marmato (Botero 2003).

De suerte que cuando llegó la colonización se encontraron con poblaciones ya de cuatrocientos años, como Anserma, Marmato, Supía y otras que desaparecieron con el tiempo. Riosucio había sido refundada en 1819, de modo que a la llegada de los campesinos paisas, la población tenía cuarenta o cincuenta años de existencia.

Además, el occidente contaba con una organización rural indígena, sumamente importante, que estuvo vinculada a las guerras de independencia y durante el siglo XIX a las guerras civiles. Estos antecedentes le concedieron complejidad al suceso social de colonización, reflejado en una fuerte radicalización política y religiosa.

En el oriente de Caldas, hay dos tipos de colonización: una, sobre el río Magdalena, en la Dorada, con un grupo humano distinto al de los pueblos de oriente -donde también tuvieron primacía los indígenas– lo que definía la organización socioeconómica y la influencia de los tolimenses. Y otra proveniente de grupos blancos venidos de Abejorral y Sonsón que se quedaron en lo que hoy

es Pensilvania, Manzanares y Marquetalia. En la zona occidente de lo que hoy es Caldas y Risaralda se destacan otros aspectos que deben compararse con la descripción de Lorenzo Jaramillo, y Francisco Jaramillo respecto a la colonización del valle del Risaralda. Los tipos humanos que se desplazan de Antioquia son diferentes –desde el punto de vista de la figura, del color de la piel y de su comportamiento social– de quienes llegaron al norte o al Quindío.

Por otra parte, además de las diferencias étnicas y culturales, las diferentes regiones del Eje Cafetero heredaron signos políticos diferentes, de acuerdo con el origen de los colonos. El norte de Caldas es, en gran mayoría, conservador, desde Aguadas hasta Manizales, lo que señala un poblamiento más antioqueño. En cambio, Risaralda es liberal radical y el Quindío es liberal, por su procedencia del Estado del Cauca.

Tradicionalmente, después de la apertura y establecimiento de mejoras venía la fundación de los poblados, buscando con ella la valorización de las tierras y la adjudicación de baldíos por parte del Estado a las colonias pobladoras.

En el caso de la fundación de Armenia, los colonos no buscaron la dotación de tierras -pues ya habían sido apropiadas- sino su valorización, a la par de evitar su inclusión en el globo de terreno que solicitaba Calarcá al Estado como dotación (lo que de haberse logrado hubiera significado una redistribución de las tierras ya apropiadas, afectando sobre todo a los grandes propietarios).

Con estas acciones, los grandes propietarios pudieron eludir el problema jurídico que enfrentaban los colonos de ésta población con la compañía Burila y la creación de un centro de socialización de los colonos pudientes, donde se discutieran y defendieran sus intereses.

En los estudios sobre la fundación de Armenia se han esgrimido dos hipótesis principales:

1. La necesidad de la construcción de un puente sobre el río Quindío que permitiera el paso de los colonos a Calarcá y la negativa de los calarqueños a colaborar en ella.
2. La fonda caminera como el eje articulador alrededor del cual se desarrolló el poblado.

El análisis de los intereses en juego desvirtúa las razones anteriores. En la región se conocían los planes viales del Estado para construir varios caminos y vías de relevancia nacional que uniría el centro del país con las fronteras, sobre todo marítimas. Entre ellas, destaca por su importancia la que uniría a Bogotá con Cali y Buenaventura (Uribe, 1914:.2). Al mismo tiempo, se sentía cada vez más la influencia de los vínculos con Pereira, Manizales y Medellín, por lo que se pensaba en la construcción de una vía en esa dirección.

La región se convertiría en el vértice de un triángulo de importancia estratégica y económica fundamental. Esto explica por qué poblaciones que tenían las mismas posibilidades de ser el eje vial y el centro político-administrativo, se opusieron abiertamente a la fundación de nuevas poblaciones y a su conversión en corregimiento, oposición que se magnifica en los arduos enfrentamientos en el concejo de Salento cuando Armenia pidió ser elevada a corregimiento. En ese entonces se les criticó no haber solicitado permiso para la fundación y se les negó durante un tiempo su solicitud, aduciendo que "*no conviene de ningún modo erigir en corregimiento la población de Armenia; hoy piden eso y mañana lo que solicitarán será el distrito y entonces habremos criado cuervos que nos sacaran los ojos"* (Valencia, 1981:248).

Las poblaciones existentes eran conscientes del peligro que significaba Armenia para su liderazgo regional y por eso intentaron reducirle su territorio e importancia, fundándole cerca otro poblado, aún a sabiendas de que más fundaciones eran inconvenientes, como bien lo expresa Jesús María Suárez:

> "*Durante algún tiempo cuando más satisfechos estábamos con el progreso de la población entró la competencia con todos los pueblos y caseríos la que existía antes, pero no con tanta fuerza, estos pueblos eran: Salento, Filandia, Circasia, Calarcá y Montenegro. Tal era el antagonismo que nos abrumaba en estas regiones, que para evitar las muchas disensiones tuvimos necesidad de hacer circular que no pretendíamos sino un simple caserío para proveernos de algunos recursos tanto, que al edificar nuestras primeras casas, hicimos surgir la idea de que eran simplemente unas fondas nuestro propósito por cuanto que creíamos mucho en una vía para el Valle del Cauca, pero reservándonos siempre la idea grandiosa de que conocida la hoya de la Vieja y los terrenos de Montegrande tal como lo conocimos, más la situación topográfica del punto elegido para la población, no solamente una fonda y una vía nacional cruzaría en este punto, sino que una ciudad no muy tarde vendría a desarrollarse y figurar en la nomenclatura de las más importantes ciudades de Colombia*" (Suarez, 1910:26-27).

Otro motivo para la fundación de Armenia fue el deseo de quedar por fuera de las tierras que Calarcá, fundada en 1886, solicitó en adjudicación al Estado en 1888 como a colonia pobladora.

> *"Conocemos de oídas algunas disposiciones de la ley, o leyes sobre baldíos y si bien vemos con gusto que ellas en parte fomentan la migración <u>también vemos con temor que la propiedad de ellas puede pasar a empresarios o negociantes</u> (subrayado del autor), es por esto que elevamos este memorial a nuestro gobierno", para que "dicte un acto legislativo especial que nos favorezca de la propiedad de una faja de los inmensos baldíos que aquí tiene. Una concesión como a nuevos pobladores, según las reglas del código de Fomento tal vez será más difícil que dictada por ley especial, en este caso, emplazando medida pero designando cantidad, esto podría hacerse dentro de lo que demarcan estos linderos del nacimiento del raudal Navarco o Cumbarco, siguiendo el curso de sus aguas hasta la dirección Alto del Castillo, límites con el Distrito de Salento, siguiendo ésta línea que fija el plano de*

éste distrito, hasta el raudal del Roble, siguiendo el curso de sus aguas hasta el desemboque de este en La Vieja, este arriba hasta la anuencia de Río Verde, por éste hasta su nacimiento en la cordillera, límites con el Departamento del Tolima, y por la línea con este departamento a buscar la línea de partida" (Plan Des. Calarcá: 12-13).

De la delimitación anterior se desprende que los terrenos actuales, de Armenia y La Tebaida quedaban encerrados en el territorio que pedía Calarcá. Según las leyes nacionales, las donaciones de tierras en las colonias pobladoras no podían ser muy extensas. En el caso de Calarcá, el límite se estipulaba en 200 hectáreas, según reglamentación de Enero 2 de 1907. Esto hubiera significado un freno al apetito desmesurado de los empresarios armenios y un recorte a las extensas propiedades de éstos[29].

Al mismo tiempo, los colonos y campesinos interesados en la fundación de Armenia querían eludir el problema que enfrentaba Calarcá con la compañía Burila, la cual se pretendía dueña de 200.000 fanegadas de tierra que incluían los terrenos de Calcedonia y Sevilla y los de todos los municipios del Quindío excepto Circasia, Filandia y Salento.

Por estas razones, los colonos de la margen izquierda del río Quindío, aprovechando sus vínculos con Pereira y Manizales, consiguieron en Cartago y Bogotá que la compañía bajara la línea norte hasta un poco más abajo del Alto del Oso, de tal manera que sus grandes propiedades quedaron libres de líos jurídicos y pudieron apropiárselas legalmente.

---

[29] Por ejemplo, Alejandro Suárez poseía, 662 has., en El Diamante, él mismo con su hermano Jesús María tenían más de 2.000 has, en La Zainera, El Porvenir y La Unión; Luis Arango, 841 has., en La Tebaida; Gabriel Arango, 5.000 has., en Buenos Aires y Ceilán; Jesús María Grisales, 5.000 has., que era la máxima apropiación permitida por la ley a empresarios individuales.

La fundación de Armenia, más las pretensiones de Burila, impidieron durante 20 años la concesión de tierras a Calarcá. Cuando la donación se efectuó se le concedieron únicamente las tierras montañosas de la margen derecha del río Quindío y el área sur, que estaba en litigio.

Por último, se quiso señalar como motivación para la fundación, la necesidad que tienen las personas que viven separadas por grandes distancias de agruparse, puesto que la comunidad existe en cada acto de reunión de sus miembros, como acuerdo entre individuos autónomos que son propietarios de tierras. Por esto, el interés general se expresó en la fundación del poblado que más que centro de comercio aparece como lugar de socialización.

La necesidad de mantener el poblado como sitio de reunión y expresión del Interés común se expresó en el primer mercado, cuando los fundadores, con el fin de evitar el fracaso -elemento que según algunos historiadores es esencial como animador de la vida de los pueblos- tuvieron que comprar y distribuir entre sí las "mercancías" que habían sacado a la venta.

> *"EI 20 de octubre de ese año, o sea pocos días después de la fundación, se llevó a cabo el primer mercado… La res que se sacrificó, ese día, era propiedad de Jesús María Ocampo (Tigreros) y fue beneficiada por Bernabé Arias y Luciano Trujillo. También se sacó a la venta un pollo, una gallina, cuatro calabazas partidas a la mitad, una carga de sal, obsequio de don Alejandro Suárez; una carga de plátanos, una carga de maíz y panela, obsequio de don Antonio Herrera; Secundina Vallejo y otras mujeres de apellido Dávila sacaron surtido de hojaldres, pero como no las pudieron vender, don Antonio Gómez las compró y las repartió entre los asistentes al mercado, Jesús Martínez sacó a la venta un cerdo Todo el producido del mercado se destinó en la compra de herramientas para continuar abriendo los terrenos, (Subrayado del autor). Debido a la falta de compradores, a eso de las tres de la tarde, todo indicaba un fracaso, ya que numerosos artículos estaban sin vender. En esos momentos llegaron de Calarcá donde habían asistido al mercado los señores Guillermo Arango,*

> *Lucas Quiroga, Tomasito Giraldo, y Luis Arango, y al darse cuenta del fracaso, y que esto constituía un duro golpe para la recién fundada población, compraron todos los víveres que quedaban y anunciaron que semanalmente seguirían haciendo esto para llevar los víveres a sus fincas de "La Argentina" (Guillermo Arango y Lucas Quiroga), "Maravélez" (Tomasito Giraldo) "Portugal" (Luis Arango)"* (Valencia, 1981: 242).

Los primeros "mercados", en la práctica, se constituyeron en bazares para recoger fondos y dar por sentado un hecho, donde los donantes y rematadores de "mercancías", que abundaban en todas las fincas, fueron los propietarios más acomodados, quienes trataron de ocultar los verdaderos fines que se proponían, como leímos en citas anteriores. Al mismo tiempo, esto nos permite sugerir que la fonda como génesis de los poblados no es una tesis válida para el caso de Armenia, como si parece haberlo sido para muchas poblaciones antioqueñas y caldenses.

La guerra de 1876 produjo un fenómeno interesante: la gente expulsada de Antioquia, por haber ayudado a los liberales allí, migró al territorio de lo que hoy es el Quindío. Por eso, surgieron la organización de los cementerios laicos y, los enfrentamientos con la Iglesia. Los campesinos del Quindío, obedecen a otra modalidad desde el punto de vista ideológico y social que, los hacen muy diferentes de los de Pereira (Hoy capital del departamento de Risaralda).

En la Dorada, ha predominado el liberalismo. En los pueblos de la cordillera Oriental, Pensilvania, Marulanda, Manzanares, entre otros, el conservatismo. El fenómeno es múltiple. No hay patrones rigurosos en el origen de estas poblaciones.

El proceso de colonización se fundamentó en la disposición colectiva de sus protagonistas hacia el trabajo fuerte y permanente. La fuerza es el medio esencial

para lograr el éxito. Esto ocurre necesariamente por momentos de conquista y ocupación de un territorio, donde el sentimiento compulsivo por el trabajo sugiere expectativas de enriquecimiento. El sentimiento de ánimo de lucro constituye aquí un factor compulsivo y fundamental de este legado cultural.

Este impulso produjo características especiales en los colonos como:

- El espíritu de destrucción de la selva.
- El colono se convierte en un símbolo depredador como cazador.
- Quedan los mitos y los sustos que los colonos traían en sus sentimientos y reforzaban su ignorancia en medio de esa selva abundante y maravillosa.
- El sentimiento de dominio y conquista de tierras y riquezas, como compensación al trabajo recio, la valentía y la fuerza.
- El fundo o la finca como expresión de propiedad privada y con ello la base de la existencia y el sentido de la protección familiar por parte del padre (familia patriarcal tradicional) aunado al fortalecimiento de la jerarquía masculina y simultáneamente la idealización de la mujer-madre.
- Se evangeliza y se adoctrina en medio de la familia.

Nos queda también como legado el camino de herradura, como opción de encuentro y de vida en torno a la arriería como práctica comercial que ennoblece el contrabando, sea por épocas la mercadería principal; esto forja el espíritu aventurero y libertario del arriero. También heredamos el maíz y sus múltiples formas alimentarias. Culturalmente, con la colonización se fundamenta el mercado y los requerimientos físicos y administrativos para lograrlo. Esto supone un sentido esencial de integración a través del intercambio que se apoya en uso del

oro como circulante. El pueblo es plaza y feria y a él llegan comerciantes y las más exóticas mercancías.

La lucha en la colonización de la región, sin ninguna excepción, está signada por la crueldad de los latifundistas –poderosos por su riqueza, sus relaciones sociales, su influjo político– contra campesinos pobres. En el Norte, actuaba González, Salazar y Cía., con el amparo de Juan de Dios Aránzazu –su socio– quien llegó a ser Presidente de Colombia. La concesión Burila en el Quindío (Valencia Llano, sf: 229-294), integrada por algunos ex presidentes y gentes de fortuna económica y política, especialmente caucanos y socios manizaleños que expulsaron a campesinos y colonos.

Hay manifestaciones de otro mundo totalmente distinto, –los combates entre el estado de Antioquia y el del Cauca– que tiene aspectos especiales y que hay que analizar por su connotación política. Los antioqueños tildaban a los caucanos de negros. Aún les dicen así. A su vez, a los primeros les decían paisarretes: el hombre de pie al suelo, sin apoyo económico. La lucha entre Antioquia y el Cauca aludía a la definición del destino político de la nación, como por ejemplo, el gobierno liberal del Cauca pretendía detener a la "godarria o los maiceros" de Antioquia. Las peleas entre antioqueños y caucanos eran violentas y, encarnaban tendencias opuestas herederas de las que desmembraron la Nueva Granada.

En las peleas entre los colonos y las compañías, éstas se amparaban en mercedes reales del tiempo de la colonia. Es decir, la política económica de la España colonizadora, determinaba aún el destino económico de la República.

Las ordenanzas proferidas sobre adjudicación de tierras, en Antioquia tenían modalidades antagónicas con las del Cauca. En Antioquia, el número de hectáreas

que se podían adquirir era muy pequeño y las condiciones tan difíciles de cumplir, que no era posible la obtención de tierras por el colono pobre. Las del Cauca eran condiciones un poco más abiertas y favorecían la colonización.

En el libro *"Episodios antioqueños I"*, de Ernesto Gutiérrez Arango sobre Lorenzo Jaramillo y los Marulanda, cuenta que aquél, en Sonsón, cuando le informaron que habían llegado las ordenanzas del Cauca, dijo: "nos vamos al Cauca". Se refería, por supuesto, a la colonización de lo que hoy es Risaralda.

Pereira y Villamaría (aldea de María), fueron ordenadas y dirigidas por el gobierno caucano pero pobladas por antioqueños liberales. Necesitaba organizar una ciudad que detuviera a Manizales y la vigilara. Estas estrategias de índole militar se dieron igualmente en el occidente caldense, en las poblaciones de Guática, Quinchía, Anserma, Bonafont y San Clemente donde, a mediados de 1890, se generaron procesos violentos en la fundación de poblaciones, a fin de mantener la posibilidad de apropiación de tierras de resguardos y para mantener a raya a pobladores liberales.

Hubo un tipo de colonización de tipo misionero, organizada al estilo de los pioneros del oeste norteamericano. En Riosucio (Caldas), la vereda del Rosario floreció gracias a este tipo de colonización. Según una versión, el área tenía para 1905, mil habitantes, y había obtenido el nivel de corregimiento. El futuro económico del asentamiento parecía promisorio y muy aventajado para su época, pues poseía colegio, imprenta y editora de libros, molino, herrería, entre otros. Algunas familias que llegaron procedentes de la población antioqueña de El Jardín, abrieron los bosques e introdujeron ganado de pastoreo en las tierras que inicialmente habían sido laderas con bosques.

El Rosario fue algo así como una colonia misionera. Ilustra algunas tendencias generales del período, como el discurso de la Regeneración, según el cual las autoridades civiles y eclesiásticas podían civilizar e incorporar indios salvajes al orden social dominante como trabajadores honorables aunque humildes. El historiador Alfredo Cardona Tobón cuenta que el Padre Marco Antonio Tobón llegó al Rosario desde Antioquia en 1903. Hubo una escuela de internado vocacional "los talleres de San José" que tenía como fin, según el propio Padre, *"cristianizar a los indios del Chamí". "El Padre Tobón dijo que los talleres debían "proveer a la civilización de más de 3.000 salvajes que andan errantes en el corazón de estas abruptas soledades. La misión de la institución era la de enseñar a los jóvenes pobres y ayudar a sostener a la iglesia local y a la diócesis con sus ganancias"*[30].

La historia que relata el Padre Tobón no menciona que al "cristianizar" a los "*salvajes Chamí"*, sus amigos colonos y negociantes habían forjado un dominio sobre las tierras despojadas a los indígenas de La Montaña. En lugar de reconocer que los indígenas habían sido despojados de sus tierras, el Padre Tobón describió los orígenes del asentamiento como una versión clásica de asentamiento fronterizo, en el cual los pioneros que trabajaron duramente habían civilizado un lugar salvaje: *"En el año 1896 el señor Rafael Tascón en compañía de unos pocos*

[30] Respecto a las tierras del Rosario, véanse el Registro de Instrumentos de Riosucio: 3.111.1902, Fol. 21a 22, nos. 40 a 41, fol. 34, no. 65; 27.X.1905, fol. 146, no. 220; 6.VI.1906, fol. 60, no.113; 3. VII. 1906, fol. 65, no. 124; quatro. VII. 1906, fol.. 65-66, no. 125; 6.IX.1906, fol. 88, no. 168; 13. ÍX.1906, fol. 91 a 92, no. Í73, 4.X. 1906; 101. 99, no. 188, y otros documentos para los años 1907 y 1908.

Alfredo Cardona Tobón, "Las viejas aldeas de Riosucio" Registros de Historia (julio 1990), pp. 12-14; Carta de los vecinos de Riosucio a los diputados de la asamblea, 17.VI.I904, Archivo Central del Cauca, archivo Muerto, pág. 325, leg. 95; "Decreto No. 367 de 1904 (Noviembre 19) por el cual se fomenta la enseñanza industrial en el Departamento," Registro Oficial 4 (Popayán) 225 (l. XII. 1904).

antioqueños, empezó a descuajar estas solitarias montañas por el lugar que hoy ocupa la plaza mayor."[31].

Los "*salvajes"* no recibieron con amabilidad semejantes esfuerzos para ocupar sus "montañas solitarias"; Alfredo Cardona Tobón relata que, de hecho, un grupo atacó y aterrorizó a los colonos. Germán, hermano del Padre Tobón, e inspector local de policía, en 1905, respondió a estos ataques con "*mano dura"*. Parece que el Padre Tobón fue obligado a irse, presionado por escándalos sexuales y su afición al aguardiente. Según Cardona, el hermano de Rafael Tascón fue asesinado por ladrones en uno de los caminos solitarios que conectaban a El Rosario con las poblaciones de Riosucio y el Jardín. Rafael Tascón vendió sus inversiones locales y se mudó. El Rosario permaneció físicamente aislado de Riosucio, debido a problemas políticos, pues el Rosario era liberal, y Riosucio era conservador.

En esta población se desarrolló una campaña de hostigamiento, persecución y difamación contra los habitantes de El Rosario, que llevó paulatinamente a la ruina a sus pobladores que tuvieron que migrar en buena parte. *"La leyenda dice que el Padre Tobón maldijo al pueblo y lo condeno a ser un lagunero enrrastrojado. Hoy no queda rastro de la plaza mayor, ni de la capilla ni de las calles… es un rastrojero enlagunado lleno de uñas de gato y sus pocos habitantes decidieron irse en caravana hacía Pueblo Rico"* (Tobón, sf: 12-14).

El hecho de que Tascón y sus vecinos en el Rosario compraron derechos en el resguardo de la Montaña, sugiere que la Ley 89 de 1890 era bastante limitada en su alcance de protección a los resguardos. Los límites de la Ley 89 se hacen evidentes en los avisos de remate publicados en la prensa local de Riosucio durante la

[31] Ibídem

primera década del siglo veinte. Esta polémica ley, que más que defender los derechos de los indígenas sirvió para mostrar las erráticas políticas del estado colombiano para permitir que los resguardos indígenas fueran desapareciendo poco a poco a manos de los abogados, colonos y campesinos y terratenientes ávidos de ocupar las nuevas tierras que consideraban baldíos.

Dicha ley, estaba compuesta por 6 títulos, 42 artículos en los cuales se desarrolla el proceso por el cual se reintegra la figura del resguardo, mediante protocolos que hacían que se realizara la distribución equitativa de las porciones del resguardo; en su artículo 1 dice entre otras cosas:

> *"Articulo 1º La legislación general de la República no regirá entre los salvajes, que vayan reduciéndose a la vida civilizada, por medio de misiones. En consecuencia el Gobierno, de acuerdo con la autoridad eclesiástica, determinará la manera como esas incipientes sociedades deban ser gobernadas."*

Y continúa con la siguiente afirmación:

> *"Las comunidades de indígenas reducidas ya a la vida civil tampoco se regirán por las leyes generales de la República, en asuntos de resguardo. En tal virtud se gobernarán por las disposiciones consignadas en esta ley"*

Dichos artículos atañen a la manera en que serán gobernados los indígenas a medida que pasan a ser ciudadanos civilizados, mediante formalidades que hacían que se efectuara la distribución ecuánime de las fracciones del resguardo.

Hasta esta Ley hubo una legislación especial para los indígenas, desde la promulgación de la ley se reinicia el proceso de división de los resguardos sin mayor dificultad, ya que en este procedimiento se aplica la reglamentación común relacionada con la partición de cualquier terreno particular no dividido, aunque

presentaba un inconveniente que podría llegar a ser insuperable y es que a los indígenas se les trataba como menores de edad, y según las disposiciones de la época los menores de edad necesitaban un tutor para manejar sus propiedades.

Teniendo en cuenta la idea de que los indígenas son menores de edad, tanto padres como hijos necesitarían un tutor, que tendría necesariamente que no ser indígena, por lo que no podía ser un individuo perteneciente al Cabildo, ni pertenecer a la tribu, ya que esto no le permitía acceder a la ciudadanía.

Para esta ley, el hacer entrega de las parcelas se tenían en cuenta a los poseedores u ocupantes al momento de la adjudicación, e igualmente se les prohibía a los adjudicatarios la venta de los terrenos antes de 10 años.

Las disposiciones establecidas en la Ley 89 de 1890 se dictaron en guarda de los intereses de los indígenas, pero al asumirlos como menores de edad, se los toma como menores bajo la idea de protegerlos pero a la vez se les da la autonomía ciudadana que es asumida después de treinta años, aunque la legislación nacional impone la mayoría de edad a los veintiún años, la prescripción se logra según el artículo 2317 del Código Civil de 1873, pero como además de ser menores son beneficiarios mientras estén terrenos no divididos, y como esa integridad puede durar hasta cincuenta años, se puede deducir que no hay prescripción alguna, ya que, de existir, las tierras volverían a sus legitimo dueños.

A partir de esta ley resurge el resguardo, generando aportes que permiten proteger al indígena aunque la idea de la Ley no era la de mantener como menores de edad a los indígenas sino el de permitirles mantener sus tierras, luego de más de 69 años de usufructo por parte de los hacendados.

Los aspectos económicos que se tuvieron en cuenta para sancionar las leyes que respectan a los resguardos durante el siglo XVIII, en especial los que tiene que ver con la disolución de éstos, se basaron en los cambios republicanos de carácter liberal que planteaban una política de libertad comercial e individualista. Por lo que la forma de vida colectiva del resguardo limitaba esa libertad y las comunidades eran tomadas como trabas coloniales, que estorbaban al progreso del país.

Además para el progreso de esta nueva economía se requería mano de obra, y por lo tanto liberar esa masa indígena que trabajaba solo para la comunidad.

También esta noción individualista se fundaba en la accesibilidad de modificar la estructura de la tenencia de la tierra acrecentando el número de propietarios en tierras de manos muertas, entre los que se circunscribían los resguardos. Y es así como para romper esta estructura social y económica, se instituye mediante la ley de 1832 el ensanche de las poblaciones urbanas, rematando las mejores tierras de resguardo a terceros.

Los criterios sociales estaban basados en la igualdad de todos los grupos étnicos, por lo que al indígena se le igualó con los demás ciudadanos, quitándole el tributo, pero se le hizo contribuyente. Ahora era ciudadano, pero sus cargas tributarias continuaron y su situación empeoró, por lo que tuvo que ocuparse como peón y luego, cuando la ley se lo permitió, vender sus tierras.

De esta forma una ley que promulgaba el favorecimiento del indígena, acabó con lo único que les quedaba, sus tierras comunales.

Finalmente hasta la Ley 89 de 1890 hubo una legislación especial para los indígenas, en la que la división de los resguardos se realizaba sin mayor dificultad, procedimiento al que se le aplicaba la reglamentación común hasta la promulgación de la ley.

Ahora hay que insinuar un suceso que no hemos estudiado: cómo fue el papel que jugaron las sociedades democráticas y las católicas. Las democráticas en el Valle, pedían al gobernador que les arreglara el problema agrario, para que no primaran más las injusticias.

Entender la complejidad de este tipo de conflictos, basta con señalar la pluralidad de relaciones sociales en estas sociedades multiétnicas. Entre las provincias, había diferencias en la estructura social que marcaba importantes variaciones de una provincia a otra. En las haciendas del Cauca grande tuvieron mano de obra indígena y esclava. Mantuvieron relaciones complejas y difíciles con las comunidades indígenas, que debido a una resistencia secular y a reagrupaciones de los grupos de las Cordillera Central, lograron escapar a una sujeción permanente. Por eso, durante el siglo XVIII y gran parte del XIX, las haciendas de esta parte debieron echar mano tanto al trabajo esclavo como al trabajo indígena como el de las manos de los colonos paisas que llegaron posteriormente.

En el Gran Cauca y en especial en el Valle, debido a la escasez de población indígena en la banda más ancha del río, la forma de apropiación de la tierra para propietarios individuales sólo había encontrado como limites los obstáculos geográficos naturales. Como ya lo había señalado Germán Colmenares, durante el siglo XVIII el surgimiento de haciendas como unidades productivas más

racionales y basadas en el trabajo esclavo fue paralelo a formas de poblamiento sui generis, a veces en las márgenes, a veces en el corazón mismo de las haciendas.

Un primer tipo de conflicto que se presentó, no sólo aquí sino en el resto de la Nueva Granada fue la fricción sorda entre los blancos y los pardos, mestizos y libres, de todos los colores, pero aquí la situación fue envenenada por la presencia ominosa de la esclavitud que los grandes propietarios de haciendas y minas se empeñaron en defender y lograron mantener hasta 1851.

El otro tipo de conflicto que aparece oficialmente como eminentemente político, pero en el que afloran los resentimientos sociales por la discriminación y exclusión, se desarrolla entre la elite de propietarios y un estrato social que venía buscando espacio político a raíz de los cambios provocados por la guerra de independencia, grupo al que no podemos calificar de clase social pero para que en la década de 1840-1850 constituía un segmento dentro de la sociedad criolla. En este sector había blancos, mestizos y hasta pardos que se habían hecho militares de oficio desde la guerra de independencia, y abogados y letrados que ocupaban posiciones de funcionarios que antes estaban reservados para los peninsulares.

Para 1840 conformaban círculos con aspiraciones políticas que se veían excluidos del estrecho círculo de la oligarquía propietaria. Este antagonismo social sólo encontraba expresión en la época en las contradicciones políticas bajo los discursos vigentes del liberalismo democrático. En las provincias del Cauca, Popayán y Buenaventura durante la guerra civil de 1832-42, mientras la élite propietaria se identificaba con la cusa conservadora y gobiernista, el grupo de políticos y militares pobres se unió al caudillo José María Obando.

Derrotados, marginados y hasta desterrados de la vida política, el triunfo liberal nacional detrás del gobierno del general José Hilario López en 1850 les proporcionaba la oportunidad del desquite, pues al estar los grandes propietarios de la región identificados casi unánimemente por las causas del conservatismo, la religión y la esclavitud, el gobierno liberal nacional se vio obligado a conformar los gobiernos locales con líderes de este sector social se convirtieron en lideres abiertos o soterrados de la presión popular contra la élite.

No se puede dejar de notar el caso curioso de que en el resto de la República la dirigencia criolla pudo lanzarse a la ofensiva ideológica promulgando ideas republicanas de libertad e igualdad ante la ley, pero las élites de Cali y Popayán entraron a la vida republicana a la defensiva. Detrás de su adhesión a la República estaba siempre latente el temor al desorden social y a la guerra de castas.

La inestabilidad del Cauca volvió a manifestarse nuevamente entre 1850 y 1854, ante el impacto que tuvo en la región el sorpresivo resultado de las elecciones nacionales en el que salió elegido el general José Hilario López. La conmoción generada en todo el territorio neogranadino por la llegada al poder del primer gobierno liberal, se convirtió en el Cauca en confrontación explosiva. Para el patriarcado de la región, acostumbrando al mando y sólidamente alineado detrás del recién surgido partido conservador, los resultados de la elección causaron profunda sorpresa.

El poder ejecutivo nacional usando las ventajas que le otorgaba la todavía vigente Constitución de 1843, hecha por conservadores, se dio a la tarea de nombrar agentes de la rama ejecutiva, es decir gobernadores y jefes políticos de cantones (provincias) entre personajes adictos al régimen. Como las elites de Cali y

Popayán, enceguecidas por su cerrada defensa de la esclavitud, por su viejo odio a José María Obando y su enconado enojo con las colonias de paisas asentadas en su territorio, no habían tomado la precaución de repartir a sus integrantes entre ambos partidos políticos y se habían identificados casi exclusivamente con el partido conservador, el gobierno liberal, para formar los gobiernos locales tuvo que apelar a grupos cuyo denominador común era que, por no pertenecer al cerrado circulo de la élite, habían estado tradicionalmente excluidos del poder.

La llegada al poder del liberalismo en todo el suroccidente adquirió así unos tintes de emotividad y desbordamiento conflictivo que no tenía en otras provincias de la República, ni siquiera en Bogotá. La intensidad del conflicto se debía al alinderamiento de fuerzas entre las que había un hondo abismo social y no solamente diferencias políticas. La mayor parte del núcleo rector del liberalismo del suroccidente estaba conformado por abogados y militares obandistas, es decir la gran mayoría de los derrotados en la guerra civil que terminó en 1842.

Lo que era más preocupante para la élite caucana era la conjunción entre estos liberales y los sectores populares, fueran libres o esclavos, lo que reavivó la agitación sobre candentes problemas regionales como la abolición definitiva de los esclavos, el asunto de los ejidos en Cali y por ende el problema agrario y la llegada de grandes grupos paisas.

Los gobernantes liberales para no perder el poder y para golpear s sus adversarios conservadores apelaron al expediente de movilizar al pueblo a favor del gobierno liberal, a través de dos instrumentos de reciente formación: uno era las Sociedades democráticas y el otro la Guardia Nacional.

Aníbal Galindo (1874), un liberal de la capital que no tenía simpatía alguna por el sector draconiano del liberalismo definía así estas sociedades democráticas, las cuales constituían temibles núcleos de fuerza organizada para imponerse a la opinión y recurrir en defensa del gobierno y del partido en caso necesario. Predicábase en ellas las más exageradas teorías de libertad e igualdad, en menosprecio al predominio de las clases superiores de la sociedad, y su establecimiento, principalmente en el Cauca, fue seguido de innumerables atentados y violencias.

Como sabemos el enfrentamiento a escala nacional se resolvió con el triunfo de la coalición de liberales Gólgotas y los conservadores contra el liberalismo draconiano. En el Cauca, ante la fortaleza de draconianos y obandistas, la tarea de desmantelar al liberalismo draconiano y la Guardia Nacional obandistas fue la labor de una alianza del liberalismo Gólgota de afuera, con el conservatismo de adentro. Concluyo así una etapa de la vida política del Gran Cauca para dar comienzo a otra de características diferentes

Los años comprendidos entre 1850 y 1880 se caracterizaron, en los aspectos puramente económicos, por los esfuerzos destinados a desarrollar una agricultura comercializada que, en base al cultivo del tabaco, fuese capaz de lograr la tan ansiada vinculación a la economía mundial.

En lo político, el período contempló la división de los liberales en dos asociaciones partidistas -el denominado partido liberal y el llamado partido conservador- y la radicalización de una facción de las mismas. La división en el seno del liberalismo tuvo lugar en dos etapas, la primera ocurrió entre 1848 y 1854, con ocasión de la formulación de un proyecto de democracia liberal -de asociación puramente civil-

sobre cuya naturaleza y objetivo no había consenso. La segunda se enmarcó entre los años 1857 y 1876, y el debate se centró sobre la forma del Estado o, mejor, del poder central.

En la órbita de lo social y cultural, ese segmento del siglo XIX contempló la emergencia de un nuevo actor: los sectores populares, los cuales habían venido presionando, desde el siglo anterior, por un espacio propio en la sociedad.

La violencia incontenible de la que se hicieron partícipes todos los sectores sociales fue otra característica, y el insospechado protagonismo que el pueblo tuvo, determinó que la memoria colectiva la recordase como "la época del perrero".

Lo anterior se inició y se cerró con el estallido de revueltas populares: la denominada del "Perrero" o "Zurriago" (1848-1851) y la llamada "Toma de Cali", el 24 de diciembre de 1876. En ellas, los sectores populares protestaron en la forma como es propia de las sociedades pre-industriales, esto es, utilizando la tradición anónima, ridiculizando los símbolos de la autoridad de las clases dominantes y ejerciendo una acción rápida y directa. Asimismo, se desenvolvió entre guerras civiles emprendidas por las asociaciones partidistas, en alguna de las cuales intervino abiertamente la Iglesia.

En su primera fase, entre 1848 y 1854, los liberales caleños y vallecaucanos se propusieron llevar adelante un proceso de transformación con el cual estaban comprometidos, inicialmente, un sector de la antigua aristocracia terrateniente y comercial y una fracción de la naciente capa media urbana. A ellos se sumó después una parte de los sectores populares. Impulsores decididos del proyecto de modernización fueron los hacendados comerciantes y los comerciantes, Obandistas de viejo cuño, quienes representaban, por entonces, las más altas

preeminencias sociales establecidas y consolidadas durante el régimen colonial. Entre ellos figuraban los señores Rafael Cayzedo y Cuero, Manuel María Barona, Manuel Dolores Camacho y Antonio Scarpetta, entre otros. A ello se sumo buena parte del estamento medio urbano, caracterizado -tal como lo reflejaban los doctores Ramón Mercado, Avelino Escobar, Juan Antonio Delgado y José Núñez Contó- por poseer, para la época, una sólida educación universitaria. Y en ella un destacado lugar había ocupado la lectura de los gestores del liberalismo inglés tanto como la de los republicanistas franceses de 1760 a 1848. Los anteriores compartieron con los autores ingleses, específicamente con John Locke, Thomas Hobbes, Jeremías Bentham, John Stuart Mills y John Mills, entre otros, los principios generales del liberalismo clásico. De los escritores franceses se rescató la importancia que el influjo jacobino ponía en los sectores populares -sobre todo en su educación-. *Y* del romanticismo y de la utopía que signaba el pensamiento de los integrantes de la denominada "Generación del *48",* se extrajo el *phatos* cristiano con el cual matizaron su lucha.

En el plano económico, el proyecto modernizador buscaba liberar la tierra de las ataduras de carácter monopolista a las que había estado sujeta desde los tiempos coloniales, e impulsar, con la mano de obra libre que emergía del proceso abolicionista, el desarrollo de una agricultura comercializada.

En este proceso las tierras de ejidos jugaron un papel protagónico. Los ejidos habían representado en Cali, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, los intereses y los valores de una sociedad amparada por el régimen de "necesidades cubiertas", propio de la vieja Edad Media castellana y del derecho feudal, el cual, impregnado de grandes dosis del espíritu le la época, legitimaba un orden social fundamentado en el "bien común".

Para mediados del siglo XIX, la implementación de una sociedad de libre mercado -una forma de asociación que derivaba su legitimidad de la seguridad y de la protección que otorgaba a la iniciativa individual- urgía el desmonte de toda forma corporativa de la propiedad de la tierra y también de su producción.

En el nivel político, la adopción del liberalismo se tradujo en la querella ideológica que dividió profundamente a los caleños y a los vallecaucanos y que se originó en torno a la forma que debía ostentar la democracia.

Así, para un sector de los liberales, para los que se matricularon en el denominado "partido conservador", la democracia debía entenderse únicamente como un pacto que, al mediar entre gobernantes y gobernados, limaba las asperezas de una sociedad, para ellos, "naturalmente desigual".

Para los liberales que se inscribieron en el "partido liberal", la democracia debía ser el resultado de una justa y adecuada combinación entre el principio ético de la "igualdad" -concebida como fuerza moral reveladora de las acciones de los individuos que en una sociedad moderna exhibieran intereses diferentes y conflictivos- y los principios de una economía de mercado.

Un ala de la anterior agrupación se radicalizó entre 1849 y se constituyó un liberalismo de clara inspiración romántica y utópica que decidió abanderar la causa que significaba una democracia entendida como modelo moral de desarrollo. Por ello se luchó por una democracia que debía propender por el desarrollo integral de todos los asociados, que se sustentase en la "igualdad absoluta" y que tuviese como meta la redención de los sectores populares, en quienes prefiguraba un héroe social. Buscaron legitimar sus ideas recurriendo al cristianismo y a la masonería.

En los aspectos sociales se buscaba, de una parte, la transformación de los sectores populares, esto es, su tránsito de plebe a un pueblo verdadero, a ciudadanos, a mayorías – la condición de existencia de una autentica república-. De otra, se impulsaba forma nuevas de sociabilidad las cuales, como las sociedades patrióticas, por ejemplo, debía mediar culturalmente en el cambio.

Desde la perspectiva de la cultura, la coyuntura 1848 a 1854 significó la confluencia entre una opinión política de vanguardia -tal como lo eran las ideas liberales románticas y utópicas de la época- y una creencia popular de hondo arraigo, como lo era la presunta donación de tierras de ejidos al pueblo caleño, por el Virrey Flórez en el siglo XVIII. Ello determinó el estallido de una revuelta popular, "la protesta del perrero", en la cual los sectores plebeyos expresaron una vigorosa y riquísima cultura política.

La acción colectiva denominada "el perrero" o "zurriago", no fue el único conflicto acaecido entre 1848 y 1854 pues le siguieron dos guerras civiles: la denominada guerra de 1851 y la revolución acaudillada por el General Melo, cuya derrota significó para Cali, y para la región, la derrota del proyecto liberal romántico y utópico.

Del proceso de transformación que los liberales -sobre todo los románticos y utópicos- se propusieron llevar a cabo entre 1848 y 1854, merece relevarse lo siguiente:

> *"Un inusitado interés por la educación y en especial la de los sectores populares. Por esa razón se enfatizaba, una parte, en una instrucción de carácter universalista que estimulara y fomentara no únicamente el amor a las virtudes cívicas tales como el trabajo, la honestidad, la riqueza, etc., sino que*

otorgara también voluntad y criterio propios e independientes. De otra, se urgía la fundación de escuelas tanto para los varones como para las mujeres" (Pacheco 1992).

Unido a lo anterior, y como un complemento a la labor educativa, se fomentó las entonces consideradas "decencias y buenas costumbres". Debido a esto se oficializaron como manuales escolares el "Manual de urbanidad", elaborado por José Rufino Cuervo y el "Astete reformado" del Abad Fleury. La tarea comprendía además, La persecución de los considerados "vagos" o "facciosos", la reforma de las mujeres acusadas de "malentretener" y el destierro o el encierro de los mendigos.

Cali, entonces la capital de la provincia de Buenaventura, debió erigirse en el sitio adecuado para llevar a proceso revolucionario. La ciudad, tradicionalmente dividida en dos distritos denominados de Cali y de Caycedo, se reordenó en tres llamados -a tono con los nuevos aires republicanos- la "Libertad", la "Igualdad " y la" Democracia". Su plaza central también se rebautizó con el nombre de plaza del "7 de marzo".

Lo anterior se acompañó de un gran interés por la construcción y la adecuación de los caminos, de las calles y de los puentes, en la consideración que constituían los "caminos de la civilización".

Se hizo énfasis en la realización de obras cuya función era el ornato de la ciudad. Y, en la persecución de "la gloria y prosperidad ciudadanas", se buscó desterrar de la ciudad los malos olores y a la inmundicia, se combatió el ocio y se batalló contra la enfermedad y fanatismo.

En el proceso se inventaba una tradición -la republicana- para lo cual se creó un lenguaje revolucionario, se levantaron altares a la república y se hizo derroche de simbología oficial.

Se intento legitimar el nuevo orden social haciendo del cristianismo, específicamente de los evangelios, la fuente de la cual manarían las ideas auténticamente democráticas. Así, Cristo, tornado en salvador de los pobres y de los oprimidos, se erguía en la idea-fuerza que alentaba el camino.

Una característica del momento fue la enorme circulación de las ideas que provenían de la masonería, que darían impulso al proceso de transformación y reforzaría el ideal de la fraternidad de debería unir a los constructores de la nación.

En el Cauca, y como productos de todo ese marasmo dado por el liberalismo, emerge el general Tomás Cipriano Mosquera que como uno de los caudillos reformistas más significativos de las décadas centrales del siglo. Procedente de las filas del conservadurismo, rompió con los principios de esta formación y en su primer mandato (1845-1849) llevó a cabo una serie de reformas en un intento de modernizar la administración y crear alguna infraestructura básica, como fue la construcción del ferrocarril interoceánico en el istmo de Panamá. Sin embargo, muchas de las instituciones coloniales seguían presentes.

De su supresión se encargo el general José Hilario López, presidente de la república desde 1849 a 1853. Sustituyó el antiguo receptor de rentas del mundo colonial por un nuevo sistema fiscal. La esclavitud fue suprimida, se tomaron medida secularizadoras y se estableció la libertad de cultivos que ánimo el

incremento de las propiedades dedicadas al tabaco. Su sucesor, Obando, planteó sin éxito una política dedicada a la protección de la rudimentaria industria local.

La cuestión de las relaciones entre el poder central y las provincias también estuvo repleta de tensiones en Colombia. La Constitución de 1858, tendente a reforzar el poder central, provocó la guerra civil en la que salió triunfante el general Mosquera, representante de la política de las provincias frente a Bogotá. Su segundo mandato, entre 1861 y 1867 puso en marcha el ciclo de los reformistas radicales durante veinte años.

Para empezar, la Constitución de Rionegro de 1863 ensanchó los cauces de la libertad y de la participación política y aumento el poder de las provincias frente al del poder central. Se intensificó una política de laicización con la libertad de cultos y la confiscación y desamortización de los bienes de la iglesia. Fue en el plano económico en el que residía la debilidad del reformismo de los liberales, cuya figura más representativa fue el doctor Manuel Murillo Toro. La utilización de las exportaciones para el desarrollo económico no resulto debido a razones estructurales y por el declive de las propias exportaciones.

La reacción conservadora se autoproclamó regeneracionista. Elaborada por Rafael Núñez, que alcanzó la presidencia en 1880, cerraba el ciclo liberal. La constitución de 1886, de carácter unitario, sustituyó a la de Rionegro, con el concurso de las principales oligarquías y del alto clero católico dispuesto a recristianizar la enseñanza y el mundo intelectual. Las tensiones entre conservadores y liberales aumentaron hasta desembocar en desastrosas guerras civiles. Un país arruinado en 1903 no pudo evitar que Estados Unidos dirigiera una estrategia de secesión de Panamá con la construcción del canal interoceánico.

Una Constitución de la envergadura de la de 1863 no es el simple producto de unos tribunos. Los brillantes discursos de Rojas Garrido, Camacho Roldan, Camilo Antonio Echeverri, Manuel Ancizar, Justo Arosemena, José Hilario López o Tomás Cipriano de Mosquera, para no citar sino a algunos de los constituyentes de Rionegro, expresaban una doctrina pero también una posición para tratar de regular una sociedad concreta, por medio de una Constitución. Sus ideas traían la carga de muchos debates anteriores, de diferentes intentos de organización institucional, de experiencias vividas en el manejo de los asuntos públicos, y la certera convicción de que sus principios eran los adecuados para el manejo de la sociedad, para la mejor felicidad de los pueblos como entonces se decía, y para forjar una nacionalidad que aún era incipiente.

Entre los constituyentes de Rionegro había veteranos de la guerra de independencia que por cuarenta años venían sirviendo a la República y jóvenes recién incorporados a los asuntos del Estado, durante las profundas transformaciones del medio siglo, adelantadas por el partido liberal para convertir en realidad su credo: liberación de los esclavos, freno al autoritarismo y consagración de libertades públicas y de pensamiento, desmonte de un sistema tributario arcaico heredado de la Colonia, modificación de la estructura agraria de acuerdo con sus patrones doctrinarios, liberalizando tierras comunales y, tratamiento del problema regional por medio de la descentralización de rentas e implantación del sistema federal.

La obra de los constituyentes del 63 suele apreciarse entre nosotros desde una óptica parcial e interesadamente injusta. Lo primero, es que para valorar su obra no se tiene en cuenta la situación de la sociedad colombiana a mediados del siglo XIX. Existían una población paupérrima y analfabeta; un incipiente sentimiento

nacional en formación, aplastado por el peso de los regionalismos y los caudillismos, en un país que no tenía vías de comunicación y que ni siquiera había delimitado sus fronteras; una herencia colonial que se manifestaba en la mentalidad autoritaria, el fanatismo y la ausencia de pluralismo y de tolerancia ante la opinión o la creencia ajena; un clero todopoderoso con mentalidad de contrarreforma, participante activo en la política, en defensa del statu-quo; una iglesia celosa de sus privilegios y parapetada en una inmensa riqueza que inmovilizaba el desarrollo de la economía.

Lo que en Rionegro se discutía y se plasmaba hacía parte de la controversia política de Occidente entre igualdad ante la ley, tutelada por la República, o el autoritarismo, personificado en la monarquía, la opción entre centralismo o federalismo, entre una autoridad arbitraría o una limitada por la constitución, entre un mundo secular y tolerante o una sociedad teocrática e intolerante.

A mediados del siglo XIX, la situación política de Latinoamérica era muy similar. La lucha partidista se desarrollaba entre liberales y conservadores, en la tribuna y en los campamentos, y la contienda ideológica era entre centralistas y federalistas, librecambistas y proteccionistas, partidarios del Estado secular o de un Estado con el predominio de un credo.

Desde el comienzo de su vida independiente, Argentina padecía el enfrentamiento sangriento entre Buenos Aires y las provincias y a duras penas conseguía domeñar a los caudillos regionales y establecer un orden civil con Mitre y con Sarmiento. Venezuela, que en 1864 discutía una constitución con problemática cercana a la de Rionegro, en medio de sangrientas guerras, intentaba aclimatar el régimen federal y acabar con la preponderancia de los caudillos. Y Méjico, que también venía

padeciendo los mismos males, los veía agravados por la intromisión extranjera para establecer la monarquía ante la altiva respuesta civil de Juárez, el prototipo de los principios liberales.

La particularidad en Colombia fue que en Rionegro el constituyente logró imponer la Constitución a Mosquera, caudillo victorioso, y que este la aceptó, marcando así un hito en lo que ha sido la historia del país, en la cual los dictadores han sido excepcionales y fugaces. La Constitución de 1863 consagró las libertades ciudadanas y el pluralismo. En el centro de su estructura confirmó el federalismo que ya el país había establecido indirectamente, a partir de 1854, con la creación del Estado de Panamá, seguido por Antioquia y por otros seis estados y que había sido ratificado explícitamente por la Constitución de 1858.

El sistema federal ni era extraño ni era utópico. Era la respuesta adecuada para las sociedades del Nuevo Mundo, asentadas en vastos territorios, cuando apenas se estaba conformando la nacionalidad. Sobre el federalismo y las atribuciones del Estado central y de los Estados federales, giró el debate fundamental en las deliberaciones que dieron lugar a la Constitución de Filadelfia en 1787. Por ello no es casual que sea El Federalista, escrito por Hamilton y Madison, la obra que mejor la explica y la que dio los argumentos para que los estados federales la aprobaran. Y no sólo por razones doctrinarias sino por ser el adecuado, el sistema federal fue adoptado también por Argentina, Brasil, Venezuela y Méjico.

El calumniado federalismo, que en otras partes ha rendido sus frutos, acá no fue una mala cosa. Permitió domeñar los ímpetus de los caudillos militares; propició el desarrollo de regiones como Antioquia que, durante ese período y gracias a que pudo manejar sus propios recursos, experimentó su despegue económico y pasó

de provincia pobre y atrasada a convertirse en una región pujante. Como lo muestra la nueva historiografía, en el seno del federalismo creció el comercio internacional y se desarrollaron las exportaciones de oro y de productos agrícolas como el tabaco, la quina y el añil.

A diferencia de lo que no logró el centralismo agobiante de la Constitución de 1886 con Panamá, salvó la unidad nacional, permitiendo las particularidades regionales. Y en contra de lo que se pretende falsamente, en un siglo violento y marcado por las guerras civiles en Colombia y en el Continente, impidió la confrontación en el orden nacional, pues como gráficamente lo dijo en sus memorias Quijano Wallis, el federalismo descentralizó las guerras, reduciendo su magnitud al teatro regional.

El contenido filosófico liberal de la constitución de 1863 tiene hoy un sello de evidente modernidad. Visto a la luz de la nueva agenda internacional y en el lenguaje de lo que ahora denominamos derechos humanos, mantiene profunda vigencia su respeto por el pluralismo y por los derechos de los ciudadanos. Ahora que la comunidad internacional se horroriza ante el cadalso, la disposición que suprimía la pena de muerte se constituye en un hecho avanzado.

Frente a la sociedad que vivió las prácticas del holocausto, de las dos guerras mundiales y de las guerras coloniales, no puede dejar de sorprender por su modernidad el que, ya en 1863, una constitución consagrase el respeto al derecho de gentes, equivalente hoy al derecho internacional humanitario.

En palabras de un Núñez victorioso por la guerra, la Constitución de Rionegro había dejado de existir y en su lugar se expidió la de 1886 con un cariz ideológico totalmente contrario al anterior. Con la llamada "Regeneración" se inició un

período de proscripción de las ideas liberales y de persecución del partido y de sus miembros. Entre 1886 y 1904, al Partido Liberal sólo se le permitió elegir dos representantes a la Cámara en todo el período y ningún senador. Todo ello fue la causa de la Guerra de los Mil Días que dejó cien mil muertos, produjo la pérdida de Panamá y dejó una sociedad y una economía en ruinas. A partir de ese momento, los jefes liberales, especialmente Uribe Uribe y Benjamín Herrera, optaron para el partido por el camino de la reforma a través de los métodos pacíficos, de la controversia política y de la organización.

Con el nuevo siglo se hacía más evidente que los antiguos postulados filosóficos del liberalismo no eran suficientes para dar respuesta a las necesidades crecientes de la población y para que el Estado pudiera enfrentar los nuevos retos de la economía.

De allí que, desde 1904, Uribe Uribe propiciase una vía doctrinaria dirigida a proteger los intereses de las nuevas clases trabajadoras y a dotar al estado de medios de intervención para cumplir ese fin, lo que en su momento se denominó socialismo.

En 1922, el candidato liberal Benjamín Herrera fue vencido en las urnas para la presidencia, el partido asimiló el golpe y actuó positivamente. Corrió sus fronteras ideológicas hacia la izquierda. Convocó en Ibagué una convención en 1922, de la cual surgió la renovación doctrinaria del partido, al incorporar las reivindicaciones sociales de "las clases proletarias", como textualmente se leía, los elementos entonces novedosos y proscritos de la seguridad social como el pago de prestaciones sociales y del descanso dominical para el trabajador, la jornada de ocho horas de trabajo, entre otros.

También decidió el partido promover la educación, de acuerdo con sus valores, uno de cuyos resultados fue la fundación de la Universidad Libre y la incorporación con su práctica y sus programas progresistas, de una juventud que luego desempeñaría un papel fundamental durante la República Liberal.

Con base en la reforma, se dictó la Ley 200 de 1936 para favorecer a campesinos y aparceros; se adelantaron políticas benéficas para los trabajadores y se apoyaron las asociaciones gremiales de estos; se desarrollaron políticas progresistas en el campo de la educación; por medio de la Ley 45 de 1936 se borraron odiosas distinciones entre los hijos habidos en matrimonio o fuera de él.

Por convertirse en portavoz de las clases populares, el Partido Liberal volvió a ser el partido del pueblo. Lo que vino después fue una historia de vaivenes y retrocesos. Las dictaduras civiles y militares a partir de 1949, el plebiscito de 1957, que retrotrajo constitucionalmente muchos de los avances obtenidos en 1936.

El Frente Nacional. El indoctrinarismo y el acomodamiento del partido. La pérdida de energía para producir cambios lo cual, hace ya varias décadas, llevó a Carlos Lleras Restrepo a decir del Partido Liberal que parecía un buey cansado. Al iniciarse este nuevo milenio, el Partido Liberal se encuentra ante nuevos retos. Perdió las mayorías automáticas que mantuvo durante sesenta años.

Por falta de claridad y conducción, no hace vibrar al pueblo en la misma forma de antes y la juventud, sin encontrarlas, busca respuestas en el Partido Liberal para los nuevos problemas y las nuevas situaciones. El futuro dirá si una vez más el Partido Liberal es capaz de responder o si, por el contrario, será sólo motivo de conmemoraciones en los festivales del recuerdo y tema para los historiadores.

Este es el camino que Convención de Rionegro apoyó a los colonos de Neira, Manizales, Villamaría y Santa Rosa. La reacción de los ricos fue extrema y difundieron la consigna de que aquella rompió la armonía entre los colombianos e inventaron guerras promovidas por los colonos pobres, de origen radical. Con esas prédicas taparon las injusticias y la violencia desencadenada contra los colonos y a la ayuda al campesino sin medios.

El señor Fermín López –así lo cuenta Gutiérrez Arango – salió huyendo del norte de Caldas y llegó al Cauca Grande. La Convención de Rionegro le adjudicó 12.000 hectáreas para fundar a Santa Rosa. Por su parte, la gente del norte de Caldas, la compañía de antioqueños González y Salazar, lo hizo huir de pueblo en pueblo, hasta salir al Estado del Cauca. Mientras estuvo en tierra antioqueña, no tuvo reposo.

Este personaje representa el campesino, el colono y el empresario emprendedor, luchador, terco y osado, amante de la tierra y de su familia, perseguido por la justicia y por los terratenientes acaparadores de tierras baldías. Es la figura típica de un hombre que vivió a plenitud una época de movimientos y sinsabores alrededor de una vasta y selvática tierra que se abrió a punta de hacha y machete frente al arrollador avance de los antioqueños.

Los hombres que describe el profesor Rodrigo Jiménez Mejía, no coinciden con los "vagabundos" y "vagos" que menciona Roberto Luis Jaramillo como fundadores de Salamina en su escrito: *"Yo alcancé a presenciar, en mi infancia, la apertura de las haciendas. Era aún la época de las migraciones de peones de Abejorral. Sonsón y Aguadas. Todos ellos blancos, altos y fornidos. No traían ni enfermedad, ni vicio alguno. Muchos de ellos salían a la población solamente una o dos veces al año. Luego habían de seguir*

las migraciones desde estas regiones del norte de Caldas hacia el Quindío y el Valle del Cauca. Allí encontrarían las tierras de Canaán a las que llevarían sus austeras costumbres, su laboriosidad y su raza, para el enriquecimiento y la grandeza de Colombia" (Citado por Gutiérrez Arango, 1992: 280).

En esta era de la colonización, como en ningún otro tiempo, se le limitaron las condiciones doctrinarias que determinan la ideología del partido liberal, y se centra en la parte más sustancial, desde el punto de vista humano, de la revolución económica de 1850-1863. La familia fue el eje de la colonización. Este hecho de tanta significación, nos permite afirmar que no toleró que se concentrara la propiedad. Sirvió como catalizador para la pequeña propiedad.

Los modelos de propiedad y posesión de la tierra son centrales dentro de la colonización del territorio del Eje Cafetero, y se constituyen en el eje central de la investigación, dado que los imaginarios que se construyen tienen estrecha relación con los modelos de apropiación de las tierras, que es el objetivo final de este proceso colonizador.

8.5. LA POLÍTICA: COMO ELEMENTO DE FUNDAMENTALISMO PARA LA PROYECCIÓN DE IDENTIDAD Y DE SEPARATISMO

En el siglo XIX en Colombia, la herencia española se constituyó en uno de los elementos de la perspectiva con la cual se miró el presente y la necesidad de proyectarse hacia el futuro. De la toma de posición ante el pasado americano y su

relación con España, dependió en gran parte el concepto de nación con el que se buscó consolidar las propuestas tanto políticas como económicas, así como educativas y culturales.

La actitud ante dicha herencia, con matices variados y a veces pocos claros, fue un factor determinante de diferenciación entre los partidos políticos liberal y conservador. En principio, se puede decir que los liberales, se opusieron a la tradición promoviendo el cambio a partir del reconocimiento de los principios políticos, económicos y culturales de influencia inglesa y francesa. Por su parte, los conservadores afianzaron sus ideales en la tradición española buscando la permanencia de las instituciones culturales sustentadas en los principios del catolicismo. La actitud de los partidos provino entonces de los grandes conflictos del siglo XIX: el federalismo y el centralismo, lo nacional y lo extranjero.

En mitad del siglo XIX surge el radicalismo liberal que peleaba contra tres cosas esenciales (Díaz D., 1989:197 y ss): las manos muertas de las iglesias, ya que las tierras no podían salir a la circulación; las posesiones de las comunidades religiosas y contra el latifundio. Son aspectos fundamentales de la revolución de 1850. Luego, en el año de 1863 la Convención de Rionegro, como consecuencia de la movilidad de la propiedad y de la mano de obra, al abolir las trabas coloniales, completaba los propósitos de aquella revolución.

Murillo Toro –en carta a Miguel Samper, que se publica en El Nuevo Granadino, del 15 de octubre de 1853– dice que el proyecto sobre tierras que presentó al Congreso, en su artículo 4°, en el cual se establece que nadie puede ser propietario de más de mil fanegadas es la liquidación de latifundio de la época. Y agrega una frase que define un concepto integral sobre la propiedad: el cultivo es la única

base de la propiedad de la tierra. No es el título. Murillo sostiene que hay que democratizar la propiedad, lo que ayudará a impulsar la descentralización del país.

Murillo Toro fue el primero que usó en Colombia la palabra descentralización y planteó el tema con esas connotaciones, al predicar la división de la tierra y la multiplicación de propietarios. Para eso estimuló el cambio, en los resguardos indígenas, en los bienes de manos muertas, en los ejidos que entraban a la circulación comunitaria, etc. Todo, obedeciendo a la tesis de que no es el título el que da el derecho sino el cultivo. Esto se hace efectivo a través de la Ley 12, de mayo del año 1842, ordena el reparto de los baldíos a nuevos pobladores. Antes de esta ley, los baldíos se daban en concesión de privilegios.

Y la ley ordenó su distribución entre la gente pobre. Esa era la tesis ideológica, que contradecía el privilegio que permitía repartir estos bienes del Estado a los amigos del Gobierno, en un número de hectáreas indeterminado. El Estado ayudaba a la concentración de la propiedad de la tierra, que se convirtió en botín de los terratenientes y que hizo del campo un espacio de pillaje y de contradicciones violentas.

En la colonización de Caldas influyeron las leyes del años 1842-1845 que obligaban a que las tierras se tuvieran explotadas. En igual sentido se legisla en los años 1848, 1849, 1950 y 1951. En 1874, en pleno auge de la colonización, se dicta la ley 61 que establece que el interés del Estado está en la explotación económica. Si no hay explotación de la tierra, no tenía por qué respetarse la entrega de baldíos. En ese caso, la tierra tenía que revertir al Estado, para volver a repartirla. La Ley 48 de 1882 (Ley Galindo), cuyo autor -fue Aníbal Galindo (1874) – es juzgada por éste como una ley fundamental dentro del proceso de colonización, y

asegura que logró acelerar el proceso de colonización en el Tolima, en el Cauca y, en Antioquia. La tesis de la ley Galindo, es que la tierra se adquiere por el cultivo. Campesinos con casa y labranza, se consideran poseedores de buena fe.

La obra del radicalismo liberal (Molina, 1970:76), había logrado eliminar la casi totalidad de los amarres jurídicos del imperio español y se había desatado la revolución económica de 1850. En esos años, se acentuó la delineación doctrinaria de los partidos, que es un largo avanzar desde el momento en que se consolida la independencia. Es una gran liquidación económica, política, cultural y social, de lo que detenía la democratización de la Nueva Granada, por el peso de las aberraciones coloniales. Se puntualizan diversos aspectos de lo que fue la obra transformadora de los radicales. A éstos se les debe la mutación eficaz de lo que venía de atrás, maniatando la evolución. Así se definieron los perfiles de la nacionalidad.

Y dentro de las predicas del liberalismo, se mencionan las acciones que debían realizarse para consolidar la gran reforma liberal de mediados del XIX. Las más importantes fueron las siguientes: se eliminan las trabas fiscales a la agricultura y la minería: los diezmos, las alcabalas, el quinto real, los estancos del tabaco y el aguardiente, la abolición de los bienes de manos muertas, de los censos, se disuelven los resguardos indígenas, se elimina la esclavitud (Gonzales, 2001:4-5). Estos cambios inciden en el estado de la propiedad territorial y se produce la colonización en función del desarrollo del país. Antioquia toma impulso singular y se unen los territorios del occidente y los del Gran Caldas a la economía nacional.

Ello es posible porque la tierra deja de ser monopolio de la Iglesia, de las comunidades indígenas y el Estado diseña una política para el reparto equitativo

de baldíos. Sin olvidar que acentuó el fenómeno de la navegación; los ferrocarriles se vuelven propósito inaplazable, comenzando por el de Panamá; luego el de Bucaramanga-Puerto Wilches. Es un momento característico en la lucha por los caminos.

Todo ello estabilizaba las economías locales. Su reforma educativa fue de una profundidad en extensión, metodología y despertó el sentido de nacionalidad. Se alcanzó la libertad de la mano de obra y se incrementaron los salarios, de suerte que se desata un verdadero desarrollo. No hubo un solo aspecto que no se tocará con afán de progreso.

Se sentía el pulso en las nuevas fuentes de trabajo y de modificación de los límites que había impuesto la política económica hispánica, favoreciendo indudablemente a los colonos y acrecentando la mitología de la "Raza antioqueña" y su colonización estuvo a punto de producir una nueva república que fue interrumpida con la constitución de 1886. ¿Cómo se produjo esto y cómo el resultado final fueron cuatro nuevos departamentos?[32]

En 1787, el oidor Mon y Velarde (1890:216-224, 267-280) escribió al Arzobispo-virrey Antonio Caballero y Góngora sus impresiones sobre los escasos pobladores de la inhóspita provincia de Antioquia: *"tengo repetidas veses manifestado a Vuestra Excelencia ser la principal causa del estado decadente en que se halla la provincia, la desidia, la holgazanería y abandono de sus habitantes"*. Muy lejos estaba el oidor de imaginarse que

[32] Los gérmenes por establecer feudos propios e independientes se dan desde muy temprano por allá en 1860, se conocen de movimientos de carácter anexionista hacía Antioquia de algunas provincias del Estado del Cauca y en 1886 se pensaba en la creación de nuevos departamentos como el de Caldas. Para 1915, se soñó con la creación del departamento de Risaralda y del Otún.

apenas medio siglo después esa misma gente se embarcaría en una empresa colonizadora sin precedente y que el mito oficial reafirmaría que a lo largo de más de un siglo y bien entrado el siglo XX, los antioqueños se dedicaron a poblar vastas selvas del occidente colombiano, descuajando montañas para sembrar la economía del café y fundar poblados y ciudades en los sitios más empinados de la Cordillera Central.

Más que abrir caminos y en sus cruces edificar fondas camineras, lo que consiguió este grupo humano fue consolidar una identidad regional de tales características que el himno antioqueño se canta con un fervor que el himno nacional del regenerador Rafael Núñez no alcanza a despertar. En este sentido, en Antioquia y su área de influencia, se desdibujan las ideas de expresidentes como Rafael Reyes y Alfonso López Michelsen, cuando dicen que los departamentos son meras figuras administrativas que no conllevan sentimiento alguno de identidad (Vélez, 1989:198).

De muchas maneras, la cultura antioqueña es lo más parecido a una nacionalidad que se ha generado en Colombia. De ahí, que, cuando se habla de separatistas, es inevitable pensar en la gente de esta región. Poco después de que los criollos de Santafé de Bogotá declararon su grito de independencia, en 1810, los gobernantes antioqueños a través de un acto legislativo mediante el cual proclamaban su independencia absoluta de España, sino que desconocían la autoridad de Fernando VII, negándole al débil monarca el guiño diplomático de ofrecerle la sumisión a cambio de que éste fijara su residencia en América. Ya desde entonces se agita la idea de erigir una república por fuera de la órbita capitalina.

El aporte que dio Antioquia a la guerra de independencia fue José María Córdova, un genio militar casi adolescente que en 1819 recibió de Bolívar el encargo de acabar con los últimos reductos españoles en la provincia de origen. Córdova se alzó después contra el régimen de Bolívar, y se necesitaron tres guarniciones para cazarlo. Fue muerto el 17 de octubre de 1829 en la población de El Santuario.

En Rionegro, cuna de Córdova, se promulgó la Carta de 1863, que transformaba la Confederación Granadina en los Estados Unidos de Colombia. Esta Constitución parecía redactada más para las naciones europeas que para una república en eterna guerra civil, y exacerbó los ánimos secesionistas de los estados soberanos como Antioquia, Cauca y Panamá.

Para el siglo XVIII, la región antioqueña aún no existía o que apenas se estuviera esbozando en forma de proto-región y hago referencia a la región en el sentido de la conciencia de formar una unidad, de constituir una comunidad con una tradición común, con una identidad, con la idea de hacer parte de un todo frente a otros grupos o regiones, de redes de solidaridad, de cohesión y de lealtad frente a la misma de parte de los individuos que la conforman, con una conciencia de un pasado común y de unas características culturales que los distinguen del resto, así sea a manera de un imaginario que estrictamente puede no corresponder a la realidad objetiva o al proceso histórico de formación de la misma, y en una escala más reducida, muchas cosas en común pero también muchos olvidos.

La región antioqueña fue tardía en relación con otras del país, que habían sido sedes de los gobiernos o centros políticos de alguna importancia durante la Colonia y se fue construyendo poco a poco, pero todavía no es clara la conciencia de la misma en la primera mitad del siglo XIX, cuando aún persistía una serie de rivalidades entre

las ciudades y subregiones. Medellín apenas en 1826 sido erigida como sede de la capital de la Provincia y había amenazado con separarse de la Provincia si no le concedían ese rango. Su fundación en el siglo XVII, al fin se logró en 1676, pero luego de varios años de ardua oposición por parte de la capital de la provincia Santa Fe de Antioquia, la que se veía desplazada por la primera, mejor localizada para los nuevos tiempos, en un fértil valle de clima templado, más benigno que el muy caliente de la primera.

A partir de 1783, la Ciudad de Arma pierde sus prerrogativas a favor de Rionegro a la cual se transfieren sus privilegios y armas e inclusive su nombre, pasando a denominarse esta última Ciudad de Santiago de Arma de Rionegro. Con Santa Fe de Antioquia tuvo Rionegro conflicto a finales del siglo XVIII el cual ganó en 1791 por dictamen de la Audiencia, obteniendo así algunos valiosos terrenos reivindicados por la primera como ejidos y propios, a pesar de gran distancia, motivo por el cual fueron asignadas a Rionegro tierras de El Tablazo, Tablacito, El Retiro, Los Cuarzos y Grande (INER 1990:21-26).

En resumen, existirán varias fuerzas centrífugas en la región que lucharon durante un cierto tiempo por controlar una zona influencia y erigirse en provincias autónomas con gobernadores independientes de Medellín. El Occidente con epicentro en Santa Fe de Antioquia, El Oriente con capital en Rionegro y el Centro capital Medellín.

La distribución del comercio en los casi cincuenta años que entre 1763 y 1810, muestra claramente el desplazamiento de Santa Fe de Antioquia por Medellín y Rionegro y la importancia come comparable entre estas dos últimas ciudades en términos del valor del comercio: en efecto para este lapso de tiempo los comercia

de Antioquia importaron mercancías por valor de 752.791 pese oro, en contraste con los de Medellín y Rionegro que introdujo bienes por un valor de 2.431.420 y 2.434.233 pesos de oro respectivamente (Twinam.1985:98).

A finales del siglo XVIII Rionegro llegó a superar a Medellín cuanto al valor de mercancías movilizadas, aunque según Ann Twinam una cuarta parte del comercio estaba controlada por no residentes en la ciudad, a diferencia de Medellín. Para entonces y de acuerdo con el análisis del comercio realizado por Twinnan: "*Con el traslado de la actividad minera a las tierras altas de Rionegro y Santa Rosa, las ciudades de Medellín y Rionegro surgieron a mediados del siglo XVIII como localidades más estratégicas actividades comerciales*"(Twinam.1985:96).

De esta forma, Medellín y Rionegro se convirtieron en los dos les centros distribuidores de mercancías para los distritos, multiplicando por cinco el valor de las importaciones entre Í800 y de acuerdo con Twinam: *Si bien la ciudad de Antioquia se encontraba por fuera de las ales corrientes del comercio provincial, Rionegro se encontraba, como lo describía un poblador en la "garganta" de la Provincia. Su localización estratégica, sobre la ruta comercial de Nare, iba que la mayoría de las recuas de mulas pasaban por la ciudad o por sus cercanías en el camino hacia el interior. Rionegro, también servía como punto de distribución de mercancías con a los sitios cercanos, así como también de las destinadas a los mineros del norte (Santa Rosa)* (Twinam.1985:131).

No es gratuito entonces que en la época republicana las ciudades de Rionegro y de Medellín fueran rivales importantes y que Rionegro pretendiera convertirse en el centro de la provincia del oriente, lo cual lograría a partir de 1851 por un corto tiempo. Tampoco es casual que Rionegro, desde los albores de la Independencia fuera centro liberal en medio de una provincia dominada poco a poco

conservatismo, ni tampoco que Medellín buscara más su desarrollo, ahogando las perspectivas futuras de Rionegro y su cercanía mayor al río Magdalena.

El sentimiento de unidad y de orgullo regionales que han caracterizado la identidad de los antioqueños durante el siglo XX, fue un proceso construido y un resultado de la época republicana pero estaba arraigado en la primera mitad del siglo XIX y probablemente fue el resultado de las experiencias sufridas por la región y de su participación en las guerras civiles, así como de la consolidación del partido conservador en la región antioqueña y de su triunfo militar, que culminó con el general Pedro Justo Berrío a la cabeza del poder regional en un país dominado por el liberalismo y el general Mosquera en la presidencia de la República, luego de su triunfo militar sobre el presidente conservador Mariano Ospina.

Desde los primeros amagos de independencia de la Nueva Granada se desataron por diversos lugares del país, diversas fuerzas centrífugas y la pugna entre las ciudades y las sub-regiones respectivas por el poder regional. De acuerdo con José Manuel Restrepo, en su *Historia de la revolución de Colombia:*

> *"[...] la anarquía laceraba las provincias y hacía rápidos progresos. Apenas hubo ciudad ni villa rival de su cabecera, o que tuviese algunas razone; para figurar, que no pretendiera hacerse independiente y soberana par constituir la unión federal o para agregarse a otra provincia. La de Tunja fue desplazada por bandos acalorados, y de sus poblaciones principales unas querían junta en la capital, otras unirse a Santafé, y otras, como Sogamoso, erigirse en provincia. Con la misma pretensión se apartó Mompox de Cartagena y Girón de Pamplona; estableciόse en Girón una junta a cuyo frente se puso al respetable eclesiástico doctor don Eloy Valenzuela bajo el título modesto de capellán. Ambalema no quiso depender de Mariquita; Nóvita del Citará, y otros lugares de sus respectivas capitales Donde quiera que hubo un demagogo o aristócrata ambicioso que deseaba figurar vieron aparecer juntas independientes y soberanas aún en ciudades y parroquia; miserables, como la de Nare, las que pretendían elevarse al rango de provincia…"* (Restrepo.1974:150).

Podía temerse justamente que la disolución social llegara hasta las familias. Se necesitaban actos vigorosos de parte de las juntas provinciales para contener los progresos del mal, y no tardaron en ejecutarlos (Restrepo.1974:150).

Para 1814 el mismo autor refiriéndose a Antioquia, anota las dificultades que tuvo esta región para sostener su administración pública por falta de rentas y debido a la pequeña fuerza armada que no superaba los doscientos hombres, a lo cual se sumaron disensiones civiles:

> *"Por haber convocado el gobernador Dionisio Tejada la legislatura provincial en Río Negro, debiendo reunirse conforme a la constitución en la capital de Antioquia, empeñó el cabildo de esta ciudad una disputa acalorada con el poder ejecutivo, la que llegó al extremo de una rebelión abierta, y de armarse para resistir, induciendo a ocho pueblos de su cantón a que hicieran lo mismo [...] En todo este año y en el siguiente la provincia fue presa de las discordias civiles y de los partidos, que chocaron frecuentemente por los derechos violados de la ciudad capital, por la revisión de las leyes fundamentales, y porque estas no resultaron a contentamiento de todos"* (Restrepo.1974:384).

Merece recordarse que para 1835 el censo de población levantado bajo la gobernación liberal o santanderista de Juan de Dios Aránzazu dio por resultado que la provincia de Antioquia tenía 157.517 habitantes. Para entonces la población antioqueña representaba el 10% de la población nacional, excluyendo de ésta a Panamá y Veragua. (Parsons: 1961:157)

Cuando se observan las diversas maneras como se han "recortado-fronteras entre las provincias, departamentos o Estados a lo largo de la historia republicana, a menudo se encuentra más de una sorpresa. Para la muestra un ejemplo: la Constitución de 1821 a través de una ley "sobre organización y régimen político de los departamentos, provincias y cantones en que se divide la República", el territorio nacional en siete Departamentos y el de Cundinamarca quedó

formado por: las provincias de Bogotá, Antioquia, Mariquita y Neiva. Solamente hasta 1830 el departamento Antioquia será constituido, segregándose esta provincia del departamento de Cundinamarca.

La primera constitución de la República de la Nueva Granada de 1832, suprimió los departamentos y dividió todo el territorio nacional en provincias, éstas en cantones y los últimos en distrito parroquiales[311].

Estos últimos según las *Memorias* de Salvador Camacho Roldan constituían:

> *"[...] la primera unidad, la primera piedra del edificio llamado nación, no es todavía un cuerpo viviente cuya existencia esté reconocida y protegida como debiera estarlo, con la intuición de que su crecimiento y la comodidad de la vida entre sus habitantes dependen del concurso de todos para proporcionarse los bienes que la asociación se promete. Una vez fijados los límites de un distrito debieran ser inviolables para que se compren bien la comunidad de interese"* (Camacho R.: s.f:196).

La asociación de dos o más distritos conformaba los Cantones y según el autor aludido deberían ser inalterables y sus atribución fijas y bien conocidas. Pero la práctica había sido muy distinta y lógica obedeció a intereses de orden electoral y a las ambición mezquinas de los gobernantes locales: "*[...] pero entre nosotros ha sido siempre más respetados los intereses o los caprichos de un gamonal que los de todo un pueblo: los límites de los distritos han estado sometidos a las necesidades eleccionarias, no de un partido siquiera, sino de algún ambicioso vulgar, y las decisiones de los cabildos, a la voluntad caprichosa de un alcalde o un gobernador"* (Camacho R.: s.f:196).

Siguiendo las ideas de Botero (2003), al interior de la provincia de Antioquia tuvieron diversas manifestaciones de desacuerdo y en mayo de 1851, la provincia se dividió en tres con sus respectivos gobernadores, sin embargo y es plausible pensar que solamente con triunfo militar del general Pedro Justo Berrío y la

derrota de los liberales antioqueños se definió de hecho y se ratificó luego, gracias a sus casi diez años como gobernador de Antioquia, la unidad de provincia, la posición central de Medellín y la hegemonía conservadora en la región —centralista en esta última y federalista con relación a la nación— que ayudará a forjar su identidad, medio de un país dominado por el liberalismo triunfante en la guerra civil librada con éxito por el general Mosquera contra el teniente Mariano Ospina.

Aunque una demostración rigurosa de esta hipótesis merecería un estudio más profundo que englobara también la segunda mitad del siglo, no obstante en seguida se refieren con suficiente detalle algunas de las pugnas intra-regionales más recurrentes, encontradas gracias a los archivos y documentos consultados, las cuales nos permiten reconstruir las enconadas rivalidades y la indisposición de las ciudades cabeceras de los cantones más importantes para con Medellín y sus efectos de poder, derivados de su predominio político obtenido merced al hecho de haber sido erigida como capital regional o provincial.

La historia común es parte de la historia de la región y de la nación pero debe ser entendida en una perspectiva de comunidad imaginada en el sentido que le dio el célebre trabajo de Benedit Anderson(1993) es decir, más como una construcción social que sigue diversas vías pero que con el tiempo acaba por producir la idea de un origen común —por lo general más supuesto o imaginado que derivado de la historia objetiva— o de hacer parte de una comunidad que aparece como algo "natural" e intemporal que comparte algunas características lingüísticas, culturales, físicas o étnicas que la identifican o el hecho de haber compartido algunos momentos de gran importancia como por ejemplo guerras o privaciones. Pero también como lo enseñó Renán (1987) la nación —y se

puede también las regiones— serían producto de algunas cosas en común, pero también de o del olvido o sea de la cicatrización de viejas rivalidades intra e inter-regionales, así como de la acción colectiva que forjo con el tiempo la identidad antioqueña, a partir de las relaciones al interior de su territorio y con las otras provincias o departamentos del país, pero este proceso sería un fenómeno republicano relativamente reciente.

Es sintomático de este forcejeo aludido, el hecho que Medellín hubiera amenazado con separarse de la provincia, si no le concedían el estatus de ciudad capital provincial, el cual obtuvo en el año de 1826.

En 1837 surgieron varios movimientos separatistas en Antioquia, en poblaciones significativas y en concejos municipales muy representativos de la región de entonces, la cual estaba en pleno proceso de expansión y conquista del territorio, el cual proseguirá en la segunda mitad del siglo XIX y durante el siglo XX con colonización del sur, suroeste y el proceso ligado después a expansión cafetera. Así por ejemplo, una carta enviada al Concejo de la ciudad de Santa Fe de Antioquia, recogió 1660 firmas y se dirigió a la Cámara Provincial en los siguientes términos:

> *"Una numerosa población diseminada en una vasta extensión de territorio no tiene una unidad en su acción administrativa, como tampoco pueden tenerla los intereses de multitud de individuos separados, ya por la fragosidad de las montañas, la ninguna facilidad de las comunicado otras causas insuperables: un pueblo como dice Fritot, que se compone de individuos diversos de costumbres, en usos i sobretodo en intereses no puede tener unión, ni conjunto, ni fuerza, es siempre extranjero asi mismo [...] La provincia de Antioquia empieza a tocar en estos extremos: una provincia que se compone de seis cantones colocados sobre un territorio estenso que muchos imperios, cuyos respectivos habitantes, aun los de los cantones más inmediatos tienen sus usos, sus costumbres i sus intereses absolutamente ésta provincia tiene una grande necesidad de que se divida paraqué su*

administración venga ser más fácil i arreglada, para que puedan conocerse con más esactitud i presteza sus necesidades, i se les aplique el oportuno remedio que demanden" (Citado por Botero 2003:142).

Desde 1834, el cantón de la ciudad de Antioquia había solicitado su erección en Provincia:

"En 1834 este cantón, considerándose con los recursos necesarios, solicitóla división, i en 1837 la reiteró, unido con los cantones de Rionegro i Marinilla, por medio de representaciones firmadas por más de 4.000 ciudadanos i que fueron apoyadas por los informes de las respectivas municipalidades, por la Cámara provincial i por el Poder Ejecutivo: Senado la negó por espíritu de partido, por la influencia que en aquella época ejercieron algunos miembros de la administración i porque de los Senadores que de aquella provincia tenían asiento en aquel año, solo uno era vecino de la ciudad capital, cuya población en masa es enemiga de la división." (Citado por Botero 2003:142).

No bastaron los argumentos de Santa Fe de Antioquia, al recordar la nota oficial que había justificado en 1826 el traslado de la capital a Medellín, bajo el pretexto de que a la primera la naturaleza separaba del resto de la provincia a través del "*caudaloso río Cauca y por una de las crestas principales que coronan los Andes del Quindío*" (Citado por Botero 2003:142).

La respuesta al planteamiento a favor de la división de la provincia que aludía a los celos, rivalidades y colisión de intereses entre los cantones de la provincia de Antioquia, los diputados de Medellín respondieron que esto era natural y hacía parte de la naturaleza de las cosas: "*Esta especie de emulación, celos i rivalidades, ecsisten entre pueblos vecinos i limítrofes, ecsisten de nación á nación, de imperio á imperio"*. Afirmaron que: *"un pueblo no gana porque otro pierda, i por que todos los pueblos que componen una republica, un imperio, están igualmente interesados en su mutua prosperidad"* (Citado por Botero 2003:153).

Un asunto es la creación de un Estado nuevo o la separación y anexión a otro y otra muy distinta la formación de entes territoriales más simétricos y equitativos que evitarían futuras fragmentaciones del territorio nacional. Ante todo había que evitar las provincias demasiado grandes, las que fueran calificadas de "monstruos políticos" y germen de rivalidades más enconadas en el futuro, con el objeto de preservar la unidad nacional.

A diferencia de lo que pudiera creerse a priori, se observa a través de todos los argumentos a favor de la desmembración de las provincias de mayor tamaño y en particular de la antioqueña, en todos los documentos consultados, una gran conciencia e identidad nacionales y una opinión todo el tiempo favorable a la unidad territorial de la nueva República así como a la confianza en el poder legislativo central al cual se apela de manera permanente para arbitrar las querellas regionales. Así por ejemplo, frente al temor de Medellín acerca de la suerte que correría el camino del Nuz para su comercio, se afirmó por la contraparte sub-regional que:

> *"Si el comercio de Medellín hizo el camino, i tiene privilejio, este subsiste aunque de Antioquia se hagan mil provincias. Pero, si este es el nudo gordiano, para cortarlo no es necesaria la espada de Alejandro: declárese nacional ese camino, i todo se habrá olvidado. Asi, durante el privilejio, se estará a los términos de este; i concluido, el Gobierno dispondrá lo que convenga, sin que ni "Antioquia" ni "Córdova" tengan en ello nada que hacer."* (Citado por Botero 2003:159).

En el archivo de Mariano Ospina Rodríguez, aparece un documento titulado "unos demócratas rojos" oponiéndose a la reforma Constitución que según él, le llegó a sus manos. Se trata de representación *"que varios vecinos de Rionegro han dirigido al Congreso, el primero de marzo para oponerse a las reformas de la constitución que pueden favorecer la democracia [...]"*(Citado por Botero 2003:159).

Se trata de mediados del siglo XIX, porque hace alusión directa al proyecto de constitución propuesto por Florentino González y al levantamiento conservador de 1851, apoyando a Borrero y al Valle del Cauca contra los liberales. Interesa destacar para nuestro análisis, el claro predominio para entonces del partido conservador en Antioquia y algunas de las razones esgrimidas por estos vecinos de Rionegro, en el calificado por Mariano Ospina, como "extenso y divertido comentario", tal vez para aparentar que no le daba importancia, ya que atacaba directamente sus ideas y su partido y se situaba en el polo opuesto a las mismas:

1. Que los de Rionegro y Antioquia aborrecen a los de Medellín.
2. Que la población de las provincias del territorio antioqueño está dividida en dos partidos. El primero lo forman los representantes y es una quinta parte de la población y el otro lo constituyen los conservadores y contienen las cuatro quintas partes de la población.

3. Que sus 4/5 partes que se llaman conservadores, los fanáticos quieren a los jesuitas [...].
4. Que esos conservadores se han sublevado y que tienen ganas de sublevarse otra vez [...].
5. Que si estas personas tuviesen libertad de elegir, elegirán por gobernadores a los señores Eusebio Borrero [...](Citado por Botero 2003:160)

Debe recordarse que en el año de 1837, de acuerdo con Estanislao Gómez Barrientos, el gobernador Obregón en mensaje enviado Cámara Provincial indicaba la conveniencia de subdividir algunos Distritos, cuando se considerara la dificultad para administrarlos y con esta filosofía consideró necesario restablecer el

Cantón de Sonsón, segregándolo del muy extenso de Rionegro e igualmente erigir en el centro, con las parroquias de La Estrella, Heliconia, Titiribí, Amaga y Fredonia (Citado por Botero 2003:160).

A raíz de su viaje por el Quindío, en 1845 Mariano Ospina Rodríguez concluyó que: "*La subsistencia de la paz y del orden en la República dependerá en gran parte de la futura división territorial, que requiere una revisión formal y bien intencionada"* (Citado por Botero 2003:160).

Mariano Ospina, cuando estuvo de secretario de lo Interior la administración de Herrán, luego de la guerra de los supremos había propuesto formar de Antioquia, cuatro provincias (Citado por Botero 2003:160).

Tanto por razones del "establecimiento definitivo del orden público", cuanto para la prosperidad del actual Estado del Cauca, se deberían formar entre éste y el de Antioquia, cuatro nuevas entidades territoriales, que serían: Antioquia, capital Medellín, Quimbaya, capital Manizales; Cauca, capital Popayán; y el sur capital Pasto; cada una de ellas con una faja de base en el océano pacífico, comprendida en los respectivos paralelos (Citado por Botero 2003:160).

Pero según él esta reforma no sería practicable por el Congreso o una Convención sino que según su caro modelo autoritario requería "*la resolución de un dictador inteligente, previsor y hábil, capaz de corregir tantos desaciertos, [...] que conciba la reforma y la haga aceptar por la nación"* (Citado por Botero 2003:160).

Sin embargo, como fue común por parte de los políticos durante el siglo XIX, cuando subió al poder, atacó al federalismo "disolvente y localista", que iba contra el orden nacional. Merece destacarse la todavía incipiente población que

apenas estaba conquistando el vasto territorio antioqueño, al punto que Mariano Ospina en su paso por la montaña de Anserma hacia Fredonia, no encontró: sino *"una que otra abertura, en donde hoy florecen: Nueva Caramanta, Valparaíso y Támesis y del lado oriental del cauca estaba muy incipiente Salamina y ni sombra de las poblaciones de Aránzazu, Filadelfia, Neira y Manizales, ni de las que en época posterior se han establecido entre el Chinchiná y el río de la vieja. La raza robusta, inteligente y activa del surde Antioquia está llamada a colonizar el valle del cauca"* (Citado por Botero 2003:161).

En un informe enviado por la gobernación de Antioquia, al señor secretario de Relaciones Exteriores y Mejoras internas, publicado en *El Antioqueño Constitucional,* en febrero de 1847 en los números 25 - 26 y firmado por Mariano Ospina, en febrero de 1847, se rinde minucioso examen de los límites de la provincia de Antioquia con la del Chocó que vale la pena destacar en sus conclusiones generales, sin entrar a detallar las pruebas que las sustentan por estar fuera de nuestro campo de interés.

> *"La real cédula de 30 de octubre de 1584 espresa con bastante claridad que fue concedido por límite a esta provincia el puerto de Urabá i mar del Norte, sobre lo cual no creo que pueda suscitarse duda alguna, ni que se haya suscitado hasta ahora. El territorio de Antioquia se extiende por el golfo de Urabá hasta el mar del Norte, y del lado occidental, se extiende también hasta el río Atrato. Los Gobernadores de Antioquia han ejercido su jurisdicción hasta el Atrato, desde las bocas de Bebará hasta el Golfo."* (El antioqueño constitucional 26-28:1847).

Es interesante destacar que aunque se reconocía que en algunos puntos limítrofes con el Chocó la autoridad era ejercida por las autoridades de aquel territorio, éstos eran "insignificantes" por su extensión y en el resto se ejercía por parte de Antioquia, por lo que era necesario fijar por el poder ejecutivo una línea clara

de demarcación. Adicionalmente, se anotaba la necesidad de tener presentes consideraciones "de interés general, como las siguientes":

> *"La provincia del Chocó poblada en gran parte de esclavos y de raza negra, que odia la agricultura, no desmontará ni cultivará en muchos siglos el territorio cultivable de la hoya del Atrato [...] Importa que aquel terreno inmediato a canales naturales de navegación sea lo mas pronto desmontado i cultivado, i lo sería no mui tarde si el territorio de Antioquia se estiende hasta las bocas del Murrí. Porque la población de esta provincia es colonizadora; i puede decirse que entra en sus pasiones la de talar los bosques, e internarse en los desiertos."* (Citado por Botero 2003:162).

Debe recordarse que el territorio de Urabá estuvo en litigio con el Cauca hasta comienzos del siglo XX, cuando luego de la perdida de Panamá el argumento de la "pasión colonizadora de antioqueños", sumado al temor de perder más territorio abandono del mismo, contribuyeron a inclinar la balanza en su favor (la de los antioqueños, por supuesto)

Y una vez más fue los procedimientos militares los utilizados para dirimir los asuntos internos en Antioquia, como en el resto del país. De nuevo se verifica que no había en esto diferencias regionales, cuando se confirmo anteriormente que los conservadores de Antioquia decidieron participar del lado de Ospina contra Mosquera en los años sesenta, a pesar de que importantes voces liberales como la de Camilo A. Echeverry sostuvieron que a él como liberal le convendría la guerra, pero como antioqueño se oponía a la misma, pues según él la región debería mantener una posición neutral pues se trataba de problemas entre el ejecutivo y otros Estados, diferente a Antioquia.

Según manifestaron los conservadores en el momento en que se avecinaba la guerra: Se debaten los más grandes intereses, se trata nada menos que de abrogar la forma de gobierno a que debemos nuestra prospera situación. Antioquia no

debe asistir al debate y debe aguardar a que la suerte de las armas decida la cuestión para gritar después "viva quién venza" Creemos que semejante conducta arrojaría una mancha sobre el honor de Antioquia. A continuación se habló del peligro de "imponer por la fuerza un gobierno de hecho, el de sustituir al régimen legal la violencia".

Según ellos neutralidad obedecía a un sentimiento egoísta y buscaba en último debilitar al presidente Ospina sin el auxilio de Antioquia para que los liberales tuvieran más probabilidades de triunfar en la guerra. De una parte se reitera en varias oportunidades que "la suerte de la Federación es lo que se debate", pero al mismo tiempo se afirma que: "*En esto consiste lo vidrioso del sistema federal, en que vínculos de cohesión son sumamente débiles, i en que la guerra puede destruir la pequeña afinidad que antes mantuviera la unidad de la nación"* (Citado por Botero 2003:174).

Anotan la amenaza de que la República se disuelva como Centroamérica: *"En cada Estado se dará enjendro a la ambición los caudillos, lo que hará que se quiera formar de cada uno una nación independiente i soberana, sin respetabilidad, sin medios existencia. Entonces llegaremos a ver naciones miniatura y ridículas, a las cuáles pueda supeditarse un puñado de filibusteros como que acompañaron a Walker"* (Citado por Botero 2003:174).

Se argumentó la importancia del principio de legitimidad y lo que pasaría si éste sucumbiera. El día en que el "*estandarte revolucionario tremole victorioso en el palacio presidencial estaremos en vísperas de entrar en la senda de la anarquía y desorden que devoro a Méjico*". Se refieren a otro peligro que amenaza y es "la raza anglo-sajona, dominadora de la América del Norte, quienes aprovecharía de la anarquía reinante, y "*de la caída del régimen constitucional, para apoderarse de las más importantes porciones de nuestra república"* (Citado por Botero 2003:175)

Al final de este momento histórico se puede deducir un conjunto de razones que ligan los intereses de Antioquia y la necesidad de no permanecer neutrales: primero, los partidos beligerantes "*buscarán recursos en la rica Antioquia, i entonces por fuerza tendremos que entrar en la guerra, pero con una diferencia, que entonces nuestros sacrificios tal vez serán estériles para salvar el país"*. Segundo, el ingreso a la guerra de los Estados del bajo Magdalena, suspenderá las importaciones y exportaciones de Antioquia y no habiendo salida para la principal industria la minera, el oro sufrirá una depreciación, el comercio se paralizará y todas las demás se resentirán. Tercero, Antioquia perdería toda la importancia que tenía en la Confederación y a merecer el desprecio: "*Esa es una tierra de yankees, dirían, allí nada les importa la suerte del país. Con tal de que los dejen en paz, elaborando sus minas y acrecentando su riqueza bien puede el país esperimentar los mas rudos sacudimientos, que los antioqueños aceptarán los hechos consumados, sin que se preocupen mucho de sus consecuencias"*. Citado por Botero 2003:175)

Cuarto, se refirieron al peligro de "que las hordas del cauca fueran capaces de dominar al noble pueblo antioqueño", tan temidas en el imaginario antioqueño del siglo XIX, y sostuvieron que había que repararse para la guerra pues existía una supuesta "*actitud amenazante de nuestro vecino del Cauca, el desenfreno de las turbas que allí son sostén del gobierno local, i la arbitrariedad i el despotismo en que este ha entrado, nos habla bien alto de la necesidad en que se halla el estado de Antioquia de prepararse para la eventualidad más o menos probable, pero siempre posible, de sufrir una agresión de parte del Estado del Cauca"*. Se dijo que el general Mosquera buscaría ensanchar su territorio de dominio para "*procurarse recursos más abundantes para la guerra y privar de ellos a sus contrarios"*. (Citado por Botero 2003:175).

También realizaron una pregunta que tuvo su respuesta después con Berrío y su rebelión regional, aunque muy diferente a la que tal vez se imaginaron en la víspera

de la guerra: ¿Antioquia aceptaría el orden de cosas que surgiera del triunfo de una revolución a la cual no hubiere contribuido, aceptaría un gobierno de hecho cualesquiera que fueran sus principios y tendencias?

La respuesta del partido conservador en Antioquia fue la rebelión. La guerra en Antioquia posterior a la convención de Rionegro, tuvo como propósito llevar de nuevo al partido conservador a la gobernación en representación de las fuerzas que dominaban en la provincia, en contra de un jefe federal del Estado impuesto por Mosquera.

Salvador Camacho recuerda que la constitución de 1863 ante las malas experiencias anteriores dejó como única atribución gobierno central algo tan vago como "velar por la conservación i orden público" y en consecuencia:

> *"Este fue el vacío principal de la constitución de 1863, y el que dio margen que adueñándose los conservadores del estado de Antioquia, reuniesen en él un parque de doce a catorce mil fusiles, quizá superior al del gobierno federal en la capital de la república y se erigiesen, como se erigieron, en foco de conspiración en el Tolima, Cundinamarca y Cauca, en 1865, 1868, y 1876"* (Camacho.s.f:295).

Luis Javier Ortiz, refiriéndose a la guerra de 1876 afirma que nos confirma nuestra hipótesis también hacia adelante: vez los gobiernos conservadores de Antioquia y Tolima mantuvieron la neutralidad una vez iniciada la guerra, pero por motivos religiosos y alegando amenaza a la soberanía de los Estados entraron con la esperanza de obtener cambios significativos en la nacional. (Ortiz: 1988: 123)

Se puede afirmar que ni siquiera una vez restaurado el régimen conservador en Antioquia, se permanecía neutral en relación con el resto del país.

Ya en 1888, el general Marcelino Arango proponía crear el Departamento del Sur, con capital Manizales, ante la prosperidad de la región colonizada por antioqueños. Y fueron éstos los que más se entusiasmaron con el tema. En 1896, el general Rafael Uribe Uribe defendía ante el Congreso la posibilidad del nuevo departamento. Pero en ese momento cualquier variación de la organización política implicaba una reforma constitucional, y la celosa carta de 1886 no era fácil de reformar (ver Mapa 4).

Mapa 4. Colombia de 1890

Fuente: Blanco, Aguilar. 1992

Para 1904, llegó al poder Rafael Reyes, un centralista que veía con susto los ánimos de segregación de los poderosos departamentos de Antioquia y Cauca. Se acababa de producir la pérdida de Panamá (Lemaitre, 2002: 34). Reyes clausuró un Congreso que apenas sesionaba y convocó una Asamblea Nacional Constituyente y Legislativa que actuaba a su arbitrio. Bajo la consigna de eliminar la idea malsana de que los departamentos, como entidades meramente administrativas, eran inalterables y sus límites barreras indestructibles -al extremo de que los ciudadanos

de uno se sentían extranjeros en otro-, llegó a disponer la división del país en 35 entidades regionales. Además, debía detener las conversaciones secretas de emisarios de la nueva república de Panamá con los del Cauca para que se separaran de Colombia y se unieran a ellos.

Vale la pena recordar que Reyes, en el seno del Consejo de Delegatarios, en 1885, había sido enemigo de que a los antiguos estados se les diera el nombre de "departamentos" y se había opuesto también, como delegatario que era del estado del Cauca, a que se facilitara la creación de nuevas entidades seccionales. Aquella actitud del entonces inexperto político tenía su explicación en la resistencia de un estado tan extenso como el Cauca ante la perspectiva de perder la completa autonomía de que gozaba y la preponderancia que ejercía en los destinos políticos de la nación; pero visto el problema desde el ángulo gubernamental.

Reyes no pudo menos de variar de opinión y pasarse, en esta materia, completamente a las toldas contrarias. No debe olvidarse el hecho de que la separación de Panamá, unida a la desmoralización reinante por causa de la guerra, había producido un tremendo desaliento en el país que se traducía en cierta relajación de los vínculos de la nacionalidad, hasta el punto de que en algunos departamentos del país, principalmente en Cauca, en Antioquia y en la costa, se empezó a hablar desembozadamente de separatismo, cerniéndose así sobre Colombia el peligro de una atomización en cuatro o cinco republiquetas soberanas al estilo de las de Centroamérica. La subdivisión rápida y sin mayores trabas de los departamentos era, por lo tanto, una medida de alta cirugía social que el país reclamaba con urgencia y de la que Reyes supo hacerse eco a buena hora. Por eso, una vez establecidos por la Asamblea los nuevos requisitos para la creación de departamentos, se procedió a la redistribución geográfica de estos,

gracias a la cual Reyes no sólo sofocó cualquier intento separatista sino que, de paso, y en beneficio propio, rompió la espina dorsal de muchos de los cacicazgos políticos de la época ejercidos por viejos caudillos regionales sobre vastas comarcas de la nación. Muchas de esas secciones no subsistieron, pero otras, como Atlántico, Caldas y Santander del Norte, perduran todavía y figuran entre los departamentos más prósperos de Colombia.

La ley 75 de 1905 les daba vida a Caldas y a los departamentos de Galán (parte del actual departamento de Santander) y Atlántico. El nombre fue producto de una difícil negociación: Reyes quería que se llamara Andes, los antioqueños Córdova y los caucanos Caldas. Terminó llamándose Manizales hasta 1910.

La decisión de Reyes de debilitar los antiguos centros regionales de poder mediante la división del territorio encontró la natural resistencia. Pero el general impuso su autoridad a toda costa.

El nuevo departamento de Caldas, se formó con los territorios del Cauca, Antioquia y el Tolima. Poco tiempo les duró a los habitantes del Quindío su entusiasmo con Caldas. A pesar de su identidad paisa, ellos seguían formando parte del Cauca tras la división de 1905 y cuatro años después lograron que su territorio se anexara al nuevo departamento (véanse mapas pág 280). Pero Manizales empezó a ejercer un centralismo agobiante, al punto que en 1924, cuando se pensó en construir el ferrocarril Zarzal-Armenia, el gobierno caldense se opuso. Consideraba que este medio de transporte no debía llegar primero a una ciudad de provincia sino a la capital.

De esos días datan los primeros anhelos de segregación. Sin embargo el verdadero pretexto lo constituyó la desigual repartición del presupuesto regional. Llegó a

darse el caso de que, a finales de la década de 1950,bajo el gobierno departamental del coronel Gerardo Ayerbe Chaux se destinaron $5.000.000 para el Teatro Los Fundadores de Manizales, frente a exiguos $20.000.00 para el hospital de Armenia.

Los ánimos se exaltaron año tras año, hasta cuando en 1965 el representante a la Cámara Ancizar López López presentó un proyecto de ley mediante el cual se creaba el departamento del Quindío (Valencia: 1981). Tan pronto como en Manizales supieron de la celeridad con que marchaba el proyecto de López y sus compañeros de Cámara, apoyados por los dirigentes antioqueños, el gobernador Ramón Marín Vargas lideró la estrategia para impedir que dicho proyecto tuviera éxito.

La estrategia de los caldenses consistió en proponer la creación de un tercer departamento, Risaralda, bajo el supuesto de que el Congreso consideraría absurda tanta división. Pero también en la provincia que giraba en torno a la ciudad de Pereira había descontento, hasta el extremo de que entre ésta y Manizales se libraba una virtual guerra cívica[33], liderada por un comité, cuyo líder era el senador Camilo Mejía Duque[34].

---

[33] Aunque no se vive con la misma intensidad de esos años, hay siempre una rivalidad tácita entre las tres ciudades capitales, que se reflejan en los chistes cotidianos, dominio del poder a través de instituciones económicas y organismos vinculados o adscritos del Estado. También para la época, se vivió un estado de orden público, que llevo al gobierno central tomar rápidas decisiones para evitar que la situación ya de por si grave, se saliera de control

[34] Este senador era apoyado por Alejandro Uribe Botero quien desde 1915 soñaba con este proyecto. Cardona Alfredo. El senador descalzo. En papel salmón Edición 358 La Patria. Agosto 29 de 1999

Mapa 5. Integración del Gran Caldas 1904-1909

Fuente: La Patria PAPEL SALMÓN DOMINGO 13 DE 1992

1904. Caldas aún no existe. Antioquia y Cauca se encuentran en los ríos Chinchiná, Cauca y Arquía. Al oriente Tolima y Antioquia se encuentran en la Miel. Manizales es antioqueño, Manzanares es tolimense, Riosucio, Pereira y Armenia son caucanas.

1905. Reyes acaba de crear a Caldas como una cuña entre Antioquia y Cauca. De Antioquia tomó la provincia del sur y del Cauca las provincias de Marmato y Robledo. La zona del Quindío sigue siendo Cauca, dependiendo de Cartago.

1907. Reyes, pensando en futuro, entiende que el río Magdalena es el jefe del progreso nacional y que Caldas no tiene acceso al mismo. Por eso le añade la provincia tolimense de Manzanares, para que Caldas desarrolle el puerto de La Dorada.

1908. En audaz decisión, Reyes suprime los 15 departamentos existentes y los convierte en 34. Caldas pierde las provincias de Robledo y Marmato que pasan al departamento de Cartago, el cual incluye también la región quindiana.

1908. A los tres meses las protestas obligan a Reyes a modificar su proyecto. Entre otros suprime el departamento de Cartago y entonces regresa las provincias de Robledo y Marmato al departamento de Manizales y además le adiciona la región del Quindío.

1909. Cae Reyes y con él toda su idea de la división política del país. Colombia vuelve a su distribución de 1904, con sólo 9 departamentos. Y se pide a las regiones que aspiran a ser departamentos, que demuestren el cumplimiento de los requisitos constitucionales.

Fue una carrera de velocidad. López presidía la poderosa Comisión de Presupuesto y logró pasar el proyecto en apenas dos semanas. La votación a favor del Quindío se produjo un día antes de que a la corporación llegara el proyecto de Risaralda.

A la postre, la estrategia del gobernador Marín Vargas se volvió en contra de los intereses manizaleños. El 1º de julio de 1966, bajo el llamado Frente Nacional, el presidente Guillermo León Valencia (conservador nacido en Popayán, capital del Cauca liberal) proclama en Armenia el nuevo departamento y nombraba como primer gobernador a Ancízar López. Seis meses más tarde, sucedería lo mismo en Pereira, esta vez bajo el gobierno de Carlos Lleras Restrepo (liberal).

Después de treinta y seis años de su última segregación, los departamentos del Viejo Caldas saben que una de sus más claras posibilidades de progreso está en volver a ser el territorio que fuera alguna vez, pero con una visión contemporánea. De hecho, hoy se habla de conformar una región administrativa con los antiguos poderes regionales que tanto molestaron a Reyes.

La idea central que guía este conjunto de ideas es que el pensamiento político de los antioqueños debería analizarse en el contexto de la historia del país, particularmente a la luz de la específica configuración del Estado y la sociedad colombianos, teniendo siempre en cuenta la dimensión espacial y las modalidades concretas tanto de la ocupación de los territorios como de las formas de cohesión social que en ellos se generan, y la manera como se articulan los poderes locales de esos territorios con el Estado nacional a través de los partidos políticos y los imaginarios de pertenencia o identidad que acompañan esta articulación. Como resultado de esos complejos procesos sociales, económicos, políticos y culturales,

se explica la inexistencia de un espacio público de resolución de conflictos como la otra cara de la proclividad a la solución privada y violenta de los problemas y un gusto por imponer poder a través de intereses privados sobre el colectivo.

8.5.1. LA POLITICA Y LA SOCIEDAD: EL DISCURSO Y LOS PARTIDOS EN LA COLONIZACION ANTIOQUEÑA

Las líneas centrales de coincidencia del proceso de esta investigación muestran cómo el conjunto de formas del quehacer político en Colombia del siglo XIX, en la zona de influencia antioqueña, que tiene que ver con varios trasfondos en el largo plazo, deben confrontarse con procesos sociales desencadenados a partir de ese siglo y el siguiente, hasta el presente. Así, en el largo plazo habría que tener en cuenta dos momentos:

El primero es la manera cómo se pobló el país y se organizó la estructura económica y social, desde los tiempos de la Colonia española, y cómo se crearon las bases de un problema agrario, que hasta el día de hoy permanece sin solución.

El segundo es la permanencia de este problema campesino, que obedece, en buena parte, a la manera como se construyó el Estado colombiano, a partir de la configuración política de la Colonia, y la manera como fracasaron, al menos en parte, los diversos intentos de crear un Estado moderno. Esta incapacidad se expresa en la dificultad para construir estructuras políticas que permitan expresar los cambios recientes de la sociedad colombiana y los problemas sempiternos del mundo campesino, sobre todo en las zonas de colonización marginal.

La estructura de la propiedad de la tierra, producto del desarrollo del sistema colonial de encomiendas y haciendas, junto con el sistema de castas que regulaba la sociedad colonial, produjo una gran concentración de las tierras en torno a las ciudades y una población mestiza sin lugar definido en la jerarquía social. La combinación de estos desarrollos produjo un rasgo que caracteriza la historia colombiana desde entonces hasta nuestros días: un proceso de colonización campesina permanente, desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta hoy, donde no se da ninguna regulación ni acompañamiento por parte de la sociedad mayor ni del Estado, sino que la organización de la convivencia social y ciudadana queda abandonada al libre juego de la iniciativa de personas y grupos.

Esta colonización permanente es producto de tensiones estructurales de carácter secular en el agro colombiano, que están continuamente expulsando población campesina hacia las ciudades, y pronto se reproduce la misma estructura de concentración de la propiedad rural que forzó a la migración campesina original, que coexiste con el fortalecimiento de los terratenientes o de empresas agrarias. Esta competencia por la tierra y la necesidad de mano de obra barata será frecuentemente conflictiva.

Esta estructura continúa hoy expulsando campesinos a las ciudades y a nuevas áreas de colonización, cada vez más marginales. Además, la colonización permanente evidencia que desde los tiempos coloniales no era tan omnipotente el control que las haciendas, las estructuras de poder de los pueblos rurales y del clero católico ejercían sobre la población rural. Muestra también que, desde la segunda mitad del siglo XVIII, se habían roto ya los vínculos de control y de solidaridad internas de las comunidades rurales, campesinas o indígenas, como lo evidencian los informes de Moreno y Escandón (1772). Este rasgo va a diferenciar

también a la futura Colombia frente a la evolución histórica de otros países de Hispanoamérica, como México, Perú, Bolivia y Ecuador.

Esta diferenciación tiene también consecuencias sociales, pues la contraposición entre colonización campesina, espontánea y aluvional, y estructura latifundista, tradicional o empresarial, se refleja en dos tipos diferentes de adscripción política y de cohesión social, que tienen consecuencias para las futuras opciones violentas. Una es la cohesión y jerarquía sociales en las zonas donde predominó la hacienda colonial con su estructura complementaria de minifundio y mano de obra dependiente (aparceros y peones de zonas donde fueron antes muy importantes las encomiendas y los resguardos indígenas) y los pueblos organizados jerárquicamente, desde los primeros años de la Colonia, en torno a los notables locales y sus respectivas clientelas.

Sobre estos diferentes estilos de cohesión social se van a construir formas diversas de adscripción política: en las áreas de colonización marginal, la población estará más disponible a nuevos discursos y mensajes, políticos, culturales o religiosos. Hay que notar que, en las regiones de la llamada colonización antioqueña, se dan formas de colonización que varían en el espacio y el tiempo: en las primeras etapas, se produce un trasplante de las estructuras jerarquizadas y patriarcales de los pueblos de origen (casi siempre del Centro-Oriente antioqueño). Pero, en las etapas posteriores, en regiones más marginales, se produce otro estilo de colonización más espontáneo, más libertario, casi anarquista.

En estas zonas de colonización aluvional, la participación en las guerras civiles y contiendas electorales es de carácter voluntario y anárquico: los campesinos se reúnen bajo el mando de un caudillo salido de sus filas, al margen de la estructura

de poder de la hacienda y de los pueblos consolidados. Frecuentemente, los dos tipos de adscripción coexisten, pero los miembros de uno y otro suelen mirarse con desconfianza mutua. Esta desconfianza es producto del tipo de articulación que el bipartidismo introduce entre las estructuras locales y regionales del poder y la organización central del Estado nacional.

Estos dos tipos de poblamiento y cohesión social se reflejan en movilizaciones políticas de diversa índole: en las guerras civiles del siglo XIX, como la de los mil días (1899-1901), los ejércitos más regulares se van a reclutar en los altiplanos, mientras que la guerra de guerrillas va a hacer mayor presencia en las zonas de colonización de las vertientes cordilleranas. También las guerrillas de la Violencia de los años cincuenta y las actuales – al menos en su momento fundacional- encuentran su escenario predilecto en esas regiones.

Estos problemas sociales y políticos se ven reforzados por la manera como se construyó el Estado colombiano y como se articularon estos grupos migrantes con la sociedad mayor. Desde los tiempos coloniales, las ciudades, haciendas, encomiendas y resguardos, integradas a la sociedad mayor y al Estado colonial, coexistieron con espacios vacíos, de tierras insalubres y aisladas, donde el imperio español y el clero católico tenían una escasa presencia.

Algunas de estas zonas, como las selvas del Darién o los desiertos de la Guajira, estaban pobladas por indígenas reacios a la soberanía española y poco dispuestos a integrarse en la economía colonial. Otros territorios, en zonas selváticas y montañosas, sobre todo en las zonas de vertiente y en los valles interandinos, eran de difícil acceso y de condiciones poco saludables: se convirtieron en zonas de refugio de indios indómitos, de mestizos reacios al control de la sociedad mayor,

de blancos pobres, que no habían tenido acceso a la propiedad de la tierra en las zonas integradas, de negros y mulatos, libertos o cimarrones, fugados de las minas y haciendas.

Pero, además de esas regiones y sociedades donde el Estado hacía escasa presencia, en las áreas y sociedades integradas, la presencia del Estado español se caracterizaba por ser de dominio indirecto. A diferencia de los Estados plenamente consolidados, el Estado español controlaba las sociedades coloniales a través de la estructura de poder local y regional: cabildos de notables locales, de hacendados, mineros y comerciantes, ejercían el poder local y administraban la justicia en primera instancia, en nombre del poder de hecho que poseían de antemano.

Esta situación fue heredada por la república neogranadina, cuyo sistema político bipartidista (basado en la contraposición excluyente pero complementaria entre el liberalismo y el conservatismo) le permitió articular a los poderes locales y regionales con la nación, al ir vinculando las solidaridades y rupturas de la sociedad con la pertenencia a una u otra de estas especies de culturas políticas, que se constituyeron en dos grupos de poderes, respaldados por sus respectivas clientelas.

Este dominio indirecto del Estado implica que el poder estatal no se ejerce a través de instituciones modernas de carácter impersonal sino mediante la estructura de poder previamente existente en la sociedad local o regional, basada en los lazos de cohesión previamente existentes en esos ámbitos. Pero este estilo de poder dificulta la consolidación del Estado nacional como detentador del monopolio de la fuerza pública y como espacio de resolución de conflictos, lo que

se expresa en la proclividad a la solución privada o grupal de los problemas, frecuentemente por la vía armada.

Esta articulación con la sociedad nacional, desde arriba hacia abajo tuvo problemas en su funcionamiento durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Es esa articulación la que permite la cohesión social interna de los poderes locales y regionales y su control sobre la sociedad, y atenúa los niveles de violencia en los años cincuenta, puesto que estos poderes suplen al Estado. La Violencia generalizada estalla cuando se combinan crisis en la estructura nacional de poder con tensiones en las estructuras regionales y locales, a través de las cuales se presenta el dominio indirecto del Estado sobre la sociedad.

Esta presencia indirecta permitía que este Estado fuera relativamente barato, y que respondiera bastante bien a la escasez de recursos fiscales del país, que nunca tuvo una fuerte articulación al mercado mundial, ni grandes exportaciones, que pudieran configurarlo como un Estado rentista: nunca hubo demasiado oro ni plata, ni guano, ni cobre, ni petróleo, ni trigo, ni carne de exportación, así que la debilidad del Estado respondía a su pobreza fiscal. Por otra parte, el Estado colombiano tampoco tuvo que afrontar las grandes movilizaciones de corte populista, ni grandes migraciones europeas, ni poderosos movimientos sindicales de corte anarquista, ni la ampliación de las capas medias, que caracterizaron a otros países de Hispanoamérica.

Por ello, no se produce una masiva ampliación de la ciudadanía, ni grandes presiones de las masas populares y de las clases medias sobre el gasto público, lo que permite un manejo bastante ortodoxo de la economía, sin grandes presiones inflacionarias. Además, la falta de un movimiento populista de carácter justicialista

o emancipatorio hizo innecesarias las intervenciones militares en la vida política, caracterizada por la casi total ausencia de dictaduras militares, (excepto un corto período en el siglo XIX y la dictadura del general Rojas Pinilla (1953-1957), que fue instrumentalizada por sectores de los partidos tradicionales).

Por estos motivos, tampoco se configura un Estado intervencionista e industrializador, ni tampoco un Estado de bienestar de amplia cobertura. Por lo tanto, tampoco hay una gran ampliación de una burocracia estatal que produjera un aumento de las capas medias. Por todo ello, la fragmentación existente del poder y de la riqueza, que se da en la sociedad civil, la no aparición de un mercado nacional que integrara las diversas economías regionales y la escasez de recursos fiscales se reflejan en la llamada precariedad del Estado.

Además, no se produce la aparición de una administración pública por encima de los intereses particulares y partidistas, ni un aparato de justicia, objetivo e impersonal, por encima de los grupos de poderes privados y grupales. El resultado de este proceso se expresa en la dificultad de estructurar instituciones estatales de carácter moderno que permitieran realizar las reformas necesarias para responder adecuadamente a los cambios de la sociedad colombiana.

El problema de este tipo de presencia del Estado en la sociedad es que se basa en la no distinción entre los ámbitos privado y público, que se refleja en la proclividad de la sociedad colombiana a la búsqueda de soluciones privadas a los conflictos. La resistencia a reconocer el espacio público se observa también en las dimensiones de la vida cotidiana, desde la invasión de los andenes de las calles y el irrespeto sistemático a los semáforos y señales de tráfico hasta la proliferación de conjuntos cerrados de viviendas y de agencias privadas de seguridad.

Esto puede resumirse en cierta renuencia de la sociedad colombiana a reconocerse como expresada por el Estado, que no logra penetrar la sociedad. Para autores como Daniel Pecaut (1987) la violencia colombiana tiene menos que ver con los abusos de un Estado omnipotente y omnipresente, y mucho más que ver con los espacios vacíos que deja el Estado en la sociedad, que queda así abandonada a sus propias fuerzas. En ese sentido, este autor señala que el Estado colombiano sigue manteniendo rasgos del siglo XIX, al no estar suficientemente emancipado de las redes de poder privado de la sociedad civil.

Por esta carencia de la dimensión pública y esta presencia indirecta del Estado, además del aspecto referente al poblamiento, las violencias colombianas tienen que ver con un tercer aspecto, en el que confluyen los tres puntos anteriores.

Es la dificultad que existe en la vida política colombiana y especialmente en Antioquia para integrar y articular los micropoderes y microsociedades –en proceso de formación- de las regiones de colonización, con la sociedad mayor y el Estado, dado que éstos hacen presencia en esas regiones indirectamente, a través de las jerarquías sociales existentes, articuladas en el bipartidismo. La misma dificultad existe para expresar en el nivel simbólico, la pertenencia nacional de estas microsociedades, que se consolidan por fuera del sistema bipartidista: lo que está afuera es criminalizado y reprimido.

El macartismo anticomunista refuerza el sectarismo excluyente, propio de la cultura política bipartidista, como se verá en el régimen de gobierno compartido entre los dos partidos tradicionales, denominado Frente Nacional, que se decidió entre las cúpulas de los dos partidos tradicionales como mecanismo para poner fin a la Violencia de los años cincuenta. Pero que se mostraría incapaz de emprender

las reformas necesarias para responder a los rápidos cambios que se estaban produciendo en la sociedad colombiana de los años sesenta.

Esto se traduce en la poca presencia política y el escaso tamaño del ejército nacional, que en otros países latinoamericanos vehiculó la unidad nacional y sirvió de elemento cohesionador de la sociedad nacional. Esto incide en el no monopolio de la fuerza en manos del Estado nacional, cuyo aparato militar coexiste, durante el siglo XIX, con cuerpos de milicias regionales y grupos armados de carácter privado, al servicio de hacendados y personajes importantes en la vida local.

Sin embargo, regresando al deseo separatista se ha ido adormeciendo poco a poco en esta región. De la república de Antioquia nadie habla desde los tiempos de la narcoguerra cuando en los gobiernos de Virgilio Barco y César Gaviria, Medellín era una mancha. En cambio, de vez en cuando se toma fuerza la idea de una autonomía regional que tiene visos de federación reavivado por súbitos avivamientos de antioqueñidad.

¿Qué dice el discurso de la antioqueñidad? Deseo poner a continuación un discurso de una escritora colombiana (Clarita Gómez de Melo: El Tiempo: 20 de abril de 2002) algunos elementos que han permitido que este grupo social colombiano haya sobresalido a lo largo de la historia del siglo XIX hasta hoy y que mezcla puntos a favor y puntos negativos: *Es cierto que los antioqueños nos reímos fácilmente, pero tal vez por eso ha sido poco el esfuerzo en este campo. Los chistes antioqueños son burdos, simples, sin ingenio. Buscan hacer reír con la vulgaridad, la palabra fea, la ordinariez. Fuera de esto, el humor local se distingue por la vitalidad de frases hechas y refranes. No se espera de un paisa que haga un buen chiste en la conversación, que sea ingenioso. Lo que se espera es que repita con oportunidad los chistes y refranes que ha oído y, sobre todo, las exageraciones. El*

chistoso es el que repite y se sabe muchos de estos dichos, casi todos españoles. El único refrán que es con seguridad invento local es "antioqueño no se vara".

Uno de los rasgos más feos es el racismo, suave y un poco vergonzante, pero real. Las abuelas y mamas siempre preguntan por el color del novio. Los refranes son claros: "Negro con saco, se pierde el negro y se pierde el saco", "Negro que no la hace a la entrada la hace a la salida". En Carrasquilla se dice: "Los negros a la cocina y los blancos a la tarima", "negro no la hace limpia". La copla popular, que reitera el desprecio a los negros, musita por excepción alguna respuesta: "Si vieres comer a un blanco, de algún negro en compañía, o el blanco le debe al negro, o es del negro la comida". Aunque aquí los insultos, a diferencia de Bogotá, son con negro y no con indio, estos no se escaparon, y quedan algunos refranes, aunque han perdido su connotación peyorativa: "Indio comido, indio ido".

Aquí se habla desde hace mucho tiempo de la "raza antioqueña". Nadie habla de la bogotana o caleña o santandereana o colombiana, pues eso no existe, como no existe antioqueña. Somos hijos del mestizaje y son tan antioqueños los monos de Marinilla como los negros de Remedios o los mestizos más o menos aindiados de Frontino o Urrao. Pero el mito de la raza antioqueña pretende que el valor de lo antioqueño surge de que somos todos como los ricos de Rionegro o Medellín, que eran un poco más blancos que los demás, y que viene en la sangre. No sabemos en qué sangre, pues unos dicen que somos vascos, otros que judíos y los historiadores alegan que el mestizaje antioqueño no es muy distinto al de Colombia o América Española, que mezcló andaluces y castellanos primero y luego añadió a los vascos.

A la idea de raza se añadió el cuento de la "antioqueñidad", que es un reguero de lugares comunes que hacen del paisa una caricatura. Esa antioqueñidad está hecha de lo pintoresco, de folclor convencional, de exaltación del carriel, de la música más pobre de la tradición popular, de comida típica, de aguardiente (para mejorar las rentas de la Licorera, que ayuda a los políticos que promueven la antioqueñidad), de la idea de que somos muy especiales en costumbres, que son casi siempre importados o comunes a muchos otros países. Por ejemplo, el carriel, fue una bolsita de los mineros ingleses (carry all). La bandeja paisa,

que se llama así hace poco (en el Testamento del paisa.1962 de Agustín Jaramillo) se le denomina almuerzo de maromero. Allí se encuentra descrita así: el plato nacional está compuesto por arroz, carne desmechada y caraota y con plátano maduro frito, al lado de lo que se llama pabellón con baranda. Es el plato nacional de Venezuela y con el nombre de "casado" y es el plato nacional de Costa Rica. El oloroso tamal de Juan José Botero, el plato nacional de Venezuela, México y Costa Rica y los venezolanos alegan que ellos inventaron la arepa.

La cultura de la antioqueñidad es más bien rara. Antes de los narcos, aquí había una más bien austera, la ostentación y el derroche era mal visto, mirábamos al mundo, queríamos aprender de los demás. Los narcos nos enseñaron las virtudes del derroche, la parranda escandalosa, la generosidad ostentosa. Hoy ya no pesan tanto, pero nos dejaron su herencia: lo que cuenta es la rumba y para las autoridades son más importantes la fiesta y las ferias que parar la violencia o mejorar la educación. Aquí ponen una bomba y la televisión se llena de invitaciones a tomar aguardiente a mitad de precio y al día siguiente ya ni siquiera hacemos el duelo a los muertos.

Una de las cosas más feas ha sido el hacha de mis mayores, la cual según Efe Gómez, era lo más destructiva. El hacha del antioqueño y el caballo de Atila, serían en adelante en las historias los simboles definitivos de la desolación, con la sola diferencia de que Atila asolaba para saquear y los antioqueños para sembrar maíz. Y saquear a continuado siendo un magnifico negocio, en tanto que sembrar maíz no ha dado nunca los gastos.

Cada vez los paisas se miran más el ombligo. En un problema de inseguridad. Toda ciudad, toda región, todo país tienen cosas buenas y malas. Hay rasgos desde el siglo XIX, que pueden ser feos. La gana de plata era para algunos excesiva, aunque para otros era una forma de la virtud del trabajo y del deseo de progresar, y algo democrático: una sociedad sin aristocracia donde la plata igualaba. Un viajero francés Saffray, escribió hace 157 años "el dinero es lo único que le da a cada cual su valor. El muletero enriquecido llega a ser don Fulano de Tal; y si pierde su fortuna no ha de imponerse

privaciones para conservar su rango adquirido por casualidad; vuelve a vestir su antiguo traje… el único término de comparación es el dinero: un hombre se enriquece por la usura, los fraudes comerciales, la fabricación de moneda falsa u otros medios por el estilo, y se dice de él ¡es muy ingenioso! Hace diez años, en todas partes decían que un refrán local era "Haga plata, mijo. Si puede, honradamente. Pero si no, haga plata, mijo". Hacer plata sí ha sido una obsesión local, y muchas cosas buenas se sacrificaron por la plata. Medellín, que tiene sitios tan bonitos, pero tanta zona feísima, es pobre en espacios públicos, en parques, en hitos urbanos. Aquí todo se tumbó para hacer lo nuevo encima: no quedó ciudad colonial, no quedó ciudad del siglo XIX. Pavimentamos el río que cruzaba la ciudad vieja, la quebrada Santa Elena, pero seguimos llamando al cemento 'La Playa'. Y por la plata (no sé si para hacerla o robarla) se hizo el adefesio del Metro por el Parque de Berrío, que convirtió a la Gobernación en un orinal y a la Candelaria, en una iglesita de pesebre: el altar es la estación. Ni en Estados Unidos, adoradores del becerro de oro, son capaces de poner una estación que tape el Capitolio. Aquí no solo se adora el becerro de oro: ¡lo ordeñan para vender la leche!

La falda de la mamá

Frente a las cosas feas, la reacción es asumirlas como si fueran una maravilla. Le cantamos al hacha con entusiasmo, cada que entonamos, con entusiasmo que comparto, el himno antioqueño. Creemos que Medellín, después de ese machetazo a la Avenida Oriental, después del Metro por el centro, es la ciudad más hermosa del planeta. Antes creíamos que tenía la catedral más grande del mundo, "de ladrillo cocido". Tenemos que exagerar para sentirnos tranquilos. Nos sentimos chiquiticos si no decimos que somos los mejores y más ingeniosos del mundo, los más madrugadores y trabajadores, los del ritmo paisa, que solo sirve para levantarse temprano, porque para bailar no: los antioqueños hemos sido, aunque cada vez me nos, muy reprimidos a nivel pélvico. Aquí las cosas ya no son muy buenas o bonitas, sino "demasiado buenas" o "demasiado bonitas". En la Gobernación, el ascensor que lleva a la oficina del Gobernador tiene un letrero que advierte: "Este ascensor es demasiado seguro". La exageración tiene cierto dejo trágico: de lo mejor se dice que es "horrible de bueno".

No quiero ejercer de psicoanalista, pero a los paisas les resulta difícil bajarse de la falda de la mama. Muchos de los asesinatos de los adolescentes, según dicen, eran para llevarle nevera a la cucha. A ningún hombre le saben los frisóles o la arepa de la señora como los de la mamá. Y las mamas son expertas en crearles culpa a sus crías, que siguen pegadas a la teta. Claro que otro cambio que debemos a ese cataclismo cultural la plata de la droga, es que ya no nos gusta la belleza natural de las mujeres, sino la de silicona. Quien sabe cómo será el complejo de Edipo de estos muchachos de ahora, a los que la leche les debe saber a plástico. Porque Medellín se está volviendo la capital de la silicona.

El poder de la mamá puede tener relación con el que tuvo la Iglesia, y que fue bastante maluco: en Antioquia estaba prohibido bailar, ponerse suéter, leer El Espectador o el TIEMPO, ser liberal, separarse. A quien desobedecía a Monseñor Salazar y Herrera, Monseñor Caycedo o Monseñor Builes, lo "pulpitaban", y si una mujer se separaba la declaraban "mujer infame". Con tanta represión el desquite fue total: la sexualidad se soltó y el demonio, que antes se quedaba en Puerto Berrío, se apoderó de los paisas. La gente dejó de hacer caso a la religión y a los mandamientos, y las acciones de la Iglesia se desvalorizaron. Fue tal la crisis, o el influjo de Satanás, o el gusto por la plata, que la Arquidiócesis convirtió el Seminario en Centro Comercial. A los paisas los cuidaban la Iglesia, la mamá y El Colombiano. De esta santísima trinidad solo está firme El Colombiano porque lo que es a la Iglesia y a las mamas ya pocos les comen cuento.

Tampoco me parece bonito ese acento exagerado, esas ganas de mostrar que somos ordinarios. Ni los nombres que les gustaban a los papas paisas; ¡que dizque Clara Victoria o Nicanor! Y eso que no nos tocó la hora de la verdadera antioqueñidad, la de los John, William, Morgan Echavarria y los Orson Vélez. Quizás lo más feo es que queremos ser tribu. En cualquier parte hay gente de todas clases. Buenos y picaros; gente simpática y antipática; generosa y amarrada. Pero aquí exigimos que nos juzguen en bloque, que hablen de "los paisas" o de "los antioqueños". Y reivindicamos solo la parte buena de la tribu: son antioqueños los deportistas que ganan, los políticos que triunfan, los empresarios exitosos, pero no los desempleados, ni los pobres o los negros, ni los empleados corruptos, ni los delincuentes, ni las

putas. Y después de enumerar lo bueno inflamos pecho con lo que algunos hacen. Vivimos de la gloria de Botero o sentimos que Juanes debe sus éxitos a algo que también hice yo. Y lo que nos emociona es que les paren bolas en Miami o Nueva York.

Estos orgullos vicarios tienen un problema: la misma tribu ha hecho aportes tan importantes a la vida nacional como Pablo Escobar, Carlos Castaño o Pedro Antonio Marín. Somos muy ingeniosos e inventamos cómo volar un avión lleno de pasajeros inocentes, hemos llevado las masacres y el terror a un desarrollo incomparable, con mucha industria y organización. Según, esas páginas de dulce melosería que describen a los paisas en Internet, los antioqueños reciben con los brazos abiertos a los extranjeros. ¡Claro!, pero que cuiden la billetera. Somos muy trabajadores, pero, como lo ha escrito Fernando Vallejo, la más trabajadora ha sido la muerte: hemos mandado para el otro lado a casi 100.000 personas en veinte años, más que en la guerra de los Balcanes. ¡Esa sí es gracia!

El auge del narcotráfico y la violencia nos avergüenzan callada e íntimamente y por eso ahora solo hablamos de cómo somos de buenos, inteligentes, recursivos y pacíficos. "Chicaniando", mostrando la mitad de la moneda. Nos volvimos mentirosos, para engañar a todo el que viene a Medellín y nos acabamos creyendo la mentira. Por eso, no podemos arreglar los problemas que tenemos. ¿Cómo mejorar la educación, si estamos convencidos de que es una maravilla? ¿Cómo resolver el problema de la violencia, si creemos que es igual en todas partes y que es lo mismo en Nueva York o Bogotá, donde también lo matan a uno? Pero no vemos que en Medellín mueren 3.000 personas al año, cuando en Bogotá, que tiene tres veces más habitantes, ya han logrado bajar a menos de 2.000

Pero lo más feo es que no aguantamos lo que somos, que queremos engañarnos viendo solo la mitad y negando el resto. Tenemos que demostrar que somos grandes.

8.5.2. EL PAPEL DE LOS PARTIDOS TRADICIONALES Y EL ESTADO

En ese sentido, estas carencias del Estado fueron suplidas por los partidos políticos tradicionales (Tirado, 1989: 155-183.), que se construyeron sobre la base social de las jerarquías y la cohesión social previamente existentes en las sociedades locales y regionales. Esto produjo un reforzamiento de las identidades locales y regionales desde el nivel de las identidades políticas nacionales. Así, la identificación básica de la población con sus grupos primarios de referencia (parentesco nuclear o extenso, vecindario, paisanaje) se hizo más fuerte por la adscripción a las dos culturas políticas del liberalismo y el conservatismo.

Este proceso caracteriza la formación del Estado colombiano, que no se distancia suficientemente de la sociedad ni logra penetrarla por medio de una administración directa y autónoma, sino que se hace presente en el territorio de manera indirecta, a través de los mecanismos de poder ya existentes en la sociedad, dejando por fuera a las regiones y grupos periféricos de la sociedad.

El dominio indirecto del Estado sobre la sociedad explica el papel que los partidos tradicionales, el liberalismo y el conservatismo, han jugado en la historia política y social de Colombia. Estos dos partidos, como dos federaciones de grupos locales y regionales de poder, sirvieron de articuladores de localidades y regiones con la nación, lo mismo que de canalizadores de las tensiones y rupturas que se daban en esos niveles.

La pertenencia a uno u otro partido pasaba así por la identidad local y regional, las contradicciones entre regiones y localidades, los conflictos étnicos, las luchas entre generaciones, los enfrentamientos intra e interfamiliares y los conflictos entre

grupos de interés. Así se articulaban los vínculos de solidaridad primaria y tradicional, basados en el parentesco, vecindario y compadrazgo, con los vínculos más abstractos de la ciudadanía y la nación. Pero este estilo de articulación se muestra cada vez más incapaz de expresar las tensiones y conflictos de nuevos grupos y regiones: en el pasado, fracciones del liberalismo lograron expresar esos intereses.

Esta conformación de los partidos como vehículos de identidad nacional y expresión de identidades locales tuvo consecuencias importantes para la construcción de los imaginarios colectivos que expresan las pertenencias y exclusiones de carácter local, regional y nacional, que se caracterizan por una extremada intolerancia. El hecho de haberse tomado la relación con la institución eclesiástica como frontera divisoria entre los partidos reforzó el elemento pasional que ya tenían las identidades previas de carácter local. Además, estas identidades se fortalecen más con las experiencias de luchas compartidas en las guerras civiles, con la vida común de campamentos y batallas, junto con los correspondientes "*odios heredados"* y "las *venganzas de sangre"* ancestrales.

Esta conformación social y cultural configura los mecanismos de adscripción política y las identidades político-culturales de la mayoría del pueblo colombiano. La población dependiente de la estructura hacendataria va a alinearse políticamente con los dueños de las haciendas, sean éstos del partido que sean. Los peones, arrendatarios y aparceros siguen a sus hacendados como soldados en las guerras civiles y como votantes en la lucha electoral. Otros campesinos serán reclutados por la fuerza, pero la participación en la vida de campamento militar y en las acciones bélicas crea luego ulteriores lazos de cohesión social entre ellos, basados en la camaradería de la lucha común.

Estos lazos serán reforzados por la llamada "*venganza de sangre*", que hará más o menos hereditaria la adscripción partidaria, puesto que cada guerra civil se convertirá en la ocasión del desquite o venganza del camarada o pariente muerto en la contienda anterior. Así, se va produciendo una cadena de "odios heredados", que reproducen las violencias cuando se presenta una ocasión propicia. También aparecen grupos de reales voluntarios, que se vinculan a la lucha civil por motivos más ideológicos y cuya adscripción política corresponde a lazos más modernos de sociabilidad.

Este conjunto de adscripciones confluye en socializaciones políticas maniqueas y excluyentes, que definen un nosotros de quienes están dentro del grupo de referencia, frente a los otros, que están fuera de ese marco. En estas configuraciones, se juntan identidades y solidaridades primarias de tipo local y regional, fruto de los procesos de colonización antes descritos, con adhesiones abstractas y solidaridades secundarias. Pero el resultado es siempre la exclusión del otro, del diferente. El habitante del barrio vecino, de la vereda de enfrente, del pueblo cercano, de la región vecina, queda por fuera del propio universo simbólico, porque no pertenece a la comunidad homogénea.

Esta exclusión del otro en el nivel primario se refuerza con la exclusión del otro en el nivel nacional. Lo que explica el carácter maniqueo y sectario de las luchas políticas del país. Matar liberales no era pecado para los curas conservadores, porque el liberal "*comecuras*" era el otro, por fuera de la comunidad de fieles católicos. Y viceversa, los curas "*godos*" (españolizantes, no-patriotas) eran enemigos del progreso y de las ideas democráticas. Estas contraposiciones permitían articular la sociedad nacional con las solidaridades locales y regionales.

La ideología es función de la distancia que separa la memoria social de un advenimiento que se trata no obstante, de repetir. Más allá de difundir la convicción, más allá del círculo de fundadores, para convertir en el credo de todo el grupo. Es así como las representaciones, imágenes e interpretaciones acuden para reactualizar el natural distanciamiento ante el peligro de desvanecerse entre situaciones posteriores.

Esta es la razón por la cual el fenómeno ideológico comienza muy pronto: con la domesticación que se hace por medio del recuerdo, se da comienzo efectivamente al consenso, pero también a lo convencional y a la racionalización. Además de movilizadora, la ideología es justificadora de rasgos biunívocamente entrelazados que definen funciones primordiales de ella.

Esta articulación con la sociedad nacional, desde arriba hacia abajo tuvo problemas en su funcionamiento durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Es esa articulación la que permite la cohesión social interna de los poderes locales y regionales y su control sobre la sociedad, y atenúa los niveles de violencia en los años cincuenta, puesto que estos poderes suplen al Estado. La Violencia generalizada estalla cuando se combinan crisis en la estructura nacional de poder con tensiones en las estructuras regionales y locales, a través de las cuales se presenta el dominio indirecto del Estado sobre la sociedad.

Esta presencia indirecta permitía que este Estado fuera relativamente barato, y que respondiera bastante bien a la escasez de recursos fiscales del país, que nunca tuvo una fuerte articulación al mercado mundial, ni grandes exportaciones, que pudieran configurarlo como un Estado rentista: nunca hubo demasiado oro ni plata, ni guano, ni cobre, ni petróleo, ni trigo, ni carne de exportación, así que la

debilidad del Estado respondía a su pobreza fiscal. Por otra parte, el Estado colombiano tampoco tuvo que afrontar las grandes movilizaciones de corte populista, ni grandes migraciones europeas, ni poderosos movimientos sindicales de corte anarquista, ni la ampliación de las capas medias, que caracterizaron a otros países de Hispanoamérica.

Por ello, no se produce una masiva ampliación de la ciudadanía, ni grandes presiones de las masas populares y de las clases medias sobre el gasto público, lo que permite un manejo bastante ortodoxo de la economía, sin grandes presiones inflacionarias. Además, la falta de un movimiento populista de carácter justicialista o emancipatorio hizo innecesarias las intervenciones militares en la vida política, caracterizada por la casi total ausencia de dictaduras militares, (excepto un corto período en el siglo XIX y la dictadura del general Rojas Pinilla (1953-1957), que fue instrumentalizada por sectores de los partidos tradicionales).

Por estos motivos, tampoco se configura un Estado intervencionista e industrializador, ni tampoco un Estado de bienestar de amplia cobertura. Por lo tanto, tampoco hay una gran ampliación de una burocracia estatal que produjera un aumento de las capas medias. Por todo ello, la fragmentación existente del poder y de la riqueza, que se da en la sociedad civil, la no aparición de un mercado nacional que integrara las diversas economías regionales y la escasez de recursos fiscales se reflejan en la llamada precariedad del Estado.

Además, no se produce la aparición de una administración pública por encima de los intereses particulares y partidistas, ni un aparato de justicia, objetivo e impersonal, por encima de los grupos de poderes privados y grupales. El resultado de este proceso se expresa en la dificultad de estructurar instituciones estatales de

carácter moderno que permitieran realizar las reformas necesarias para responder adecuadamente a los cambios de la sociedad colombiana.

El problema de este tipo de presencia del Estado en la sociedad es que se basa en la no distinción entre los ámbitos privado y público, que se refleja en la proclividad de la sociedad colombiana a la búsqueda de soluciones privadas a los conflictos. La resistencia a reconocer el espacio público se observa también en las dimensiones de la vida cotidiana, desde la invasión de los andenes de las calles y el irrespeto sistemático a los semáforos y señales de tráfico hasta la proliferación de conjuntos cerrados de viviendas y de agencias privadas de seguridad.

Esto puede resumirse en cierta renuencia de la sociedad colombiana a reconocerse como expresada por el Estado, que no logra penetrar la sociedad. Para autores como Daniel Pecaut (1987), la violencia colombiana tiene menos que ver con los abusos de un Estado omnipotente y omnipresente, y mucho más que ver con los espacios vacíos que deja el Estado en la sociedad, que queda así abandonada a sus propias fuerzas. En ese sentido, este autor señala que el Estado colombiano sigue manteniendo rasgos del siglo XIX, al no estar suficientemente emancipado de las redes de poder privado de la sociedad civil.

Por esta carencia de la dimensión pública y esta presencia indirecta del Estado, además del aspecto referente al poblamiento, las violencias colombianas tienen que ver con un tercer aspecto, en el que confluyen los tres puntos anteriores.

Es la dificultad que existe en la vida política colombiana para integrar y articular los micropoderes y microsociedades –en proceso de formación- de las regiones de colonización, con la sociedad mayor y el Estado, dado que éstos hacen presencia en esas regiones indirectamente, a través de las jerarquías sociales existentes,

articuladas en el bipartidismo. La misma dificultad existe para expresar en el nivel simbólico, la pertenencia nacional de estas microsociedades, que se consolidan por fuera del sistema bipartidista: lo que está afuera es criminalizado y reprimido.

El macartismo anticomunista refuerza el sectarismo excluyente, propio de la cultura política bipartidista, como se verá en el régimen de gobierno compartido entre los dos partidos tradicionales, denominado Frente Nacional, que se decidió entre las cúpulas de los dos partidos tradicionales como mecanismo para poner fin a la Violencia de los años cincuenta. Pero que se mostraría incapaz de emprender las reformas necesarias para responder a los rápidos cambios que se estaban produciendo en la sociedad colombiana de los años sesenta.

Toda ideología es simplificadora y esquemática. Es una clave. Es un código para tener visión de conjunto, no sólo del grupo sino de la historia y, en último término del mundo". Su capacidad de transformación se da en la medida en que las ideas que la forman se conviertan en opiniones, cuya eficacia social aumenta en la medida en que disminuye su rigor y la cobertura de su acción incluye la memoria de los actos fundadores y también los sistemas de pensamiento, de manera que la moral, la religión y la filosofía, pueden llegar a ser ideológicas.

Un típico fenómeno ideológico se presenta cuando un sistema de pensamiento se transforma en un sistema de creencias, proceso en el cual la idealización de la imagen que un grupo elabora de sí mismo no es sino el corolario de esta esquematización que refuerza el código interpretativo y se aprecia en los fenómenos de ritualización y estereotipia infalibles en las celebraciones de los hechos fundadores(el discurso de la antioqueñidad, el proceso de blanqueamiento y la exclusión de los negros e indígenas en el proceso de colonización).

Es la ideología también efecto y resistencia al desgaste, al mismo tiempo es interpretación de lo real y agotamiento de lo posible y produce un estrechamiento del campo con respecto a las posibilidades de interpretación que pertenecen al impulso inicial del acontecimiento (ceguera ideológica). A pesar de que sólo a través de un código ideológico es posible que se produzca una toma de conciencia, difícilmente le es posible sustraerse a la esquematización, la mayoría de las veces, se constituye en un obstáculo para el conocimiento de la propia identidad y que fue reforzado en el discurso de muchos autores antioqueños hacia finales del siglo XIX.

La ideología a menudo cobra vida propia, al punto que su relación con las condiciones que pudieron haber dado origen a un conflicto, como la disputa por las tierras nuevas, la exclusión de los colonos pobladores frente a otros tipos de colonos, se torna difusa y a veces se desdibuja por completo. Ya mucho de los acontecimientos, actos y condiciones se podría explicar por las creencias, concepciones y prejuicios que estaban enraizados en la conciencia colectiva y transversalizados por la religión y la política y mediatizados por lo económico de estos colonos fueron manejando en las zonas colindantes con los caucanos o la zona occidental (Riosucio, Marmato y Supía).

8.6. IMAGINARIO SOBRE LA RELIGIÓN: EL FUNDAMENTALISMO PAISA: UNA CRUZADA DE FE Y POLÍTICA

> Artículo 5:
>
> Queda bedao hablar del cura, del gobierno y sus satélites a fin de que no se alborote la política
>
> Decreto del 12 de marzo de 1877 por el alcalde de Anserma Juan de los Santos Parra (se respeta la ortografía del decreto).

"a estas tierras, fueron bendecidas por la llegada de los paisas y su religión, puesto esto estaba lleno de idolatras" Entrevista 20 de Habitante de Riosucio

"aquí con la llegada de los paisas, se puede decir que llego de nuevo la civilización" Entrevista 21 Habitante de Riosucio.

"la llegada de los paisas, le dio vigor a esta región, que estaba como adormilada" Entrevista 22 de habitante de Riosucio

El fundamentalismo como movimiento aparece en la segunda mitad del siglo XIX y se desarrolla durante el siglo XX en los países con predominio católico, Colombia no fue la excepción y los paisas, fueron el mejor ejemplo de aplicación de esta forma de conservadurismo llevado al extremo.

El fundamentalismo es una reacción a una expresión de algo, y que se encuentra presente en el lenguaje diario, en la religión, en la ciencia, en la política, en la economía, el arte, entre otros.

Y al interior del catolicismo, se perciben mentalidades muy conservadoras, pero a veces no necesariamente desembocan en procesos de fundamentalismo. Las bases del pensamiento conservador no necesariamente son de tipo fundamentalista. También el progreso permanente y poco crítico hacia una finalidad determinada de antemano, aunque no se sepa bien por quién, puede ser una sutil forma de fundamentalismo que muchos liberales ignoran y en la que con no poca frecuencia tienden a caer. El origen del fundamentalismo debe ser buscado al interior mismo de la dinámica social contendida en los procesos de modernización.

Y es que la modernización es, antes que nada, un proceso social complejo al cual no todas las personas ni todos los grupos sociales implicados en ella reaccionan en la misma manera, es por esto que aparecen entusiastas y pesimistas, retraídos e ingenuos, opositores, reaccionarios y nostálgicos, lo mismo que vanguardistas, agitadores, ideólogos y profetas.

¿Qué papel han de jugar la comunidad a la que pertenezco con mi propia vida? Es una pregunta que no es teórica ni abstracta: afecta y pone en crisis lo más profundo de las personas y de sus relaciones mutuas. Tiene que ver con la economía y con la cultura, con la sexualidad y con la fe religiosa, con todo lo que uno es, sueña, extraña y padece. La modernización promovida y desarrollada por la cultura occidental estuvo fuertemente marcada por un creciente individualismo que los marxistas intentan explicar de nuevas formas de producción e

intercambio, mientras que sociólogos como Max Weber, sin negar la importancia de los factores económicos, logran interpretar desde una perspectiva mucho más amplia y enriquecedora. Se trata, para ellos, de la expresión de un nuevo tipo de racionalidad que hace posible no sólo el desarrollo del capitalismo sino también de nuevas formas de vida, de crecer, de amar, de soñar e incluso de reír. No es posible modernizar un solo aspecto aislado, una sola dimensión de nuestra vida. La modernización es un fenómeno complejo y completo, aspira a ser total.

Al revisar las diferentes entrevistas y en las distintas visitas por las poblaciones del Occidente de Caldas, la categoría o mejor la caracterización más notable por las religiosidad de los paisas. La documentación del proceso de colonización, llama la atención el proceso dado en el occidente del departamento de Caldas, región que a la llegada de los paisas, ya estaba habitada por grupos extranjeros, mestizos, negros e indígenas y que pertenecían al estado del Cauca.

Allí se dio un fenómeno muy interesante, donde los paisas mostraron una faceta, bastante extraña que no se dio en otras regiones. Aquí *"los paisas han conservado su pureza primigenia, como producto de su hostilidad con el medio que los ha vuelto huraños, amén de su endogamia, la rigidez de sus principios religiosos y una cerrada estructura familiar que no permite el acceso de foráneos"* (Cardona, sf) y que fueron asentándotodose en las veredas de Oro, Llanogrande, Cambía y el Rosario, cerca de la población de Riosucio, a partir de 1808, e incrementándose el número de familias paisas desde 1865. Estas veredas en el siglo XX, a partir de la década de los años 50 y 60, se les conocieron como la Cortina de Hierro de Riosucio.

En la zona de occidente, el fundamentalismo religioso de los paisas mostró diferentes facetas, en las que numerosos representantes de la Iglesia hicieron gala

de conductas y actos de exceso en la aplicación de la ley y el fomento del amor por Cristo, generando situaciones que a la luz de hoy, son la muestra de intolerancia y fanatismo. Hechos como la aplicación de una especie de inquisición, de fomentar la lucha y la guerra contra personas que profesaran un credo político diferente al del cura, la incitación a actos violentos, el fomentar la segregación de los grupos raciales, entre otros, contribuyo a que los paisas fueran vistos como elementos peligrosos, como extranjeros y estos habitantes, caucanos por cuestión política fueran vistos como los moros que había que conquistar a sangre y fuego para la religión católica.

En esta zona, hay sentimientos encontrados con respecto a "la *colonización paisas'*"[35], donde el amor y el odio van de la mano cuando se analiza este fenómeno, y que genera toda clase de discusiones.

La religiosidad paisa presenta facetas paganas, hay una búsqueda económica por medio de promesas y oraciones; el que no va a misa no tiene camisa, dice la gente; hay la propiciación de un Dios terrible de castigos, de truenos, granizadas, terremotos y huracanes (Vásquez, 1988: 77); maleficios y hechizos por el porte de reliquias y mucho más en esa época donde la oscuridad y el miedo a la selva, recreaban toda clase de supersticiones liberación de plagas y enfermedades a través de exvotos y peregrinaciones; exoneración de reatos y vindictas, gracias a mandas y lampadarios ardientes; prácticas de beneficencias sin amor, por miedo a la desgracia propia en el futuro; lecturas de justicias preternaturales y vengativas en el diario acontecer.

---

[35] Aquí el concepto de colonización es aplicable, pues los paisas al llegar a esta zona encontraron poblaciones con una economía alrededor de las minas de oro y con un comercio hacia Cartago y Popayán.

Los atributos y valores de los colonos respecto a la autoridad, honradez y espíritu de sacrificio expresado en su predisposición para el trabajo hallan su complemento en la práctica de los principios de la religión.

En este aspecto, la mujer juega un papel muy importante, ya que la matrona) es quien se encarga de educar espiritualmente y moralmente a la familia. Es rezandera frecuente, la oración no falta en la mañana y el rosario es práctica diaria al empezar la noche. Era muy frecuente encontrar el cuadro de Sagrado Corazón de Jesús en la sala y una copia de la última cena en el comedor. Igualmente, son comunes las estatuillas de la Virgen a las que se les hace un pequeño altar donde no falta una vela encendida. Todos, hijos y esposo, al salir de la casa se encomiendan a Dios y a la Virgen y le piden una bendición a la madre. La Virgen es un símbolo para el colono, es la intermediaria entre Dios y los pobladores, es protectora, es el ideal de madre; no en vano existen altares públicos en el interior de los municipios, en la entrada de los mismos y al borde de los caminos.

Este fervor religioso se traslada a la labranza y a la aldea. Invocar a Dios en el trabajo es un acto frecuente, el colono cree en él de manera irrestricta, por eso siempre se le responsabiliza del éxito, y el fracaso se interpreta como una lección divina en la que es preciso reflexionar.

La vida en el poblado también se centra en el culto religioso; por eso afirma De los Ríos que *"parroquia y municipio fueron sinónimos, de manera que los colono no consideraron completa su fundación sino cuando el pequeño campanario de la Iglesia sobresalía por entre los ranchos de la incipiente aldea"* (De los Ríos, 1985: 130). Y el cura se convierte en una figura que amenaza, ordena, intimida, decide mientras las greyes

permanecen estáticas, resignadas, remisas a toda labor de renovación, compromiso y creatividad.

Tal era el poder del cura, que muchas de las luchas civiles de mantuvieron por el odio incendiario que desde los púlpitos algunos curas incitaron, amén de aquellos que por su pasión política acompañaron a los ejércitos, no solamente para la prédica religiosa sino para mantener los espíritus sectarios inflados para incidir en la balanza del equilibrio regional, católico y político; y de cierta forma mantuvieron una forma de doble moral que permitía crear espacios para callar y otros para batallar, aunque en el fondo no se permitía la reflexión, ni la discusión de la moral. Se buscaba mantener una grey sumisa, supeditada por el temor a un Dios castigador y que sólo la Iglesia tenía el poder para mandar en sus vidas de aquí y del más allá, y con fuertes influencias en la vida civil, política y económica de esta región.

En la política, pervive un imaginario centrado en la figura de personas preeminentes y con influencia, con características autocráticas, provenientes de un mundo feudal. Muchas costumbres se debaten entre lo modernizante y lo arcaico. La política se fundamenta en relaciones familiares y la economía en relaciones feudales que marcan la senda para el beneficio de unos pocos y de unas elites ávidas de poder para el mantenimiento de sus privilegios.

La historia de la colonización y de acuerdo a los relatos y escritos del historiador Alfredo Cardona y a los registros de la zona de Riosucio, se evidencia que el proceso está lleno de situaciones en las cuales los jefes políticos recurren a la manipulación de los mecanismos de violencia. Salen al tinglado los asesinos a sueldo, cuya acción nadie sabe dónde se origina, irrumpen redactores de anónimos

amenazantes, surgen matones domingueros en plazas y tabernas, se manifiesta la acción descarada de las autoridades civiles, policiales y militares, y el resultado electoral es la votación de los amigos del gamonal o político del momento que permanece oculto entre bambalinas, y pide a gritos las pruebas concluyentes y definitivas de las atrocidades cometidas que se le quieren imputar o buscan manipular o ejercer todo tipo de triquiñuelas para desviar o encausar acciones gubernamentales siempre en el beneficio de unos cuantos pocos pero en perjuicio de una gran mayoría.

Las luchas por ideales políticos en el siglo XIX, los cambios de partido de muchos jefes, los intereses y apetitos burocráticos, amén de las prebendas que esto creaba, formaron desde los inicios del proceso de colonización y a medida que esta iba abriendo la frontera agrícola e iba creando los círculos económicos, los intereses políticos fueron formando y creando los nuevos feudos que, de acuerdo como se resolvían en las diferentes batallas civiles, dieron pauta para ires y venires, donde los pueblos y su población civil eran usados por los señores gamonales y aumentaban las intrigas para crear o generar zozobra dentro de los nuevos gobiernos civiles de las poblaciones recién fundadas.

Este fue el germen de un fundamentalismo político, en el cual no se reconocían ideas, sino colores y se actuaba más por la pasión y por intereses personales. Esto se evidenció en las numerosas guerras civiles del siglo XIX, y se proyectó bien entrado el siglo XX, en la zona cafetera, en relación con la Violencia, que ya se ha mencionado, y que creó zonas rojas (liberales) contras zonas azules (conservadores), generando odio, resentimiento y una profunda aversión hacia la política.

8.7. LA INVISIBILIDAD DEL CAUCANO

Al revisar la historia de la colonización antioqueña, es importante reconocer que el proceso de identidad del antioqueño se debió en buena parte a su confrontación con el caucano. La historia oficial, desconoce el papel protagónico de los caucanos frente al proceso de colonización, y sólo aparecen dentro de las acciones bélicas cómo un elemento desestabilizador, herético y con ciertas connotaciones raciales. A continuación, se mostrará la importancia de este grupo frente a los antioqueños y las relaciones que forjaron para dar sentido al imaginario que construyeron los antioqueños en la zona occidental y central del Eje cafetero.

8.7.1. LA POBLACIÓN Y EL TERRITORIO[36]

El Estado Soberano del Cauca era el más extenso de los que conformaron los Estados Unidos de Colombia. Tenía 666.800 km2 de los cuales 603.800 eran baldíos y únicamente 63.000 estaban ocupados por una población que no alcanzaba el medio millón de habitantes y que en 1870 se encontraba concentrada en unas pocas ciudades del valle del río Cauca y de los altiplanos de Pasto y Popayán.

El resto del territorio estaba conformado por terrenos anegadizos y selváticos, por páramos y por las selváticas costas de los océanos Atlántico y Pacífico donde se levantaban unos cuantos poblados pequeños. Estos territorios conforman hoy los

[36] Para esta sección he seguido el trabajo de Alfonso Valencia Llano: Estado soberano del Cauca: Federalismo y regeneración. Bogotá: Banco de la República. 1988

departamentos de Amazonas, Caquetá, Guanía, Vaupés, Putumayo, Nariño, Cauca, Valle, Chocó, Quindío, Risaralda, parte de Caldas, la región del Urabá antioqueño y terrenos que hoy pertenecen a las repúblicas de Perú, Brasil y Ecuador.

Desde los tiempos coloniales, la población de esa época, se concentraba principalmente en dos regiones: el Valle con el 19.21% y los altiplanos de Popayán y Pasto con el 48.03%, caracterizadas por fértiles tierras y por las ventajas que ofrecían las ciudades de Cali, Buga, Palmira, Popayán y Pasto como centros urbanos. El resto de los caucanos se dispersaba en unas pocas poblaciones mineras de la Costa Pacífica -con el 22.61 %- y de los antiguos distritos mineros de las municipalidades de Toro (Supía y Marmato) y del Quindío (Cartago) -con el 10%- donde se habían iniciado unos tímidos procesos de colonización, mientras que las selvas del Caquetá, el Putumayo y la Amazonas permanecían inexploradas.

Acerca de la ocupación de los habitantes caucanos, el censo de 1870 muestra que estaban dedicados a labores agrícolas, mineras y artesanales, mientras que unos pocos eran propietarios de predios rurales y ganaderos. La mayoría se dedicaba a la agricultura (32.81%), a la artesanía (13%), a labores mineras (4.9%), oficios domésticos (como amas de casa) (11.19%) y sirvientes (servidumbre doméstica) (3.83%). No deja de llamar la atención que las mujeres dominaran cierto tipo de actividades importantes para la economía del Estado, tales como la minería, y que participaran en un porcentaje importante en la agricultura y la pesca, no reduciendo su papel a tradicionales actividades como oficios domésticos, artesanales o como sirvientes.

En la sociedad colonia, un punto de tensión lo constituyo el trabajo de dependencia de la mano indígena. En los valles y sabanas cercanos a poblados como Popayán, tuvieron asiento las haciendas de pan coger que alimentaban la ciudad. Por lo general, estas haciendas pertenecían a encomenderos que forzaban a los indígenas a pagar su tributo con trabajo. La competencia con los hacendados por el trabajo indígena y la escasez de su oferta, lo conducía a enconados pleitos ante las autoridades de Popayán. Se puede afirmar, que aunque el sistema de concierto estipulaba desde fines del siglo XVII que la tercera parte de los tributarios debían prestar servicios en las haciendas, es lógico pensar que casi la totalidad de la población indígena era vinculada al trabajo.

Por ende, los indígenas concertados en las haciendas y estancias llegaban a vivir en ellas durante muchos años. Sus familias llegaban a ser parte de las haciendas, y aunque en muchos casos consideraban que tenían derechos a predios de la hacienda, a la muerte de los propietarios, quedaban sin un sitio fijo. Uno de los pleitos más frecuentes entre los indígenas concertados y los hacendados ocurría por la negativa de aquellos a reconocer los salarios. Muchos pensaban que tenían derecho a su trabajo, con el peregrino argumento de que antes les prestaban un servicio civilizándolos. No obstante, la vigilancia de las autoridades, el poder obtenido por los caciques indígenas y la competencia por obtener su fuerza de trabajo, fueron obteniendo el pago de concierto.

Se puede deducir, que mucho de los indígenas concertados entraban en un circuito de aculturación, que para algunos debía ser definitiva. La permanencia en las haciendas acercó a muchos a nuevos sistemas de trabajo, pero también a nuevos patrones culturales. Parte de estos trabajadores, especialmente las mujeres cumplían labores en la casa del patrón, convirtiéndose con los años en empleados

de confianza. Enrolados en este nuevo mundo, muchos fueron llevados a la ciudad, Popayán, a ejecutar menesteres de servidumbre doméstica, como premio y con el convencimiento, de que terminaran su civilización.

Muchos se habían ocupado como pequeños propietarios, administradores, arrendatarios, agregados o como asalariados en las haciendas, algunos ex-esclavos se negaban a someterse a las condiciones laborales que trataban de imponer los propietarios y se refugiaban en los bosques o en el litoral Pacífico donde el barequeo del oro les permitía vivir libres. Otros vivían de la pesca y de la conducción de mercancías por el río Dagua.

Las actividades económicas se realizaban en condiciones difíciles, pues los campesinos debían soportar periódicas inundaciones y sequías, en especial en el valle del rio Cauca y sufrir las dificultades que ofrecía el bosque tropical húmedo, plagado con bichos, enfermedades y serpientes. A esto se unían las dificultades para acceder a los pocos servicios asistenciales que brindaban los dispersos centros "urbanos".

Desde luego, en tales condiciones, las enfermedades no faltaban: las fiebres palúdicas, la lepra, el carate, el coto, la neumonía, la disentería y el dengue eran permanentes, mientras que la viruela regularmente visitaba al Cauca sembrando la muerte. Todas estas enfermedades que en algunas ocasiones se volvían epidémicas hicieron que el viajero extranjero Isaac F. Holton (1981) dijera *"no creo que se encuentren octogenarios de ninguno de los dos sexos"*, lo que fue confirmado por Luciano Rivera y Garrido (Citado por Valencia, 1988:45) quien dijo que en Cauca, vivir setenta años *"raya en fenómeno"*. Desde luego, las enfermedades no eran la principal causa de mortalidad, más importante que ellas, ya fueran endémicas o epidémicas,

eran las diferentes guerras civiles que asolaron este estado, las que produjeron un elevado número de muertes.

Muchos factores conspiraban contra una efectiva ocupación de los territorios del Estado. Para el gobierno caucano, el reto consistía en lograr que las fronteras se incorporaran a la "*civilización"*, es decir, a efectivos procesos productivos. Para ello, desarrolló políticas para educar a la población para participar en esos procesos, impulsó la construcción de caminos y medios de comunicación por los que marchara el "*progreso"*, y promovió la ocupación de sus territorios baldíos impulsando la colonización individual y empresarial, lo que produjo uno de los fenómenos migratorios más estudiados en la historia colombiana: la colonización del Quindío.

8.7.2. LOS PROCESOS DE COLONIZACIÓN DEL CAUCA

Las políticas tendientes a aumentar la población caucana se desarrollaron en dos sentidos: la primera consistía en poblar las zonas de frontera con delincuentes lo que originó la colonia penal de Boquía (hoy llamada Salento en el departamento del Quindío que en esa época era territorio del Cauca) y, la segunda, en la atracción de población de otros Estados como en el caso de los colonizadores antioqueños a quienes se les daba la ciudadanía caucana por una vecindad mayor a seis meses, y la propiedad de los lotes que beneficiaran.

Esto permitió la colonización del Quindío, la frontera interna que separaba a Antioquia y Cauca en la parte nororiental del Estado y que tenía una muy pobre presencia caucana. La región noroccidental, el distrito minero de Supía-Marmato,

se encontraba poblado desde la época colonial con núcleos urbanos blancos, indios de resguardo y con población negra y mestiza. Allí habían llegado, desde los inicios de la República, algunos extranjeros atraídos por las minas de oro.

Las otras zonas de baldíos caucanos en la región de vertiente que daba al Amazonas ni siquiera habían sido exploradas, mientras que la colonización de la frontera del Pacífico estuvo asociada a explotaciones mineras, creación de zonas de refugio para los negros libertos y a la construcción de caminos. Existían además los resguardos indígenas, cuyas tierras eran de propiedad comunitaria y que, al estar rodeadas de baldíos, tendían a seguir la suerte de éstos.

Alonso Valencia Llano en su libro *Estado Soberano del Cauca: federalismo y Regeneración (1988)*, dice que, desde 1863 hacia 1890, el Cauca sufrió una "*crisis económica permanente producida por la incapacidad de superar la insularidad física"*. Regía la Constitución de Rionegro que había autorizado, en los Estados Soberanos, organizar gobiernos propios e independientes. Al Gobierno central sólo se sometían en lo que correspondía a las relaciones exteriores, el aparato fiscal para pago de la deuda externa y el adelanto de algunas obras públicas. Los apremios económicos se presentaron en el instante culminante de la colonización. No estuvo, por lo tanto, en facultad de propiciar avanzadas o tomar medidas para la defensa de su territorio.

El Cauca dictó una serie de ordenanzas que estimulaban la ocupación de sus territorios. La orientación era diferente a la que preponderaba en Antioquia, los gobiernos liberales, después de la Constitución de 1863, desarrollaron una política *«que produjo una mayor movilidad en la propiedad y en la mano de obra al abolir las trabas coloniales que aún subsistían, a pesar de las reformas liberales de 1850»*. La desamortización

de manos muertas, permitió que se pasara el crédito a otras manos, lo que impulsó la creación de varios bancos, pues antes el crédito lo administraba la Iglesia (ver sección de matrimonio e Iglesia). Esté cambio, propició la exportación de tabaco, quina y añil. Acentuó la producción de cacao, que fue uno de los productos que sirvieron como cultivo en la colonización del Quindío.

En 1870, la población caucana alcanzaba 435.078 habitantes, que ocupaban lo que eran las "tierras andinas y el Valle". Estaban deshabitadas la frontera con Antioquia y la Cordillera Occidental. Por cierto, en esos años, se proyectaba un nuevo camino por el Quindío para conectar al Cauca con el centro del país y romper su aislamiento. Igualmente, las sociedades democráticas, grupos de diversos intereses pero unidos en torno a un ideal político, tuvieron un gran auge y actividad e inferencia en la toma de decisiones de los gobiernos locales y del gobierno nacional. La economía sufría tan graves perturbaciones por los enfrentamientos internos entre radicales y mosqueristas que se desperdiciaba la acción del Gobierno, y se diluía entre los avatares políticos.

"Rojos contra Azules", la obra de Helen Delpar (1999) puntualiza que entre las reformas auspiciadas por el Gobierno de José Hilario López, hay una que tiene especial alcance como es la de la libertad del cultivo del tabaco. Esto auspició un proletariado rural móvil en diversas regiones, lo que da aliento, en parte, a la colonización que venimos recontando.

Otro proceso iniciado en Cúcuta y propiciado por la Constituyente en 1821 y que se completa en 1850, era la ley que autorizaba a los cuerpos legislativos provinciales a dividir tierras comunales o resguardos de indios y les permitía disponer de su propiedad como cualquier otro ciudadano. A la vez, Murillo Toro,

como presidente del Estado de Santander, introdujo reformas como el impuesto a los bienes raíces y más teniendo en cuenta que hacía 1870, se calculaba la población de la Nueva Granada en tres millones. En 1900, alcanzaba entre cuatro y cinco millones.

Antes de 1850, la actividad económica, era muy parca. En Popayán, se había formado la "dinastía del oro". En Antioquia y Santander, eran escasos los latifundios. El avance colonizador lo dibuja de la siguiente manera: "*Hacia finales del siglo XVIII, los antioqueños avanzaron a emigrar hacia el sur y hacia el suroccidente de su provincia original. Después de haber fundado asentamientos agrícolas en Sonsón y Abejorral, penetraron profundamente en Tolima y Cauca, en un proceso migratorio que ha continuado, cuando menos, hasta la primera mitad del siglo XX"* (Valencia, 1988)

Destaca una condición: el carácter de la gente y su conducta. Al efecto, manifiesta: "*Sin tener en cuenta su lugar de residencia, sin duda el antioqueño preservaba su identidad de miembro de una única raza"* (Valencia, 1988).

8.7.3. LAS POSICIONES POLÍTICAS EN TORNO A LA PROPIEDAD DE LA TIERRA EN EL CAUCA

En cuanto se va avanzando en el análisis de los diferentes enfoques doctrinarios sobre la tierra, hallamos ya juicios que destacan profundas divergencias. Manuel Murillo Toro, en su célebre carta a Miguel Samper, publicada en El Neogranadino, en octubre 15 de 1853, ya hacía afirmaciones de gran alcance doctrinario: *"He aquí por qué es en estos momentos que yo quiero discutir las cuestiones que usted ha iniciado en los dos artículos de que dejo hecha mención, y justificar el proyecto sobre enajenación de tierras baldías*

que, habiendo obtenido la aprobación de las dos Cámaras objetó el presidente, general López, y que para mí constituía un eslabón indispensable en el plan económico iniciado por la ley de descentralización" (Murillo T., 1853).

Luego, Murillo Toro explica el alcance de su proyecto:

> "*Para mí el mal viene del modo como está constituida la propiedad territorial; ese es el hecho generador que con la doctrina del dejar hacer, está agravando esta deformidad social, haciendo estériles los progresos de la industria y de la civilización. Es, pues, preciso afrontar la cuestión; no hay que tener miedo, y ahora que se trata de reformas es preciso acometerlas todas, porque en esta materia como en la de libertad hay solidaridad, y cuando se emprende una es necesario que le sigan las otras so pena de hacer infructuosa aquella. Eso de ir paulatinamente en materia de reforma radicales, aunque es un aforismo muy en boga, no es sino el consejo de miedo, o el fruto de la debilidad de las convicciones. Para mí, el remedio para los males que usted ha expuesto, para los riesgos que usted prevé, para la industria del tabaco, estaría en prohibir las grandes acumulaciones de tierra: ese es el único remedio y no hay que asustarse. Tal fue mi propósito cuando sometí a las Cámaras el proyecto de ley sobre tierras baldías que obtuvo en su favor la aprobación de ambas Cámaras votando por él, entre otros los señores Raimundo Santamaría, M. Abello, Vicente Lombana, J. J. Gori, V. Mestre, y otros respetables ciudadanos que no recuerdo ahora, y ese proyecto consagraba en su artículo 40 este principio; 'Ninguno podrá en adelante hacerse dueño de una extensión de tierra de la perteneciente al Estado, mayor de mil fanegadas. O lo que es lo mismo; el cultivo debe ser la única base de la propiedad de la tierra, y nadie debe poseer una extensión mayor a aquélla que, cultivada, pueda proveer cómodamente a su subsistencia. También se disponía que cuando se abandonase el cultivo de una porción de tierra ella volviese al dominio común.*
>
> *De esta manera se echaban aquí las bases de un sistema sobre el uso de la tierra que habría tenido inmensas consecuencias: se salvaba el porvenir. Respecto de los terrenos apropiados actualmente no se ve por qué no pudiera decirse que no podrían venderse los que ya tuvieran una porción excedente de cierta medida sin que por eso se expropiase a nadie, como sucedió respecto a mayorazgos cuando se dispuso que todos los herederos entrarían en participación.« Nosotros que tenemos que ser, por la configuración del territorio que habitamos, un pueblo agricultor y nada más; nosotros que aspiramos a*

vivir bajo la ley de la democracia, no podemos desentendernos de reconstituir la propiedad territorial sobre bases distintas: tenemos que restringir las adquisiciones como hemos prohibido que se compren los votos para las elecciones, sin olvidar que el voto está en relación directa con la tierra; y que éste es el primer paso forzoso para dar a las transacciones por base permanente la equidad. Si, como usted dice en su artículo citado, es necesario que la concurrencia de productores y compradores dé a los negocios sus bases naturales, esto no puede lograrse sino poniendo coto al ensanche que se va dando a las haciendas, pues, si eso se consiente, de día en día el monopolio será más efectivo y entonces dará la ley a los productores inmediatos, a los cosecheros y a los consumidores…"

Se estaban definiendo posiciones ideológicas. Pero lo más apreciable para el tema que estamos investigando, es que cada publicación de éstas impulsa la colonización. Le da validez y alcance. Como toda agitación intelectual, produce efectos de movilización de masas.

Vamos situando que hubo muchos pronunciamientos que coincidieron con el desplazamiento de los colonos. Mientras el jefe del radicalismo liberal, pensaba en esa forma en cuanto a la propiedad, Rafael Núñez, en plena Regeneración conservadora, en 1892, escribía: *"En ellas se refiere a las repúblicas hispanoamericanas no hay privilegios de ninguna especie que se interpongan con menoscabo de la equidad, entre el capital y la mano de obra. Con excepción de unos pocos lugares de los departamentos de Cundinamarca y Boyacá, donde el arrendatario es un poco explotado por el dueño de la tierra, puede bien decirse que en Colombia el obrero da la ley al capitalista y no el capitalista al obrero"*.

Murillo Toro, desde 1872, en el Diario Oficial del 3 de mayo de 1872**,** habla de la explotación del trabajo por el capital. A le vez, en El Heraldo de Medellín, se sentenciaba: *"a los cristianos que reconocemos la propiedad como un derecho imprescriptible, es decir, superior a toda ley"*. Así lo consignaban el 26 de abril, el 3 y 17 de mayo de 1872.

Era tan permanente la discusión en torno de estas materias, que cuando Murillo Toro, en su gobierno, habló de una ley para garantizar el crédito público, Carlos Holguín, otro de los gestores de la Regeneración conservadora– decía que *"… se pronuncian en Palacio discursos socialistas encomiásticos de la Comuna de París, concitando las malas pasiones de las clases pobres contra los ricos"*. Delpar sitúa el debate citando otras interpretaciones:

> *"Medardo Rivas, un liberal que representaba a Cundinamarca en la Cámara de Representantes, refutó a Holguín. El grito contra el socialismo siempre se dejaba oír cuando se quería corregir una injusticia, decía Rivas, pero él y otros amigos de la ley de crédito público, no eran socialistas. Y agregaba: «Somos simplemente liberales los que trabajamos por la destrucción de los monopolios y de las barreras artificiales establecidas por la ley para que la riqueza pública no se difunde como el agua, igual por todas partes, sino que ella fecundice y favorezca solo a los capitalistas, de tal manera que el trabajo, la moralidad y los esfuerzos de los trabajadores sean siempre inútiles, y que el pueblo tenga siempre que comprar con una lágrima el grano de trigo con que se alimenta" Rivas negó que el partido liberal fuera enemigo de la propiedad: por el contrario, quería la extensión de la propiedad. En realidad, clamaba, el número de propietarios ha aumentado desde que el partido liberal ha puesto en práctica sus doctrinas, removiendo monopolios y otros obstáculos para el progreso"* (Delpar.1999:89).

La presión por la tierra aumentaba. Estas constantes discusiones públicas, propiciaban su demanda. La colonización se acentuaba a tal punto, que, el 11 de agosto de 1866, Mosquera dictó un decreto que configuraba una total reforma agraria. Desafortunadamente, él que ayudó tanto a los colonos –en el caso del norte del Gran Caldas- revocó la medida en el mes de enero siguiente. Pero los avances ya se habían iniciado y eran irreversibles.

La conciencia popular se enardecía en demanda de tierra. El 10 de junio de 1877, la Sociedad Democrática de Cali, pidió al presidente del Estado Soberano del

Cauca, César Contó, *"que se permitiera a cualquier individuo asentarse en cualquier parte del estado y talar en la floresta natural del Estado, siempre y cuando no perjudicara seriamente los derechos de otros"*, según se puede leer en El Relator del 24-IV-1877.

En el Tolima, se presentó una gran concentración de caucanos. No hemos hallado la explicación de este hecho. A la vez, las tierras fiscales eran sembradas tanto en el Tolima como en Cundinamarca organizando "*grandes haciendas cafeteras"*.

Murillo Toro en 1849 libró una gran batalla contra el monopolio del tabaco. Como se destacó, tuvo una gran importancia para estimular y asentar la colonización y fue el primer adalid de la descentralización. Así lo relata Rodríguez y Rodríguez, en su obra *Escritos sobre Santander (1988)* donde resalta los cambios socioeconómicos.

> *"El sistema de Murillo se asemejaba al que Mora había tratado de imponer en México, porque ambos se centraban en la propiedad. Murillo escribió en El Neogranadino que para establecer la verdadera libertad de industria primero era necesario subdividir el territorio nacional porque la pequeña propiedad era la fuente real del bienestar social; por esta razón, se debía establecer un límite a la cantidad de tierra que se podía poseer y subordinar la posesión a la correcta utilización de la propiedad. Este fue uno de los planteamientos que le valió el calificativo de Leveller; como es obvio, esta idea no era de la más pura estirpe manchesteriana y no encontró mucha acogida entre los liberales que abogaban por la libertad total. Al igual que los liberales ingleses, Murillo se sentía profundamente atraído por la idea de un país de pequeños propietarios y temía la odiosa tiranía de los grandes propietarios. La libertad personal era inseparable de la posesión de una parcela; en consecuencia, nadie debería poseer más tierra de la necesaria para una subsistencia cómoda, y su cultivo y utilización debían ser las bases de la propiedad. El único gran proyecto de Murillo que fue rechazado por el Congreso pedía la distribución de las tierras baldías entre los pobres*" (Rodríguez, Rodríguez, 1988:89).

Es indispensable ver cuál era el volumen de las exportaciones del tabaco. Estas constituían el eje económico en esos años. Igualmente, observar que la navegación por el Magdalena comienza en el año de 1848, mediante un subsidio que pagaba el Estado e impulsada por la urgencia de la exportación de la hoja. Esta producción se acentuó porque se modificó la propiedad de la tierra en los resguardos, las de manos muertas y los ejidos. Por ello, la colonización no es un acontecimiento aislado del gran cambio que se producía en el país. Pertenece a la gran revolución económica que caracteriza a 1850.

De acuerdo con la exposición de motivos que escribió Murillo Toro para justificar su proyecto, hallamos una afirmación suya que se debe resaltar. El decía: "*En mi opinión el cultivo de la tierra debe ser la única base de propiedad, y nadie debe poseer una extensión mayor que aquella que, cultivada, puede proveer cómodamente a su subsistencia*". (La tierra para quien la trabaja, que reivindica el movimiento jornalero en Andalucía).

El proyecto fue aprobado en 1852. El general López lo objetó, y para esta determinación parece que tuvo primacía su ministro José María Plata, quien, como se sabe, fue un hombre hábil en múltiples negocios.

8.7.4. LO ANTIOQUEÑO Y LO CAUCANO (LA IDENTIDAD RELACIONAL Y CONTRASTIVA)

Terminados los pleitos, dueños los colonos ya de sus tierras, superando el combate permanente entre el Cauca y Antioquia, se produjeron acciones singulares como un vuelco masivo al cultivo del café, basado en una economía centrada en la familia.

Vale la pena apreciar varias condiciones que han sido sólo enunciadas: en el Gran Caldas, se logró, después de muchas disputas, de agrias controversias, un entendimiento entre las gentes caucanas y las antioqueñas. Fue tan fuerte y constante el debate, que, cuando se fundó el departamento de Caldas (que incluía a Caldas, Risaralda y Quindío), se inició un movimiento por la restauración del antiguo Cauca. En los periódicos de esos años, especialmente en La Opinión que se editaba en Riosucio, se reseña el movimiento y sus ideas primordiales.

Antioquia y el Cauca, vigorizaron largas disputas por sus alinderamientos políticos: Hettner (1976) decía que *"no cabe duda que la mayoría de los antioqueños pertenece al partido conservador"*. La defensa del liberalismo era muy fuerte en el Cauca. Por eso, la escritora Delpar (1999) escribe con énfasis: "Los democráticos admitían que su solicitud podía aparecer exagerada, pero consideraban que era injusto para los defensores del Estado ser privados de sus hogares después de que habían rechazado en repetidas ocasiones invasiones de antioqueños, quienes habían sido estimulados por los propietarios de la mayoría de las tierras del Cauca gira en torno a la creación de nuestros pueblos", y vale la pena examinar en cuántos se repitieron los asedios que se cumplieron en el caso de Quinchía.

El municipio es organizado por el viejo Cauca en 1870 y comienza su aventura; inicialmente ejerce jurisdicción en grandes zonas; después lo ponen a depender de otras más insignificantes, le hacen perder categoría y vuelve a renacer. Son ciclos determinados por presiones y odios políticos que merecen evaluarse. Esta sucinta e incompletísima enumeración, nos indica la riqueza de materiales para explotar con sentido investigativo.

Los nuevos asentamientos de los antioqueños en el Cauca fueron Pereira, Santa Rosa del Cabal, Apía, Belalcázar, Risaralda, Armenia y una serie de poblaciones en el valle del Quindío y norte del Valle como Calcedonia y Sevilla. Por Riosucio, antiguo asentamiento de indígenas y mestizos, fue poco a poco *asentamiento de* los paisas y alrededor de Supía, Quinchía y Anserma[37].

Las últimas publicaciones de historiadores con tendencia no oficialista han planteado la lucha entre antioqueños y caucanos. Hubo mucha beligerancia en ciertos sitios –Riosucio, por ejemplo– cuando el proceso de colonización. Y siempre apareció con incidencias sobre la historia nacional. No es un hecho aislado, pues sus consecuencias se han hecho evidentes inclusive en el dominio del Poder Ejecutivo. Es un episodio de esencial calidad, que interpreta el escrutinio por múltiples aspectos.

La controversia tiene varias causas a saber:

a. Beligerancia política.
b. Se contraponían dos concepciones de la propiedad y del trabajo. En Popayán prevalecía un sentido aristocrático en cuanto a las relaciones sociales, y la explotación, en minas y latifundios, se hacía a través de los esclavos y había un cierto desprecio por lo rural. En cambio, el antioqueño considera que el

[37] Sobre la participación de los caucanos en la fundación y asentamiento de estas poblaciones ver a: Santa Rosa de Cabal a los legisladores, Archivo central del cauca (ACC), Archivo Muerto, 10 agosto 1859, paquete. 74, ¡eg.51; Ramón E. Palau a Tomas Cipriano de Mosquera, ACC, Archivo Mosquera, 3 de marzo del 58, carpetal9-P-1, no. 35.827; 9 de marzo de 1858, carpeta 19-P-l,no. 35.828; 2 Octubre 1859, carpeta. 28-P, no. *36.827;* 23 Octubre 1859, carpeta: 18-J, no. 36.828; 1 Octubre 1866, carpeta: 43-P, no.

trabajo personal dignifica, enaltece y es el que da *nobleza* a los hombres. Sus empresas las dirigen personalmente[38].

c. Se puede hacer un cotejo entre las leyes del Cauca, generosas en el manejo de los bienes para que se diera el reparto equitativo de la riqueza en la comunidad, como consecuencia de las tesis de sus gobiernos liberales radicales. En Antioquia, era más limitada su expansión y más rígidos ciertos conceptos de propiedad, por la primacía de la mentalidad conservadora. Allí primaba el concepto del título escriturario, en el Cauca el trabajo consolidaba el derecho.

d. En Antioquia, la atadura de la política y la religión, produjo un fundamentalismo que generó una especie de cruzada por parte los paisas frente a los liberales y ateos caucanos. Como son evidentes las luchas entre el poder y la Iglesia en el Cauca muchas veces se tuvieron que buscar acuerdos para mitigar los choques.

e. Del Cauca se desprendieron varios territorios que luego dieron forma a los departamentos. El primero, Antioquia. Y, luego, más tarde, el Valle, Caldas y Nariño. Quedaban unos sentimientos que buscaban cauces de expresión.

---

[38] Sobre la concesión del camino del Quindío ver a Alonso Valencia Llano, Empresarios y políticos, 57, f.n. 12, 105. Sobre Pereira y Santa Rosa, ver a Albeiro Valencia Llano, colonización, fundaciones y conflictos agrarios (Manizales: imprenta Departamental, 1994) y Jaime Jaramillo Uribe, Historia de Pereira (1863-1983. Bogotá: Voluntad, 1963). Sobre ejemplos de legislación que estimularon la llegada o propiciaron asentamientos antioqueños ver Ordenanza No. 29, Octubre 1855, acera de los pobladores de Oraida en el Archivo de Registros de Historia (Manizales), No. 6 (Julio 1990). Ley Número 371 de 8 de septiembre de 1873 que fomenta la inmigración, en el Registro Oficial de Popayán 1313 de septiembre de 1873; Proyecto de ley sobre inmigración, 6 Julio 1883, 27 Julio 1882, ACC, Archivo Muerto, paq. 164, leg. 49; comentarios de Wenceslao Rengifo en los Anales de la Legislatura de Popayán, no. 12 del 20 de agosto de 1883.

f. El sentido de la colonización tiene aspectos muy diferentes sobre materias relacionadas con lo antropológico, lo económico y lo humano y lo histórico. En el Cauca, dicho sentido se admite como una respuesta de carácter más popular. En Antioquia sucede lo mismo, pero con otras connotaciones, en donde se exalta la antioqueñidad como característica racial y de cierta superioridad, y prueba de ello, es la colonización.
g. La guerra de 1876 dejó asentados muchos antioqueños en el Cauca.
h. La revisión algunos diarios de la época y la narrativa y apreciaciones orales de algunos de los entrevistados dejan entrever que ene el Cauca se hacía política prometiendo que se pondría coto a la presencia de los paisas.
i. La historiadora Margarita Garrido (1996) sostiene que es parte del proceso que estropearon los independentistas, fracción que se separó del radicalismo, y favoreció el asiento de la Regeneración conservadora de Núñez y de Caro, favoreciendo también a ciertos grupos latifundistas.
j. Otros estudiosos, han logrado establecer que esa pelea viene desde los gobiernos de Pizarro, en el Perú, y don Pedro de Heredia, en Cartagena.
k. Los antioqueños llamaban negros a los caucanos y éstos le devolvían el calificativo con el de paisarretes (hombres de pie al suelo).
l. Para finales del siglo XIX, va surgiendo una leyenda rosa sobre la heroicidad, el trabajo y la bizarría de los antioqueños, que permitió que la elite caucana, a través de gamonales, abogados o personas influyentes ejercieran presión para que la migración antioqueña fuera aceptada y se hablara de ellos como los yanquis de Suramérica, como los intrépidos pioneros que iban a doblegar la selva y unir a Colombia dentro de una economía de mercado internacional a través del cultivo del café.

Pero así como esta leyenda rosa, se mantuvo, había una leyenda negra que hacía referencia a las cuestiones económicas, culturales y territoriales del avance de los antioqueños o más bien de la invasión de estos sobre el territorio caucano. Se funda el proceso avasallador y de blanqueamiento de los avariciosos paisas que trataban a las personas de los asentamientos o poblaciones antiguas como vasallos o como víctimas pasivas.

Hay muchos relatos en los cuales se cuenta cómo fueron las asonadas en Pereira o en Villamaría contra los caucanos, cuando los paisas tomaron impulso en el dominio de la tierra cesando las prácticas de invisibilidad a mediados de 1900. Ya para estos momentos, la práctica del blanqueamiento enfatizado por los antioqueños, y sumado a que el Cauca estaba en un estado de postración económica, política, social y cultural, facilito la hegemonía paisa por su fortaleza de ser *echados para adelante*, su vocación y disciplina de trabajo y su reputación de buenos comerciantes y tener una familia patriarcal y su fuerza y mística religiosa ayudaron a obtener ventajas territoriales y políticas en la nueva República.

Hoy en día sólo queda la competencia y la lucha por el dominio industrial y económico. Sin embargo, ha quedado la impronta que hace que la zona de Risaralda sea marcadamente distinta a la caldense y la quindiana.

8.8. UN NUEVO IMAGINARIO APARECE: EL SENTIDO DE IDENTIDAD DIFERENCIADO

8.8.1. EL IMAGINARIO CAUCANO

El Estado del Cauca, a raíz de las diferentes guerras civiles del siglo XIX, muchas de las cuales se originaron en sus tierras, cuyos dirigentes participaron en la lucha por diferencias políticas[39], fue construyendo un imaginario de carácter militarista o guerrerista, y en algunos momentos se les relacionó con rasgos de violencia y crueldad.

Hay numerosos relatos de escritores que describen elementos culturales negativos, que los antioqueños usarían para determinar su supremacía y daría pautas para su fundamentalismo en la zona occidental de Caldas. Holton (1981: 513) hace el siguiente relato:

> *"Trabajo y cuidado no se avienen con el temperamento de los caucanos… pero da la impresión de que este valle gozara de la mayor fertilidad y del mejor clima del mundo únicamente para demostrar cómo la pereza y el despilfarro son capaces de mantener en la pobreza semejante clase de tierra. A veces la familia dejaba de cenar porque no había nada de comer en la casa. Cuando no hay cosecha de maíz, cacao y arroz, prácticamente no se puede conseguir ni un grano, ni por dinero, ni con súplicas o llanto; y así, este valle, en esencia es un verdadero paraíso, está lleno de pobreza, y hambre desde Popayán hasta Antioquia*".

[39] Existe un trabajo interesante de Francisco Zuluaga sobre la imagen colectiva del patiano. Univalle. Cali. 1985, donde demuestra como una imagen negativa construida durante un proceso de larga duración por la sociedad mayor, sirve para justificar el ejercicio de la violencia.

El padre Federico Aguilar dice que "*el orgullo hizo perder a Adán el paraíso oriental i la pereza, el espíritu de partido i las guerras civiles han hecho perder a los colombianos este paraíso occidental"* (Citado por Valencia Ll. Op.cit. Pág.145)

Es indudable que la imagen que se resalta fuera de la exuberancia y riqueza natural, es la pereza, la falta de disciplina laboral y los excesos y la diligencia para enfrentamientos armados de carácter político. Hay una fábula muy creativa contada por el cónsul norteamericano sobre el Cauca que dice así:

> *"La lucha entre Dios y Satanás no culminó como se cree con la derrota del demonio sino en una tregua. Cuando se discutían los términos del tratado de Paz Satanás exigió para sí, el Cauca, la obra maestra de la creación: el paraíso terrenal. De mala gana se acordó cederle lo pretendido y se le preguntó a Satanás: Y ahora que tienes esa tierra ¿qué piensas hacer con ella? El demonio respondió: "Poblarla con gente que no me aguanto en el infierno"*[40]

Este tipo de imagen era una continuación de la que expusiera Manuel Pombo en 1850. Para él, aparte de que el Cauca era *"un paraíso habitado por demonios"*, era un hecho que los males de la región se debían a una exagerada intervención política de los caucanos, ya que *"No tienen industria; los embrollos del rabulismo y las rencillas de la político-manía ocupan los ánimos vibrantes de los hijos de ese sol de fuego. Los caucanos tienen que emplear en algo su imaginación ardiente y sus facultades enérgicas y a falta de otra cosa» hoy las emplean en aborrecerse y mañana las emplearán en matarse"* (Pombo, 1973: 37).

Esta imagen refleja la idea que se tenía de los caucanos y su difusión debió ser tan vasta que algunos viajeros extranjeros la captaron y la reseñaron en sus apuntes de viaje. Vale la pena citar la opinión de Ernest Rothlisberger, un viajero suizo que

---

[40] ibídem. Pág. 145

estuvo en Colombia en el año de 1884, la cual coincide con la de Pombo en que los males del país se debían a la falta de tolerancia en los asuntos políticos:

> *"Por lo general el caucano es inteligente y también dado a la poesía. En tiempos corrientes es persona suave, muy paciente y buena; pero fácilmente puede ser presa de una pasión que no tiene igual en ninguna otra parte de la República. Es fanático por su religión y sus creencias políticas, y lo sacrifica todo: la familia, la vida y los bienes sólo por el triunfo; por ende el caucano es en toda violencia cruel y destructiva, y no conoce la compasión. Aquí está la cuna de las revoluciones y aquí generalmente terminan. El Cauca aporta los más pesados contingentes de guerreros en todos los sangrientos combates, y la mayor parte de las contiendas se lleva a cabo con tenacidad y espíritus heroicos dignos de mejor causa… Uno puede juzgar al Cauca de paso. Es una tierra próspera. Mayores serian aun sus ventajas si trabajaran más los negros y la gente se ocupara menos del 'farniente" y cultivara sus terrenos con mayor cuidado; si la naturaleza hubiera sido menos generosa con el hombre trayéndole espontáneamente todo cuanto necesita, y si tuviera convenientes rutas de comunicaciones a través de las cuales se pudiera intercambiar los productos con otros países, entonces el Cauca sería verdaderamente un paraíso y tendría razón el sociólogo que predijo para este valle una población de veinte millones. Durante la guerra o la revolución este paraíso se convierte en un infierno, escena de todas las pasiones y actos de barbarie. Los hombres amables y de buen corazón se vuelven tigres. Tan grande es su furia que se hace casi cómica. Durante una arenga a los liberales decía un orador: debemos derrotar a los godos para hacer un monumento con sus dientes. Dondequiera que uno va encuentra indicios de bárbaras destrucciones; aún no se han cerrado las heridas de la guerra civil. No se ha debilitado el espíritu de empresa. La mayoría se acoge a un partido político o a otro no por convicciones claras, sino porque tienen que vengar los hechos horribles de los contrarios. El padre de éste fue muerto, el hermano de aquel secuestrado. La madre e hijas del otro, maltratadas, y en la próxima revolución las ignominias serán vengadas. Así encontramos librepensadores entre los conservadores, fanáticos católicos entre los liberales. Cada cual se venga de acuerdo con la ley de la sangre"* (Rothlisberger, 1963: 311-314).

Aunque lo anterior no está exento de exageración, es bien cierto que las acusaciones de barbarie parecen sustentarse en hechos reales, entre los que cabría citar:

1. La época del "perrero", cuando por los años de 1850, las Sociedades Democráticas conformadas en su mayoría por negros –esclavos libertos– recorrían el Valle castigando con zurriagos (látigos para arrear el ganado, encabados en una varita delgada) a los terratenientes conservadores y derribando las cercas de haciendas, en un intento por lograr no sólo un espacio de representación política al lado de los liberales, sino también la recuperación de las tierras ejidales para ser cultivadas libremente con tabaco. Estos actos serían calificados por los liberales de la época como "*Retozos Democráticos"*.
2. Los abusos cometidos en la guerra del 1860-1876, unidos a los que se cometieron durante la toma de Cali, el 24 de diciembre de 1876.
3. Los actos ejecutados por las cuadrillas de bandidos que recorrían el Cauca asolando las haciendas.
4. Las guerras de los Supremos en 1839-41, la guerras civiles de 1860-63, 1876, 1879 y 1895, donde participaron tropas caucanas, ayudaron a crear y mantener su imagen de "*tropeleros, macheteros, chusma, negros*" entre los antioqueños.

Lo anterior, tomado del libro de Valencia (1988), da la impresión de ser extraído de una fuente antioqueña muy ideologizada para dar una imagen del caucano como bárbaro y que contribuyó a formar una imagen negativa de los caucanos, que los mostraba como unos individuos que actuaban en política más por instinto pasional que por convicción, y que preferían siempre las vías de hecho.

Pues bien, la imagen que el caucano tenía de sí mismo era lógicamente muy distinta a la anterior, aunque no entraban en dicha representación mental los fuertes elementos de discriminación social de que están preñabas las citas anteriores.

La imagen de sí mismo del caucano era la de gente valiente, que participaba en la política para hacer respetar sus convicciones políticas y sus derechos, entendiendo por éstos los del Estado del Cauca, los de sus dirigentes y los suyos. Un claro ejemplo de esto se dio en 1866 cuando los radicales empezaron a estrechar el cerco que habían tendido contra Mosquera, lo cual se hizo vulnerando los derechos del Estado del Cauca, puesto que fue rechazado en el orden que deberían seguir los presidentes que reemplazarían, en caso necesario, al Presidente de la Unión.

La designación recayó gracias a su alianza con los radicales, en el Estado de Antioquia que se encontraba dominado por los conservadores. Aunque este nombramiento era en la práctica un hecho de mínima importancia, dado que la prioridad en la sucesión la tenían los designados nombrados por el Congreso, fue suficiente para que en el periódico "El Cauca" se escribiera:

> *"Por fortuna el Cauca se basta a si mismo i tiene la costumbre de hacer Presidentes i Congresos para los tiempos normales i Dictadores cuando la salud pública asi lo exige". Si la República necesita del Cauca el Cauca no necesita de la República. Un Estado que cuenta con más de quinientos mil habitantes, con un territorio riquísimo en todos los reinos de la naturaleza, con puertos en ambos mares i defendido por los hombres más valientes de Suramérica, se ríe i mira con lástima a los balandrones que lo insultan i compadece en ellos como el hombre en la mujer, la débil insolencia de quienes pretenden ultrajarle*" (El Cauca, 1866: 1).

También había esfuerzos por parte de la dirigencia para limpiar la imagen del caucano y hacerla más amena, es el caso de César Contó, en su carácter de Secretario de Gobierno del Estado en 1865, hacía esfuerzos por borrar la imagen negativa. En su informe a la Legislatura de aquel año decía:

> *"Ventajosamente colocado en el globo (el Cauca), con puertas en ambos océanos, sobre un suelo ferocísimo que produce con profusión los frutos de todas las zonas, con una población inteligente, laboriosa y de buena índole, digan lo que quieran los que se empeñan en deprimir el carácter caucano…"* (Arboleda, 1935: 35).

De todas formas, la concepción que prevalecía era la del hombre valiente, lo cual llevaba a que el caucano viera la legitimidad política basada principalmente en las acciones militares. Esto fue conformando la representación militarista, que se puede ver en una afirmación hecha por la Sociedad Democrática de Cali, cuando hacía manifestación de su apoyo a Mosquera, en el año de 1867:

> *"Los que hoi asisten a la Sociedad Democrática han dado pruebas de su liberalismo en los campos de batalla, i creen que eso vale más que insulsa charla, que cobarde palabrería, salida de voces que enmudecen el dia del peligro, i que sin título ninguno honroso se presentan después a reclamar los primeros puestos i a gobernar a hombres que han sabido hacerse obedecer de la victoria"* (El Cauca No. 36. Popayán 5-III-1867. Pág. 3).

Como se dijo anteriormente, los dirigentes caucanos debían enfrentar estas representaciones como un problema, y debían comenzar por cambiar la mentalidad belicista del caucano si querían entrar en un período de paz, lo cual se inscribe en la pretensión que tenía el mosquerismo de construir un espacio de dominación política autónomo basado en la Soberanía de los Estados, tal y como lo garantizaba la Constitución. El logro de una paz duradera exigía, entre otras cosas, el cambio de la imagen tanto interna como externa del caucano, lo cual fue

una permanente tarea de los gobiernos mosqueristas, ya que coincidían en que *"La violencia no adquiere el predominio de las sociedades sino transitoriamente i (en) que la nación lo que demanda en la época presente es el restablecimiento del imperio moral para hacer efectiva la República, cuyas máximas son incompatibles con la guerra"* (Citado por Valencia. 1988:151).

El juego de imágenes y de representaciones colectivas y los intentos de los gobiernos caucanos por cambiarlas, estuvo presente en los enfrentamientos políticos que se dieron durante ese período. Sin embargo, no se logró más que una transformación en la manipulación de la imagen negativa, pues ésta dejó de ser utilizada para caracterizar a los caucanos en general empezó a ser usada por los mosqueristas y radicales para acusarse mutuamente.

La utilización de imágenes negativas por mosqueristas y radicales se hacía buscando descalificar al contendor, en cada caso, acusándolo de propiciar la guerra. La acusación era bastante fuerte, si se tienen en cuenta las huellas profundas que había dejado la guerra del 60, y que se sentían en las alteraciones frecuentes del orden público como consecuencia de los enfrentamientos entre caciques políticos y de los abusos de los bandidos.

Un ejemplo de este tipo de manipulación lo presentó el periódico radical "El Pueblo", en un escrito publicado en 1870:

> *"Todos los intereses del estado se oponen a la guerra: el rico por sus empresas, el proletario por su vida, la juventud por su porvenir; y sin embargo la guerra presenta a lo lejos su espantosa perspectiva; la guerra viene llamada por quienes debieran proscribirla; el grito de guerra sale del palacio de Gobierno mal envuelto en fórmulas. Pero el pueblo caucano invoca la paz. La sociedad sabe cuánto es inestimable este bien. ¡El Cauca no se perderá!"* (El Cauca. Nº 2. 1870: 2).

Los intentos hechos por los radicales de señalar a los militares mosqueristas como los causantes del clima de tensión política no dieron mayores resultados. Fue más efectiva en cambio la construcción de una imagen negativa de los radicales por parte del Gobierno caucano. Esta imagen mostraba a los enemigos del gobierno como los principales causantes de los desórdenes, al haber convertido los círculos electorales en nidos de caciques y de bandidos, y al hacer uso constante de las armas para lograr mantener o ampliar su representación política en los cuerpos colegiados del Estado, y en los puestos públicos de elección popular.

Un ejemplo de esta imagen se expresa claramente en la idea que los mosqueristas transmitían sobre los principales centros radicales en el Cauca, como ocurre en la siguiente descripción de la situación política y social de Palmira en 1870:

> "… *la impunidad y la tolerancia con el crimen es el cáncer del Cauca i la deshonra del partido liberal. Los jurados absuelven a casi todos los criminales por miedo; el caudillaje local patrocina a casi todos los criminales por tener ajentes y votos; la ley y la autoridad son impotentes; todos los bandidos están armados y ningún hombre honrado tiene un fusil. Este cuadro pavoroso pero verdadero, tiene su completa realización en el municipio de Palmira, i un poco más o menos en todo el Cauca"* (Citado por Valencia. 1988: 152).

Como es apenas obvio, la imagen apuntaba a mostrar que el caciquismo radical era el causante de todos los males. Los radicales habían hecho que el municipio de Palmira, "*el más poblado, el más rico, el corazón del Valle esté entregado a la dictadura salvaje i sin apelación de unos cuantos caudillos, que disponen de un gran armamento y numerosos afiliados; que los extranjeros, los comerciantes. Los hacendados, los mandatarios vivan trémulos i atemorizados contemporizando con esos caudillos, indultándolos, dejándose explotar por ellos de miedo del asesinato, del saqueo, del ultraje; que esta situación tan vergonzosa, tan humillante, se*

tolere y aún se proteja, es cosa de pasmar a todo el que no esté en lo intimo de las ambiciones mezquinas i de las miserias de nuestra política" (Valencia. 1988: 152)

Después de difundir por medio de la prensa imágenes de este tipo, quedaba más fácil al mosquerismo señalar a los radicales como los culpables del desorden existente en el estado y de torpedear toda la acción del gobierno. Gracias a esto podían afirmar que

> *"Gobernar al Cauca es más difícil que gobernar la república. El Presidente de la Nación no tiene que entenderse sino con los jefes de unas cuantas grandes entidades, regularmente hombres inteligentes i honorables; pero el Cauca con extensiones desparramadas en una extensión inmensa, donde llega tarde i debilitada la acción administrativa; con un caudillaje de toda categoría, que neutraliza i aún domina el poder del Gobierno i de la Leí; con parcialidades diversas, razas las más heterogéneas, intereses los más opuestos; el Cauca es una especie de imperio austríaco en miniatura, en el cual el gobernante por intelijente i patriota que sea, no alcanza más que a sostener la paz, conciliando intereses encontrados i salvando ardientes pasiones"* (Valencia. 1988: 152).

La solución a todos los problemas que creaba el caciquismo radical, pero principalmente la conservación del orden público, estaba entonces en la continuidad de los mosqueristas en el poder. Ellos eran los únicos que habían desarrollado mecanismos de gobierno que permitían mantener la paz utilizando las demostraciones efectivas de fuerza, en una primera etapa, para buscar posteriormente la conciliación mediante la expedición de indultos generales. Es esto lo que explica que durante el ejercicio de los gobiernos mosqueristas no se presentaran revoluciones internas. Estos mecanismos dieron buenos resultados al mosquerismo dado el temor que el pueblo caucano tenía a la guerra. El hecho de que los mosqueristas fueran garantía de paz permitió construir una imagen positiva de ellos, hasta el punto de que bastaba ser miembro del movimiento para tener asegurada la elección tal y como aconteció con Andrés Cerón de quien se

decía que *"dará continuidad al gobierno"* asegurando la paz (El Ciudadano Nº 16, 1871: 1).

La imagen del mosquerismo estaba sustentada por la personalidad del caudillo, Tomás Cipriano de Mosquera. Sin embargo, este elemento por sí sólo no explica nada. Mosquera representaba ante todo la paz. Su nombre significaba la continuidad de un estado de cosas basado en el mantenimiento del orden público, a pesar de los conatos de revolución. Se pensaba que, dada su experiencia militar, su sólo nombre bastaba para contener los ímpetus revolucionarios de los radicales, pero también que él podía lograr la reconciliación entre los caucanos.

Un escrito titulado "Vox Populi", aparecido en "La Estrella del Cauca" en 1870, muestra esta imagen de Mosquera. En él se afirma que el pueblo del Cauca tenía miedo de una revolución: *"…entonces, como agitado por un gran presentimiento, como sacudido por un instinto profetice, como empujado por un viento providencial, el pueblo vuelve sus ojos sin esfuerzo» hacia el Magistrado que simboliza para él la victoria del olvido contra los rencores, el triunfo de la paz contra la discordia, de la leí contra sus violadores"* (Citado por Valencia, 1988: 155).

La utilización de esta imagen de Mosquera se dio principalmente para la campaña electoral de 1871, cuando se debía elegir presidente del Estado para el período 1871-1873. La elección era particularmente importante porque la división liberal se había profundizado y los radicales lanzaron el nombre de Emigdio Palau para la Presidencia del Estado. Por otra parte, y como una consecuencia de lo anterior, el partido conservador se atrevía, por primera vez después de la guerra de 1860, a lanzar listas propias.

Esto significaba que las posibilidades de una guerra eran reales y que sólo podía evitársele si se garantizaba la continuidad del mosquerismo. Por esto la imagen de Mosquera lo mostraba como el hombre providencial en el cual estaba la salvación del Cauca:

> *"Es necesario decirlo de una vez, preponiéndose a temores pueriles, indignos de quienes si prometen hablar sólo la verdad i rendir homenaje a la justicia. Del triunfo de la candidatura del Gran General Mosquera depende la paz pública en el próximo período, pues por más merecimientos que concedamos a los individuas propuestos, en ninguno podemos ver la garantía bastante de que se halle como él en circunstancias de dominar una situación que todos vemos acercarse para el próximo período administrativo, i cuyos resultados finales presentimos desde ahora. Bastará la reconocida habilidad militar del General Mosquera, para poner coto a los planes de aquellos hombres tumultuosos i enemigos de todo orden, que en el seno de nuestra sociedad la mantienen en una constante alarma, que saben sostener i que explotan en provecho propio, con perjuicio de los pueblos"* (Tirado M., 1995: 122).

La utilización de esta imagen dio excelentes resultados y el triunfo electoral del mosquerismo fue aplastante como se evidencia en los cuadros estadísticos de la época. Sin embargo, durante su gobierno, la imagen providencial del General Mosquera se quebró. El hombre que debería garantizar la paz para el Cauca había cedido a la actitud voluntarista propia del caudillo y había declarado la guerra a los conservadores y al clero. Esto sucedió en 1873 cuando, aprovechando la cuestión "decimista" (Molina, 1970), intentó someter a todos sus enemigos, lo cual reforzó la imagen militarista del movimiento. En adelante, los esfuerzos por construir una imagen positiva serian desarrollados por Julián Trujillo, quien trató de abandonar el esquema caudillista de cohesión social al buscar la conformación del Partido Liberal Independiente.

8.9. EL SENTIDO DE IDENTIDAD DE LO ANTIOQUEÑO

Para mediados del siglo XIX el pueblo antioqueño tomó sentido de que era diferente al resto de pueblos o regiones. Ya algunos escritores de la época empezaron a alabar las singularidades, virtudes y pecados de los antioqueños. También, se empieza a forjar la leyenda épica y rosada del colonizador sobre su lucha contra la selva, contra la adversidad y la busca insaciable se tierra, oro, caucho y paz, y se puede afirmar que el manejo de la predominancia blanca, que desconoce el papel jugado por indígenas, negros y mestizos, va tomando carácter, el lavado de sangre de varias familias que a través del negocio de las ventas de las tierras buscan tener un poder y un estatus social y la formalización de una violencia sobre los colonos más pobres se endurece.

En 1840, frente a los sucesos bélicos que tenían connotaciones políticas y religiosas, ya algunas personas influyentes en Antioquia, bajo la influencia de importantes autoridades religiosas, pregonaban que Antioquia era el baluarte católico y moral de Colombia y se hacían evocaciones a los tiempos de la España del Mío Cid, en la defensa de la Fe y de mantener una vida dentro de estrictos cánones religiosos y morales que dominaban por ese tiempo.

Esto fue aprovechado por dirigentes políticos y religiosos, que, apoyados en el carácter aislado de la provincia de Antioquia, buscaron obtener ventajas políticas y económicas aprovechando su expansión a las nuevas tierras del sur. Esto se refleja en las maniobras políticas y en los documentos de 1885, cuando el estado antioqueño busca cambiar los límites territoriales a expensas del Cauca y mediante dichas maniobras políticas lograron que el gobierno central creara un nueva provincia (La de Córdoba, con capital en Rionegro) como una manera de minar el

poder del Estado del Cauca e incrementar su influencia en los nuevos territorios colonizados.

Ya las autoridades caucanas hablan de "la raza antioqueña", como grupo pujante, progresista y laborioso, con espíritu de trabajo y disciplina, con una moral pura y católica que debía hacer frente a los ateos y liberales. Esto fue dirigido a los colonizadores que vieron que su trabajo era como una especie de cruzada contra los caucanos a los que se consideraban flojos, ateos, liberales y negros. Se invitaba a los colonos a conquistar las crestas de las cordilleras, por ser tierras fértiles, por su abundancia de riquezas y sus cosechas exuberantes.

Hasta mediados de 1880, surgen cuatro características importantes del pueblo antioqueño en su proceso de colonización, que son consecuencia de ese imaginario señorial y que con los nuevos acontecimientos y la apertura de nuevas tierras, mano de obra para seguir explotando y las nuevas formas económicas capitalistas dan un nuevo sentir y pensar de estas gentes. La primera característica es el fervor religioso, dado por los avatares históricos de persecución de los judíos y su salida de España en 1492. Aquellos que lograron llegar a América buscaron un lugar donde pudieran estar tranquilos y lejos de las autoridades y de la Inquisición (en Colombia, buscaron estar lejos de las ciudades de Cartagena y Popayán), y como fórmula salvadora decidieron mostrar que eran más católicos que los demás, desarrollando una devoción casi mística, de allí que los antioqueños sean considerados un pueblo mucho más católico y su vez más conservador que los del resto de las regiones colombianas.

De allí se deriva la segunda característica, la filiación política. Ya desde los momentos precedentes de la independencia, las clases altas y sus dirigentes se

mostraron partidarios de las ideas de Simón Bolívar, aunque entre el pueblo y algunas familias mostraron tendencias antibolivaristas pero no se adhirieron a las de Santander, que era el oponente al Libertador.

El clero, las autoridades y las grandes familias con el tiempo mantuvieron un perfil conservador que les permitían mantener la fuerza de la costumbre, y logró modelar una forma de pensar y sentir. Y lo anterior se reforzó gracias a su aislamiento geográfico, que le permitió no sufrir los rigores de la guerra de independencia y de un cierto aislamiento que le permitió capotear las guerras civiles que asolaron al territorio colombiano durante el siglo XIX, y sobre todo el manejo de las ideas liberales que desde la revolución francesa pululaban por las antiguas colonias españolas.

La tercera característica se refiere a lo militar. El antioqueño tiene una tendencia a ser pendenciero y belicoso pero en su territorio y en la defensa de ese territorio. Así se ve en el transcurso de las campañas militares del siglo XIX, donde fue más efectivo en la defensa, posicionamiento y diplomacia, que en aquellas campañas donde estuvo a la ofensiva y fracasó frente a generales troperos y muy experimentados en las luchas civiles como Mosquera o tuvo que someterse por compromisos de alianzas que los arrastraron a mantener guerras que les causaron pérdidas materiales y humanas. Sin embargo, y especialmente entre los períodos de 1860 á 1886, la colonización de la zona de Manizales, tuvo un carácter estratégico, que convirtió a la ciudad en un baluarte, para frenar el avance caucano, y desde allí también dirigir avanzadas de colonizadores o de ejércitos sobre lo que hoy es el Risaralda, Quindío y el norte del Valle.

Esto impulsó a muchas familias fundadoras de la ciudad a aumentar sus ya copiosos caudales y obtener mayor poder sobre la nueva sociedad que se iba perfilando, generando una nueva clase empresarial y comercial que aprovechó los momentos bélicos, para enriquecerse, creando el capital que intervendría en el futuro cultivo del café y que generaría un importante impulso económico en la región entre 1910 y 1930.

Una cuarta y última característica era su patriarcalidad, que fue incentivada por la Iglesia y las autoridades civiles y militares en un afán por aumentar la población para que fueran colonizando las nuevas tierras. Ya se ha mencionado cómo las políticas de donar tierras se relacionaban con el número de hijos de las familias. Esto ayudaba a crear nuevos clanes o familias, cuya figura importante era la paterna, que dirigía, organizaba y distribuía la hacienda de los nuevos territorios y de las nuevas poblaciones que se fueron fundando.

Esta cruzada debía mantener rasgos muy característicos del grupo dominador, que era el blanco, y se dedicó invisibilidad a grupos como los indígenas, los negros y los caucanos, a imponer leyes estrictas sobre vagos y prostitutas y a glorificar la imagen de la mujer, aunado a su sentido de raza especial con procesos de blanqueamiento y con atributos que garantizaban su sentido de identidad y su misión de doblegar la selva.

Esto llevó a su máximo cenit poblacional a Caldas. Entre 1840 y 1880 se fundaron el mayor número de poblaciones y en Risaralda y Quindío se reflejó entre las décadas de 1890 á 1910.

En lo económico, con la incorporación de nueva mano de obra proveniente de las primeras familias colonizadoras ávidas de nuevas tierras y riquezas, y el aumento

de las riquezas de terratenientes, comerciantes y arrieros, se produjo que la colonización empezará a ser una empresa organizada y dirigida, creando nuevas poblaciones, alejando el espíritu violento y dramático de las primeras oleadas de colonos y alentado a las nuevas generaciones a colonizar las exuberantes selvas del Quindío, del norte del Valle y del Tolima.

Ahora, con la introducción del café que generó una forma de producción donde las personas con un capital suficiente podían explotar y tener cultivos, se generó que una gran mano de obra, que no estaba dedicada a la colonización de nuevas tierras, fuera explotada para la siembra y recolección del nuevo cultivo, lo cual creó un enorme distanciamiento entre las clases ricas y los pobres, que junto con los mitos de la superioridad de la raza blanca, la patriarcalidad y el encumbramiento de ciertos apellidos, y la falta de participación llevó a sembrar la semilla de del odio, el rencor y la frustración que reventaría hacia los años de 1930, dando origen a lo que en Colombia se conoce como LA VIOLENCIA y que azotaría con extrema crueldad la zona cafetera, que fue producto de la colonización antioqueña.

Aquí vale la pena reflexionar un punto importante sobre la etnicidad, porque es cuando el paisa (antioqueño), como grupo empieza a sentirse diferente y con superioridad sobre los demás grupos regionales de ese momento histórico. Ya que como colectivo humano poseía ya una serie de características que en lo económico, institucional y/o en lo cultural, marcaban diferencias significativas con respecto a otros grupos como los caucanos, entre otros. Estas características se fueron fortaleciendo y se fueron haciendo más significativas, a medida que el proceso de colonización tomaba unas connotaciones épicas, de heroicidad,

sacrificio y magnificencia, que este mismo grupo se encargó de propagar y que los medios de difusión y escritores se encargaron de aumentar.

8.9.1 UN PROCESO DE BLANQUEAMIENTO

En el análisis de las influencias culturales que marcaron a la Manizales de principios del siglo XX, y que seguramente aún la marcan, podría jugar un papel más importante que el que normalmente se le otorga el sentimiento generalizado de que aquí se asentó una "raza especial", tanto que, inclusive, hay quienes dicen que un manizaleño es un "antioqueño mejorado", o "un antioqueño educado en Popayán", lo cual ya es mucho decir, si se tiene en cuenta que muchos de los habitantes de Antioquia se consideran como representantes de "la mejor de las razas" que habitan en Colombia.

Los debates a este respecto tuvieron siempre una característica curiosa: todos sus actores, con independencia de dónde ubicaran los ancestros, partieron de dar como un hecho incontrovertible la existencia de "razas humanas", las cuales explicaban el infortunio o la fortuna de los pueblos. En Antioquia y en Caldas se discutió - y aún se discute - si se viene de judíos o de vascos, pero nunca se puso en duda que poco o nada se tenía que ver con negros e indígenas, a los cuales cuando mucho se les reconoció la posesión de un alma como la de los "blancos", además de no pocas imperfecciones y defectos.

La imposibilidad de demostrar la existencia de las "razas" a partir de los análisis científicos se pretendió sustituir con alardes retóricos. Augusto Ramírez Moreno

fundamentó su alegato en los peregrinajes de los viajeros y en las inclinaciones poéticas:

> "*así como entendemos que Cali y Buga participan del imperialismo teutónico, profesamos que Manizales es una provincia italiana. Bastaría para probarlo que los hijos del reino latino detienen siempre el pie errante sobre este suelo esquivo (…) No hay escritor de los que valen cuya túrgida retórica no recuerde los racimos de la áspera tierra italiana y el sol que madura sus uvas*".[41]

A Alfonso Mejía Robledo lo sedujeron los conceptos del "altísimo poeta peninsular Don Francisco Villaespesa", quien definió a Manizales como "ese poema máximo de la raza antioqueña", a la cual vinculó con la Madre Patria de una manera bien particular: (manejando los arquetipos más al uso para los pueblos del estado español)

> *"el antioqueño resume en sí todas las virtudes esenciales de las más definidas y prósperas regiones de España. Es activo como un vasco, tenaz como un aragonés, sobrio como un castellano y alegre como un andaluz. Es el tipo más netamente español que he conocido en América. La pureza y el vigor de la raza se muestran en su inconcebible fecundidad que eclipsa a la de los más prolíficos patriarcas".*[42]

El poeta Guillermo Valencia dilucidó el asunto por la cara de los caldenses y por sus querencias geográficas. Dijo que:

---

[41] RAMIREZ MORENO, Augusto. La Patria. V. 3. 1928. Pág.4

[42] Anuario estadístico del municipio de Manizales. Octubre 12 de 1924. Pág. 929-30

> *"si los rasgos fisonómicos no lo revelasen ni los apellidos lo dijesen, bastaría descubrirnos el origen vasco del pueblo antioqueño, la marcada predilección por las serranías en las que los mayores encontraron la paz, la gloria y el provecho"*[43].

El médico Emilio Robledo, imbuido también por las concepciones que pretendieron explicar el éxito económico de los colonizadores antioqueños por sus "características raciales", intentó una teoría más tocada de razonamientos "científicos", como correspondía a un miembro de la Société de Pathologie Exotiqe de París. Señaló que la diferencia se ubicaba en la presión barométrica, pues los habitantes de las costas debían soportar once mil kilogramos más de peso que los de las cordilleras, y que por tal razón "*se sabe que los habitantes de las tierras montañosas poseen un lenguaje muy rico en consonantes*"[44].

Pero quien llevó al máximo una argumentación racial entre los moradores de la Manizales de los años veinte fue el muy influyente y respetable Agustino Recoleto fray Pedro Fabo de María, quien tenía a su favor la autoría de no pocas publicaciones, además de ser miembro de algunas academias españolas y colombianas. Fabo "demostró" que los manizaleños no tenían nada que ver con los latinos ni con los judíos, ni mucho menos con los indígenas, sobre quienes también dijo que se exageraba su número porque los nativos americanos se las ingeniaban para hacerse contar varias veces. Sentenció que los niños de la ciudad parecían "*angelitos a lo Murillo*" porque eran "*lindos botones de mi raza*"[45]. Y aclaró que

---

[43] VALENCIA, Guillermo. Panegírico de la ciudad y de la raza en el libro de J.B.MEZA. El libro de oro de Manizales. Ministerio de Educación Nacional. Bogotá. 1951. Pág. 21

[44] ROBLEDO CORREA, Emilio. De los tiempos idos. En el Universal. VII.5/30. Pág. 115

[45] FABO. Op. cit.1926. Pág.15

las acusaciones de que a América habían venido españoles de antecedentes dudosos eran calumnias salidas de "plumas de origen protestante, inglés y norteamericano" [46], dado que él había visto en el Archivo de Indias una obra que estaban preparando "y que destruirá esas fantasías divulgadas por ignorantes y por malévolos, enemigos de España y de su historia, y veréis entonces que los Robledos, Jaramillos, Villegas, Hoyos, Mejías, Salazares, Belalcázares, Giraldos, Patiños, Arias, Buitragos, Escobares, Londoños, Uribes, poseen por ascendientes hijosdalgos y condecorados con títulos de nobleza, por sus epopeyas guerreras, por sus méritos de sabios, y por los parentescos con los santos de España que se llamaron Francisco Javier, Ignacio de Loyola, Domingo de Guzmán, Tomás de Villanueva, Leandro de Sevilla y Teresa de Jesús"[47]

Así, las cosas, no debe sorprender que el Concejo Municipal de Manizales hubiera declarado a Fabo "hijo adoptivo de la ciudad" y propuesto "a todos el ejemplo de sus virtudes y fecundas actividades", por sus contribuciones a la "cultura científica y social" de la ciudad.

Y ante la ausencia de contradictores, no debe extrañarse que la ingenua sociedad manizaleña hubiera terminado por creerse las cándidas argumentaciones de tan conspicuos analistas, quienes apenas reflejaban la creencia, tan común en Antioquia desde finales del siglo XIX, sobre sus especialísimos orígenes.[48]

---

[46] FABO. Ibíd. Pág. 16

[47] FABO. Ibíd. Pág. 18

[48] MESA BERNAL, Daniel. Polémica sobre el origen del pueblo antioqueño. Bogotá: Ediciones Fondo Cultural Cafetero.1988

Los razonamientos racistas no eran simples escarceos aristocratizantes. Ellos eran - y son - una manera de explicar el mundo. Uribe Ángel, en su Geografía de Antioquia, editada en París en 1885, ponderó los atributos del mestizaje antioqueño entre blancos, negros e indios, pero, al mismo tiempo, advirtió contra ellos:

> "*al calificar de buena y bella la raza que describimos como resultante de las tres enunciadas, debe entenderse que en ningún caso la consideramos superior a la raza caucásica, la más inteligente de todas las que existen*".[49]

Por otra parte, la vida da muchas vueltas, y existen contradicciones imposibles de resolver que se les presentan a quienes desean explicar la evolución de los pueblos a partir de sus equipajes genéticos, en 1929 uno de los más notables pensadores manizaleños sentenció:

> *"cuando las puertas de todos los países civilizados se cierran a estas gentes indeseadas e indeseables, cuando todos huyen de su contacto y de su trato, nosotros, país único al fin, vamos a buscarlas para poblar con ellas nuestras comarcas vírgenes y solas. Y no se tiene en cuenta que la nueva colonia está integrada por gentes de una raza carcomida por centurias de abandono e inercia, ajena y diametralmente opuesta a nuestra manera de pensar y de vivir: decrépita, engañadora y embustera y en una sola palabra semejante en un todo absoluto al elemento terrígena que alienta sobre todo el territorio nacional*".[50]

---

[49] URIBE Angel, Manuel Geografia general del estado de Antioquia en Colombia. Medellín: Imprenta Departamental.1885. Pág. 467.

[50] ALVAREZ R., Antonio. La invasión amarilla. En la Voz de Caldas No. 2 1926. Pág. 2

El anterior párrafo, quién lo creyera ahora que se soporta un racismo en sentido inverso, se escribió contra la inmigración de japoneses a Colombia, en un artículo en la prensa titulado "La invasión amarilla".

No obstante, esta abierta insistencia sobre las ventajas y desventajas de las "razas" tampoco fue un producto específicamente antioqueño o de Manizales. Era la idea dominante de la época. No sólo se había heredado de la colonia española el sentimiento de "raza", con el cual ésta justificó la opresión de los indígenas, sino que las ideologías racistas habían sido reforzadas para justificar las andanzas coloniales europeas del siglo XIX en África y en Asia. Además, aún no había pasado un siglo desde cuando en el territorio nacional la esclavitud se justificaba por el color de la piel. Los censos de población de los años veinte del siglo pasado, en Colombia se organizaban de acuerdo con el número de "blancos, negros, indios y mezclados" y la legislación nacional prohibía terminantemente la introducción de "gente de color al país".

En la lógica de esos días, difícilmente se podía explicar el rápido desenvolvimiento de las tierras al sur del río Arma por el auge cafetero y la definitiva inserción de Colombia en las corrientes económicas internacionales. El que los misérrimos antioqueños que describiera Mon y Velarde hubieran podido tener hijos y nietos capaces de hacer la gesta de la colonización antioqueña fue una inconsistencia en la lógica racista que a nadie se le ocurrió cuestionar como tampoco se cuestiona ahora el porqué los descendientes de los constructores de la Manizales de antes de 1930 perdieron sus ímpetus, si los aportes de sus padres se explican por sus "características raciales".

Así, las versiones que se dieron en el Nuevo Mundo de la arquitectura ecléctica historicista europea del siglo XIX les cayeron como anillo al dedo a las oligarquías nacionales y regionales que pugnaban por asemejar sus ciudades a las del Viejo Continente, primero, y a las de Estados Unidos, después. Esas formas arquitectónicas sirvieron de contexto a sus legítimos sueños de modernización, pero además ayudaron a ambientar el papel dominante de los "blancos" y de los no tan "mezclados" que intermediaron la dominación foránea, empleando como justificación los viejos discursos racistas coloniales y los también antiguos, que se presentaban como nuevos porque llegaban de las metrópolis, que terminaron por sustituir a España en América.

> *"De acuerdo a Moreno (1994) "el difuso sentimiento de etnicidad puede transformarse en autoconciencia cuando alguno de los elementos diferenciadores no sólo sean ávidos en su carácter denotativo, cotidiano, sino resaltados en su carácter emblemático, de valores positivos y utilizados como medios simbólicos de afirmación de identidad étnica propia, contrastiva con la de otros grupos".*[51]

Esto lo lograron los antioqueños y de aquí sale una gran cantera sobre las grandes cualidades, características y elementos que han dado fama y gracia al sentir paisa a lo largo de su devenir histórico y donde la historiografía oficial no ha dejado de ensalzar manteniendo el mito heroico y avasallador de su proceso colonizador. He aquí un ejemplo del escritor Luis H. Fajardo que expresa lo siguiente sobre los paisas:

> *"ascetismo, positivismo, activismo, movilidad geográfica, sentido práctico, reservado, sentido comercial, frugalidad, laboriosidad, afición por el dinero, fidelidad conyugal, alta motivación hacía el éxito, optimismo, religiosidad, sentido de independencia, regionalismo, afición al juego, tradicionalismo, método y orden, neutralidad afectiva, agresividad, puritanismo sexual, creencia en el progreso,*

[51] MORENO. Óp. Cit.Pág. 612

igualdad, predominio del rango social adquirido sobre el rango social adscrito o asociado, predominio de la orientación hacia el futuro, afición al riesgo calculado, truculencia, locuacidad, incongruencia entre las creencias y la acción, hipersensibilidad acerca del trabajo en cuanto a la disciplina y el cumplimiento, mayor sentido de cooperación ciudadana y de civismo, egoísta en la comunidad" [52].

Y así por este estilo, hay muchos escritos que reflejan esta imagen de los paisas que llega a tal punto, como se ha referido anteriormente, que logró por ejemplo, la invisibilidad de los caucanos, de los tolimenses, de los indígenas y de los negros.

Como lo sigue anotando Moreno, la marcación étnica y aquellos símbolos, como el territorio, la religiosidad, la aventura, el ser andariego, disciplinado, las ansias de ganancia, su lenguaje lograron generar una autoconciencia diferenciadora y simbólica, se convirtieron en instrumentos para el logro de objetivos económicos, políticos e ideológicos que hay que reconocer hoy disfruta el antioqueño dentro del contexto regional.

Esta situación logró un avance significativo tal que si se hubiera mantenido hoy se hablaría de la nación de los antioqueños, ya que estos hubieran logrado llegar a un grado tal de autoconciencia, de etnicidad. En las décadas de 1970 y 1980 del siglo XX ha habido brotes de separatismo y todavía en muchos laten en forma larvada unas ganas de independencia y de creer que Antioquia es Colombia y que esta región por sí sola podría bastarse a sí misma sin compartir con otras regiones. La historia cuenta que fue el año 1886 cuando Núñez con su constitución logró crear un estado centralizado, y destruyó este sueño de etnicidad y logró la formalización del estado colombiano.

---

[52] FAJARDO, Luis H. La moralidad protestante de los antioqueños. Calí: Universidad del Valle. 1968

Desde 1880 hasta 1905, el colonizador había ya logrado tener sus sueños de poseer tierra, o ya estar dentro del sistema económico cafetero que empezaba a dar sus frutos, se exportaba, se gozaba de la vida y se disfrutaba ya de las ganancias de toda una vida dedicada a la lucha contra la selva, las poblaciones florecían, los caminos se abrían y comunicaban tierras aisladas y se terminaba de fundar una serie de poblaciones, como un último estertor de la colonización.

Las clases ricas empezaron a crear una serie de empresas comerciales, financieras e industriales, que se dedicaban a la exportación e importación de elementos suntuarios, creando un boom comercial que permitió a los nuevos empresarios cambiar las casas de techo de paja por tejas de barro, construir pequeños palacetes y realizar toda una revolución urbanística.

Sin embargo, con la creación del departamento de Caldas, que fue cuestión eminentemente política del gobierno central y con anuencia de los políticos antioqueños, en el Eje Cafetero o el Gran Caldas ya se había gestado una idea que fue tomando forma y que quiso cristalizarse por la década de 1940 á 1950 sobre la identidad del pueblo caldense.

Ya, la lucha contra los caucanos se había reducido drásticamente, y la intensidad de las guerras civiles disminuía constantemente, con la llegada del nuevo siglo, las cuestiones colonizadoras fueron pasando a un segundo plano y se iban consolidando nuevos grupos económicos los cuales fueron marcando la nueva sociedad con unas clases sociales que buscaban afanosamente construir y mantener símbolos para mostrar cierta tradición como los árboles genealógicos, limpieza de sangre o blanqueamientos para evitar las abuelas cuarteronas, ñapangas o ochavonas, búsqueda de antepasados españoles de cierto prestigio o

de pergaminos que demostraran una descendencia limpia y directa. En fin, toda una pléyade para mantener un status quo que se perdió en un momento dado pero que había que rescatar para demostrar que había tradición.

Esto creó, entre los colonizadores del nuevo departamento un sentimiento, que buscaba un sentido de Identidad, ya que Antioquia, por manejos políticos, se había convertido en una madre que abandonaba sus hijos. Además, la nueva clase manizalita que era pudiente y mucho más adinerada que la de Medellín, decidió generar y crear una quimera sobre su identidad, reconociendo que había diferencias con el paisa antioqueño.

En realidad los treinta primeros años del siglo XX, marcaron una ilusión efímera, casi que de espejismo, donde se especulaba y se gozaba más de un mundo europeo o norteamericano, olvidándose de lo propio, del terruño y de la cotidianidad. Tanto era y como lo afirma Cardona, Manizales era una ciudad con más orquestas, se bebía mucho más que en Medellín o Bogotá juntos. Era "la belle epoque".

La depresión de los años treinta, golpeó a Colombia, y por ende a Caldas, y ya se empezaba a desdibujar el mapa de Caldas, y los antiguos movimientos de colonizadores, pronto empezaron a cobrar su sello histórico de acuerdo a las personas que fueron conquistando el territorio. Caldas se distinguió por su forma culta y conservadora; Risaralda que fue colonizada por grupos negros, mestizos del populacho y que venían del lado del Cauca proveniente de Girardota, Otrabanda y Copacabana, tomó fama de formas libertarias, pueblerinas o de la guacherna y a veces se les relacionaba con la prostitución (tolerancia), y el

Quindío, que con unas mezclas étnicas que se asemejaba más a la de Caldas, pero por momentos con tendencia hacía lo caucano.

Estas diferencias, fueron generando un caldo de resentimientos, de aprovechamiento económico y político, entre los que querían acceder al poder, y que empezaron a marcar y a crear zozobra entre las clases políticas y sociales de Manizales, que no querían aceptar las diferencias ni asumieron políticas democráticas adecuadas para detener la debacle que se avecinaba.

Otra de las estrategias para lograr diferenciación y unir en cierto modo un rescate de lo tradicional, apareció hacía la década de 1940. Surge un movimiento con características literarias, que quiso marcar una diferenciación social al tratar de mezclar lo autóctono (Quimbaya) con lo clásico (Grecia y Roma), creando lo que se conoce como grecoquimbayismo. Dicho movimiento buscó crear la autoconciencia de que el caldense era un grupo distinto del paisa-antioqueño y buscaba reivindicar costumbres, usos y formas de sentir y pensar de la gente de estas tierras y volver a restaurar lo caucano en ellas. . Este movimiento tuvo características muy elitistas, pues la clase dirigente con sus aficiones políticas y económicas no logró calar esto dentro del pueblo llano, que seguía siendo antioqueño de corazón y caldense por adopción.

Este movimiento que ha sido estudiado desde el punto de vista literario, en el fondo, mostraba una forma muy disimulada, amparada a través de la intelectualidad y del mundo de las letras, una forma casi perversa de mantener un status quo del grupo blanco dominante que trató de apaciguar y a la vez de conciliar el mundo tradicional indígena de estas tierras, de una manera romántica y casi estrambótica (hay que recordar que en las tierras del Viejo Caldas, desde 1640,

todas las poblaciones aborígenes con excepción de Riosucio, habían desaparecido), por lo tanto no había una tradición directa con las culturas indígenas que habitaron estas tierras. Fue todo un proceso de equilibrar ese romanticismo por lo autóctono y mezclarlo con la tradición mitológica de los dioses de Grecia y Roma, que empezaron a cabalgar por estas tierras cafeteras.

Fue un intento de demostrar que aquí había un faro de cultura e intelectualidad, propagada y difundida por una clase social alta, que disfrutaba de unos últimos momentos de gloria económica y que quería demostrar que todavía podía disfrutar de una Belle Epoque que rápidamente se desdibujaba, y ya Caldas sentía los golpes de otros grupos sociales regionales que buscaban tener poder político y que buscaban la escisión del departamento y sólo esperaban la oportunidad para hacerlo realidad.

Además, se buscaba darle sentido a la identidad de lo caldense, y esta fue una manera de conseguirlo, pero de una forma muy temporal, y sin ningún resultado positivo, pues no involucró al pueblo en general, y fue una quimera de un grupo intelectual que buscó sus raíces por fuera de la tradición del ámbito regional y sin ningún hilo umbilical con la tierra que domaron.

8.10. EL IMAGINARIO PATRIARCAL (PATER FAMILIAS)

El término de GÉNERO, como categoría de análisis, es una construcción mental elaborada para comprender la vida de los seres humanos, adentrarse en su mundo y poder así construir las respuestas a los múltiples interrogan: sobre la condición humana. Esta categoría explica las relaciones entre mujer y hombres por

un lado, y a su vez, explica las condiciones y características sociales, culturales, económicas, políticas de uno y otro género.

En las relaciones entre mujeres y hombres que están fundadas, según Joan Scott (1990:44-46), sobre relaciones primarias de poder, expresadas en diferencias significativas de oportunidades sociales, culturales y políticas, las cuales se manifiestan de forma distinta y desigual en el acceso y control de los recursos para la vida. Tales diferencias son producto de un entrelazamiento entre lo biológico (ubica el sexo) y lo cultural (que ubica el género), sin que existan límites o fronteras claramente delimitadas en esta diada sexo-género.

Ya Simone de Beauvoir, en su obra clásica, destinaba un capítulo completo a analizar los presupuestos de la biología, los cuales mostraban las diferencias biológicas entre machos y hembras en el reino animal, así como las diferencias entre hombres y mujeres como especie humana, pero "lo que existe concretamente no es el cuerpo, objeto descrito por los sabios, sino el cuerpo vivido por el sujeto"(1987.181). Aquí empieza a avizorarse lo que luego se definiría como la díada sexo-género, particularmente útil para comprender la construcción cultura-histórica y social que viven los sujetos, varones y mujeres.

En tanto no existe una taxativa separación entre los dos conceptos, sexo o género, puede afirmarse que la categoría género permite asociar ambos para definir la construcción cultural que se hace de cada ser humano a través de la socialización. Como construcción cultural, realizada en el proceso de socialización, se aprende a "ser mujer" y a "ser varón" en determinada cultura. Por ello, el ser mujer y el ser varón, como conceptos culturales, varía en los diferentes contextos del mundo, y en tal sentido no puede hablarse de "la mujer y el hombre" como

categorías universales. Además, como construcción cultural, es a la vez histórica. Los conceptos de ser mujer y de ser varón son dinámicos y diversos. Han sufrido profundas variaciones a lo largo del tiempo.

Todas las instancias que contribuyen al proceso de socialización (primarias y secundarias) están inmersas en una cultura que va configurando determinados y específicos comportamientos marcados por la pertenencia a un sexo, femenino o masculino, y por papeles que ubican el ser mujer y el ser varón dentro de unos modelos construidos y fijados culturalmente. A estos papeles, construidos socialmente, en tanto corresponden a uno u otro sexo, se les denominan roles de género. Según Berger y Luckman (1986), la socialización es el modo en que el individuo se inserta en la objetividad del mundo, de una sociedad o de parte de ella. La realidad de esa sociedad va cambiando, se va aprehendiendo e interiorizando por parte del sujeto. El mundo objetivo donde nace el niño o la niña les asigna diferentes roles que la sociedad históricamente ha construido y que se convierten en el capital simbólico que permite a los seres humanos, varones y mujeres, insertarse en el mundo, en la cultura.

En cuanto a la categoría género, por otro lado, ha sido clave para discutir con los planteamientos de carácter determinista y esencialista que han pretendido ubicar en la "naturaleza" de las mujeres su destino de subordinación y opresión. En este sentido, mucho antes ya las feministas habían trabajado el concepto de patriarcado, como una noción que se refiere a la relación social y sexual, constituido como sistema político, social, económico, cultural, que expresa las relaciones de asimetría entre mujeres y hombres, y en el cual el varón ha mantenido un poder de dominación, ha sido, el "opresor o dominador".

Las concepciones que portan tanto la Iglesia como la familia, en tanto instituciones socializadoras de mucho poder en el siglo XIX, despliegan de manera profusa argumentos de carácter naturalista y esencialista para justificar la necesidad del mantenimiento del matrimonio monogámico, católico, como el modelo a seguir por las mujeres; esta idea tuvo una divulgación constante y se encuentra en la mayoría de los documentos estudiados en el período.

Asimismo, junto a esta idea, se difunde una concepción de los "deberes naturales" de las mujeres entre los cuales el ser madre y esposa, son los centrales. Igualmente, en este capítulo se presentará en detalle cómo estas instituciones, familia e Iglesia, eran acompañadas por la educación, para completar el ciclo de formación hacia este modelo propuesto para las mujeres. Tales argumentos se sustentan en una concepción patriarcal de la sociedad.

El tema del patriarcado ha sido ampliamente estudiado por las teóricos feministas, quienes se han ocupado desde diversas disciplinas, como la antropología, la sociología y la psicología, de estudiar su génesis, sus estructuran sus expresiones culturales, etc. De acuerdo con estos estudios, el patriarcado, es un sistema que ha sobrevivido en todos los estadios históricos conocidos, de allí que se hable de su "universalidad".

Etimológicamente significa gobierno de los padres o patriarcas"(Puleo.1995:24) En la definición aséptica que le da María Moliner (1996), en su segunda acepción, lo presenta como el "sistema político que la autoridad es ejercida por un patriarca dentro de cada linaje". Esta noción ha mostrado su utilidad para desvelar el carácter asimétrico de relaciones personales y sociales y, aunque algunas autoras se han atrevido a mencionar que en los inicios del siglo XXI nos encontramos

en el fin patriarcado, otras mantienen una voz de alerta sobre su presencia inequívoca en los intersticios de la sociedad, como bien lo documenta Susan Faludi, en su libro *Reacción: La guerra no declarada contra la mujer moderna (1996).*

Con respecto al patriarcado como relación social que explica la estructura social entre los géneros, la autora María-Milagros Rivera (1998) señala dos conceptos centrales: uno, el del *contrato sexual,* a través del matrimonio como vínculo social, cultural, político y sexual entre varones y mujeres; y otro, el de la *heterosexualidad obligatoria,* presente en el contrato sexual. Ambos conceptos están estrechamente vinculados y han producido implicaciones significativas en las relaciones sociales, y en el caso de las mujeres han provocado una sujeción, una subordinación evidente. En palabras de Rivera:

> *"El contrato sexual comporta, para las mujeres, una pérdida muy importante de soberanía sobre sí y sobre el mundo. Una soberanía que se refiere a las funciones que su cuerpo tiene capacidad de desempeñar en la sociedad y también a las codificaciones simbólicas que definen lo que el sexo femenino es en la cultura de que se trate."* (1998:75).

Lo paradójico de esta sujeción es que de todas maneras tal condición ha permitido que las mujeres hayan desarrollado con profusión de detalles, prácticas individuales y sociales civilizadoras de cuidado de la especie, de la cultura, de la naturaleza, de los bienes materiales para la vida, de fortalecimiento de las relaciones entre los seres humanos, cuya valoración ha sido desigual y escasamente tenida en cuenta. En las condiciones materiales de vida del siglo XIX en Colombia, esta tarea adquiere una significación mayor, lo cual obliga a no perder de vista este hecho en los análisis que puedan hacerse bajo la óptica de este estudio.

Para terminar, con la irrupción en los estudios sociales de las categorías antes analizadas, se permitió la ampliación del campo de trabajo de la historia social; más aún, se permitió la concreción de una "veta" en la investigación histórica. Siguiendo a Gisela Bock (1991), el género como "categoría" es una herramienta analítica que nos ayuda a descubrir áreas de la historia que han sido olvidadas.

No obstante, el uso de esta categoría ha provocado en muchas ocasiones discusiones sobre su pertinencia para explicar y comprender las relaciones sociales y sexuales entre los seres humanos como relaciones asimétricas que generan desigualdades y discriminaciones.

En este estudio la categoría género tiene relevancia para brindar un marco de análisis a las relaciones sociales, tomando a las mujeres y a los varones como grupos sociales no homogéneos que pueden ser comparados para verificar sus condiciones reales de existencia y derivar de ello las implicaciones que han tenido esas condiciones para el desarrollo de la vida de ambos grupos. Como bien dice Gisela Bock:

> *"En realidad, ni la clase ni el género se refieren a grupos homogéneos, menos aún a vínculos de solidaridad, pero ambos tienen un valor relevante como categorías que, específicas y dependientes de un contexto concreto, reflejan la realidad de las relaciones sociales, tanto entre los distintos grupos como dentro de cada uno de ellos."* (1991:74).

Desde este planteamiento, tiene razón Paola di Cori (1990) sobre la necesidad de tener cuidado acerca del uso dado a las diferentes definiciones que se han utilizado en los variados estudios que se ocupan de este campo. Ella señala en su revisión por lo menos cinco definiciones diversas: historia de la mujer, historia de las mujeres, historia de género, historia de las relaciones entre los sexos, historias

de mujeres. Todas estas definiciones las clasifica en tres ámbitos para el desarrollo de la historia: el rol de la subjetividad en la historia, el problema de la *tradición* femenina en la historia como escritoras o autoras de una historiografía en femenino, y la problemática del género.

La pertinencia de esta reflexión se encuentra en la manera en que el objeto de estudio puede ser abordado, por las implicaciones que reviste para el desarrollo de las pesquisas que marquen el rumbo del estudio, como grupo social que en su interior presenta diversidades marcadas por la condición socioeconómica, la etnia, la edad. No puede hablarse de "la mujer" como una categoría homogénea, menos aún en el siglo XIX, cuando las desigualdades eran flagrantes.

Igualmente, el concepto de *género* permite establecer las relaciones, principalmente con la educación de las mujeres con la educación de los hombres, a modo de un trabajo comparado, puesto que las asimetrías han estado presentes, y realizar la investigación de modo relacional permite desvelar las inequidades: lo que le hace falta a un grupo social lo posee el otro, o viceversa. Como lo afirma Pilar Bailarín: "... *esta categoría [se refiere a la de género] nos invita a entender que el saber más sobre las mujeres y su educación es saber más sobre los hombres y la suya"*. (1994:163).

Las categorías *patriarcado* y *género,* en su orden, se constituyen en este estudio en conceptos centrales para analizar las condiciones en que las mujeres del siglo XIX en Colombia. De esta manera puede mostrarse relacional y comparativa cuáles fueron las condiciones de desventaja vividas por este colectivo, y cuáles fueron las características de tal desventaja, en cuanto a la visualización de un ideal de formación para las mujeres en esta parte del continente americano.

8.10.1. EL PAPEL DE LA MUJER EN LA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA

8.10.1.1. EL PAPEL Y LOS OFICIOS DE LA MUJER

Tomando las ideas de Isidoro Moreno en el aspecto identitario, en relación con el género, es necesario resaltar un factor extraordinario que tuvo la mujer para el desempeño de la jornada iniciada por los antioqueños. La investigación arroja un dato interesante como es el amor al riesgo, que se creía unido solamente al género masculino, ya que la mayoría de los estudios sólo idealizan el papel protagonista del hombre y dejan a la mujer en su papel reproductivo. ¿Cómo se puede explicar esto?

Al leer la poca documentación sobre la vida de las personas durante este período, se descubre una faceta inusitada de las mujeres. Los escritos de Emiro Kastos (1972), permiten aproximarse a las costumbres de la época para entender la forma de pensar y sentir de las mujeres durante la colonización. Dice así Kastos:

> *"A la situación de las mujeres tan ilustrativa de las costumbres hogareñas y de la evolución social de los pueblos:*
>
> *En esta provincia todo el mundo se casa: unos por amor otros por cálculo y (la mayor parte por aburrimiento, pues no encontrando el hombre placeres ni vida social de ninguna clase, de grado o por fuerza tiene que refugiarse en la vida de familia. Y como todos tos hombres se casan, resulta que todas las mujeres se casan también: por manera que a las feas no les espera aquí, como en otras partes, la ortodoxa pero fastidiosa tarea de vestir santos, sino otra más mundana pero más divertida, la de vestir muchachos.*
>
> *Según pública voz y fama, mi comadre Fulgencia no tuvo quince (…) Él dice que su mujer hace una arepa como la más pintada, lava y aplancha a las mil maravillas; no deja perder un huevo ni un*

grano de maíz; sabe la cantidad exacta de frisóles que come un peón, y precisamente las tablas de chocolate que produce un millar de cacao.

Trabajar mucho de día y rezar mucho de noche es la vida de la familia, el destino de las mujeres en esas casas no tiene nada de poético. Ellas desgranan el maíz, cuidan los marranos, aplanchan la ropa, cosen los vestidos, preparan te comida y ordeñan las vacas. Como ya no hay esclavas, y es preciso ahorrar el pago de sirvientes, porque la economía de la parroquia no da cuartel, causa grima ver a las hijas de mi compadre, guapas muchachas, con sus manos blancas y sus bellas caras ovaladas, confeccionando en la cocina las arepas, las cuales, por costumbre de hacerlas siempre en la casa y cuatro veces al día, son el tormento de la cocina antioqueña. Como en la familia oriental del patriarca o del beduino, se vive allí cierta fraternidad con los animales. Con frecuencia se ve a los terneros correteando en las alcobas, al burro paseándose majestuosamente por la sala y a las gallinas cacareando sobre el lecho conyugal. Todos especulan en la casa y cada uno pesca para su canasto. El patrón especula en todo; la señora engorda marranos con los desperdicios, y tiene en la calle compañías a cuenta y mitad con pulperas y revendedoras; las niñas, en sus ratos perdidos, hacen cigarros para vender o cosen camisas a los agregados o arrendatarios: los beneficios de estos pequeños negocios van a parar en una alcancía".

Sin embargo, la situación de la mujer en su mundo doméstico es todavía más dura al leer estos artículos, propios de la época que tuvieron mucha fuerza por ese tiempo y que dicen así:

"Reglamento para el gobierno doméztico de la familia i de la casa", (se respeta la ortografía del texto);

Articulo 1°. El padre de familia es el Jefe superior de toda la familia i como tal se fe debe prestar obediencia en todas sus órdenes, que no contengan un imposible ni se opongan a la religión i la sana moral.

Articulo 2°. La madre de familia es el segundo jefe de ella i de la casa, i en su carácter de tal se te debe prestar obediencia por sus hijos i domézticos de la casa, bajo las mismas restricciones que tiene el padre de familia.

Articulo 3°. Es obligación del padre de familia trabajar constantemente, con el fin de adquirir lo necesario para dar a sus hijos alguna educación, la susbsistencia, bestuano, etc.

Artículo 4°. Es obligación imperiosa de la madre de familia manejar todo lo que suministre el padre para bestuario i susbsistencia de la familia, con la economía i buen orden que demanda tan sagrado deber pues que de él depende en su mayor parte la riqueza i sobre todo los buenos hábitos i sanas costumbres de los hijos i domézticas. Para conseguir tan precioso fin es preciso que la madre observe sin quebrantar jamás las reglas siguientes salvo un imposible

---------- Debe hacer que sus hijas se acostumbren por hábito a levantarse de la cama a las cinco i media de la mañana, que en seguida éstas hagan levantar a los niños que deben asistir a escuelas y coleaos.

---------- Debe hacer que tanto las hijas como los hijos se laven i aseen sus cuerpos de manera conveniente propio de gentes cultas i bien educadas.

---------- Debe ver que en seguida cada uno se ocupe de lo que le esté señalado hacer como más adelante se expresará.

---------- Mientras que las hijas estén en el colejio debe hacerles observar estas reglas, que- antes de irse para su estudio, hagan todo lo que puedan para dejar el aceo i arreglo de la casa en buen estado, como hacer los despachos de la despensa para el almuerzo etc. Cuando salgan del colejio al medio día - debe enseñarles a cada uno algún oficio para que se pongan a hacerlo.

---------- Cuando las hijas salgan absolutamente del colejío, será necesario que la madre le señale a cada una un destino en la semana, poco más o menos aser a una la entrega la despensa para que administre, se haga cargo de hacer preparar el almuerzo, comida, merienda (o sea refrescar) i desayuno, la cual debe ajilar constantemente la cosina, a fin deque esté aseada i que todo esté allí en el mejor orden - Otra se encargará del aseo de la casa, tender camas, limpiar los muebles, mudar i asear los niños chicos - La otrá se encargará de las costuras, remendar ropa i colocaría en sus respectivos lugares i ver que todos lo muebles i enceres de la casa se hallen convenientemente en su lugar- Estos destinos deben ser fumables para que cada una los aprenda a desempeñar todos llegado un caso en que

para ello haya necesidad - Cada una de las hijas debe responder por todo (lo conserniente al oficio que se le haya encargado).

--------- Debe la madre vijilar en que el almuerzo se ponga lo más tarde de las 9 á 9 1/2, i la comida de las 3 á las 3 1/2 - La merienda i refresco será de las 6 á las 7 - Se verificará en el comedor presidida por la madre - En seguida rezarán los niños la doctrina i después la madre rezará el rosario reuniendo para ello a todos los hijos i doméztlcos - La hora de dormir sera a lo más tarde a las nueve de la noche

Articulo 6º. Las costumbres cordiales se observarán por la madre i hijas, teniendo muí presente las reglas que establece la urbanidad para las relaciones i visitas acomodándose en particular a las costumbres del lugar en que se vive - Debe procurarse en que unas de las hijas se quede en la casa i las otras salgan a las visitas con su madre, i nunca solas - Los días de hacer visitas los indicarán !a premura i necesidad de hacéroslas i los quehaceres urgentes de la casa.

Articulo 7º. La madre debe visitar las casa de sus padres dos o tres veces en la semana procurando hacerlo los domingos i jueves por la tarde - Cuando haya algún enfermo u otra novedad de cuidado, debe ir siempre que sea necesario, sin descuidar en venir con frecuencia a dar sus disposiciones en su casa.

Artículo 8º. Ni el padre ni la madre de familia tomarán parte en las reprensiones o castigos que el uno o el otro impongan a sus hijos.

Artículo 9º. Jamás ocultará la madre al padre ninguna falta grave de las que por desgracia cometan las hijas e hijos; pues la tolerancia u ocultación de faltas puede ser la pérdida perpetua de un hijo, por no haberse puesto remedio a tiempo.

Artículo 10º. No será leído por la familia ningún periódico ni libro alguno sin que el padre o jefe de familia haya dado el correspondiente permiso.

Artículo 11º. Las llaves de la despensa, alacena, escaparate y demás, permanecerán siempre guardadas i en poder de la madre o de sus hijas que hayan obtenido la tenencia de la casa

Artículo I2º. Este reglamento será leído, en familia, cada ocho días - Las demás indicaciones que en lo sucesivo merezcan consignarse aquí, se harán en seguida" (Kastos. 1972).

Se hace la siguiente pregunta que surge ¿dónde estaban las mujeres? La respuesta sale de una manera veloz: en *el anonimato.* Dedicadas al cuidado de la vida en toda la extensión de la palabra. Enajenadas en cuerpo y alma. Por supuesto que en los distintos sectores sociales descritos con anterioridad estaban también las mujeres, pero ellas estaban en la sombra, asumiendo la "domesticidad", de manera que ello garantizara la supervivencia especie humana.

En primer lugar, y de acuerdo con el estudio realizado por Suzy Bermúdez (1993), la mayoría de la población en los sectores urbanos se componía de mujeres. Ella lo afirma del siguiente modo:

"Alrededor del decenio de los cincuenta la Capital era una ciudad en donde la mayoría de los habitantes permanentes eran mujeres. La razón principal que se aduce para explicar este hecho eran las frecuentes guerras civiles que generaban una mayor mortalidad y ausencia temporal masculina" (1993:6).

En segundo lugar, las diferencias sociales se manifestaban de manera más aguda entre las mujeres. Ellas, al contrario que los varones, no eran consideradas ciudadanas. Mientras las distintas constituciones promulgadas después de la Independencia hasta 1843 definían la calidad de ciudadano sin especifican sexo, a partir de la Constitución de 1843 se introdujo la fórmula que se repetía en todas las constituciones que se promulgaron durante el siglo XIX: "son ciudadanos los granadinos varones.... En este sentido, las mujeres de las élites, esposas, madres, tías, abuelas de terratenientes, comerciantes, aristócratas dependían totalmente de los varones, y no tenían ninguna posibilidad de ser propiedad en el sentido estricto del término.

En suma, las mujeres de las élites dedicaban todas las horas del día a organizar la vida doméstica, a cultivar la música, algunas a escribir y en algunas ocasiones a las labores de caridad. Estas labores, consagradas y permitidas por el conjunto de la sociedad, podían constituirse en un medio eficaz para salir de las cuatro paredes en las que se hallaban confinadas y encontrar otro modo de discurrir por la vida. Según Beatriz Castro Carvajal,

> *"Mirado desde otro ángulo, las obras de caridad y beneficencia amplían paulatinamente la vida privada restringida de las mujeres. La religión compensaba su rigidez, facilitándoles actividades fuera de sus casas, como la rutina de ir a misa. Al salir podían tener encuentros con la aprobación de la comunidad y de la familia. Posteriormente, el trabajo en alguna obra benéfica, les permitía ampliar sus labores en otros espacios diferentes a la casa. Además, les ofrecía la posibilidad de realizar un tipo de socialización diferente. Lograban conversar con otras mujeres, relacionarse con los miembros de las comunidades religiosas y servir a los necesitados. Era una forma de ser útil en el ámbito público, ya que de lo contrario, su misión estaba limitada al privado. Esta cotidianidad se acomodaba más a las mujeres pudientes, a las otras, el trabajo y sus obligaciones eran lo que les daba la pauta diaria"* (1996:253).

Otra era la situación de las mujeres mestizas, indígenas, negras, de las desposeídas, de las mujeres pobres. Tanto en los centros urbanos como en los rurales, las mujeres estaban dedicadas al trabajo, desde el doméstico hasta el de producción de distinto tipo de bienes. Las que estaban concentradas en las labores domésticas, como criadas en las casas de la élite o como trabajadoras en las haciendas, debían, entre otras cosas, preparar cinco comidas diarias para la familia que atendían, para los trabajadores contratados y para su propia familia, atender al cuidado de los hijos de sus "patronas" así como de los suyos, realizar diferente tipo de mandados, ir a las compras del mercado, lavado y planchado de la ropa, entre otros menesteres.

Si se piensa en las condiciones de los servicios públicos de la época, donde no había alumbrado público, ni el agua llegaba directamente a las casas, por supuesto que todas las horas del día se ocupaban en atender esta diversidad de oficios. Esta circunstancia hizo especializar algunos oficios como el de las "aguateras", mujeres que se dedicaban a realizar la distribución del agua casa a casa después de recogerla en los chorros o pilas comunes que había en los centros urbanos. O el de las "lavanderas", quienes realizaban el oficio de lavado de ropa en los ríos cercanos a los pueblos. O las que se dedicaban al planchado de ropas, utilizando planchas de carbón y almidón para remojar la ropa.

Igualmente hay que tener en cuenta que muchas de estas mujeres elaboraban en las casas una gran variedad de productos como: velas, harinas, conservas, embutidos, chocolate, jabones, barnices, tinta, goma, alcoholes, vinagres, cosméticos, medicamentos; "moler y preparar chocolate era uno de los oficios domésticos mejor remunerados".

Por otro lado, en el campo las mujeres participaban en labores menores relacionadas con el ganado, en el corte del tabaco, la recolección y selección de granos de café, y algunas veces en la siembra, la poda y la escarda. Además, sacaban los productos al mercado para su comercialización. Elaboraban numerosos objetos en su labor artesanal, como canastos, ollas de barro, esteras y demás utensilios para uso doméstico.

Podemos observar que las mujeres tomaban todas las decisiones ordinarias sin necesidad de consultar con el marido, especialmente las concernientes a la crianza y la educación de los hijos, el manejo de la servidumbre y la provisión y manejo de la hacienda familiar. Al padre le correspondía mantener la imagen de autoridad

propia del mundo patriarcal, imagen que mantenía de puertas para afuera y que hacía hincapié cuando llegaba a su casa, y que ante todo producir y traer al hogar los frutos de la tierra y de los negocios.

Hurtado García (1997) hace la siguiente afirmación con sentido comparativo de las ideas religiosas:

> *"La mujer antioqueña es la mismísima Escritura. Esto es una verdad evangélica, por eso cuando se habla de la fundación de una ciudad, de su progreso, de sus intensas posibilidades, es indispensable rendirle genuflexiones reales. Porque ella fue la colaboradora esencial en la hazaña desmesurada. Brazo a brazo con los fundadores y los pobladores se enfrento a la rudeza selvática, a todas las privaciones, plantó hogar -un monolito impávido- para formar hogares respetables y prolíficos, e hizo posible la etapa militante de los primeros días, de los primeros años, en que la vida era un diálogo con la naturaleza"* (Hurtado, 1997: 17).

Para hacer la escena un poco más reveladora y para resaltar el apego al riesgo, observemos la siguiente lectura también de Kastos, sobre el futuro que le deparaba a la mujer

> *"Para las muchachas de la familia no hay mas desahogo que el domingo, y eso porque de sus ahorros pagan a una vecina, para que en su lugar desempeñe los quehaceres domésticos. Desde temprano se echan encima lo mejor que tienen en la percha, y el indómito y robusto pie es aprisionado en zapatos de cordobán, con gran trabajo eso sí, pues los zapatos por falta de uso suelen encogerse en la semana, al paso que los pies de su dueña adquieren mayores proporciones. Después van a misa y al mercado, en el cual, en parranda con sus amigas, compran frutas y comen hojaldres. El baile les esta vedado como diversión pecaminosa, pero suele permitírseles asistir a alguna nocturna lotería. Para esas pobres criaturas, que llevan una vida tan trabajada y monótona, una lotería es casi una felicidad. Allí se encuentran los amartelados de ambos sexos los galanes del pueblo las echan de rumbosos, librando cuando hacen alto a sus respectivas partes contrarias, y, entre amores y temores, se murmuran promesas de amor, y se obtiene el anhelado sí. A las diez, mal de su grado, dejan la placentera*

diversión y vuelven a la casa con su madre, a veces acompañadas de sus respectivos galanes, que marchan a una distancia razonable, pues eso de dar el brazo a las mujeres sería considerado en la parroquia, como liviandad imperdonable mi compadre, algunas noches, después de rezar el interminable rosario, se pone la ruana pastusa y el sombrero de alas luengas; trépase sobre unos enormes suecos, empuña el garrote, y mientras dan las ocho, hora obligada de acostarse, se va a tertuliar con los vecinos, que están en corro en alguna esquina de la plaza, sentados en el suelo fumando y platicando" (Kastos,1972).

Al observar el papel de la mujer en la esfera reproductiva desde cuando se iniciaron los primeros movimientos migratorios, y ante la urgencia de mano de obra para despejar y cultivar la tierra, los peones por la presión social del momento necesitaban adquirir cierto estatus, definir su futuro y *sentar cabeza* y para ello buscaban mujeres solteras y deseosas de huir de la monotonía de sus vidas familiares.

Sin embargo, en la historia oficial no se relatan anécdotas y situaciones particulares de la situación femenina. En busca de datos y por la inferencia y charla con historiadores como es el caso del historiador Alfredo Cardona, en muchas de las poblaciones la mujer casada se mantenía en su casa dentro de la población cumpliendo con las tareas de crianza y mantenimiento del hogar y el hombre se dedicaba a los negocios y a la vida pública.

Sin embargo, con frecuencia, en las afueras de la población o en la finca, mantenía a otra mujer con sus hijos. Esto dio origen a una cantidad de personas con iguales apellidos, sólo que unos eran legítimos y los otros eran llamados *hijos naturales*. También, en las épocas de guerra y del proceso de exploración a nuevos terrenos, el marido dejaba a su mujer y a sus hijos, y se alejaba por largos períodos, lo cual dejaba a la mujer en un estado de incertidumbre y de debilidad económica, que

fue aprovechado por peones y hombres andariegos, entre otros, para dejar preñadas a cientos de mujeres y gozar de un relativo pero seguro solaz de comodidad y seguridad (Gutiérrez A., 1992: 94).

Resulta también significativo que se hable de un rechazo hacia esos *hijos naturales* y hacia las madres solteras, que eran condenadas por la familia o por la sociedad si eran de clase media o alta, pues el número de hijos naturales era muy superior al de los legítimos. Así por ejemplo entre agosto y noviembre de 1826 de 300 bautismos, 157 eran hijos naturales y en 1846, de 391 niños nacidos, 209 eran naturales y sólo 152 legítimos. Esto era debido a que se trataba de un problema de herencia. Se procuraba que los hijos naturales no tuvieran derecho a heredar de sus padres biológicos. Y, como eran merecedores de herencia, el control social cumplía con el papel que la ley no ejercía.

Debió haber existido una aceptación tácita de esta práctica y el hombre debía asumir su obligación en forma discreta, pues no se encontraron crímenes o muertes por causa pasional en la zona rural en los registros judiciales de la ciudad de Manizales (Archivo municipal). La regulación se ejercía por medio de las leyes del honor, pues la reputación era relevante en un entorno todavía pequeño que hacía que los juicios morales fueran muy eficaces.

La cuestión de honor afectaba la imagen de la virilidad del hombre, pues ponía en juego su capacidad para manejar su hogar, pero aquí en la zona antioqueña se daba un manejo dentro de una doble moral que facilitaba una cierta laxitud de acuerdo con las circunstancias y de acuerdo con el rango social de las personas afectadas.

La reacción de los hombres ante la pérdida del honor siempre fue dramática. En esa sociedad, que exaltaba la limpieza del honor, los reveses sufridos provocaban en los hombres severos conflictos de conciencia. Probablemente, en este aspecto, la sociedad demandó al hombre un tutelaje difícil de cumplir, a pesar de las prerrogativas de autoridad de que estaba investido ante su esposa y sus hijos. En un caso de un padre que veía a su hija embarazada sin haber tomado el matrimonio, relataba así su dolor: "*cuando hablo de la deshonra de mi casa, me ruboro, el corazón se funesta, manda lagrimas a los ojos y sólo me permite dar una idea oscura de mi situación"* (Rodríguez J., 1991: 123).

Entre las personas de clases bajas, el asunto se arreglaba por lo general entre trago y trago que terminaba en trifulca, con la muerte o la fuga de alguno de los implicados. Entre la clase alta el asunto se zanjaba con algún duelo, con el ostracismo del amante o con un viaje o reclusión en una lejana finca o en un convento de clausura de la mujer afectada o con alguna amonestación eclesiástica.

La mujer buscó la forma de liberarse sutilmente de un yugo patriarcal, aunque debieron pagar a veces su osadía y fueron víctimas de violencia por parte de sus hermanos que se encargaban de vengar los conflictos sexuales. El honor familiar estaba relacionado estrechamente con la fidelidad de las esposas, de manera que su infidelidad era en ocasiones una invención de muchos maridos que buscaban ocultar el abandono a que las tenían sometidas o sus propios concubinatos.

La abundancia de prole, que otorgaba a la mujer una imagen de matrona fecunda, tuvo relación con políticas aplicadas por los estados de Antioquia y del Cauca, que concedieron incentivos para las familias numerosas. Por ejemplo, las juntas de pobladores daban una cierta cantidad de tierra de acuerdo con el número de hijos

de los colonos que iban llegando. El Cauca llegó a ofrecer entre 12 a 15 hectáreas por hijo a las familias que llegaban a colonizar su territorio.

Con respecto a la estructura familiar, en este período hay que tener en cuenta que el proceso lento y prolongado de mestizaje registrado durante los trescientos nueve años de vida colonial hizo convivir distintas formas de organización familiar que fueron imbricándose con la exigencia, por parte de la Iglesia, de la constitución de matrimonios monogámicos. Esta estructura familiar era diversa y estaba atravesada también por las condiciones sociales y económicas, así como por las prácticas culturales aportadas por los grupos indígenas y los grupos negros.

En todo caso, ya en la vida republicana coexistían distintos tipos de familias (de hecho, extensa, nuclear), soportados por la fuerza de la patriarcalidad, la monogamia exclusiva de la mujer como obligación explícita y el prestigio de la poligamia para el varón. Y las mujeres eran el soporte material y moral de estas organizaciones sociales. De modo que este papel de cohesionadora era vital para el mantenimiento del statu quo:

Es importante señalar que aunque la familia era la gran portadora de valores, era la mujer, en su rol de madre, esposa, hermana y maestra de sus hijos, el elemento en torno al cual se cohesionaba aquella. El ámbito doméstico era impensable sin la mujer. Como la mujer no tenía educación y la vida claustral de nuestras ciudades no permitía otro tipo de actividades gratificantes, para ella el matrimonio lo era todo; asumía el rol doméstico y controlaba por completo todo lo interno de la casa: servidumbre, comidas, vestuario de los hijos pequeños, y los más mínimos detalles.

Durante los gobiernos de Pedro Justo Berrío y Recaredo de Villa, hubo paz en Antioquia, consolidada por el progreso económico y la cooperación de la Iglesia. Fue un período de 14 años (1864-1877), durante el cual el Estado de Antioquia tuvo recursos fiscales superiores a los de otros Estados y por lo tanto mayor autonomía. Ello le permitió mantener una hegemonía que se caracterizaba por disponer de localidades mayoritariamente conservadoras, milicias bien equipadas, estrechas relaciones entre la Iglesia y el Estado, manejo de la educación con profesores y preceptores católicos, legislación minera y comercial favorable a los propietarios y empresarios, leyes draconianas para los vagos (prostitutas, desempleados, borrachos y jugadores) y limitaciones al sufragio.

Toda esta población de vagos y mujeres fueron enviados a los diferentes frentes de colonización para expandir las fronteras del Estado de Antioquia. Muchas de estas mujeres, fueron a dar a las fondas camineras o a las posadas que fueron el origen de muchas de las poblaciones. En dichas fondas, que eran centros de aprovisionamiento, descanso y juerga, muchos de los arrieros y peones solteros aprovecharon para conseguir esposas[53].

Es interesante y que una buena cantidad de estudios de las fondas camineras y según el relato oral del historiador Alfredo Cardona, muchas de las ñapangas, cuarteronas y ochavanas, (mujeres que recibían estos nombres de acuerdo con la

---

[53] Algunos estudiosos han defendido la tesis, sobre la cual, el ejercicio de la prostitución, ha tenido un impacto interesante, dentro del ethos de la sociedad antioqueña de ese entonces y han sostenido la ambigüedad o el doble papel, asignado a la mujer de esposa-madre y de amante o prostituta a la vez. Prueba de ello ha sido una variada e interesante bibliografía que ha salido en las últimas décadas, tanto a nivel de Antioquia como a nivel nacional sobre dicho tema como los Jurado y Jurado (2004) y Velasquez Magdala Las mujeres en la historia de Colombia. Bogotá: Ed. Norma 1995

proporción de mezcla racial que tuvieran), tuvieron fama por su belleza, y dieron origen a notables familias que hoy niegan este origen.

Durante las numerosas guerras del siglo XIX, numerosas mujeres fueron a dar a la retaguardia de los ejércitos. Este núcleo estaba compuesto por esposas, amantes, parientes y prostitutas, ellas encargadas de preparar la comida, lavar la ropa, cuidar las heridas y satisfacer las pasiones de los soldados. Junto con los grupos de personajes como contrabandistas, prestamistas, ladrones y comerciantes era un grupo abigarrado que se dedicaba al espionaje, al contrabando y a la prostitución. En la época de la Independencia eran conocidas como las Juanas (en México se les conocía como las Adelitas).

Las mujeres fueron parte esencial de las contiendas y en particular de las fuerzas de operación. En el siglo XIX, es inconcebible un ejército en cuya retaguardia no aparezcan de manera orgánica las mujeres. Tal era la situación que si un hombre no tenía una mujer en la retaguardia, andaba siempre buscando una, no sólo por placer sino porque quien no tuviera mujer estaba condenado a contratar su manutención y a cargar a cuestas todas sus pertenencias.

> *"Quería que un hijo suyo, a los siete años de edad, fuera ya un hombre formado y responsable. Ni una falta en la escuela, ni una mentira, ni una inadvertencia nos toleraba. Todo era rigurosamente vigilado. Pero esto se nos inculcaba bajo un sentido de cumplimiento del deber. Quien infringía la orden se sentía culpable y recibía el reproche como algo merecido e inevitable, Ni contemplaciones pueriles, ni lisonjas. El padre y la madre eran aún más austeros con sus propias personas. No querían nada para sí, sino todo para sus hijos. La noción del placer les era al parecer desconocida, o al menos supeditada por un duro sentido del deber"* (Kastos. 1972:27).

Conviene resaltar el afán por formar familia ya que esta es *"el arma con que se coloniza"*. Tener esposa e hijos significaba mano de obra para "*formar rancho y abrir*

bosque". Por tal razón era mal visto que un hombre a determinada edad permaneciera soltero. Se decía: "*Cómo será de pobre que no se ha casado"*, o *"murió pobre y soltero"*. Además, la *"mujer era escasa"* porque en alto porcentaje moría «de parto» debido a que éstos eran atendidos por comadronas y con escasa asepsia, lo que producía la fiebre puerperal. En virtud de que la mujer moría joven era frecuente que el hombre se casara dos o tres veces, preferiblemente con las cuñadas, las hermanas de su esposa, seleccionando así no a una madrastra sino a una tía para madre de sus hijos, lo que garantizaba respeto y estabilidad familiar.

Los hijos eran esperados ansiosamente y debían parecerse a su padre, ya que "hijo que se parece al padre honra a la madre". Pero no se celebraba con el mismo entusiasmo el nacimiento de una niña que el de un varón. El hijo varón satisfacía el deseo del padre de tener descendencia que perpetuara su nombre y le ayudara en la administración de la finca; por ello cuando nacía un niño, todos exclamaban: «nació un peoncito».

Vale la pena resaltar, un poco, lo que se pensaba en esa época acerca de la vida matrimonial y frugal de la pareja paisa y que a pesar del refrán común en el campo: "El matrimonio es como la salve, que comienza en vida y dulzura y termina gimiendo y llorando", la vida íntima de la pareja estaba cubierta por un supuesto manto protector del amor; sólo así se explica que pudieran sobreponerse a la difícil vida durante los primeros años de colonización.

Supuestamente el amor en la parcela funcionaba con su propio código, pues el enamorado era avaro en palabras y no muy expresivo en gestos; y ante la falta de intimidad en la alcoba por la promiscuidad familiar, abundaban los espacios donde la pareja podía dar rienda suelta a la satisfacción del deseo: la huerta, la roza, la

sementera, el bosque. Pero además, las duras tareas llevadas a cabo en común, como ordeñar, partir la leña, desgranar maíz y fríjol, encerrar los terneros, ir a la fonda, educar los hijos, tejían entre los cónyuges una red de hilos fuertes y duraderos.

Aunque la literatura de la época no hace mucha alusión a este supuesto amor, dudo que una forma patriarcal diera rienda suelta a las sutilezas del amor romántico, propias de la literatura que en esa época estimulaban más la imaginación que a una realidad bastante dura, llena de sacrificios y esfuerzos para sobrevivir. Pero se daba la otra situación cuando no había amor debido a la inmadurez sexual porque la mujer solía casarse a los 14 años de edad. Aquí funcionaba la presión cultural, familiar y social, para que la esposa cumpliera con los ideales de sumisión, fidelidad y maternidad.

8.10.2. MATRIMONIO E IGLESIA

En la medida en que se desarrollaba el Estado, en la segunda mitad del siglo XIX, se redefinía el rol de la familia. Los conceptos de ciudadanía y de personas elegibles para ocupar cargos públicos, utilizados en varios momentos históricos del siglo XIX, estaban en relación con el matrimonio y con la familia. De este modo, el matrimonio aparecía como una institución que habilitaba al hombre y no a la mujer para ser responsable como ciudadano. Este concepto fue retomado por Miguel Antonio Caro durante la Constituyente de 1886 cuando anotó:

> *"No sería justo decretar que sólo los padres de familia voten, pero si ha de votar todo el mundo sería muy bien pensado que el voto del padre de familia pesase como dos o más votos, como que un padre de*

familia no es un individuo aislado sino legítimo jefe y representante de su pequeño reino" (Caro, 1951).

El papel que asumía el hombre casado no era sólo económico ya que al hacer parte de una familia ayudaba a reproducir valores que permitían mantener el sistema. Estos colonos se habían formado en el Catecismo del padre Astete. Este catecismo era tomado por los antioqueños como su texto doctrinario por excelencia, ya que había sido escrito para «los niños y la gente ruda», empleaba el método pedagógico de la memoria, y de memoria se transmitía en la familia patriarcal antioqueña de generación en generación.

El catecismo era enseñado, sin entenderlo, por los padres de familia y lo transmitían mecánicamente con las mismas explicaciones del siglo XVI. Pero además había toda una lista de prácticas piadosas: rosario vespertino, alabados matinales; escapularios y rosarios en pechos de grandes y chicos; bendición de alimentos antes de cada comida y gracias después de las comidas.

De esa época, rescato este párrafo que muestra como debía ser la mujer así: "Estas devociones tenían en Antioquia un sello femenino: la figura de la madre y de la abuela. La moral arrinconaba a la madre en las paredes del hogar. Las señoras de verdad no salen de sus casas, y las abuelas rodeaban a sus nietos de murallas que impidieran ver la maldad del mundo. De este modo, las prácticas religiosas de las mujeres eran más intensas que las de los hombres. Y aparecía la mujer, esposa y madre, como el principal soporte del catolicismo en el siglo XIX".

Para mantener dicho modelo, era necesario el papel de una poderosa institución como la Iglesia Católica *y como credo religioso tuvo la* mayor preponderancia, ésta no se vio opacada luego de la Independencia. Por el contrario, mantuvo su poder y

hegemonía a lo largo del siglo XIX. Tal poder fue abiertamente controvertido en la mitad del siglo con la irrupción del ideario liberal, acompañado de medidas que afectaron directamente los intereses económicos de esta institución.

Durante la época de presencia de los españoles en nuestro territorio, la Iglesia católica estaba regulada por la institución del Patronato, la cual consistía en los poderes que les otorgaba el Papa a los reyes de España para nombrar obispos y sacerdotes, fijar tributos y determinar las diócesis y parroquias en los territorios de dominación, bajo el compromiso de sostener el culto católico y permitir la permanente evangelización con miras a la ampliación de la influencia de la fe católica en América.

El Patronato se mantuvo una vez que se produjo la Independencia. En efecto, las autoridades de la República continuaron emitiendo disposiciones para organizar parroquias, diócesis y crear nuevos obispados. Entre las disposiciones relevantes, por ejemplo, el Congreso de Cúcuta de 1821 abolió la Inquisición. Y el 28 de junio de 1824 se sancionó nuevamente la ley del Patronato. En suma, de 1819, año de la Independencia, a 1850, las condiciones de poder de la Iglesia se mantuvieron; relación estrecha entre la Iglesia y el Estado, administración de cuantiosos bienes -entre ellos gran cantidad de tierras-, ingresos permanentes por fuentes fiscales -impuesto del diezmo, por ejemplo-, créditos y control sobre el sistema de educación.

Sobre la base de este poder, la Iglesia Católica se abrogaba el derecho a evangelizar y a desplegar sus postulados en la formación de las personas, de manera que su fuerte influencia sobre la educación religiosa y moral de los habitantes de la República era notoria. Y ello tuvo un especial significado para

las mujeres. De ello puede dar fe la manera como las casas de élite de la época estaban construidas: todas ellas tenían un oratorio, "el cual, junto con el costurero, era el espacio preferido por las mujeres, para quienes las prácticas religiosas eran parte fundamental de su vida diaria". El papel de la Iglesia Católica sobre la cultura del país se describe de este modo:

> *Aparentemente la Iglesia católica ejercía un completo dominio cultural sobre la mayor parte del territorio, como legado del proceso relativamente rápido y completo de mestizaje y aculturación ocurrido durante la colonia. Una iglesia se erigía en la plaza principal de la mayoría de las poblaciones y ciudades en el campo, incluso pequeños villorrios tenían su capilla; en algunos casos se trataba de construcciones impresionantes y en otros eran apenas chozas grandes con piso de tierra, pero unas y otras, simbolizaban la capacidad del poder eclesiástico y la autoridad ejercida durante un siglo de acalorados y, con frecuencia, violentos conflictos acerca del lugar que ocupaba la religión en asuntos tanto públicos como privados. Los curas o párrocos con frecuencia jugaron un papel protagónico en las vidas de las poblaciones rurales: ofrecían bendiciones y oraciones durante todo el ciclo vital, es decir en los nacimientos, en los matrimonios y en las muertes, servicios que con frecuencia debían ser remunerados. En las misas dominicales y en el abarrotado calendario de celebraciones religiosas, los clérigos predicaban la doctrina y exhortaban la moral en sus feligreses transmitiendo la visión de una deidad intimidante y vengadora. Dicha imagen era mitigada por una intervención piadosa, especialmente la de la Virgen María. En tales ocasiones, también consolidaban su posición de pilares del orden social, al censurar abiertamente a los librepensadores, a los criminales, a los que protestaban desde abajo y, con no poca frecuencia, a los supuestos "descreídos liberales".*

Una presencia así, tan hegemónica, en la vida de los colombianos y las colombianas del siglo XIX, empezó a ser cuestionada por los sectores sociales y políticos que pugnaban por salir de los atavismos legados del período colonial. Por supuesto que el centro de la discusión era el poder administrativo, económico y político que tenía la Iglesia como institución, puesto que muchos de los

partidarios del ideario liberal conservaban el ejercicio de la fe católica, apostólica y romana. En cierto modo, la cuestión religiosa diferenciaba a los liberales y a los conservadores de una manera bastante clara en la vida pública; porque en la vida privada tanto unos como otros mantenían intactas sus creencias religiosas y su afiliación al credo católico.

Entre 1850 y 1861 se promulgaron alrededor de 14 disposiciones, las cuales estaban encaminadas a disminuir o terminar el poder de la Iglesia en diferentes niveles: sociales, económicos, administrativos, políticos. Este caudal de medidas, emitidas de manera progresiva por los diferentes gobiernos liberales, en un país fuertemente influenciado por las ideas religiosas, produjo una agria y prolongada discusión, de un fuerte matiz intolerante, a lo largo y ancho del territorio.

La Iglesia, para su discusión, disponía de los pulpitos y además de un periódico de ámbito nacional, *El Catolicismo,* órgano de difusión que se mantuvo durante toda la época de la hegemonía liberal. Por su parte, los liberales, denominados "anticlericales y radicales" justamente por su apoyo a las mencionadas medidas, hacían su parte en los periódicos de los que disponían para tal fin.

El enfrentamiento entre quienes apoyaban las medidas y quienes las condenaban reflejó claramente la discusión de fondo: el desarrollo del proyecto de un Estado laico, mediante una progresiva secularización de la sociedad. Ello puede encontrarse dicho en el programa liberal emitido por Ezequiel Rojas desde 1848:

> *"Quiere el partido liberal que no se adopte la religión como medio para gobernar: las dos potencias deben girar independientemente, cada una dentro de su órbita, puesto que cada una tiene su objeto y fin distintos. Emplear la religión y sus ministros como medios para hacer ejecutar las voluntades de los que gobiernan los negocios temporales, es envilecerla, desvirtuarla y separarla del fin con que la*

instituyó su Divino fundador... El partido liberal ve en inminente peligro las libertades públicas, las prerrogativas de la soberanía y las garantías con la permanencia en el país del Instituto conocido con el nombre de 'Compañía de Jesús' permitir la continuación del Instituto en la República y extender su semilla por las provincias, es abdicar la soberanía nacional en la Compañía de Jesús..."

Tal secularización también puede encontrarse esbozada en las diferentes medidas que progresivamente fueron buscando la disminución del monopolio de la Iglesia en la educación: por un lado, las decisiones en torno a introducir cátedras de economía y filosofía bajo los postulados de Juan B. Say y Jeremías Bentham, así como mucho más tarde la promulgación de la Ley de 15 de mayo sobre libertad de enseñanza.

Por otro lado, esta discusión religiosa tuvo sus efectos sobre la vida de las mujeres, sobre todo las de las élites, quienes sentían como propios los "dolores" que estaban sintiendo las amadas instituciones eclesiales. Según Mariano Ospina Rodríguez, reconocido partidario de la religión católica y del mantenimiento del poder de la Iglesia Católica, las mujeres eran las depositarías auténticas del clericalismo:

"*Sólo las mujeres y la masa del pueblo, que confunde en una idea compleja la religión, la justicia y la libertad, está idea expresa el catolicismo", poseen ese elemento pasional que infunde energía en la lucha contra el error".*

Sobre este sentido del papel de la Iglesia y de la religión católica en relación con la actuación de las mujeres se refiere Suzy Bermúdez, afirmando que "...era difícil que en el período de los radicales se considerara a una mujer como alguien respetable si ella no era seguidora del catolicismo. Es más, ya se ha sugerido en otro escrito que las mujeres constituyeron uno de los pilares céntrales del catolicismo". Por ello, es claro también que existieran fisuras entre los grupos

liberales, alentados por una discusión en las familias acerca del papel de la religión en la formación moral, lo cual en algunas ocasiones condujo a que "algunas liberales acompañaban a sus maridos en sus ataques en contra de los conservadores y representantes de la Iglesia, siempre y cuando no se cuestionara la religión".

Sin duda alguna, en el imaginario de la sociedad paisa, el arraigo penetró profundamente en los habitantes de la provincia de Antioquia. La fuerza ideológica de la religión católica se mantuvo en la educación, en las festividades, en las costumbres, en los ritos, que permanecieron casi intactos durante el período estudiado.

Esta afirmación es particularmente significativa en lo que se refiere a la educación de las mujeres. En un sentido amplio, la Iglesia como institución, la religiosidad y la espiritualidad por ella promulgada mantuvieron su hegemonía en las concepciones que sobre la formación de la moral y de las costumbres era necesario mantener para las mujeres, especialmente en el matrimonio, las actitudes y creencias de los habitantes de dicha provincia se conservaron.

Las mujeres eran un grupo social fuertemente influenciado por las concepciones religiosas católicas. Era muy difícil imaginar la vida de la colonización sin las prácticas religiosas permanentes, de las cuales las mujeres eran sus principales depositarías. Hubo durante el período de este estudio claras manifestaciones de protesta de grupos de mujeres con respecto a las medidas que afectaban en forma directa a la institución religiosa, así como a las costumbres que se tenían como virtualmente defensoras de la fe católica y de la moral a toda prueba. Las que se refieren, por ejemplo, al matrimonio y la familia.

En la documentación revisada correspondiente a los años de esta investigación, un tema tratado ampliamente fue el del matrimonio y la familia. Esto resulta muy sintomático si se piensa en función de las mujeres. En tanto su papel era prepararse para la unión conyugal, para atender las responsabilidades del cuidado del marido, en primer lugar, del hogar, en segundo lugar, y de los hijos que resultaran de dicha unión, se entiende entonces que fueran abundantes las diatribas y peroratas que sobre este tema se hacían.

Lo que sorprende es verificar que, a pesar de que la Iglesia católica tuvo una influencia tan marcada durante los años de vida colonial en Colombia, es sólo en la segunda mitad del siglo XIX cuando viene a consolidarse la intención de la Iglesia de consagrar el rito del matrimonio religioso como la unión por excelencia, la cual permitiría organizar una familia para el progreso de la sociedad. De acuerdo con el historiador Pablo Rodríguez (1991), "*el matrimonio católico de la Colonia fue más una ambición que una realidad. Ante las rígidas condiciones sociales que debían cumplirse para efectuarlo, muchas mujeres y hombres iniciaban informalmente relaciones que terminaban en auténticas uniones consensuales*".

Rodríguez no precisa de qué sectores sociales hacían parte estos hombres y mujeres, pero podría suponerse que lo fueran de las clases más pobres, que no tenían que justificarse ante ninguna convención social para discurrir en su vida cotidiana.

Este mismo historiador, quien se ha dedicado a investigar sobre las estructuras familiares durante la Colonia, plantea que la consolidación (nuclear, modelo católico por excelencia, se produjo en la segunda mitad del siglo XIX. En sus palabras: "En el caso colombiano la laicización de la sociedad no buscó, en

manera alguna, cuestionar o limitar la intervención de la Iglesia en la vida familiar o conyugal. La aceptación del divorcio de 1853 fue un breve episodio político que sólo duró tres años. Por el contrario, fue durante la segunda mitad del siglo cuando la Iglesia gozó de las mayores prerrogativas para incidir sobre el orden familiar... La iglesia logró durante este período la catolización que no había cumplido durante el virreinato" (Rodríguez, 1991:67).

El discurso dominante en la segundad mitad del siglo XIX era el de las necesidad de promover y defender la constitución de familias nucleares sagrado tutelaje de la Iglesia garantizaran la existencia de sanas costumbres lo cual redundaría en beneficio de una sociedad y una nación Este discurso se apoyaba básicamente en la atribución que se le adjudicaba a la maternidad como un hecho eminentemente natural que necesitaba ser consagrado por el rito del matrimonio.

En torno al matrimonio católico, la Iglesia portaba una concepción sacramental. Como sacramento, el matrimonio era la ejecución de de Dios en la tierra y por ello se afirmaba que "lo que Dios ha unido, no lo puede el hombre separar". Y en desarrollo de este sacramento, el matrimonio era el garante de la existencia de familias, pues su fin era la procreación de la especie humana. Así aparecía expresado en el periódico EL CATOLICISMO de concepto del matrimonio:

> *"El matrimonio entre católicos supone la doctrina que dejamos sentada; i por eso las leyes que arreglan el matrimonio tiene por norma otra lei superior, dada por un lejislador que no es hombre: el motivo de los deberes del matrimonio, como el premio de su cumplimiento, son también de un orden superior, independiente del interés de las pasiones.*
>
> *... San Agustín observa, en el libro que escribió del bien del matrimonio, que Jesucristo no elevó este contrato a la dignidad de sacramento solo con el designio de procurar la santificación de los particulares, sino igualmente para el bien jeneral, i para la perfección del cuerpo de la Iglesia. De aqui dimana*

que el matrimonio tenga ciertas funciones espirituales, como la educación de los hijos, mantener la sociedad i la paz entre los consortes, empeñarles a que se tributen mutuamente todas las obligaciones que exige esta sociedad, a hacerle guardar la fe conyugal, ligarlos tan estrechamente que no puedan separarse para contraer otros vínculos" (El catolicismo. 1853:79-80).

Y sobre la misma definición del matrimonio como sacramento, esta otra cita:

MATRIMONIO. "Desde que la Iglesia ha declarado que el matrimonie entre católicos es un verdadero sacramento de la lei de gracia, es una consecuencia indudable i segura, que el contrato del matrimonio no es materia cuyo arreglo corresponda a la autoridad civil. Porque ¡qué es este sacramento, sino el matrimonnio! i ¡qué es el contrato matrimonial, sino el matrimonio mismo!? Por manera que el sacramento es el contrato i el contrato es el sacramento i el que arreglare el contrato arreglará el sacramento. La nulidad del contrato anularía el sacramento porque no puede haber sacramento sin contrato; i la nulidad sacra mentó anularía el contrato, porque no puede haber contrato sin sacramento. Se vé por esto, que es imposible hacer una distinción rea entre el contrato i el sacramento, porque sería distinguir el matrimonie del matrimonio; esto es, distinguir una cosa de sí misma" (El catolicismo.1853: 81).

Así que la pugna por la legislación, en cierto modo, buscaba proponer medidas legales para los sectores sociales donde se movían bienes y patrimonios importantes.

Era, en definitiva, el control sobre la propiedad y sus herederos. Es ésta una de las causas de la breve existencia del matrimonio como resultado de la pugna entre los sectores más liberales, los liberales radicales y los sectores conservadores de las élites. Pero antes de analizar cómo se desenvolvieron los hechos que originaron la promulgación de la ley del matrimonio civil, es necesario detenerse sobre el papel que desempeñó la Iglesia Católica en el proceso de "imponer" un modelo de matrimonio y familia traído de Europa, el cual era ajeno a las poblaciones aborígenes de América.

Un estudio pionero en Colombia sobre esta temática es el de la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda, quien ha realizado una exhaustiva investigación de la transformación de las estructuras familiares en el país desde el período colonial hasta nuestros días. El trabajo de esta autora parte de describir y analizar con detalle las estructuras familiares que tenían los aborígenes colombianos a la llegada de los españoles, para luego mostrar paso a paso, en un proceso de mestizaje lento y complejo de más de trescientos años cómo fueron produciéndose los cambios, cómo fueron imponiéndose paulatinamente modelos europeos de vida y cómo, especialmente la Iglesia católica, cumplió el papel de misionera para implantar doctrina y sus concepciones de familia y matrimonio en el país. Su estudio tenía el propósito de analizar la estructura de estas instituciones [se refiere a la cultura matrimonial peninsular y a la indígena] con el fin de encontrar los sistemas de deculturación que emplearon y en especial, el trabajo misionero cristiano que buscó imponer a remanentes indios y mestizos la concepción de la familia sacramental indisoluble y un régimen de dominación patriarcal, en contravía con las herencias nativas.

Es necesario tener en cuenta cómo el largo y complejo proceso de mestizaje, que involucró la cultura, las relaciones sociales y familiares, las tradiciones y costumbres, se produjo por imposición de la etnia dominante, la blanca europea, masculina, que portaba particulares concepciones de la vid; visiones, tradiciones y costumbres harto distintas de las existentes en América. Por un lado, los grupos aborígenes colombianos en sus sistemas de organización social, de relaciones intergrupales y de estructuras matrimoniales, eran polígínicos, "pero en un grado de intensidad variable. En algunos grupos esta forma matrimonial era casi privativa de las cabezas de poder, de la nobleza y de la medicina, mientras en otras, ella

descendía hasta estratos más bajos, llegando en algunos casos a abarcar el conjunto".

Por el otro, con la llegada de los conquistadores españoles, quienes portaban en su universo simbólico, un tipo de matrimonio y familia monogámico, patriarcal, puede entenderse entonces el choque de estas dos concepciones, de modo que se iniciara de manera deliberada, por parte de quienes poseían el monopolio de la fuerza, conquistadores y colonizadores, un trabajo de imposición de su propio modelo. Este se gestó en más de trescientos años, atravesó por muchas vicisitudes y, finalmente, se impuso no siempre con éxito total, pues los aborígenes primero, y luego los mestizos, buscaron diversas formas de resistencia a esta imposición, una de las cuales fue la de las uniones de hecho.

El amplio estudio que realizó la autora sobre el encuentro de estas dos cosmovisiones pasa por analizar, de uno y otro lado, aspectos como los sistemas y normas de parentesco, los sistemas de filiación, las normas de las reglas de sucesión, las normas de herencia, la regulación matrimonial para concluir que:

> *"El sistema español -religioso y legal-, cuya autoridad y fuente económica estaba en el padre, implícitamente destruía el sistema de estructuración familiar indio. En él la mujer era una fuerza de trabajo, ya fuera porque ella labraba en la tierra de sus parientes o porque sus actividades favorecían al marido. El nuevo concepto anulaba a la mujer como factor de producción y le restaba además los valores sociales anexos que esta actividad conllevaba. Por otra parte, el hecho de que el hombre debiera ser la cabeza económica de la familia, rompía el sistema de división del trabajo por sexos de la comunidad nativa. Según este principio, la guerra, la roza, la pesca y la caza dejaban de ser las únicas actividades masculinas de la mayoría de las culturas, para que, por el régimen extranjero pasaran a ser sustituidas y complementadas por la agricultura, la ganadería, el transporte, la construcción, la minería y las formas artesanales, etc. Sin embargo, la resistencia debió ser fuerte y las recomendaciones religiosas tales como las del Sínodo de Fray de los Barrios —"Mándeles que no*

estén ociosos, y hagan sus sementeras para sustentar a sus mugeres y hijos"— no tuvieron resonancia práctica, porque aún en las zonas donde existieron fuertes núcleos aborígenes, hoy en día la mujer continúa cumpliendo tareas como el cultivo del suelo, dentro del ámbito de Boyacá, altiplano de Cundinamarca, porciones de los Santanderes, Nariño y Cauca, amén de otros retazos nacionales de tradición india" (Gutiérrez de Pineda, V.1997:xiv).

Es necesario tener en cuenta anteriormente descrito, a la hora de qué modelos de familia y de matrimonio eran los dominantes en el siglo XIX en Colombia, y sobre todo en el período de este estudio, segunda mitad mismo siglo. En todo caso, para este período el discurso visible y dominante del modelo de matrimonio era el señalado por la Iglesia Católica, el cual se encontraba bastante as por los sectores de élite de la república, más que por otros sectores. Virginia Gutiérrez de Pineda afirma en su libro lo siguiente:

"Pese a los esfuerzos de transformación de las instituciones españolas, no podemos decir que el patrón hispánico de la familia se hubiera logrado implantar en Colombia en los comienzos del siglo XIX. Era apenas una realidad limitada dentro de ciertas clases sociales, mientras que en otras apenas se insinuaba un comienzo de aculturación a las pautas españolas. En algunos estratos convivían las herencias aborígenes con los patrones castizos, o los dos cumplían procesos de sincretismo en las normas de institución familiar. No faltaban grupos que se resistían eficazmente a la interferencia foránea" (Gutiérrez de Pineda. Ibídem: 311).

En definitiva, para la segunda mitad del siglo XIX, todo parece indicar, por el contrario, que el modelo dominante había ido imponiéndose y los aspectos inherentes al modelo, como la patria potestad más severa con la mujer, el parentesco bilateral, los conceptos de hijos legítimos y naturales, la unidad del domicilio de la institución primaria, entre otros, eran ya de corriente uso.

En las condiciones sociales y culturales descritas tan brevemente, la sanción de la Ley de matrimonio civil se produjo en el período de los gobiernos liberales que desde

1851 venían realizando una serie de medidas favorecedoras del desarrollo de un mundo más abierto, más "liberal". Este tipo de medidas buscaban en el fondo oponerse a los atavismos del sistema colonial, que aún después de 30 años de vida independiente estaban presentes en la vida cotidiana de la nación. Y como se ha insistido, la relación entre la Iglesia como institución y la religiosidad como espíritu de la época estaban imbricadas y ejercían por lo tanto una fuerte influencia sobre las decisiones en las esferas del Estado. En tal sentido, Suzy Bermúdez caracteriza este momento de la siguiente manera:

> *"Existían dos posiciones encontradas durante el período de los gobiernos liberales frente a la importancia que debía tener la religión en la educación de las mujeres. Por un lado, los liberales aducían que era conveniente separar a las mujeres del control que la Iglesia ejercía sobre ellas, para así lograr que permanecieran más tiempo en el hogar que en la iglesia y para debilitar la influencia de la institución en la sociedad, ya que ellas tenían mucho poder al transmitir cierto tipo de valores en el espacio doméstico. Por el contrario, conservadores y la mayoría de la población femenina se oponían a tal propuesta porque consideraban que la única forma de lograr un pueblo civilizado era a través de la religión y además, en el caso particular de las mujeres, la ayuda religiosa era fundamental porque se creía que ellas eran más débiles frente al pecado"* (Bermúdez, S.1993:115).

Aunque el autor no logra documentar suficientemente esta afirmación, en la pesquisa realizada por este estudio se encontraron algunos documentos que evidencian las diferentes posiciones que se debatieron en torno al papel de la formación moral y religiosa para las mujeres, y también al papel que representaba la Iglesia en la vida de la nación. Así, en las memorias escritas entre 1864 y 1882 por un liberal de la época, Salvador Camacho mencionaba lo siguiente:

> *"La revolución de 1810 había roto los lazos que unían estas colonias a la metrópoli española, pero no los que los pueblos reconocían a la autoridad del Supremo Pontífice. Hubo tendencias visibles hacia la*

> *emancipación de esta última dependencia, en la ley de patronato de 1824, en la de 1852 sobre nombramientos de curas, en la separación de la Iglesia y el Estado en 1853, en la del establecimiento del matrimonio civil y en la de 1855 sobre...; pero estas tentativas no habían desarraigado la reverencia que nuestro sexo femenino y gran parte de nuestra población masculina profesan a la unidad del catolicismo"* (Camacho R. s.f.: 279-80)

Acercarse a las concepciones que existían en la época sobre cómo debían "ser" las mujeres no ha sido una tarea difícil. A través de la prensa escrita en el período de estudio se encontraron numerosos artículos de opinión sobre el tema, escritos en su inmensa mayoría por los hombres en un tono aleccionador y claramente patriarcal. Son los hombres aconsejando a las mujeres sobre cómo debía discurrir su vida, cuáles debían ser sus actitudes, amén de establecer censura sobre determinados comportamientos que no fueran dignos de una persona del "bello sexo".

Naturalmente que esta serie de consejas iban dirigidas a un núcleo de mujeres específico: las letradas, las que tuvieran acceso a estos periódicos, en suma, a las mujeres de la élite de la provincia de Bogotá. También hubo otras publicaciones a modo de memorias, en las cuales se narraban cuadros de costumbres y de la vida cotidiana de la provincia, de los cuales se seleccionaron algunos bastante significativos.

Para empezar este análisis, se presentarán a continuación y en primer lugar unas reflexiones en torno a una obra escrita por un escritor de la época, José María Cordovez Moure, quien se dedicó a relacionar de forma muy detallada y en diferentes obras las costumbres de la provincia de Bogotá en la segunda mitad del siglo XIX.

Su lectura resulta interesante porque abunda en detalles de las costumbres de las rancias familias de Bogotá. En su obra *De la vida de antaño(1936),* se extiende en mostrar las estructuras de las casas bogotanas, su disposición interior, las actividades recreativas que entretenían a las familias (bailes, paseos, juegos), la música que se escuchaba, el desarrollo de las actividades diarias de un hogar, el desempeño de la servidumbre los "amos y amas", los viajes, entre otros.

A lo largo de estas narraciones se evidencia con mucha claridad cuál la característica de las familias de élite: una familia patriarcal, en la cual las mujeres cumplían un papel de adorno y a la vez de gobierno de la vida doméstica, pero con diferencias muy precisas de acuerdo con la edad de mujeres. Textualmente se presentan a continuación detalles que corroboran estas afirmaciones:

Sobre los bailes de salón:

"A las siete de la noche empezaban a llegar los invitados. Si entre éstos iba una familia, se componía del siguiente personal: padre, madre, hijas, niños, el perro calungo, y las sirvientas que conducían el farol, los abrigos y la llave de la puerta de la casa, llave que por sus dimensiones podía servir de arma ofensiva y defensiva en caso necesario. Las abuelas (nombre que se daba a las mamas de las niñas), se colocaban en los asientos mejor situados de la sala, teniendo muy cerca de sí a las muchachas, y celándolas con ojos de Argos..." (1936:24).

Sobre crianza y educación:

"Si se trata de la crianza de los hijos, nuestras esposas se sienten orgullosas con amamantarlos ellas mismas, y no hay consideración que sea capaz de reducirlas a que cedan ese sublime deber a mercenarias nodrizas. Entre nosotros si se cumple el precepto de que el regazo de la madre sea la cátedra sagrada en donde aprende el niño a pronunciar el nombre de Dios, con los principales rudimentos de la religión que debe profesar; y hasta que llega el

tiempo de que empiece a recibir la educación de manos extrañas, ve en sus padres los representantes de la Providencia...Ya crecidos los hijos, van los varones al colegio; pero las niñas, por lo regular, no se apartan de la madre, quien les enseña la vida práctica y hacendosa del hogar, donde aprenden, en vista del ejemplo, que es el mejor maestro, todo el cúmulo de quehaceres domésticos que hacen aptas a las colombianas para emprender el camino incierto de la vida, con la mirada fija en el cielo que las inspira, y consagradas absoluto al cumplimiento de los deberes consiguientes al puesto que las ha de colocar su buena o mala fortuna". (Ibidem:104).

Todavía se considera en Bogotá como una bendición del cielo la fecundidad de la madre cristiana, que se complace en presentar a sus hijas con el mayor adorno posible, contentándose ella con vestirse modesta saya o traje oscuro, esparciendo en torno suyo miradas de satisfacción y orgullo al verse reproducida en cada una de sus hijas, y como repitiendo las célebres palabras de Cornelia, madre de los Gracos, cuando la reconvinieron porque no usaba alhajas, y contestó mostrando sus hermosos hijos: "*¡éstos son mis mejores joyas!" (Ibidem:107)*

Despachados después de almuerzo los hombres de la casa, empezaba la madre de familia las tareas consiguientes al aprendizaje de las niñas en los ramos de costura, bordados, flores de mano, guitarra y canto, porque el piano era mueble propio sólo de los más favorecidos de la suerte; leían el Año Cristiano y recibían las visitas de las personas de *calidad,* quienes se entretenían dando lecciones orales en diversas materias, amenizadas con historias y anécdotas divertidas, lo que hacía que esas horas de labor intelectual y materia se *consideraran como* parte del tiempo mejor aprovechado.

Rufino Cuervo, José Ignacio de Márquez, José Eusebio Caro, Juan Antonio Marroquín, Mariano Ospina, Luis Baralt, Alejandro Osorio, Eusebio Canabal, Lino de Pombo, Ignacio Gutiérrez, Rafael E Santander, Mariano Calvo, Nicolás Tanco y

muchos otros distinguidos patricios, contribuyeron en gran parte al cultivo y desarrollo del frondosísimo árbol del hogar doméstico, que dio los opimos frutos de las matronas cristianas que hoy presenta Bogotá con legítimo orgullo, cuyas virtudes dan completa garantía de que las generaciones futuras serán dignas sucesoras de su abolengo". (Ibídem: 120)

Respecto a las mujeres y el matrimonio, el autor se refería así:

> *"Siempre hemos abrigado la persuasión de que el paso más grave, decisivo y aventurado de la vida, es el acto del matrimonio, especialmente para una mujer, y mucho más para una muchacha de menos de veintiún años.*
>
> *No hay duda que la fuerza del sexo bello está en su misma debilidad física, porque en cuanto a su ser intelectual, posee cualidades y preeminencias a que no puede aspirar el hombre; pero, en cambio, las mujeres tienen, por lo general, más corazón que cabeza, aunque no falta quien sostenga que el corazón de ellas sólo tiene por objeto llenar las funciones mecánicas de dar impulso a la sangre y odiar a quienes más las quieren".* (Ibídem: 132-3).

No existía pues ninguna duda sobre el papel que debía jugar la mujer ama de casa y madre. Eran dos facetas naturales que no permitían ninguna discusión, que debían afrontarse sin ninguna objeción, que debían asumirse con nobleza, entereza, paciencia, abnegación.

Y estos comportamientos debían estar acompañados de otras actitudes: laboriosidad, humildad, recato, silencio, resignación, obediencia. Así, otro escritor, José María Vergara y Vergara publicó un artículo en un periódico (La Patria. Bogotá: 15 de marzo de 1936) en el cual se dedicaba a dar consejos a una mujer, Elvira Silva *Gómez,* bajo el título de *Consejos a una niña. He* aquí algunos apartes significativos:

"... El hombre tiene la iniciativa para hacer su dicha y la de la mujer, y para labrar también su infelicidad y la de ella; pero la mujer tiene una misión más suave, más propia de su delicadeza, de su sensibilidad y de su pudor. Su misión consiste en aceptar y seguir el bien en su dicha, el mal es su dolor y su desgracia.

… Para mayor apoyo de la debilidad femenina crió Dios un modelo y un espejo de mujeres en su madre. Criada en el silencio del hogar, como el ave en el silencio del bosque, humilde y pudorosa el día que se le notifico su dicha; relinda y laboriosa en su vida de familia; intercesora, benévola y humilde cuando la vida pública de su Hijo…"

La lección que debía era la moral y así la mujer debía aprenderla por el bien de la civilización, puesto que esto repercutiría de manera favorable en el desarrollo de la sociedad, ya que garantizaría la sanidad de las costumbres y la moral en su misión educadora, y sin duda la institución que debía ayudarla en esta misión…La iglesia.

8.11. CALDAS Y SU PROCESO DE MESTIZAJE CULTURAL

La cultura implica necesariamente una construcción colectiva, dinámica, que se impone a los individuos y éstos la internalizan, la hacen parte de sí. Tal cultura se constituye necesariamente en la referencia obligada que da sentido a la vida colectiva en un momento determinado y se convierte en un factor de reproducción social ampliada. García Canclini aporta la siguiente noción de cultura: "producción de fenómenos que contribuyen, mediante la representación o reelaboración simbólica de la estructuras materiales, a comprender, a reproducir o

transformar el sistema social, es decir, todas las prácticas e instituciones dedicadas a la administración, renovación y reestructuración del sentido"[54].

La cultura además de representar a la sociedad, reproduce sus relaciones de producción, las transforma e inventa nuevas. La cultura está inserta en el hecho socio-económico.

El concepto de región, aplicado aquí, refiere a diferentes formaciones sociales histórico-culturales precaldenses y caldenses, cuyos procesos han estado localizados en el territorio total o parcialmente del hoy denominado departamento de Caldas.

Las diversas confluencias de procesos históricos aunado a cuestiones económicas, políticas, religiosas y el conflicto de las relaciones sociales originaron unos imaginarios, unas expresiones simbólicas y comunicativas que permiten algún grado de cohesión y un sentido social en la reproducción y transformación social y del territorio bio-físico, caracteriza y determina las sub-regiones etno-culturales en el período de poblamiento que ha tenido.

Tal formación es el resultado de las confrontaciones políticas y luchas entre grupos humanos, las etnias y las clases sociales que actúan para determinar la región. Por esto en el mismo territorio (continente), se han conformado diversas regiones histórico culturales (contenido).Es este un concepto antropológico, influenciado por la Geografía Humana y Económica y apoyado en la Historia.

---

[54] GARCIA Canclini, Néstor. Culturas híbirdas. Estrategías para entrar y salir de la modernidad. México: Editorial Grijalbo. 1989 Pág. 30

A partir de la categoría de hibridaje cultural que propone García Canclini[55], hemos matizado diferencias respecto a la categoría de mestizaje cultural, para precisar el enfoque que proponemos. Esto nos ayudó a entender las condiciones de dominación cultural presentes y pasadas y nos permitió conceptualmente presentar una delimitación de las posibilidades de un proceso cultural propiamente caldense, a partir de la búsqueda de algunos elementos que nos acerquen a lo que hemos denominado el sentido de identidad de lo caldense.

Retomemos lo relacionado con lo híbrido o lo intercultural. Esto se asocia a lo fuerte, lo dinámico, lo vigoroso y como tal, se adecua a condiciones adversas para obtener resultados funcionales anhelados e ideales. Pero lo híbrido NO identifica la identidad caldense, en tanto está en proceso incipiente de cristalización y como cultura mestiza no se ha consolidado y decantado. El hibridaje cultural es un camino de dependencia y subyugación, en tanto impide consolidar procesos identitarios, por estar asociado a la preferencia de lo externo respecto a lo interno. (Transculturación) Por el contrario el camino del mestizaje es una opción de reproducción cultural en tanto proceso que privilegia la esencia de la mezcla como lo propio. En este contexto, los elementos culturales híbridos entrarían a debilitarse dando paso a la transformación cultural del mestizaje caldense.

8.11.1. EL IMAGINARIO ACTUAL: LO PRECALDENSE Y LO CALDENSE

Desde la perspectiva del análisis regional en términos funcionales o económicos, incluso culturales, no es fácil abordar el asunto cultural de

[55] GARCIA CANCLINI, N. Op.cit. Pág. 37

lo caldense debido a la variabilidad, a las diferencias y a las barreras culturales que lo impiden. Su expresión e identidad es necesario buscarla, con toda la complejidad que implica, en lo antioqueño o lo caucano, lo pre y poscaldense. Esto no quiere decir que lo caldense sea hoy una simple prolongación de tales pasados o una suma de factores o rasgos culturales provenientes de tales matrices.

Los primero es partir de Caldas como una realidad histórica y cultural, especifica, susceptible de reafirmarse históricamente como tal a partir de su configuración como departamento. En esta perspectiva lo caldense está dado al menos virtualmente y como opción cultural particular, en términos de la capacidad de asimilación de diversos ancestros y contextos culturales, que le dan su propia caracterización e identidad.

A lo largo de esta tesis, se ha realizado un trabajo de indagación y sistematización de antecedentes para la construcción de un imaginario surgido en el pasado, pero que se vive hoy en día y construido con aportes culturales de otros grupos como el caucano, el tolimense y el boyacense.

Simultáneamente se requiere en este proceso, identificar rasgos y factores evidentes de aproximación y así rescatar rasgos y factores del inconsciente o consciente colectivo, tanto del pasado como del

presente, aunando a la confrontación de los elementos encontrados o propuestos, en el contexto de un movimiento cultural amplio, libre, crítico, que surja del interés de los caldenses interesado en cada uno de los municipios, en construir un proyecto cultural identitario. Existe un trabajo realizado y en realización, muy importante que requiere dinamizarse. Es esta una tarea colectiva de gran envergadura.

El período precaldense, es culturalmente diverso y rico, en especial en el Alto Occidente. Esto se explica como resultado de un proceso de formación y consolidación fundamentado en un poblamiento milenario, desde los estadios aborígenes hasta nuestros días, con significados culturales distintos, asociados especialmente a la explotación aurífera, actividad alrededor de la cual se estructuró un mestizaje específico y regional.

La conquista y la colonia hispana y luego durante la República, la influencia caucana y la colonización antioqueña que allí irrumpen, con diversos matices y procesos de trasculturación, deculturación y aculturación, dinamizan y enriquecen procesos de hibridación y mestización cultural, bien complejos y de difícil caracterización e interpretación en la actualidad.

De allí lo polémico que resulta cualquier esfuerzo intelectual o transdisciplinario que en este sentido se haga. En Caldas los procesos

de hibridación y/o mestización se dan en torno al modernismo y la macro cultura capitalista, con lo cual no pareciera consolidarse un proceso de mestización cultural auténtico, sino un proceso de hibridación cultural, que los entendidos llaman posmoderno.

En el territorio que ha pertenecido a Caldas, en su etapa precaldense, confluyen en estadios diferentes: los significativos, diversos e importantes poblamientos aborígenes; el restringido pero eficaz hispano en la conquista militar y luego en el dominio colonial; el significativo esclavo africano circunscrito a las subcuencas cercanas al Cauca de Arma, Supía y Marmato; luego, al final de la Colonia y formación de la República, en el contexto del mestizaje interétnico entre los anteriores, el antioqueño, el caucano, y el tolimense; también la presencia de algunos núcleos europeos especialmente hacia el alto Occidente y en el centro-sur con alguna marginal y casi siempre técnica presencia de alemanes, franceses e ingleses, que esporádica y eventualmente contribuyeron al mestizaje (biológico) pluriracial y pluricultural.

Estos procesos reproductivos iníciales, configuran la matriz del mestizaje cultural que emerge en forma violenta, signado por el autoritarismo y los estigmas raciales, llenos de contradicciones y plagados de injusticias sociales y un proceso de fundamentalismo reflejado en lo político y lo religioso.

Es una realidad cultural, que en cierta forma emerge en la mentira de todo, en tanto todo pareciera que culturalmente se destruyera cuando el dominio español, salva lo auténticamente hispano. Curiosamente a partir de 1880, se realiza un proceso de rescate de lo hispano, y se inicia una búsqueda de aquellos elementos que dieran fuerza, respaldo e identidad con lo ibérico.

Se buscan genealogías con parientes remotos pero hidalgos, proceso de blanqueamiento para sacar las impurezas y desvaríos de parientes lejanos con atractivas y hermosas morenas que iban de pueblo en pueblo y ofrecían sus servicios y simplemente trabajaban para su sustento en las fondas camineras.

Dicho proceso se fue acentuando desde la década de 1940 en adelante cuando las familias buscaban mantener una elite basada en los apellidos para perpetuar su influencia, dominio y mantener ciertas prebendas como los puestos públicos más representativos, alianzas y conexiones con el gobierno central, y mostrar cierta altivez, desdén por lo popular y vanagloriar los episodios épicos de los abuelos o parientes que participaron de la colonización, a la cual han elevado a una gesta mantenida a través de la historiografía oficial.

Lo que sí es cierto es que la cultura cafetera (esta cultura es sinónimo de caldense o más bien hace referencia al concepto de "culturas del

trabajo") es profundamente racista y discriminatoria, opuesta a lo que Jorge Amado considera la única arma eficaz contra el racismo: el mestizaje, para no hablar de la manera peyorativa como cotidianamente nos expresamos acerca de los indios y de los negros, porque no soportamos la diferencia y porque con ello legitimamos, primero, el saqueo de sus tierras y recursos y segundo, el confinamiento social, geográfico y laboral de estos grupos étnicos a los lugares más apartados y a los oficios más degradantes y obviamente peor remunerados.

Esto implica el refuerzo de la desconexión y la fragmentación cultural impuesta por factores exógenos provenientes de los centros de poder dinámicos del capitalismo internacional y que en forma progresiva impedirían una construcción cultural propiamente caldense. En esta perspectiva, solamente queda el sometimiento cultural a una simple zona internacional del mercado mundial.

En esta búsqueda del eslabón perdido de lo caldense, pasarán años antes de encontrar algún acuerdo entre los caldenses, pero un hecho es que la realidad camina y si no se hace el camino, parodiando a Machado, otras realidades socio-políticas, económicas y regionales, nacionales e internacionales, ya los lo están demarcando. ¿Se podrá aceptar pasivamente el papel de "aldeanos" globales, es decir, aldeanos ausentes e ignorantes de la historia y pasivos elementos del futuro caldense? ¿No es posible un futuro caldense? Mientras se dejan estas

ideas dando vueltas, se intentará una aproximación descriptiva de algunos rasgos característicos etnohistóricos y culturales.

En el Occidente caldense se expresan la multiplicidad interétnica (trietnicidad) de lo aborigen, lo africano y lo europeo latino - sajón, los carnavales "non santus", la minería del oro de Marmato, Supía y Quiebralomo, la influencia climática y los estilos de vida tienen con la impronta del "Río de miel", desde el Valle del Cauca, lo híspanoantioqueño con su sentido mercantilista y capitalista (racional con sentido del lucro) aunado al juego y al riesgo con marcado contraste; también las leyendas, los sustos, los espantos y los mitos adquieren su propia particularidad.

En el oriente caldense, o el lejano oriente como se autodenominan sus pobladores, pareciera predominar con mayor arraigo lo antioqueño en su sentido tradicional, alrededor de la caficultura; se mantienen estructuras campesinas, católicas y familias patriarcales; el juego, la valentía y el riesgo apuntalan aun tímidamente un sentido industrioso capitalista local; el clima de montaña y la baja densidad poblacional proyectan un pasado en presente; la etnia hispano-antioqueña domina el territorio.

Una diferencia marcada la determina el Magdalena Medio en la Dorada y Victoria como otra sub-región del oriente en donde confluyen

costumbres y las etnias mestizas tolimenses y la marca antioqueño-santandereana que permea la cultura del "Río Padre", sincretizada con el mestizaje costeño. La ganadería extensiva, el comercio calentano, la colonización reciente de las selvas, las pesquería y la confluencia de las fuerzas urbano-regionales de Bogotá y Medellín tensionan un campo cultural híbrido.

El norte caldense, igual que en la sub-región nororiental, tiene la marca identitaria de lo paisa -o hispanoantioqueño- como etnia que construye un sentido tradicional alrededor de la caficultura. La catolicidad, el patriarcalismo familiar y un comercio provinciano atado a Medellín se recrea en el paisaje montañero. Sus ciudades estructuraron una arquitectura que responde a sus sentidos y la posibilidad que brindó la acumulación, primero a través del oro y luego del café. También el juego y el riesgo, aún de la vida misma, de valentía, se atraviesan como expresión de un espíritu colectivo, que festeja cívica y religiosamente sus fechas de identificación grupal.

En el centro-sur caldense, el dominio urbano-regional de Manizales es hegemónico, se dinamiza evidentemente. Aquí el pasado cuenta como refuerzo del statu quo, pero se elimina de un tajo cuando se trata de negocios y especulaciones.

La apariencia y la formalidad y la imagen de las reglas tradicionales de la urbanidad, fundamentan la imagen personal o familiar, también económica. El boato de la fiesta y el protocolo religioso constituyen paradigmas de imagen que es necesario copiar. Lo extranjero es sinónimo de progreso y bienestar y como tal expresa el progreso y el fin. La comodidad y el confort, la exquisitez femenina o el refinamiento que sigue los parámetros de la buena cocina o del modelo del éxito, configuran un cuadro cultural urbano tipo francés, recreado del siglo XIX o primera mitad del siglo pasado.

El arte y la ciencia están en el pináculo, como los artistas y los científicos, en especial los músicos y los poetas. Las élites intelectuales conforman un imaginario compartido y acogido. La fiesta es señorial y la influencia hispana se adopta como propia.

Todas las cracias configuran caminos por obtener. La racionalidad invade la formalidad y la vida práctica pero se contradice con el sentimiento apasionado y a veces dramático, que en lo privado raya en la tragedia. La tecnología y su cuadro profesionalizante configura un paradigma de encuentro y sensatez. La moda de todo tipo es urgente y necesaria, especialmente la extranjera. Lo sacro se paganiza como mediador de fines personales. Manizales, simbólicamente estructura en su imaginario colectivo étnico el mismo prototipo del norte de Caldas

pero en realidad el hibridaje étnico de toda la policromía étnica de Caldas y Colombia se sincretiza.

En el eje de la cordillera, en las tierras muy frías y paramunas la colonización silenciosa boyacense iría a desplazar y derrotar a la maicera, para luego irse acomodando en el comercio de los abarrotes en todas las galerías de las ciudades y poblados. La papicultura, el queso y la leche configuran su soporte económico que les permite afincarse en Caldas con legitimidad y con tradición, abriéndose campo en las esferas profesionales, gremiales e industriales.

Esto implica el esfuerzo de la desconexión y la fragmentación cultural impuesta por factores exógenos provenientes de los centro de poder dinámicos del capitalismo internacional y que en forma progresiva impedirían una construcción cultural propiamente caldense. En esta perspectiva, solamente queda el sentimiento cultural a una simple zona internacional de mercado.

En el Norte y el Centro Sur de lo que es hoy Caldas, el proceso de formación cultural se estructura en Antioquia entre los siglo XVI al XVIII para trasladarse mestizamente al territorio del hoy Caldas, con la colonización. Es un proceso que se impone culturalmente sobre la geografía sin resistencias étnicas, sin someter a otros grupos

poblacionales, pues éstas no existían en este territorio, durante el siglo XIX.

De allí que el fenómeno sociocultural sea simplemente el de la expansión de la cultura mestiza hispanoantioqueña, la cual va apropiándose de territorios en dirección Norte-Sur y también al Oriente de Caldas, especialmente en los pisos térmicos medios y calientes. Pero es una cultura mestiza en donde lo hispano es lo que predomina frente a lo aborigen o africano.

De allí esta contradicción, que en cierta forma se estructura con la práctica social de los españoles y criollos, que forjaron un tipo de sociedad súbdita de España y simultáneamente autónoma. Súbdita por estrategia de organización y consolidación social pero realmente autónoma a la luz de una concepción libre que las mismas actividades económicas y comerciales, propiciaban, comenzando por el libre comercio incluyendo el "no legal" que se imponía en su territorio, orientado por una férrea conducta ética, fundamentada curiosamente en el predominio ideológico católico.

Las formas esclavistas tan enraizadas en el Cauca y en Antioquia desaparecen pues aquí las oligarquías eran más acriolladas, más amestizadas.

En las tierra calientes caldenses del Magdalena también llega la colonización antioqueña, pero en forma tardía, a finales del siglo XX. Por esta razón y la presencia de otros grupos étnicos, la Colonización tiene una dinámica cultural particular y diferenciada a las anteriores áreas mencionadas. El peso cultural de etnias de ascendencia africana que han venido penetrando por el Magdalena de tiempo atrás y los mestizos cundiboyacense que han ido avanzando, dinamizan una trasculturización y confrontación, con las etnias propiamente del Tolima, también mestizas de ancestro cultural Pijao, que se asientan e influencia la Dorada y Victoria, principalmente.

Distinto es el caso del occidente caldense, especialmente del Alto Occidente en donde la colonización encuentra un poblamiento, una historia colonial amestizada similar a la de Antioquia, pero con los rasgos de la influencia caucana y extranjera y de los sistemas esclavistas que allí predominan. Es entonces que se produce un choque, que va a posibilitar, por ejemplo, una forma particular de poblamiento mestizo como es el caso de Riosucio o Supía.

En el territorio que ha pertenecido a Caldas, en su etapa precaldense, confluyeron en estadios diferentes: los significativos, diversos e importantes poblamientos aborígenes; el restringido pero eficaz hispano en la conquista militar y luego en el dominio colonial; el significativo esclavo africano circunscrito a las subcuencas cercanas del Cauca, de

Arma, Supía y Marmato; luego, a final de la Colonia y la formación de la República, en el centro del mestizaje interétnico entre los anteriores, el antioqueño, el caucano y el tolimense; también la presencia de algunos núcleos europeos, especialmente hacía el Alto Occidente y en el centro-sur, con alguna marginalidad y casi siempre técnica presencia de alemanes, franceses e ingleses que esporádica y eventualmente contribuyeron al mestizaje pluriracial y pluricultural.

Estos procesos reproductivos iníciales, configuran la matriz del mestizaje cultural que emerge en forma violenta, signada por el autoritarismo señorial y los estigmas raciales, llenos de contradicciones y plagados de injusticias sociales. Es una realidad cultural, que en cierta forma emerge en la mentira del todo, en tanto todo pareciera que culturalmente se destruyera cuando el dominio español, salva lo auténticamente hispano.

Emergen en Caldas, valores, símbolos y representaciones comunes diferenciados en las localidades y subregiones, algunos sugeridos o modificados por la simbología oficial municipal o los avatares históricos, los cuales han sido transmitidas o resaltadas por diversos personajes, regionales, nacionales y extranjeros, investigadores que con diversos intereses, interpretan y manejan de acuerdo a la dominancia del momento.

Sin duda alguna, al recoger los datos de autores modernos acerca de este proceso de colonización, el hombre del siglo XX, se dedicó a vivir del imaginario que construyeron abuelos y padres en el sentido de la proeza y el desarrollo de la región. Grandes sueños como el mismo proceso de colonización, el avance de la civilización en estas difíciles y quebradas zonas, la construcción de caminos y carreteras, la fundación de caseríos, pueblos y el surgimiento de grandes ciudades, la construcción de ferrocarriles y de cables aéreos, la fundación de bancos, industrias y el comercio y exportación de productos agrícolas como el café, permitió que una generación se dedicará a vivir de los glorias y a mantener un sueño idílico y perpetuar una serie de prácticas racistas, sexistas y estereotipadas de un pasado que no fue totalmente color rosa.

Un Cauca reemplazado por un Valle que ha buscado afirmar y afianzar una influencia sobre los antiguos territorios y la intrusión de un tercer participante como lo es Bogotá, que jalona y atrae poderosamente.

Además de la elite manizalita, pereirana y armeniense que han construido una sólida base económica y política para gobernar pero que carecen de un proyecto de identidad y no tiene sueños ni planes para el presente y el futuro en pro del bienestar y proyección de grupo; en otras palabras no somos los de ayer, nuestra región no es la de nuestros abuelos, aunque perviven la manera de pensar y hacer, porque para bien o para mal, ya no somos la aldea aislada sino planetaria y como tal, la

nueva identidad debe reconstuirse sobre la base de propósitos y anhelos comunes, en macroproyectos económicos y políticos, en donde todos los sectores puedan obtener beneficios concretos y no simplemente hacer llamados abstractos al civismo, o al humanismo, a la solidaridad.

Las relaciones entre las familias oscilaban entre la cooperación y el conflicto. Había con mucha frecuencia una competencia feroz entre los minifundistas, surgían desacuerdos sobre linderos, mejoras, contratos y muchísimos asuntos más.

Estas desavenencias llevaban a los campesinos a pelear unos contra otros utilizando machetes y viejos rifles de caza o a muy ruidosos enfrentamientos verbales ante los magistrados locales. Aun así, la cooperación en las zonas rurales se daba en formas muy variadas y numerosas. Las movilizaciones de los montañeros del sur estaban determinadas por las tradicionales "convites" (modalidad de ayuda mutua entre los vecinos que se reunían, bien sea para ejercer labores comunales como limpieza de parcelas, tumbado de montes, recolección de cosechas o la construcción de una caja, aljibe, corral, entre otros) para limpiar parcelas.

Formas similares de ayuda mutua eran frecuentes en la colonización antioqueña; las familias tradicionalmente trabajaban unidas en las

cosechas, en la limpieza de áreas despobladas y en la fundación de poblaciones y villas.

Por tanto, la Colonización no solo había creado las condiciones para una transformación económica de toda la región en términos de diversificación productiva, sino que conformó un tipo tal de circuitos económicos, que permitió cómodamente al café, que aunque no fue tratada como punto fundamental en esta tesis, si logro aposentarse en la zona sin traumatizar dramáticamente la estructura preexistente.

Hay que recordar que el café era de cosecha cíclica y precisaba un complemento productivo de compensación para épocas que no fuesen de recolección. Inicialmente la Colonización mezcló cultivos como el maíz, fríjol y el plátano. Ello no fue conflictivo con la posterior introducción del café sino lo contrario. Fue complementario inclusive en términos biológicos, ya que la especie arábiga con que se cubrió la zona, precisaba el plátano y otros árboles para sombra. Ello terminó creando un particular esquema de reproducción de la economía de las zonas cafeteras en términos tales, que eran capaces de autoabastecerse de alimentos básicos y por tanto el excedente cafetero hacía mucho más elástica la demanda regional. Modelo entre otras cosas alteradas ya en la segunda mitad del siglo XX con la introducción de la variedad de café conocida como Caturra. Esta última variedad al no precisar sombrío, facilitó la eliminación de árboles frutales y otras especies alimenticias

con lo que contribuyó a la escasez relativa de alimentos elevando en fin de cuentas sus precios.

La demanda de bienes de consumo y de capital al ser constante en el tiempo, diversificada con los años y creciente por el aumento demográfico, terminó alterando el esquema de comercio exterior del país.

El consumo masivo de bienes, crea las bases para romper el circuito cerrado de manejo del capital comercial, pues el enriquecimiento de nacionales fuesen comerciantes o no, permite en últimas hacer rentable la producción interna de mercancías que ya se compraban de manera masiva. De allí que no sea par casualidad que fuera Medellín, donde aparecen las primeras industrias textilera, precisamente uno de los bienes de consuno más solicitados y de más continúa demanda.

Ahora, el café contó desde sus mismos comienzos con favorables condiciones agrologicas. Los suelos volcánicos de buena parte de la región cafetera central, ricos en nutrientes: para la planta, las particulares condiciones de evapotranspiración y brilla solar, garantizaban condiciones óptimas para la buena calidad del producto. Los suaves colombianos, aparecieron por una feliz conjunción y buenos factores agroclimáticos con relaciones sociales relativamente modernas que hacían posible su desarrollo.

Esto explica que otras regiones del país, que como los Santanderes habían comenzado antes la siembra del grano (desde la primera mitad del siglo XIX) no lograran ampliar y consolidar este cultivo en el largo plazo y con los resultados con que lo logró la región central de la nación.

Es que la diferenciación regional en Colombia, ha jugado un papel en las posibilidades del desarrollo mucho más profundo de lo que careciera a primera vista. Fíjese por ejemplo, en que hacía los años 1860 y 1870 del siglo XIX todavía eran los Santanderes la principal área productora de café, mientras que el occidente de Cundinamarca lo era hacia fines de ese siglo. Sin embargo en ninguna de esas dos regiones se estructura al final una burguesía cafetera.

En cambio para los primeros decenios del siglo XX, ella ya se expresaba políticamente y en poco tiempo, asume otro papel en aquellos departamentos que tenían el liderazgo en la producción bruta: Antioquia y Caldas.

El café fue además un cultivo que en su época nunca requirió una gran inversión de capital inicial. El hecho de no ser un capital intensivo, fue otro elemento clave para su gran expansión. Fenómeno que se ha modificado drásticamente en las últimas décadas de finales del siglo XX y principio del XXI.

Lo caldense, como realidad cultural es algo aún virtual en términos coherentes, pero es en cierta forma una realidad regional, que requiere de un proyecto político cultural que le integre. Es un proceso que se reproduce en múltiples formas y niveles a sí mismo. No solamente ha adquirido diversos elementos exógenos orientados por el sentido práctico y utilitario que lo aconseja sino que también extirpa y destruye factores culturales de su propia tradición. Es un drama y una tragedia en tanto es un reto que no se ha asumido con sentido regional para Caldas y así, evitar y detener el proceso cultural erosivo por el que transita la débil tradición cultural de lo caldense.

Todo ese empuje de los abuelos y padres se fue diluyendo, y como lo afirma un importante dirigente cafetero, a las nuevas generaciones las niguas se les subieron a la cabeza; aunque la zona goza de una calidad y estándares de vida más alto que el de otras regiones del país, los sueños que hicieron grandes a nuestros antepasados, se han ido perdiendo entre los goces de la buena vida, la falta de planeación, entre otros y especialmente que el sentido de identidad de cada una de las zonas que conforman el viejo Caldas, no ha podido responder a los grupos que lo conforman ni a las necesidades de diferenciación, no se ha sabido manejar un concepto claro de región, y hay ambivalencias entre Antioquia, que maneja un fuerte y acendrado sentido regional para adentro y con vigencia dentro de sus límites departamentales,

desconociendo su vigor y papel histórico con estas regiones y que a través de los imaginarios que se ha reconstruido en esta tesis se ha querido buscar una razón de ser de estas tierras.

9. CONCLUSIONES

9.1. DIRECTRICES DEL ESTUDIO

En el contenido de este estudio, se ha mostrado como a partir de una serie de investigadores han querido profundizar acerca del proceso de identidad de la zona del Eje Cafetero, en especial acerca de lo caldense y en confrontación con el proceso de identidad generado a través del imaginario de la antioqueñidad.

Esto ha permitido estudiar los procesos sobre un conjunto de datos sobre las relaciones que esta región (El Gran Caldas) ha tenido con la Antioquia, las cuales han mostrado una serie de tensiones, altibajos generalmente mediados por intereses políticos, económicos y sociales, los cuales han creado un ambiente no muy claro sobre el proceso de identidad para los habitantes de esta zona.

Junto a lo anterior, la historiografía oficial ha proclamado que la gesta de lo que se conoce como "colonización antioqueña", fue el movimiento con características épicas, heroicas de un puñado de hombres y mujeres que con acciones supuestamente democráticas, tolerantes y de igualdad dieron los pasos civilizatorios para estas tierras.

Es el momento, terminado el trabajo, de sintetizar algunas de las conclusiones fundamentales que resuman el alcance de esta investigación poder comprender cómo se ha dado el proceso de identidad de esta zona, y mostrar los imaginarios o representaciones sociales de los colonizadores paisas que llegaron a poblar estas tierras y a través de los elementos de la matriz identitaria como son las relaciones

de género, la etnicidad y la cultura del trabajo y que se analizaron cada uno a través del papel de la mujer, las relaciones entre antioqueños y caucanos y los procesos de trabajo y producción de los campesinos-colonos en los nuevos habitantes del Gran Caldas y sus particularidades en las regiones de Caldas, Risaralda y Quindío, lógicamente su conexión con Antioquia..

9.2. SOBRE EL CONCEPTO DE IMAGINARIO Y LA MATRIZ IDENTITARIA

Los mundos posibles, aquellos en los cuales se mueven y desenvuelven los sujetos, son configuraciones de las imágenes que la cultura le ha dejado como impronta y la forma como ellos mismos recrean una y otra vez el marcaje de aquella. Nos representamos en el otro, nos identificamos con él, queremos conocerlo, aprehenderlo, robarle su imagen. Así, desde que nacemos asistimos a la comunión que nos produce el contacto con los semejantes a través de los grupos, que conformamos y participamos, ya sean religiosos, políticos, académicos, culturales o familiares.

Entonces, los imaginarios hacen parte del complejo de representaciones de un sujeto, lo configuran a imagen y semejanza de su prójimo o en otros casos a completa desemejanza. Así, pues, el registro imaginario está sembrado en la tierra fértil de las pasiones, de lo primario, de lo lábil, pero es allí en donde se encuentra precisamente su talón de Aquiles. El mismo registro lo aproxima al perjuicio, a la acción desmedida, al impulso árido del actúo luego pienso, a la compulsión, es allí donde existe precisamente la ferocidad, la agresividad manifiesta y latente que

percibimos en el conflicto y las principales ilusiones de lo imaginario son las de totalidad, síntesis, autonomía, dualidad y sobre todo semejanza. De modo que los imaginarios es el orden de las apariencias superficiales que son los fenómenos observables, engañosos, y que ocultan estructuras subyacentes.

Imaginario, del latín imaginarius, connota la significación de lo aparente, ilusorio, pero está alusión está lejos de ser algo inicuo, ya que sus efectos muchas veces suelen ser devastadores. La ferocidad se desata, el rumor corre y circula y las dinámicas generadas son inestables. La opinión, lejos de inscribirse en un ejercicio reflexivo es un efecto de pega que masifica los públicos.

Pasar de la imagen que se superpone, a la palabra que articula, el sentido último de todo acto comunicativo, en tanto opinión, conjetura analizada, posibilidad ética. Cuando la información es imaginarizada, se hace manipulable, representa, actúa en el sujeto y en su lectura del mundo e influye en su acción.

Los imaginarios hacen parte de la estructura del colectivo por la posición de la atribución simbólica que el sujeto le presta al discurso mediático, académico y a la forma como éste reconstruye, muy a su pesar, los significados en el grupo o colectivo al cual se dirige, su público objetivo.

El paso de lo imaginario a lo simbólico es el verdadero ejercicio de opinión, de análisis; no importa quien lo haga, siempre será un ejercicio individual, objetivado en el consenso colectivo (intersubjetividad pactada). Allí surge la verdadera opinión, menos débil que su predecesora sólo construida por imaginarios.

Lo simbólico articula nuevas posibilidades de representación y resignificación que recrean al sujeto y lo que él piensa en un proceso dinámico de atribución de

significados y de significaciones compartidas, lo dota de posibilidades de existencia de mediación, en otras palabras, lo hace razonable. Y dado que los imaginarios no son inicuos, que son inestables, manipulables y azarosos en la acción del colectivo nuestra responsabilidad es ética. Lo importante es tener siempre presente las implicaciones del comportamiento humano en colectivo y determinación de saber cuándo retirarse.

En todos los tiempos las sociedades humanas han experimentado cambios en sus formas de vida, en su cultura, en sus lugares de residencia, en su forma de organización social. La migración, entendida como un proceso de movilidad territorial hacia zonas rurales o urbanas, lleva implícitos procesos de cambio, que pueden afectar tanto al grupo receptor como al grupo migrante.

Este proceso, producto del intercambio de rasgos culturales en zonas de migración, puede ubicarse en el concepto de aculturación, transculturación o integración cultural. Los cambios en los migrantes ocurren para adaptarse al medio físico y cultural, y su expresión más importante se manifiesta en el aspecto económico y en los desarrollos tecnológicos. En la esfera cultural suceden también cambios en las creencias, las normas, los valores y las formas de organización social.

Hoy se puede afirmar, incluso, para las regiones más apartadas, que lo único permanente en la sociedad es el cambio. Este puede ser inmanente, cuando obedece a factores internos, y dirigido o inducido, cuando se debe a circunstancias externas de los sistemas sociales.

Los internos pueden ser modificaciones del ambiente físico, como los cambios climáticos y geológicos drásticos y catástrofes naturales, y cambios sociales. Los

externos tienen que ver con los fenómenos de aculturación por contactos con otros grupos sociales con diferentes tradiciones culturales. Tal es el caso de Antioquia, que dio el paso a una colonización que no fue homogénea, lo que quiere decir que no había una sola cultura, un solo pueblo y un solo ethos.

De por sí, el imaginario conjuga los valores, creencias y modelos socioculturales que vienen desde el pasado, se mantienen en el presente y se proyectan en el futuro y con una permanente relectura de esquemas que imponen sus improntas en la vida social y por ende en lo económico, político y religioso.

9.3. LA CONSTRUCCIÓN DE LOS IMAGINARIOS EN RELACIÓN CON LA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA

9.3.1. EL IMAGINARIO FEUDAL

De la Antioquia feudal conformada por un procesos de colonización hispana, y a las consecuencias de un ambiente geográfico intrincado, arisco y aislado, dieron origen a dos sendas corrientes colonizadoras así:

- De la región que comprende Marinilla, Abejorral, Sonsón caracterizada por una población blanca, pobre, patriarcal, conservadora reflejada en su fundamentalismo político y religiosos, clerical y con vocación agrícola, que colonizo la cordillera central y el oriente caldense.
- De la región de Girardota, Copacabana, de la zona del río Porce y Otrobanda y que se dirigieron por la banda izquierda del río Cauca, compuesta por

> indígenas, morenos o mulatos, presos y en general el lumpén de la sociedad antioqueña de esa época que estaba ávida de riqueza y el botín fácil, en pro de la aventura y de lo que saliera fácil, cómodo y sin mucho esfuerzo. Liberales y sin Dios ni Ley, se vendían al mejor postor y lanzaron revoluciones a las que nunca midieron o razonaron sus consecuencias y que colonizaron lo que hoy es Pereira y parte del Quindío.

Estas dos grandes corrientes de colonos que partieron con sus propios "ethos" marcaron una huella que se refleja en la idiosincrasia de los departamentos del Eje Cafetero.

Cuando se discute sobre si el proceso de la colonización antioqueña trajo como consecuencia una democratización de la tenencia de la tierra o, por el contrario fue un episodio más de la clásica visión de la lucha de clases, se olvida mucho el tipo de colonización que opero sobre determinados ámbitos. Esto es, hay que partir del supuesto de que la colonización no fue en un todo homogénea y que tiene, por lo tanto, según el sitio a donde se dirigió, características propias.

Hoy se admite que hubo tres tipos de colonizadores: el colonizador espontáneo, carente de otro recurso que no fuera el trabajo personal y el de su grupo familiar, y que se vino de la Antioquia centro-oriental a la búsqueda de mejor fortuna; un colonizador espontáneo, dotado de algunos bienes de fortuna, pero que quiso mejorar su suerte, como parece ser el caso de Fermín López, prototipo de este segundo género de colonizadores; y el colonizador capitalista, bien amparado en concesiones de tierras que hundía sus raíces en la colonia, o que dirigía sus acciones a la titulación de extensos baldíos, ya con el ánimo de valorizarlos y parcelarlos posteriormente, o de establecer prósperas haciendas de cultivos

permanentes o ganaderías extensivas.

Hay sitios en que predominó ostensiblemente algún tipo de estos colonizadores y otros en donde hubo una lucha de contrarios entre los distintos tipos de colonizadores y, por ende, de colonización. Y aún más, lugares en donde se estableció una franca cooperación entre colonos espontáneos y capitalistas, así no hubiera de por medio afanes filantrópicos, sino como es lo obvio en una empresa económica, el de velar por el propio interés.

Así, verbigracia, la primera oleada colonizadora, aquella que fue alentada por las reformas borbónicas, o del despotismo ilustrado, del oidor Mon y Velarde, fue obra exclusivamente de la colonización espontánea y no podría hablarse, en puridad de verdad, de una lucha de clases entre colonización espontánea y capitalista, si el único conato fue superado mediante el desconocimiento, por disposición de la Corona, de los derechos de la Concesiones Aránzazu y Villegas para allanarle así el camino a la colonización que se desarrolló, teniendo como avanzada a Sonsón, entre 1775 y 1810, aproximadamente.

Sin duda alguna, los primero movimientos migratorios hasta la fundación de Manizales (1848-49), eran conformados por colonizadores de extracción campesina, incluidos los que llegaron con algunos bienes de fortuna. Los más pobres habían vendido sus pequeñas parcelas (pegujales) en sus poblaciones de origen de la comarca antioqueña o eran peones agrícolas que llegaron a la región con la esperanza de convertirse en prósperos campesinos. Y los más acomodados entre los migrantes provenían de zonas rurales o de poblaciones como Marinilla, Abejorral y Sonsón. Todos los unos y los otros, cargaban sobre sí el imaginario de

lo feudal y la visión relativamente estática de las cosas que esa extracción social comporta.

Este imaginario feudal se mantendría firme hasta la fundación de la población de Manizales. De allí en adelante, se alimentaría de nuevos elementos, provenientes de la riqueza económica, de los nuevos avatares políticos generados por las guerras civiles entre los Estados de Antioquia y el Cauca, la confrontación y construcción de identidad frente al grupo caucano, las luchas internas entre los diferentes grupos de colonizadores que fueron a creando rivalidades e intereses particulares que dieron después origen al departamento de Caldas y su posterior desmembración en dos nuevas administraciones políticas como son Risaralda y el Quindío.

Por lo tanto dicho imaginario cuya permanencia se ha dilucidado a lo largo de esta investigación, aún tiene sus huellas que se reflejan en diferentes campos como el que se da en la clase empresarial, o donde se puede ejercer poder.

El papel activo de la mujer, que aunque soporto la patriarcalidad inflexible y autoritaria, logró crear un espacio de reivindicación de la mujer, mantener un mito de la dualidad de la mujer-madre, mantener y difundir una moral flexible pero doble y fortalecer el papel de la matrona como ente aglutinador de la familia. Este imaginario no ha desaparecido del todo, aún es vigente, arraigadas sobre las ideas de su mundo que con cierta razón especialmente en la zona de la Cordillera Central, donde todavía el autoritarismo, el mantenimiento de figuras centrales y patriarcales es vigente, donde a las personas son vistas de acuerdo un rango social, económico, político o intelectual y ello marca las relaciones de igualdad, sumisión o indiferencia.

Partiendo ya de todo lo anterior, se encontró que las representaciones sociales o imaginarios que se han gestado con esta historia de la colonización y que en consecuencia han alimentado la dinámica y forjado una aura de ensoñación y de gesta; y que a través del papel de un hombre recio, blanco, amante de la ley y de Dios que como símbolo cumple en el proceso de construcción de una identidad colectiva sobre la antioqueñidad, la cual crea una serie de procesos sociales que tiene que ver con la familia, la religión y la lucha contra los caucanos que llevo a procesos de fundamentalismo y de luchas de reconocimiento identitario.

El símbolo es el mecanismo por excelencia a través del cual se construyen los imaginarios sociales, el hilo que teje su trama. Ahora bien, recordemos que el conjunto de representaciones colectivas desde donde mejor puede aprehenderse los modos colectivos del imaginario social, estructuran los aspectos afectivos de la vida colectiva por medio de una red de significaciones, vale decir, de una producción colectiva de sentido, que da cohesión a los grupos sociales, pues al proveer de un sistema de interpretaciones, pero, también de valoraciones, provocan una adhesión afectiva, capaz de moldear conductas o inspira la acción.

Esta ausencia de producción colectiva de sentido explica que los tiempos de crisis sean tiempos calientes, en la producción de imaginarios sociales por la interpretación que pretende dársele a los acontecimientos que se precipitan. Situaciones en las que hay un clima afectivo engendrado por la crisis, impulsos de miedos y esperanzas que alimentan la producción de imaginarios sociales.

El paisa o antioqueño que empezó a jalonar un nuevo proceso a partir de las reformas de Mon y Velarde, inicio un cambio de su hacer más no de su mentalidad aún feudal, y mucho más recalcitrante, debido a que la sociedad de esa

época era más regida por el entorno basado en una economía minera, un poco más disoluta, abierta y basada en la necesidad de encontrar riqueza rápida y ligera. La crisis se ahondo más hacía 1790, cuando en las regiones de explotación minera, los socavones quedaron exhaustos, las tierras iban siendo acaparadas por unos pocos terratenientes y una gran mano de obra compuesta por peones, mineros, esclavos, pequeños comerciantes delincuentes y aventureros buscaban la manera de sobrevivir y de encontrar nuevos horizontes para sus vidas.

Era también un momento de caos socio-político, debido a los malestares de grupos esclavos negros en búsqueda de su libertad, ya se sentía los aires de independencia por parte de grupos criollos blancos contra el gobierno colonial y ya se estaba gestando un proceso de madurez de diferentes grupos humanos en dos grandes sectores de lo que hoy conocemos como Antioquia que iban a marcar la senda del proceso de colonización.

Hacía 1817 unos vecinos de Sonsón - en total, 195 familias- aduciendo su extrema pobreza en bienes materiales y por la escasez de tierras, ya para cultivarlas como propias o en las cuales construir habitaciones para nosotras y nuestras familias, solicitaron permiso a las autoridades respectivas para irse a fundar una población en cercanías en donde hoy está asentada Salamina, marca el hito de la segunda oleada colonizadora que habría de cubrir un período que va de 1820 a 1860.

Esta segunda etapa que, conjuntamente con la primera, habría de extenderse a todo el territorio del denominado Sur de Antioquia hasta el río Claro, por la Aldea de María (Villamaría), en límites ya con el Estado del Cauca, estuvo dominada en un principio por la colonización espontánea en sus dos acepciones, esto es, la sin bienes de fortuna y aquella que contaba con algunos bienes, como pudo ser el

caso de los fundadores de Manizales a quienes algunos se empecinan en ver como unos potentados en su afán de caracterizar un dominio de clase en la colonización del Sur de Antioquia.

Es claro, ello sí, que a medida que algunos colonizadores se hicieron más ricos que otros, fueron configurando una cierta clase que merced a su preeminencia económica, empezaron a figurar en los cargos de representación política y social, pero que están muy lejos de ser los voraces explotadores de clase como novísimos investigadores nos los vienen presentando. Esencialmente, en un proceso de movilidad social, reproducían el esquema de su región antioqueña en donde el éxito económico era una especie de signo de predestinación. El movimiento de sus personajes y situaciones el entramado de dicho comportamiento social dado en la colonización, producto además de toda una serie de conductas que son el fermento de todo un proceso que se cumplió a partir de la economía en desequilibrio que caracterizó el desarrollo antioqueño en su período colonial.

En todo caso, la colonización antioqueña no puede explicarse con un móvil estrictamente clasista, aunque sería ingenuo desconocer que como un proceso ex post, la colonización fue estructurando una sociedad de clases, típica de la sólida economía de mercado que en su momento habría de organizarse una vez se dio el salto de la economía de mera subsistencia a la economía productiva.

Quienes se afilian a la tesis de que la Colonización Antioqueña fue el producto de una lucha de clases, dan todos los saltos posibles para encontrarle una justificación a sus razonamientos. Ello se hace evidente en Brew, Palacios y otros, quienes echan mano en sus afanes probatorios de hechos tangenciales; y de los abusos que se cometieron, todo lo injustificados que se quieran, pero que se debían presentar

en una empresa que fue obra no de los ángeles sino de los hombres.

ASÍ, no hay por qué ver explotadores a ultranza en los primeros colonos que se asentaron en determinada región, sólo porque se hicieron con las mejores tierras, cuando era lo obvio en ese proceso, movido por un afán, que no era ilegítimo, de lucro personal, o porque, si se hicieron titular un baldío, de acuerdo con las normas legales de la época, al que luego mejoraron en algún grado incorporasen como es lo lógico en una economía de mercado, tal grado de valorización al precio final del predio. O aún, porque si prestaron sus servicios, en la mayoría de los casos en virtud de un mayor grado de capacitación, como miembros de las Juntas Pobladoras y de Repartos, se les haya asignado como compensación los lotes mejor situados o, a veces, la comunidad misma les haya asignado, como sucedió con Tigreros en el proceso de la fundación de Armenia, un lote más, prebenda a la que éste habría de renunciar en espontáneo gesto, aunque tal vez inusual.

Es cierto que en el proceso de la colonización antioqueña, sobre todo a partir de la segunda oleada habrían de darse agudos conflictos de clase. A veces entre colonizadores espontáneos, casi pobres de solemnidad y aquellos con algunos bienes de fortuna; y entre la colonización espontánea y la capitalista, pero ello no significa que fue la constante.

Por eso quienes así lo han creído suelen mezclar en sus propósitos de probanza, hechos aislados, y algunos con cierta periodicidad, que se dieron en las tres etapas de la colonización: la que va de 1775 á 1810; aquella que se extiende de 1820 á 1860; y la que se consolidó a partir de 1860 siendo tal el prurito que cuando se dan ciertos grados de armonía entre los colonizadores espontáneos y la capitalista la

asociación la encuentran sospechosa:

Se puede decir que los intereses de la 'élite' determinaron en gran parte las oportunidades dadas a los colonos pobres, de acuerdo con las circunstancias especiales de cada sector de la frontera en determinados momentos.

El ánimo de enmarcar la colonización dentro del estereotipo de la lucha de clases lleva, asimismo, a formular observaciones que, como las tomadas por algunos autores, exponentes de esta tendencia, evidencian un alto grado de parcialidad y de subjetividad en el esquema conceptual; y rayano a veces, en lo simplemente ingenuo.

Hacía la década de 1850 á 1860, podemos decir que estas corrientes conquistadoras de esas selvas mantuvieron un imaginario uniforme, producto de esa Antioquia colonial, cuyas representaciones sociales estaban basados en una alta religiosidad, un espíritu feudal acendrado, una patriarcalidad autoritaria, firme y rígida, una alimentación poca, pobre y sin mucha variedad, las ansias de riqueza fácil y rápida, una sociedad donde la camaradería y los convites forjaron la riqueza familiar y la ayuda mutua pero con cierto aliciente de violencia y racismo marcado donde los negros, mestizos e indígenas fueron excluidos o simplemente ignorados.

Todo el proceso de colonización estuvo enmarcado por la violencia física, la intriga, el favoritismo político, el soborno, las ambiciones políticas y el manejo amañado de los resultados electorales. En tal proceso se involucraron los gobernantes, los políticos, la Iglesia, los intelectuales, los financistas, los comerciantes, los terratenientes y los pequeños propietarios. No faltaron tampoco delicados conflictos, entre los estados soberanos, como los que estallaron entre los

estados de Antioquia, Cauca y Tolima por jurisdicciones territoriales, procesos de asentamiento y defensa de sus colonos.

En el proceso de colonización que estaba planteado desde los últimos años del siglo XVIII, fue hábilmente planeado por elites antioqueñas de ese siglo y de los siglos XIX y XX.

En las zonas de colonización hubo muy pocos esclavos y desde el punto de vista de las clases sociales, la colonización sirvió para prolongar las élites coloniales. Reforzó unas "buenas familias" decadentes, pero que conformarían importantes clanes familiares y, por último, sirvió para que algunos sujetos se elevaran rápidamente de la condición de mestizos o mulatos hasta llegar a engrosar las "buenas familias": algunos personajes recibieron el tratamiento de "don" durante todo el proceso colonizador.

Y este, es precisamente, el inconveniente del afán de las generalizaciones, cuando se aborda el caso de la colonización antioqueña dejando de lado la perspectiva de que este fue un proceso bastante heterogéneo que se resiste a ser reducido a esquemas simplistas.

Puesto que resulta que la colonización de baldíos, que permitieran el establecimiento de enclaves ganaderos, en las hoyas de los grandes ríos, fue un proceso ulterior, y casi diríamos que tardío, de la colonización; y que por sus características específicas no puede tomarse como una muestra representativa de todo el proceso; cuando muy por el contrario, es una especie de subproceso que se cumplió casi que muy entrado el siglo XX, cuando el grueso de la colonización era ya un hecho cumplido. Ello porque, como lo han señalado diversos autores, entre ellos, Antonio García y Álvaro Tirado, en la "Geografía Económica de

Caldas"" y en la "Introducción a la Historia Económica de Colombia", respectivamente, la colonización arranca inicialmente del centro-oriente de Antioquia y se desplazó, como por una fatalidad socioeconómica, inevitablemente hacia el sur.

La mayoría de los migrantes eran exponentes de la llamada colonización espontánea, en sus dos vertientes, y, aún pisándoles los talones, algunos ricos que querían invertir o usufructuar el plusvalor de las tierras recién valorizadas. Esta colonización espontánea no se dirigió a las tierras de clima cálido, sino a las cierras templadas y de ladera, -otra fatalidad socioeconómica- porque buscaban reproducir el mismo hábitat de tierras templadas y quebradas que habían dejado atrás en la Antioquia centro-oriente.

Por ello, en las tierras de ladera y de clima medio, un enorme cinturón geográfico que habría de enlazar todo el occidente colombiano, se asentaría como un resultado del proceso, esa masa de pequeños y de medianos propietarios que harían exclamar a Parsons, imbuido de su mentalidad de geógrafo de profesión, esa frase evaluativa del fenómeno sobre la que luego, por una adhesión exagerada o bien por una oposición a ultranza, se afianzarían las "leyendas rosa y negra" que los parciales de las dos posiciones extremas han elaborado, sobre la presunción de la "democratización" o la "lucha de clases" para explicar el fenómeno.

En efecto, dijo Parsons en su trabajo pionero:

> *"En las nuevas tierras volcánicas al sur y al oeste, la naturaleza profundamente quebrantada de la región, junto con el orgullo de los cultivadores de café y con el espíritu de autonomía libre e independiente, se combinaron para producir este caso rarísimo de una sociedad democrática de pequeños propietarios en un continente dominado por un latifundismo tradicional".*

Se puede creer que la colonización antioqueña debe juzgarse por sus resultados. Pero sobre la base de aquellos resultados que se extendieron sobre el mayor volumen de la población. Porque no sería lícito, y sumariar todo el proceso colonizador por una etapa del mismo proceso, o sea, la titulación de baldíos, preferentemente en las hoyas de los grandes ríos, aptas para la consolidación del latifundio ganadero.

El grueso de la colonización no habría de dirigirse hacia esas regiones, porque los colonizadores espontáneos rehuyeron los climas cálidos, aunque las tierras fueran feraces. Ello explica el que a pesar de que a las espaldas de la región centro-oriente de Antioquia existían tierras más exuberantes y ubérrimas que las del sur, sin embargo la colonización se dirigió hacia estas y no hacia aquellas porque como ya lo dijimos, buscaba reproducir su medio ambiente.

Las tierras situadas en las hoyas de los ríos, serían objeto de una colonización tardía, de tipo capitalista. Y es en ellas en donde es posible observar la tenencia predominantemente latifundista y la casi inexistencia de la colonización espontanea. De ahí que, como lo hemos venido insistiendo, la colonización es un proceso que se cumplió en varias etapas y que tuvo características diversas que impiden su simplificación:

Aún más, en una misma circunscripción municipal se puede observar la heterogeneidad del proceso de la colonización antioqueña. Por ejemplo, en la antigua circunscripción de Salamina, antes de la desmembración de su territorio, se puede verificar lo siguiente: Como en su extensión territorial, contaba con tres climas tropicales, a saber: el clima medio, el frío y el cálido; entonces, en un principio el grueso de la colonización se dirigió a sus tierras de laderas y clima

medio, y ahí en ese medio especifico se estructuró su actual mediana y pequeña propiedad.

En una colonización posterior, casi sesenta años después de haberse iniciado el proceso anterior, habrían de ocuparse las tierras adyacentes a la hoya del río Cauca y las tierras frías de la región de San Félix, y en esos dos entornos se configuraría la propiedad latifundista.

Verbigracia, si aceptamos que el estado contemporáneo de la tenencia de la tierra en Caldas es un producto de la colonización, bien que mediando el régimen sucesoral y las compraventas puesto que la colonización dio lugar a un mercado de tierras muy activo, encontramos que en las tierras de ladera el latifundio propiamente dicho, es casi que inexistente.

En tanto que, en regiones como en La Dorada, en inmediaciones del Magdalena, y que fue un producto de colonización tardía, el latifundio, aunque no equiparable con el latifundio que se dio y se presenta aún en otras regiones de Latinoamérica, es la constante.

Y aun, para el caso de Manizales, los pocos latifundios en su estructura de tenencia de la tierra, se sitúan preferentemente en las tierras cálidas, aledañas a la región del Cauca o en las tierras frías, en inmediaciones de las parameras del Ruiz, en tanto que en sus regiones de clima medio predomina otro tipo de tenencia.

Si convenimos que la tenencia minifundistas, la pequeña propiedad, la media propiedad puede situarse en el rango de cero hasta 100 hectáreas y la gran propiedad y el latifundio a partir de las 100, observamos en Manizales, representante de la colonización espontánea hacia tierras que reputó como suyas

la Concesión Aránzazu; o en Pácora, Belalcázar y Anserma, típicas de la colonización espontánea hacia tierras baldías de clima medio; o La Dorada, que tipifica la colonización capitalista hacia regiones de clima cálido y de las hoyas de los ríos, una situación que nos permite establecer que la colonización antioqueña en las regiones de clima medio logró asentar un buen número de pequeños y de medianos propietarios que alentarían la tesis de los resultados democratizadores del proceso, en tanto que en las regiones de clima cálido propicias para el aprovechamiento extensivo de la tierra en la explotación ganadera, la colonización es típicamente capitalista.

9.3.2. EL IMAGINARIO CAMPESINO-COLONO:

Ello refuerza nuestra convicción de que el proceso colonizador fue extremadamente complejo y que, por lo tanto, si se manipulan de un modo u otro los datos disponibles, es posible llegar a las más variadas conclusiones. Pero lo que sí es indudable es que la colonización no fue tan democratizadora en sus resultados tanto como idealmente se quisiera; ni exponente de un "capitalismo salvaje", de agudos conflictos de clase, como muchos investigadores lo han supuesto, luego del trabajo pionero de Parsons; y quien, por demás no idealizó el proceso, puesto que sólo se limitó, con su formación profesional de geógrafo, a reseñar un hecho que le estaba proporcionando el mismo territorio, la misma región geográfica, objeto de su estudio: a saber que la colonización antioqueña, a diferencia de otros procesos latinoamericanos, había consolidado una pequeña y mediana propiedad como forma de tenencia de la tierra, aunque sin excluir la presencia de la gran propiedad y el latifundio.

Como ya se ha dicho, tampoco se puede pretender negar que la colonización antioqueña fuera una empresa de tipo capitalista. Es evidente que una vez se integraron los mercados y se dio el salió hacia adelante a los cultivos permanentes y, posteriormen, la ganadería extensiva, hubo de conformarse una muy sólida economía de mercado.

De manera que juzgando el proceso de la colonización desde el punto de vista de los resultados económicos, no hay más que inclinarse a aceptar que se trata de un fenómeno que se enmarcó en la dinámica de un desarrollo capitalista, sin mediar las soluciones extremas de una democratización ideal, o de una aguda y recia lucha de clases.

En sentido estricto los campesinos comparten unos rasgos culturales que podríamos denominar cultura campesina, la cual ha sido estudiada desde diferentes disciplinas y enfoques teóricos.

El enfoque antropológico ubica a los campesinos entre la pequeña comunidad aislada y el granjero, en lo que Robert Redfield, denomina el continuo rural-urbano. En esta perspectiva, los campesinos se consideran sociedades parciales con culturales parciales, en contacto estrecho con la sociedad mayor, con la cual mantienen relaciones comerciales y de otra índole y cuyo comportamiento económico se explica por sus actitudes, valores y sistemas cognoscitivos y no por una racionalidad con arreglo a fines.

En la tradición sociológica y siguiendo los tipos polares de Ferdinand Tonnies, comunidad, sociedad; de Emile Durkheim, solidaridad Mecánica-solidaridad orgánica; y de Charles Cooley grupos primarios y secundarios, los campesinos, los artesanos y la gente común comparten la voluntad natural o esencial, donde los

lazos de parentesco —real o ficticio—, la tradición, la afectividad, las relaciones íntimas cara a cara predominan sobre la "racionalidad instrumentar' o "arbitraria" con arreglo a fines, característica fundamental de las sociedades complejas.

Contrariamente a nuestro propio mito, lo que motivó la colonización antioqueña que incorporó a la vida económica lo que hoy conocemos como zona cafetera, no fue la ética del trabajo, sino la ética del dinero. El trabajo no era "como ahora- más que una forma entre otras de acceder al supremo valor que es el dinero, como lo enseña el eslogan de la educación familiar en las familias paisas raigales:

Consiga la plata mijo, consígala trabajando, si no puede trabajando, consiga la plata mijo.

No olvidemos que la colonización fue antecedida por la crisis del comercio del oro, como el descubrimiento de América lo fue por el cierre del Mediterráneo al comercio con Oriente. Ni una ni otro fueron empresas románticas de soñadores desprevenidos.

La colonización viene legitimada por la idea de progreso, por tanto, ha quedado ligado a una raza, la raza antioqueña, que todavía se santifica y se asume casi como "raza superior" en el país. Esta cultura, junto con sus componentes campesinos, tampoco ha desaparecido pese a la urbanización. Más bien se aprecia su arraigo pues se trata de una cultura esencialmente campesina.

A pesar de lo considerado por algunos economistas neoclásicos, los campesinos no actúan con la misma lógica y racionalidad de los agricultores capitalistas, es decir, no son maximizadores de beneficios, no adecuan sus medios para incrementar la rentabilidad; pues de lo contrario se les reduciría a meros agentes económicos que actúan en consonancia con las señales del mercado. El

campesino (respetando los matices ya mencionados), pese a que está inmerso en una economía monetaria, no maneja una empresa en el sentido económico, dirige una unidad familiar de trabajo y consumo, no un negocio; produce en esencia valores de uso —bienes—

Para satisfacer sus necesidades inmediatas, y cuando le es posible, o lo que produce no es de consumo directo, lo intercambia en los mercados locales y regionales por otros valores de uso, a través de las transacciones en dinero. En este caso, el dinero cumple una función de intermediación, en la circulación de mercancías, y no de capital como ocurre en la empresa capitalista.

En la época en que se presentó el principal flujo migratorio a la zona las relaciones con la sociedad mayor eran más limitadas que hoy, pero dado que estos campesinos combinaban sus actividades agrícolas con el comercio, principalmente de animales y productos agrícolas, su relación con los mercados era muy estrecha. Esta condición les dio una cierta ventaja frente a los campesinos netos", que desconocían el arte de negociar.

Hasta donde se pudo indagar, los migrantes que fueron más "exitosos" en términos económicos se encuentran los que tenían antecedentes de comerciantes o de "negociantes", como dicen ellos. Otra forma como los campesinos de hoy se articulan a los mercados es mediante la venta de fuerza de trabajo dentro de la misma agricultura o hacía otros sectores de la economía.

En esa época la venta de fuerza de trabajo era mínima, predominando el intercambio de jornales en la forma conocida como "mano prestada" o convite. Chayanov afirmaba que los campesinos se ubican al margen del trabajo asalariado y lejos de la tendencia a maximizar la ganancia, elementos propios de la economía

capitalista. Si los campesinos actúan en consecuencia con lo antes expuesto, surge el siguiente interrogante: ¿Cómo muchos de los campesinos paisas que vinieron a Caldas lograron acumular capital, y pudieron convertirse, en campesinos ricos o prósperos empresarios?

La explicación se da en la Economía Campesina, y precisar los mecanismos que permiten acumular dinero no es muy fácil. En principio se presume que los migrantes que tenían familiares establecidos en la zona encontraron condiciones apropiadas para poder comenzar a cultivar lotes que les dejaban los parientes para trabajar a "codillo". Un segundo aspecto que influyó fue la habilidad para realizar negocios o combinar actividades productivas, lo cual depende del nivel educativo, la tradición familiar, las oportunidades ofrecidas por el medio. La aquí denominada "ética del trabajo duro" no explica el éxito económico, pero si se considera un valor que subyace en la lucha por salir adelante.

Además, a racionalidad de la sociedad tradicional campesina obedece a una ética de la subsistencia; ética que poco o nada tiene que ver con la racionalidad de la empresa capitalista. Está basada, por el contrario, en una racionalidad práctica, donde los medios para el logro de un fin previsto se ordenan con una lógica inversa a la racionalidad teórica, y en la cual intervienen valores, normas y leyes que oscilan entre la economía natural y la economía de mercado.

Como colono, quedan los siguientes elementos, así:

a) Fue conformado y realizado por gente del común que trataron de salir de su miseria;
b) Su trabajo de colonización fue hecho con sentido comunitario;

c) que su tarea la cumplieron en tierras del Estado o baldías y de particulares, con muchos años sin explotación;
d) la colonización fue un sistema de reivindicación social.
e) A la luz de hoy, predomino el espíritu de destrucción de la selva.
f) El colono se convierte en un símbolo depredador como cazador.
g) Quedaron los mitos y los sustos que los colonos mismos traían en sus cabezas y sentimientos y reforzaban su ignorancia en medio de esa selva abundante y maravillosa.
h) El sentimiento de dominio y conquista de tierras y riquezas, como compensación al trabajo recio, la valentía y la fuerza.
i) El fundo o la finca como expresión de propiedad privada y con ello la base de la existencia y el sentido de la protección familiar por parte del padre (familia patriarcal y tradicional) aunado al fortalecimiento de la jerarquía masculina y simultáneamente la idealización de la mujer-madre.
j) Se evangeliza y se adoctrina en medio de la familia.

El campesino-colono debió enfrentar una lucha muy fuerte y desigual contra los terratenientes o latifundistas, quienes aprovecharon el desorden administrativo, la improvisación de las leyes sobre manejos de tierras, la inexperiencia estatal sobre el manejo y constitución de tierras y poblaciones y su influencia sobre la rama judicial para manejar intereses particulares y manipular ordenanzas y edictos que les eran desfavorables.

Este sombrío panorama era todavía más terrible en el ámbito de lo político, ya que las ideas del liberalismo radical, el conservadurismo a ultranza, las ideas anticlericales y los procesos de modernización que pretendía el Estado y la sociedad de la época, hacía que el proceso de colonización padeciera toda clase de

dificultades y diera pasos de un extremo a otro, de acuerdo al vaivén político del momento y al poder que sostenían los diferentes estamentos y elites de cada región, que aprovecharon sus relaciones con la clase dominante, su riqueza para lograr ciertos favores que facilitaron su influencia sobre los campesinos-colonos pobres para apoderarse de su trabajo y de las nuevas tierras que ellos abrían y quitaban a la selva.

Este proceso reflejo el conflicto entre las relaciones modernizantes y arcaizantes, sobre la propiedad de la tierra, pero también mostró una nueva tendencia hacía la apertura de nuevos mercados, el flujo de capitales provenientes de los nuevos cultivos del café que generó nuevas relaciones de tipo capitalista y comerciales, creando una nueva forma de vida (estilo de vida) que marcó la vida cultural de las cuatro primeras décadas del siglo XX, en la región del Eje Cafetero.

A partir de la década del treinta, por una de esas omisiones de los pueblos ingenuos y felices, los departamentos que entonces formaban a Caldas comenzaron a perder más que su importancia, sus posibilidades de desarrollo. Aconteció que como antes había sucedido con los caminos, sustituidos por vías más rápidas, las regiones del café aceptaron la intervención del Estado en el manejo de sus divisas.

Los cafeteros eran, con los bananeros y los productores de oro, los únicos colombianos que llevaban sus productos más allá de las fronteras nacionales. Recibían, pues, los dólares de la venta del grano y antes que traficar con la moneda, la invertían en mercancías, manufacturadas en las empresas extranjeras. Así, en una operación de sístole y diástole, se fueron definiendo los rumbos del progreso. Al perder, a través de la organización del cambio el manejo de los

recursos que generaban, los caldenses suspendieron los escasos prospectos industriales.

Una riqueza más frecuente, como era la generada por el café, permitió el aumento de los consumos sin que se diese a las manufacturas el interés que merecían. La mentalidad antioqueña, que tenía la experiencia amarga de la pobreza agrícola, inició la organización de las empresas que iban muriendo en el viejo Caldas. Se perdieron, así, las fábricas de cervezas, gaseosas, torrefacción del café, elaboración del chocolate, tejidos, cigarrillos, entre otras. Si se suman a las falencias visibles otras más, no menos graves. Una de ellas, la del sentido de la asociación de capitales, que minimizó y asustó la inversión y, con ella, la productividad.

De entonces en adelante fuimos sumando dolamas, aumentando los consumos inevitables y superfinos y dependiendo de otros mercados. Convendría una revisión del pasado para saber los daños que esta atonía llevaba a la cultura. Hay que sumar a lo anterior un hecho evidente: la división de regiones del departamento, a través de ciudades importantes polarizó los planes, mermó proyectos y empresas y aisló, no obstante la cerrada estructura administrativa del Estado, los destinos de cada una de las comarcas.

9.3.3. EL IMAGINARIO DE LO POLÍTICO

Para el siglo XIX colombiano, como para el resto de la América Latina, la herencia española se constituyó en uno de los elementos más polémicos en cuanto a la perspectiva con la cual se miró el presente y la necesidad de proyectarse hacia el futuro.

De la toma de posición ante el pasado americano y su relación con España, dependió en gran parte el concepto de nación con el que se buscó consolidar las propuestas tanto políticas como económicas, así como educativas y culturales.

La actitud ante dicha herencia, con matices variados y a veces pocos claros, fue un factor determinante de diferenciación entre los partidos políticos liberal y conservador, creados en 1846.

En principio, se puede afirmar que los liberales, se opusieron a la continuidad de la tradición promoviendo el cambio a partir del reconocimiento de los principios políticos, económicos y culturales de influencia inglesa y francesa. Por su parte, los conservadores afianzaron sus ideales en la tradición española buscando la permanencia de las instituciones culturales sustentadas en los principios del catolicismo. La actitud de los partidos provino entonces de los grandes conflictos del siglo XIX: el pasado y el presente, el federalismo y el centralismo, lo nacional y lo extranjero.

Para mitad del siglo XIX surge el radicalismo liberal el cual luchaba contra tres cosas esenciales: las manos muertas de las iglesias, ya que las tierras no podían salir a la circulación; contra las posesiones de las comunidades religiosas y contra el latifundio. Son aspectos fundamentales de la revolución económica de 1850. Luego, en el año de 1853 la Convención de Rionegro, como consecuencia de la movilidad de la propiedad y de la mano de obra al abolir las trabas coloniales, completaba los propósitos de aquella revolución.

Sobre estos diferentes estilos de cohesión social se van a construir formas diversas de adscripción política: en las áreas de colonización marginal, la población estará más disponible a nuevos discursos y mensajes, políticos, culturales o religiosos.

Hay que notar que en las regiones de la llamada colonización antioqueña, se dan formas de colonización que varían en el espacio y el tiempo: en las primeras etapas y regiones, se produce un trasplante de las estructuras jerarquizadas y patriarcales de los pueblos de origen (casi siempre del Centro-Oriente antioqueño). Pero, en las etapas posteriores, en regiones más marginales, se produce otro estilo de colonización más espontáneo, más libertario y casi anarquista. En estas zonas de colonización aluvional, la participación en las guerras civiles y contiendas electorales es de carácter más voluntario y anárquico: los campesinos se reúnen bajo el mando de un caudillo salido de sus filas, al margen de la estructura de poder de la hacienda y de los pueblos consolidados.

Frecuentemente, los dos tipos de adscripción coexisten, pero los miembros de uno y otro suelen mirarse con desconfianza mutua. Esta desconfianza es producto del tipo de articulación que el bipartidismo introduce entre las estructuras locales y regionales del poder y la organización central del Estado nacional.

Estos dos tipos de poblamiento y cohesión social se reflejan en movilizaciones políticas de diversa índole: en las guerras civiles del siglo XIX, como la de los mil días (1899-1901), los ejércitos más regulares se van a reclutar en los altiplanos, mientras que la guerra de guerrillas va a hacer mayor presencia en las zonas de colonización de las vertientes cordilleranas. También los bandoleros de la Violencia de los años cincuenta y las actuales – al menos en su momento fundacional- van a encontrar su escenario privilegiado en ese tipo de región.

Estos problemas sociales y políticos se van a ver reforzados por la manera como se construyó el Estado colombiano y como se articularon estos grupos migrantes con la sociedad mayor: desde los tiempos coloniales, las ciudades, haciendas,

encomiendas y resguardos, integradas a la sociedad mayor y al Estado colonial, coexistieron con espacios vacíos, de tierras insalubres y aisladas, donde el imperio español y el clero católico tenían una escasa presencia.

Otros territorios, en zonas selváticas y montañosas, sobre todo en las zonas de vertiente y en los valles interandinos, eran de difícil acceso y de condiciones poco saludables: se convirtieron en zonas de refugio de indios indómitos, de mestizos reacios al control de la sociedad mayor; de blancos pobres, que no habían tenido acceso a la propiedad de la tierra en las zonas integradas; de negros y mulatos, libertos o cimarrones, fugados de las minas y haciendas.

Pero, además de esas regiones y sociedades donde el Estado hacía escasa presencia, en las áreas y sociedades más integradas, la presencia del Estado español se caracterizaba por ser de dominio indirecto. A diferencia de los Estados plenamente consolidados, el Estado español controlaba las sociedades coloniales a través de la estructura de poder local y regional : cabildos de notables locales, de hacendados, mineros y comerciantes, ejercían el poder local y administraban la justicia en primera instancia, en nombre del poder de hecho que poseían de antemano.

A mi modo de ver, esta situación fue heredada por la república neogranadina y colombiana, cuyo sistema político bipartidista (basado en la contraposición excluyente pero complementaria entre Liberalismo/Conservatismo) le permitió articular a los poderes locales y regionales con la nación, al ir vinculando las solidaridades y rupturas de la sociedad con la pertenencia a una u otra de estas especies de subculturas políticas, que se constituyeron en dos federaciones de grupos de poderes, respaldados por sus respectivas clientelas.

Este dominio indirecto del Estado implica que el poder estatal no se ejerce a través de instituciones modernas de carácter impersonal sino mediante la estructura de poder previamente existente en la sociedad local o regional, basados en los lazos de cohesión previamente existentes en esos ámbitos.

Pero este estilo de poder dificulta la consolidación del Estado nacional como detentador del monopolio de la fuerza legítima y como espacio público general de resolución de conflictos, lo que se expresa en la proclividad a la solución privada o grupal de los problemas, frecuentemente por la vía armada.

Esto se traduce en la poca presencia política y el escaso tamaño del Ejército Nacional, que en otros países latinoamericanos vehiculó la unidad nacional y sirvió de elemento cohesionador de la sociedad nacional. Esto incide en el no monopolio de la fuerza en manos del Estado nacional, cuyo aparato militar coexiste, durante el siglo XIX, con cuerpos de milicias regionales y grupos armados de carácter privado, al servicio de hacendados y personajes importantes en la vida local.

Todo este conjunto de adscripciones confluye en socializaciones políticas maniqueas y excluyentes, que definen un nosotros, los que están adentro de nuestro grupo de referencia, frente a los otros, que están afuera de nuestro marco.

En estas configuraciones se juntan identidades y solidaridades primarias de tipo local y regional, fruto de los procesos de colonización antes descritos, con adhesiones más abstractas y solidaridades secundarias. Pero el resultado es siempre la exclusión del otro, del diferente: el habitante del barrio vecino, de la vereda de enfrente, del pueblo cercano, de la región vecina, queda por fuera de mi universo simbólico, porque no pertenece a mi comunidad homogénea.

Esta exclusión del otro en el nivel primario se refuerza con la exclusión del otro en el nivel nacional. Todo lo cual explica el carácter maniqueo y sectario de nuestras luchas políticas; Pero, estas contraposiciones permitían articular la sociedad nacional con las solidaridades locales y regionales.

9.3.4. EL FUNDAMENTALISMO PAISA

El fundamentalismo como movimiento aparece en la segunda mitad del siglo XIX Y se desarrolla durante el siglo XX en los países con predominio católico, Colombia no fue la excepción y los paisas, fueron el mejor ejemplo de aplicación de esta forma de conservadurismo llevado al extremo.

El fundamentalismo es una reacción a una expresión de algo, y que se encuentra presente en el lenguaje diario, en la religión, en la ciencia, en la política, en la economía, el arte, entre otros. Y al interior del catolicismo, se perciben mentalidades muy conservadoras, pero a veces no necesariamente desembocan en procesos de fundamentalismo.

Las bases del pensamiento conservador no necesariamente son de tipo fundamentalista. También el progreso permanente y poco crítico hacía una finalidad determinada de antemano, aunque no se sepa bien por quien, puede ser una sutil forma de fundamentalismo que muchos liberales ignoran y en la que con no poca frecuencia tienden a caer.

El origen del fundamentalismo debe ser buscado al interior mismo de la dinámica social contendida en los procesos de modernización. Y es que la modernización es, antes que nada, un proceso social complejo al cual no todas las personas ni

todos los grupos sociales implicados en ella reaccionan en la misma manera, es por esto que aparecen entusiastas y pesimistas, retraídos e ingenuos, opositores, reaccionarios y nostálgicos, lo mismo que vanguardistas, propagandistas, ideólogos y profetas.

Las luchas por ideales políticos en el siglo XIX, los cambios de partido de muchos de sus jefes, los intereses y apetitos burocráticos, amén de las prebendas que esto creaba, formaron desde los mismos inicios del proceso de colonización y a medida que esta iba abriendo la frontera agrícola e iba creando los círculos económicos, los intereses políticos fueron formando y creando los nuevos feudos que de acuerdo como se resolvían en las diferentes batallas civiles, dieron pauta para ires y devenires, donde los pueblos y su población civil eran usados al antojo de los señores gamonales y aumentaban las intrigas para crear o generar zozobra dentro de los nuevos gobiernos civiles de las poblaciones recién fundadas.

Este fue el germen de un fundamentalismo político, en donde no se reconocían ideas, sino colores y se actuaba más por la pasión y por intereses personales. Esto se evidenció en las numerosas guerras civiles del siglo XIX, y se proyecto bien entrado el siglo XX, en la zona cafetera, con relación a la Violencia, de la cual ya se ha mencionado, y que creo zonas rojas (liberales) contras las zonas azules (conservadores), generando odio, resentimiento y una profunda aversión hacia la política.

9.4. LO ANTIOQUEÑO Y LO CAUCANO

Al revisar la historia de la colonización antioqueña, es importante reconocer que el proceso de identidad del antioqueño se debió en buena parte a su confrontación con el caucano. De por sí la historia oficial, desconoce el papel protagónico de los caucanos frente al proceso de colonización, y sólo aparecen dentro de las acciones bélicas cómo un elemento desestabilizador, herético y con ciertas connotaciones raciales, no muy favorables.

Todo esto coadyuvó a formar una imagen negativa de los caucanos, la cual lo mostraba en términos generales como un individuo que actuaba en política más por instinto pasional que por convicción, y que prefería siempre las vías de hecho. La imagen que el caucano tenía de sí mismo era una transformación de la anterior, aunque no entraban en dicha representación mental los fuertes elementos de discriminación social de que están preñabas las representaciones sociales que los antioqueños tenían de los caucanos.

La captación que el caucano hizo de la imagen negativa, lo llevó a representarse a sí mismo como un individuo valiente, que participaba en la política para hacer respetar sus convicciones políticas y sus derechos, entendiendo por éstos los del Estado caucano, los de sus dirigentes y los suyos.

9.5. EL IMAGINARIO MUJER-MADRE

Tomando las ideas de Moreno en el aspecto identitario y con relación al género es necesario resaltar un factor extraordinario que tuvo la mujer para el desempeño de

la jornada iniciada por los antioqueños. La Investigación arrojó un dato interesante como es la del amor al riesgo, el cual se creía unido solamente al género masculino, ya que la mayoría de los estudios sólo idealizan el papel protagonista del hombre y dejan a la mujer en su mero papel reproductivo y social.

En muchas de las poblaciones la mujer casada por cuestión de la imagen y el honor familiar se mantenía en su casa cumpliendo con las normas de crianza y mantenimiento del hogar y el hombre cuidaba de su imagen patriarcal y religiosa frente a su demás compañeros, sin embargo, en las afueras de la población en la finca, por lo general tenia y mantenía a otra mujer con sus hijos respectivamente. Esto también dio origen a una población con iguales apellidos pero los unos eran legítimos y los otros eran los llamados "hijos naturales".

También, en las épocas de guerra y del proceso de exploración a nuevos terrenos, el marido dejaba a su mujer y a sus hijos, y se alejaba por largos periodos de tiempo (tres a cuatro años, cuando menos), lo cual dejaba a la mujer en un estado de incertidumbre y de debilidad económica, lo cual fue aprovechado por peones y hombros andariegos, entre otros, quienes se aprovecharon dicha situación para dejar preñados a cientos de mujeres y gozar de un relativo pero seguro solaz de comodidad y seguridad.

9.6. SENTIDO DE IDENTIDAD DIFERENCIADO

Hay cuatro características importantes del pueblo antioqueño en su proceso de colonización y que son consecuencia de ese imaginario feudal y que con los

nuevos acontecimientos y la apertura de nuevas tierras, mano de obra para seguir explotando y las nuevas formas económicas capitalistas dan un nuevo sentir y pensar de estas gentes. La primera característica es el fervor religioso como formula salvadora, desarrollando una devoción casi que mística, de allí que los antioqueños sean considerados un pueblo una región mucha más católica y su vez más conservadora que el resto de las regiones y culturas colombianas.

La segunda característica, su filiación política. El clero, las autoridades y las grandes familias fueron con el tiempo manteniendo un perfil muy conservador que le daban una ventaja en el sentido de mantener un status quo y la fuerza de la costumbre, logro modelar una forma de pensar y sentir entre los antioqueños. Y lo anterior se reforzó gracias a su aislamiento geográfico, que le permitió no sufrir los rigores de la guerra de independencia y aislaron un poco de las guerras civiles que asolaron al territorio colombiano durante el siglo XIX, y sobre todo capotear las ideas liberales que desde la revolución francesa ondeaban por las antiguas colonias españolas.

La tercera característica, está en lo militar. El antioqueño tiene una tendencia a ser pendenciero y belicoso pero en su territorio y en la defensa de ese territorio. Sin embargo, y especialmente entre los periodos de 1860 á 1886, la colonización de la zona de Manizales, tuvo un carácter más estratégico, en el sentido de convertir a la ciudad en un baluarte, para frenar el avance caucano, y desde allí también dirigir avanzadas de colonizadores o de ejércitos para avanzar sobre lo que hoy es el Risaralda, Quindío y el norte del Valle.

Esto dio mucho impulso a una serie de familias fundadoras de la ciudad aumentar sus ya ricos caudales y obtener mayor poder político y social sobre la nueva

sociedad que se iba perfilando en esos tiempos, generando una nueva clase empresarial y comercial que aprovecho los momentos bélicos, para enriquecerse mucho más, creando el futuro capital que intervendría en el futuro cultivo del café y que generaría un importante impulso económico para la región a mediados de 1910 hasta 1930.

Una cuarta y última característica era su patriarcalidad, que fue incentivada por la Iglesia y las autoridades civiles y militares en un afán por aumentar la población para que fueran colonizando las nuevas tierras. Ya se había mencionado como las políticas de regalar tierras estaban en el número de hijos que cada familia tenía y así acceder a un mayor número de hectáreas. Esto ayudaba a crear nuevos clanes o familias, cuya figura importante era la paterna, la cual dirigía, organizaba y distribuía con todo su poder, la hacienda casera y la pública de los nuevos territorios y por ende de las nuevas poblaciones que se fueron fundando.

9.7. PROCESO DE BLANQUEAMIENTO

Lo anterior, y asumiendo que esta cruzada debía mantener rasgos muy característicos del grupo dominador, que era el blanco, se dedico a crear y fomentar una política de invisibilidad de determinados grupos como los indígenas, negros, y los caucanos, a imponer leyes estrictas sobre vagos y prostitutas y a deificar la doble imagen de la mujer, aunado a su sentido de "raza especial", con procesos de blanqueamientos y con atributos que garantizaban su sentido de identidad y su prestigio social, además, de la gran misión de poblar y reducir la selva a una mínima expresión.

9.8. CALDAS Y SU PROCESO DE MESTIZAJE Y PROCESO DE IDENTIDAD

Sirven estas consideraciones para el análisis de la cultura caldense, desde su fuente hasta los días que corren, ASÍ, mientras otras ciudades, émulas a través de las estadísticas de la capital de Caldas, lograban el establecimiento, no de una, sino de varias universidades y escuelas superiores, de varios diarios, revistas y publicaciones, en Manizales, Pereira y Armenia apenas llegaron éstos muchos años después de las establecidas en Medellín, Popayán y Bogotá; cada una de estas tres ciudades contó con un solo diario, de lento y difícil crecimiento por la parcelación de lectores, escritores y anunciadores.

Y, desde luego, las diversas manifestaciones de la cultura padecieron las limitaciones del mercado. Y no se crea que la afirmación utilitarista que se dan a las creaciones de la inteligencia carece de importancia o suena a irrisión. La cultura, en todas sus manifestaciones y, más aún, en el terreno de las artes, tiene dependencia, casi placentera, con el dinero. Compran cuadros, oyen música, leen, quienes tienen los recursos para pagar a los autores, en muchas veces más por presiones sociales que por afinidades electivas.

La cultura en el viejo Caldas siguió los inevitables parámetros del desarrollo general. El aumento de la población y de su economía personal y colectiva, fue alimentando los precarios intereses iníciales. Pasaron muchos años antes de que las publicaciones ocasionales lograsen regularidad cronológica; la fotografía de las personas, retrasó la aparición del pintor de retratos, y lo mismo hicieron las oleografías en relación con el paisaje; la música padeció la falta de maestros, los

costos de los buenos instrumentos, el limitado uso de los mismos. El tiple, la guitarra, la bandola y, en fin, las maderas, tenían tan pocos dueños cuantos fueran sus ejecutantes; y ni pensar en los metales, cada uno de los cuales valían un ojo de la cara, como se dice. La música fue ocasional en ceremonias religiosas y fechas patrióticas, limitada en días y en obras la de bandas municipales; intimista en maderas para serenatas y bailes. Se tendría que reconocer, además, que la música de tiples y guitarras nunca alcanzó, en décadas pasadas, un nivel de curiosidad administrativa, ni una presión del alma para oírla, enredada en sus cuerdas. Especialmente el tiple fue instrumento de campesinos pobres y de aldeanos ociosos.

En Caldas, además, fuera de la música que venía de los indígenas, la que se podía lograr en los instrumentos universales de los cueros, las siringas, caramillos, capadores que son lo mismo, nunca alcanzó el interés de la audiencia. Y ni hablar de la percusión, que en los principios, y aún a mediados de este siglo, se consideró, en las maderas, una aberración fonética, y en los cueros una servidumbre africana.

No ha sido fácil, desde luego, el desarrollo de la cultura caldense en sí, ni en las diversas manifestaciones que la forman. El término, en la misma medida en que se conserva como norma, restringe su aplicación a ciertas áreas. Gilberto Álzate Avendaño trajo de alguien, posiblemente de Unamuno, la frase de que cultura es lo que les queda a los hombres una vez olvidado lo que antes aprendieron. Así, la definición circunscribe la cultura a la lectura y a su actividad y su nombre.

Apenas si se está montando, de varios lustros a esta parte, la incorporación de las artes, de las bellas artes, por cierto, en el acervo mental de la humanidad. La

cultura es, pues, no solo lo que sabe el hombre por tradición o adquisición, sino el conjunto de las actividades mentales que se prolongan en hechos físicos, el libro, la pintura, la escultura, la fotografía y, en fin, las nociones de la belleza visible, táctil y auditiva. Sobre estos módulos puede intentarse, como lo estamos haciendo, una definición de la cultura caldense.

La aparición y uso de la industria editorial en las primeras aldeas caldenses, hizo posible la manifestación periodística de entonces, que tuvo gran difusión, ya que en cada pueblo, por pequeño que fuese o pareciese, con imprenta propia o por contrato editorial, aparecía a cada fin de semana una publicación.

Es innegable que la mayoría de ellas no tenían justificación ni por las ganancias, que no las daban, ni por el aura de ilusorio prestigio que ofrecían. De los centenares de publicaciones de las primeras décadas del siglo, y especialmente de las comprendidas entre la segunda y la tercera, tienen alto, y casi absoluto porcentaje, las que operaban, bien en temas de la religión (y más por proselitismo que por catequesis), o bien en temas de la política, con una apreciación peregrina: si tenían campo las críticas domésticas en sus columnas, más lo tenían los nobilísimos ideales patrióticos y una elevada mentalidad en materia de conceptos.

Disfrazados por los nuevos hechos y tiempos, en los periódicos pueblerinos de Caldas vivían las rencillas y definiciones de los bolivarianos y los santanderistas.

La gran manifestación de la cultura caldense, y aceptaríamos el calificativo pedante en la suma de sus manifestaciones periodísticas, fue la literatura. En los semanarios, hebdomadarios y aun mensuarios de aquellos tiempos, a más de las polémicas lugareñas, aparecían en forma inevitable los versos del parnaso doméstico, unidos a los de poetas famosos, que tenían presencia activa en todos

los actos sociales; cuentos, crónicas, ensayos o también el boletín, allí estaban. Buena parte de la literatura caldense, y en ocasiones de la mejor, tuvo vida y muerte en la efímera existencia de los periódicos de antaño.

Todo ese empuje de los abuelos y padres se fue diluyendo, y como lo afirma un importante dirigente cafetero, a las nuevas generaciones las niguas se les subieron a la cabeza; aunque la zona goza de una calidad y estándares de vida más alto que el de otras regiones del país, los sueños que hicieron grandes a nuestros antepasados, se han ido perdiendo entre los goces de la buena vida, la falta de planeación, entre otros y especialmente que el sentido de identidad de cada una de las zonas que conforman el Viejo Caldas, no ha podido responder a los grupos que lo conforman ni a las necesidades de diferenciación, no se ha sabido manejar un concepto claro de región, y hay ambivalencias entre Antioquia, que maneja un fuerte y acendrado sentido regional para adentro y con vigencia dentro de sus límites departamentales, desconociendo sus vigor y papel histórico con estas regiones y que hoy se llama la antioqueñidad.

Un Gran Cauca reemplazado por un emergente departamento denominado El Valle del Cauca que ha buscado afirmar y afianzar una influencia sobre los antiguos territorios y la intrusión de un tercer participante como lo es Bogotá, que jalona y atrae poderosamente. Además de la elite manizalita, pereirana y armeniense que han construido una sólida bases económica y política para gobernar pero que carecen de un proyecto de identidad propio o/y son indiferente al sentir cultural paisa como si fuera ajeno a nuestras raíces y sólo fuera únicamente de Antioquia, además de no tener sueños ni planes para el presente y el futuro en pro del bienestar y proyección de grupo; en otras palabras no somos los de ayer, nuestra región no es la de nuestros abuelos, aunque perviven manera

de pensar y hacer, porque para bien o para mal, ya no somos la aldea aislada sino planetaria y como tal, la nueva identidad debe reconstuirse sobre base de propósitos y anhelos comunes, en macroproyectos económicos y políticos, en donde todos los sectores puedan obtener beneficios concretos y no simplemente hacer llamados abstractos al civismo, o al humanismo, a la solidaridad.

10. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA Y DE REFERENCIA

ACOSTA GONZALEZ, Carolina. La familia como primera y más importante escuela del niño. "Seminario Taller Dimensión Social del Desarrollo. Manizales: Imprenta Cafetera, 1985.

ACHUGAR, Hugo. Ensayo sobre la nación a comienzos del siglo XXI. En Cuadernos de Nación. Bogotá: Ministerio de Cultura.2002.

AGUDELO Ramírez. Luis E. Génesis del pueblo caldense. Biblioteca de autores caldenses. Manizales: Imprenta departamental. 1983.

ALVAREZ Restrepo, Jorge. Don Santiago Santamaría. Fundador de Jericó. Jericó No. 1. Centro de Historia. 1974.

ALVIRA, R., El trabajo como mediación y diálogo. Sobre el olvido y la superación del tiempo. Pág. 20 Citado por Banares 1994.

ALZATE AVENDAÑO, Gilberto. Pensamiento político. Bogotá: Banco de la República. 1984.

AMAYA, Leónidas. La estancia de los Cárdenas, en: De centro y de Provincia. Manizales: Imprenta Departamental, 1988.

ANDERSON, Benedict. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de cultura económica. 1993.

ANGEL MAYA, Benjamín. Pelsascan. Bogotá: Minerva, 1951.

ANGULO H., Carmen. Los antioqueños: conversión de situaciones en acciones. En Transición social en Colombia. Costa Pinto. C.A. Compiladora. Centros de investigaciones para el desarrollo. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. 1970.

ANUARIO ESTADÍSTICO DEL MUNICIPIO DE MANIZALES. Octubre 12 de 1924.

ARANGO MEJIA, Gabriel. Genealogías de Antioquia y Caldas. Tomos I y II. Medellín: Imprenta Departamental, 1942.

ARANGO, Gloria Mercedes. La mentalidad religiosa en Antioquia. Medellín: Universidad Nacional, 1983.

ARANGO CANO, Luis. Recuerdos de la guaquería en el Quindío. Tomo I. Bogotá: Cromos, 1924.

ARANGO, Jorge Luis. Medellín 1675-1975. Bogotá. 1975.

ARANGO GONZALEZ, Esteban (Pbro.) El por qué de una gran ciudad (Novela). Manizales: Alfa y Orsa, 1964.

ARANGO G., Antonio. Conversando con el único sobreviviente de los Fundadores. Manizales: Archivo Historial No. 8 y 9.

_____Quindío. Manizales: Editorial Atalaya.1940.

ARANGO, Mario. Antioquia, pueblo mágico. Arco No. 47. Bogotá: 1973.

ARANGO Estrada, Vicente F. La endogamia en las concesiones antioqueñas. Fondo editorial de Caldas. Manizales 2002

ARANGO VILLEGAS, Rafael. Los municipios de Caldas en 1931. Manizales: Imprenta departamental. 1932.

_____ Obras completas. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1955.

_____ Estudio taquimétrico del paisa. Artículo. S.f.

ARANGO, Mariano. Café e industria 1850-1930. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1981.

ARAQUE, Osorio Carlos. Ceremonia, ritual y fiesta Muisca. En Miradas en torno al carnaval y la fiesta. Una aproximación multidisciplinaria. Revista Escuela Popular de Arte. No. 1. Medellín. 1998.

ARBOLEDA, Gustavo. César Contó, su vida, su memoria 1836-1936. Cali. 1935.

ARIAS TRUJILLO, Bernardo. Risaralda. Medellín: Bedout, 1959.

ARISTIZABAL, Magnolia. Madre y esposa: silencio y virtud. Bogotá. Universidad Pedagógica Nacional.2007.

ARROYABE V., Eduardo. Naipes de Antioquia. Medellín: Ed. Carpei. 1960.

AUGE, Marc. De lo imaginario a lo ficcional total. En la revista Maguaré No. 14. 1999.

_____. Las formas del olvido. Barcelona: Ed. Gedisa 1998.

BACZKO, Bronislaw. Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. 1979.

BALLARIN DOMINGO, P. L a educación contemporánea de las mujeres. En J, I. Guareña et al, Historia de la educación en la España moderna. Diez años de investigación. Madrid: MEC1994.

BAÑARES, Leticia. La cultura del trabajo en las organizaciones. Madrid: Editorial Rialp. 1994.

BARTH, Frederick. Los grupos étnicos y sus fronteras. México: FCE. 1976.

BAENA H. Benjamin. El rio corres hacia atrás. Bogotá: Carlos Valencia Editores.1980.

BERGER, Peter; LUCKMAN, Thomas. La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu editores. 1986.

BERIAIN, Josetxo; LANCEROS, Patxi. Compiladores. Identidades Culturales. Universidad de Deusto. Bilbao: Artes gráficas Rontegui S.A.L. 1996.

BERIAIN, Josetxo. Representaciones colectivas y proyecto de modernidad. Serie Autores, textos y temas. Hermeneusis No. 8 Barcelona: Anthropos. 1993.

BERGQUIST, Charles W. Café y conflicto en Colombia. Medellín: FAES. 1981.

BERMUDEZ Q., Susy. Hijas, esposas y amantes. Santafé de Bogotá: ediciones Uníandes, 1994.

_____. El bello sexo. La mujer y la familia durante el Olimpo Radical. Bogotá: Uniandes-Ecoe. 1993.

BETANCURT MURILLO, Javier. Manizales y sus alcaldes. Manizales, 1982.

BLAIR. Elsa. Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios. Otra Parte. Editorial Universidad de Antioquia. Cinep. Medellín. 1999.

BOCK, Gisela. La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional. En Historia social Valencia No. 9 1991.

BOIA, L. Pour une histoire de l´imaginaire. Paris: Les Belles Letres 1998.

BORRERO H., José Ignacio. Mamíferos neotropicales. Departamento de Biología, Universidad de Valle, 1967.

BOTERO BOTERO, Rubén Darío. Antología del buey. Manizales: Tipografía Unión Obrera, 1950.

BOTERO Herrera, Fernando. Estado, nación y provincia de Antioquia. Guerras civiles e invención de región. 1829-1863. Medellín: Hombre nuevo editores. 2003.

BOTERO, Juan José. Lejos del nido. Bogotá: Ed. Printer. 1986.

BOURDIEU, P. La Distinction: critique sociale du jugement. Paris: Minuit, 1979.

BOUTHOL, Gastón. Las mentalidades. ¿Qué sais-je? Barcelona.

BREW, Roger. El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920. Bogotá: Banco de La República, 1977.

BRICEÑO, Manuel. La revolución de 1876-77. Bogotá: Imprenta Nacional. 1947.

BRISSON, Jorge. A pie de Cali a Medellín en 1890. Las Maravillas de Colombia, tomo IV. Bogotá: Forja 1979.

BUENO RODRIGUEZ, Julián. Creencias del occidente caldense. Manizales: Universidad de Caldas. 1988.

_____. Danzas riosuceñas. Plan de desarrollo de Riosucio. Oficina de planeación departamental. Manizales. 1977.

BUITRAGO, Jaime. Hombres trasplantados (La colonización del Quindío). Manizales: Imprenta Departamental. 1943.

BURGUIÉRE, A. La notion de 'mentalités' chez Marc Bloch et Luden Febvre: deux conceptions, deux filiations. En Revue de Synthése, N.111-112, 1983.

BUSHNELL, David. Colombia: una nación a pesar de sí mismo. Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy. Bogotá: Planeta editorial. 2007.

CALDERON, Tomás. 60 minutos. Manizales: Editorial Arturo Zapata, 1933.

CALVO, Gloría Marina; NAVARRO, María Rocío; TREJOS, Asceneth del S. Supervivencia de la cultura del maíz en Riosucio, Caldas. (Mecanografiado). Riosucio, 1995.

CAMACHO Roldán, Salvador. Memorias. Medellín: Bedout. S.f.

CARDONA Tobón, Alfredo. Indios, curas y maiceros. Manizales. Hoyos editores. 2004.

_____. Quinchía mestizo. Pereira: Gobernación de Risaralda1989.

_____. Registros de Historia. Año 2 No. 3. Octubre de 1988.

_____. Registros de Historia. Año 3 No. 4. Mayo 1989.

_____ "Las viejas aldeas de Riosucio" Registros de Historia julio 1990.

CARO, Miguel Antonio. Estudios constitucionales. Bogotá: 1951.

CARRASQUILLA, Tomás. La marquesa de Yolombó. Obras Completas. Madrid: E.P.E.S.A., 1952.

_____. Hace tiempos. Obras Completas. Madrid: E.P.E.S.A., 1952.

CASTORIADIS, Cornelius. La institución imaginaria de la sociedad. En: El Imaginario social. Eduardo Colombo. Compilador. 3ª ed. Montevideo: Altamira. 1993.

CASTRO C. Beatriz. Historia de la vida cotidiana en Colombia. Bogotá: Norma.1996.

CHALARCA, José. El café, cultivo e industria. Bogotá: Dosmil.1976.

CHARON, J. L´Homme en tant que organisme biosocial, Imaginaire et réalité. Colloque international plurídisciplinaire sur le róle de l'esprit en science, Washington, D.C., 1985.

CHARTIER, R. Au bord de la falaise. Paris: A. Michel, 1998.

CHARTIER, R. Le monde comme représentation, Annales, 1989.

CHARTIER, Roger. El mundo como representación. Historia cultural, entre práctica y representación. 2ª ed. Barcelona: Gedisa. 1995.

CHRISTIE, Keith. Oligarcas, campesinos y políticas en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 1986.

CIEZA GARCIA, José Antonio. Historia de las mentalidades. Curso metodológico. Universidad de Salamanca- Universidad Católica de Manizales. Programa de doctorado. Julio. Manizales. 1998.

CEBALLOS G. Diana Luz. Hechiceria, brujería e inquisición en el Nuevo Reino de Granada. Medellín: Editorial de la Universidad Nacional.1995.

CODAZZI, Agustín Carta al gobernador de Antioquia 12 de junio de 1852.

CODIFICACION NACIONAL. Tomo IX, Bogotá: Imprenta Departamental, 1927.

COLMENARES, Germán. Historia económica y social de Colombia 1537-1719. Universidad del Valle. Taller de ediciones culturales. Bogotá. 1973.

COSTA PINTO, Luis A. Transición social en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional. 1970.

CORDOVEZ MOURE, J.M. De la vida de antaño. Bogotá: Editorial Minerva. 1936.

CUESTA Rómulo. Tomás. Tercera Época. Vol. 4. Biblioteca de autores caldenses. Manizales.1982.

CURIE, Misión. Caldas en 1952. Manizales: Imprenta Departamental. 1952

D´ A DAMO, Orlando; GARCIA Beaudoux, Virginia. El argentino feo. Buenos Aires: Losada. 1995.

De BEAUVOIR, Simonne. El segundo sexo. Buenos Aires: Siglo Veinte editores. 1987 Tomo 1-2 Traducción de Pablo Palant.

De GREIFF, Carlos S. Apuntamientos topográficos y estadísticos sobre la provincia de Medellín. 1852.

DEL CORRAL, Jesús. Que pase el aserrador. Catorce prosistas amenos. Biblioteca aldeana de Colombia, Bogotá: Imprenta del Departamento, 1935.

DE LOS RIOS, Ricardo. Historia del departamento de Caldas hasta 1850. Manizales: Imprenta departamental 1985.

DELPAR, Helena. Rojos contra Azules: el partido liberal en la política colombiana 1863-1899.Traducción de Álvaro Bonilla Aragón. 1era. Edición. Procultura. 1999.

Di CORI P. Marco teórico-metodológico para la historia de las mujeres y las relaciones de género. En Ballarin y T. Ortiz. La mujer en Andalucía. Primer encuentro interdisciplinar de estudios de la mujer. Universidad de Granada. Tomo 1 1990.

DIAZ CASTRO, Eugenio. Manuela. Medellín: Bedout, 1936.

DIAZ D., Fernando Estado, iglesia y desamortización. En Nueva Historia de Colombia. Vol. 2... Bogotá: Editorial Planeta 1989.

DOLLERO, Adolfo. Cultura colombiana. Bogotá: Editorial Cromos. 1930.

DRAKE, GEORGE. Elites and voluntary association: a study of community power in Manizales. Universidad de Wisconsin. 1970.

DUBY, Georges; PERROT, Michelle. Historia de las mujeres. Tomos 7 y 8. Madrid: Taurus Ediciones, 1994.

DUBY, George. La historia continua. 1ª ed. Madrid: Debate. 1987.

_____. Les trois ordres ou l´imaginaire du Feodalisme. Paris: Editions Gallimard. 1978.

DUQUE Betancur, Francisco. Historia del departamento de Antioquia. Medellín: Imprenta departamental. 1963.

DUQUE Botero, Guillermo. Historia de Salamina (vida militar) Biblioteca de Autores Caldenses. 1982.

_____. Vida cultural. Tomo II. Bogotá: Ed. Kelly. 1976.

_____. Semblanzas del señor Mariano Aurelio Arango. Medellín: Ed. Bedout. 1958.

DUQUE Gómez, Luis; FRIEDE, Juan; JARAMILLO U., Jaime. Historia de Pereira. Pereira: Club Rotario. 1963.

DUQUE Mejía, Hernando. Retozos del viejo Salamina. 1era. Edición. Medellín: Ed. Bedout. 1959.

DURAND, Gilbert. Las estructuras antropológicas de lo imaginario. Madrid: Taurus ediciones. 1981.

_____. Centre de recherche sur l´imaginaire, Greco, CNRS. 1983

_____. "Structures et récurrences de l´ímaginaire" En Histoire et imaginaíre, (M. Cazenave). Paris: Poiesis. 1986.

ECHEGOLLEN, Alfredo. Cultura e imaginarios políticos en América Latina. En: www.cepcom.com.mx/metapolítica/7/echegollen.

ECHEVERRY, Camilo A. Revista de la ciudad. El tiempo. Medellín. Marzo No. 39 1854.

ECHEVERRI URIBE. Carlos. Apuntes para la historia de Pereira. Segunda Edición, Medellín: Bedout, 1921.

ECHEVERRI, Néstor. El ferrocarril de Caldas. Manizales. 1927

ELIADE. M. Lo sagrado y lo profano. Barcelona: 1985

EL PUEBLO ANTIOQUEÑO. Varios autores. Recopilación de la Universidad de Antioquia. Medellín: Imprenta universidad. 1942

ENGELS, Federico. El problema campesino en Francia y en Alemania. Obras escogidas. Tomo II. Moscú: Progreso, 1971.

ESCOBAR ANGEL, Rogelio. Esquema histórico de Caldas. Manizales: Universidad de Caldas. 1955

ESCOBAR ANGEL, Rogelio. La colonización antioqueña en Caldas. Repertorio Histórico. Vol. 33 No. 234. Medellín. 1980

ESCOBAR URIBE, Arturo. Mitos de Antioquia. Bogotá: Editorial Minerva, 1950.

ESCOBAR C. Hernán. Algo de lo nuestro. Medellín: Ed. Bedout. 1960

FABO DE MARIA, Pedro. Historia de la ciudad de Manizales. Tomos I y II, Manizales: Blanco y Negro, 1926.

FAJARDO, Darío. Violencia y desarrollo. Bogotá: Fondo Editorial Sudamérica. 1979.

FAJARDO, Luis H. La moralidad protestante de los antioqueños. Cali: Universidad del Valle. 1968.

FALS Borda, Orlando. Región e historia. Bogotá: Tercer mundo editores. 1996.

_____. Campesino de los Andes. Bogotá: Editorial Punta de Lanza. 1978.

FALUDI, S. Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna. Barcelona: Anagrama 1996

FERRO M., Germán. Por caminos de arrieros (Adaptación de Beatriz Helena Robledo). Boletín Cultural y Bibliográfico No. 8, Bogotá: Banco de La República, 1986.

_____. A lomo de mula. Santafé de Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1994.

FEVRE, L. La religión de Rabelais. París. Albin Michel. 1942

_____. Annales, 1947

FLORENCIO, Rafael. Presbítero. Pensilvania, avanzada colonizadora. Bogotá: Ed. Stella. 1967.

FLOREZ Montoya, Libardo. Crónicas de Aguadas. Manizales: Hoyos editores. 2003.

FLOREZ, Rubén Darío. Significantes e imaginarios. En Dodona Vol. 1. No. 2. Universidad del Quindío. Armenia. 1992.

FRANCO, Ramón. Antropogeografia colombiana. Manizales: Imprenta departamental. 1941.

FRIEDE, Juan. Los Quimbayas bajo la dominación española. Estudio documental. Bogotá: Carlos Valencia editores. 1978.

FUNDACION ANTIOQUEÑA PARA LOS ESTUDIOS SUPERIORES. Los estudios regionales en Colombia: El caso de Antioquia. Medellín: Fondo rotatorio de publicaciones. 1982.

FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA. Tomo 2. Bogotá: Villegas editores. 1988.

FURST, Peter Alucinógenos y cultura. México: F.C.E. 1992.

GALINDO, Aníbal. Historia económica y estadística de la hacienda nacional, desde la Colonia hasta nuestros días. Bogotá.: Imprenta de Nicolás Pontón. 1874.

GARCIA, Antonio. Geografía económica de Caldas. Bogotá: Banco de La República, 1978.

GARCIA A., Eduardo. El viaje triunfal. Bogotá: Tercer mundo editores. 1997.

GARCIA Canclini, Néstor. Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. México: Editorial Grijalbo. 1989.

GARRIDO, Margarita. Reclamos y representaciones. Bogotá: Banco de la República. 1993.

GAVIRIA Toro, José. Monografía de Manizales 1849-1924. Tipografía Blanco y Negro. Manizales.1924.

GEERTZ, Clifford. La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa. 1987.

_____ "La ideología como sistema cultural" En la interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa. 1992.

GIRALDO, Luisa F. La colonización antioqueña y la fundación de Manizales. Manizales: Imprenta Departamental. 1983.

_____ Modernización e industrialización en el antiguo Caldas 1900-1970. Colección Ernesto.

_____. Gutiérrez Arango. Manizales: Universidad de Caldas. 2001.

GOBERNACION DE CALDAS. Dos valores de la Antioquia Grande. Biblioteca de escritores caldenses. Manizales. 1981.

GOMEZ, Efe. Un zarathustra maicero. En la obra: Catorce prosistas amenos. Biblioteca Aldeana de Colombia, Bogotá: Imprenta del Departamento, 1935.

GOMEZ de Melo, Clarita. Lo feo del paisa. El tiempo.2002. Pág. 3-4.

GONZALEZ H., Elías. En memoria de don Pantaleón González O. (Con motivo del centenario de su nacimiento), Manizales: s.n., 1929.

GONZALEZ A., Lya. Manual de labores, corte y confección. Buenos Aires: Casa Jacobo Penser Editores. 1931.

GONZALEZ, L. El estado y los partidos políticos en Colombia. Bogotá: 1975.

GONZALEZ, Tulio. El último arriero. Antología del Cuento Antioqueño. Lima: Editorial Popular Panamericana.

_____. Nadie. En: El último arriero y otros cuentos. Medellín: Talleres gráficos de El Colombiano.

GOSSELAMN. Carl August. Viaje por Colombia. Bogotá: Banco de la República. 1981.

GRAPPIN, P. Annales 1968.

GRISALES, Manuel María. Principios de Manizales. Archivo Historial No. 1, Manizales, agosto 1918.

_____. Noticias históricas sobre Manizales. Archivo Historial No.8 y 9, Manizales, 1919.

GRUZINSKI, Serge. La colonización de lo imaginario. México: Fondo de cultura económica. 1995.

GUHL, Ernesto. Anotación sobre la población, poblamiento, posición y estructura demográfica en Colombia. Cap. IV. En Temas colombianos. Bogotá. Instituto colombiano de economía y cultura. 1972.

GUTIERREZ, Benigno A. Arrume folclórico. De todo el maíz. Medellín, 1949.

_____. De todo el maíz. Colección autores antioqueños, 1984.

GUTIERREZ ARANGO, Ernesto. Episodios antioqueños. Novela histórica. Santafé de Bogotá: Fondo Editorial Cafetero, 1991.

_____. Episodios antioqueños II. Biblioteca Piloto. Medellín. 1992

GUTIERREZ GONZÁLEZ, Gregorio. Memoria sobre el cultivo del maíz. Medellín: Editorial Bedout. 1962.

GUTIERREZ, Rufino. Armenia. Archivo Historial No. 7, Manizales, 1919.

GUTIERREZ DE PINEDA, Virginia Familia y cultura en Colombia. 4 ta. Edición. Medellín: Ediciones Universidad de Antioquia. 1997.

HAGEN, Everett. El cambio social en Colombia. Bogotá: Tercer Mundo. 1963.

_____. Significación de los antioqueños en el desarrollo económico colombiano. En Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. Vol. II. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: 1965.

HAMILTON, J.P. Viajes por el interior de las provincias de Colombia. Bogotá: Banco de la República, 1955.

HAVENS, Eugene. Támesis, estructura y cambios. Estudio de una comunidad antioqueña. Bogotá: tercer mundo editores. 1966.

HENAO Mejía, Gabriel. Juan de Dios Aránzazu. Biblioteca de autores colombianos. Bogotá 1954.

HENAO Toro, Rafael. Historia de la medicina en Manizales. Manizales: Biblioteca de autores caldenses.1984.

HETTNER. Alfred. Viajes por los Andes colombianos (1882-1884). Bogotá: Banco de la República, 1976.

HOLTON, Isaac. La Nueva Granada: veinte meses en los Andes. Bogotá: Banco de la República.1981.

HOYOS, Pedro F. Café, caminos de herradura y poblamiento de Caldas. Bogotá: Tercer Mundo editores. 2001.

HURTADO García., José Obras completas. Manizales: Instituto caldense de Cultura. 1997.

INSTITUTO CALDENSE DE CULTURA. Caldas: patrimonio y memoria cultural. 1994-5.

INSTITUTO DE ESTUDIOS REGIONALES. INER-Cornare. Colección de estudios de localidades (Rionegro). Medellín: Universidad de Antioquia. 1990.

INSTITUTO DE ESTUDIOS DEL PACIFICO. Historia del Gran Cauca. Santiago de Cali: Consorcio de artes gráficas. 1996.

ICFES Figuras políticas en Antioquia Siglos XIX y XX No. 59. Bogotá: 1987.

JBM. Estado de la civilización en Colombia y especialmente en Antioquia. El Índice No. 29. 5 de marzo de 1866.

JARAMILLO LONDOÑO, Agustín. Testamento del paisa. Medellín: Susaeta Ediciones, 1986.

JARAMILLO SIERRA, Bernardo. Pepe Sierra (El método de un campesino millonario). Medellín: Bedout. 1947.

JARAMILLO ARANGO, Euclides. Mitos y relatos del Quindío. Bogotá: editorial Andes, 1989.

_____. Talleres de la infancia. (Antología del Juguete). Medellín: Edit. Bedout, 1968.

JARAMILLO MEJIA, William Antioquia bajo los Austrias. La clase dirigente de Antioquia entre 1550 y 1700. Tomo II. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura hispánica 2da edición. 1998.

JARAMILLO MONTOYA, Gilberto. José y Emilia. Bogotá, 1976.

_____. Relatos de Gil. Manizales: Imprenta departamental. 1987.

JARAMILLO, Roberto Luis. La otra cara de la colonización antioqueña hacía el sur. En la revista de extensión cultural No. 18. Diciembre. Universidad Nacional de Colombia. 1984.

JARAMILLO URIBE, Jaime. Historia de Pereira (1863-1963). Bogotá: Voluntad, 1963.

_____. La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos. Biblioteca básica de Colombia. COLCULTURA. Bogotá. 1971.

JARAMILLO VALLEJO, José. El Reloj de mis recuerdos. El Quindío. Bogotá: Antares, 1952.

JARAMILLO A., Marco. Mercedes. Bogotá, 1954.

JELIN, Elizabeth. Los trabajos de la memoria. Madrid: Siglo XXI Editores. 2002.

JIMENEZ MEJIA, Rodrigo. Tierrabuena. Manizales: Biblioteca de escritores caldenses, 1959.

JURADO J. Juan Carlos Vagos, pobres y mendigos. Contribución a la historia social de Colombia 1780-1850. Medellín: La carreta editores. 2004.

KASTOS, Emiro. Artículos escogidos. 3 era. Edición. Bogotá. Banco

Popular. 1972.

KALBERG, Stephen. Tipos de racionalización en la historia. En American Journal of Sociology. V. 85 No.5 Marzo 1980.

KALMANOVITZ, Salomón. Economía y nación. 3ra. Edición. Bogotá: Cinep. Universidad Nacional de Colombia. 1988.

KONEMAN, Elmer; ROBERTS, Glenn D. micología práctica de laboratorio. 3a. Edición, Buenos Aires: Editorial Médica Panamericana. 1990.

LLANO, C., Análisis de la acción directiva. Pág. 69 Citado por BAÑARES, Leticia. La cultura del trabajo en las organizaciones. Madrid: Editorial Rialp. 1994 Pág. 215-250.

LAPLANCHE D., Y PONTALIS S., Diccionario de psicoanálisis. Barcelona. Editorial Labor.1977.

LAVERDE, María Cristina. La bruja en la tierra del diablo mestizo. VIII Encuentro de la Palabra. Manizales: Imprenta Departamental, 1994.

LEFEVRE, Henri. La presencia y la ausencia. México: F.C.E. 1983.

LEFORT, C. L´imaginaire et la Société historique, Les formes de l'histoire, Paris: Gallimard, 1978.

LE GOFF, Jacques. Jalon pur l´histoire de la genese de l´histoire des mentalités, in Faire l´Histoire. Paris: Gallimard. 1974.

_____. L'imaginaire médiéval, 1991, Pág. XXIII.

_____. Essais d'ego-histoire, Pierre Nora, (directeur), Paris: Gallimard 1987.

LEMAITRE. Eduardo. Rafael Reyes. Bogotá. Intermedio editores. 2002.

LENIN, V.I. El desarrollo del capitalismo en Rusia. Medellín: Oveja Negra, 1974.

LONDOÑO, Luis. Manizales. Contribución al estudio de su historia hasta el septuagésimo quinto aniversario. Manizales: Imprenta Departamental, 1936.

LOPERA GUTIERREZ, Jaime. La colonización del Quindío. Bogotá. Banco de la República. 1986.

LOPEZ DE MESA, Luis. De cómo se ha formado la nación colombiana. Medellín: Bedout. 1975.

_____. Introducción a la historia de la cultura colombiana. Bogotá. 1930.

LOPEZ C., José Joaquín. Visita a un fundador de Manizales. En Archivo Historial, Vol. 1, Nos. 8-9. 1919.

LOPEZ O. Juan B. Lo que les dije anoche a mis hijos. En Archivo Historial, Vol. 1, Nos. 8-9. 1919.

_____. Fermín López, En Archivo Historial, vol. IV, No. 40. 1930.

_____. Costumbres. Tercera Época. Vol. 3. Biblioteca de autores caldenses. Manizales.1981.

_____. Salamina y sus costumbres. Biblioteca de escritores caldenses Tomo I. Manizales: Imprenta departamental 1944.

LOPEZ GOMEZ, Adel. Cuentos selectos. Empresa Nacional de Publicaciones, 1956.

_____. Elegía de la última fonda. Manizales: Claraboya. 1950.

_____. El costumbrismo: visión panorámica del cuento costumbrista en la raza antioqueña. Manizales: Imprenta oficial. 1959.

LOPEZ, Libardo. La raza antioqueña. Medellín: Ed, Organio. 1910.

LOPEZ TORO, Álvaro. Migración y cambio social en Antioquia. Medellín: Hombre Nuevo, 1979.

LOPEZ, Alejandro. Problemas colombianos. Medellín: La Carreta, 1976.

MACHADO C., Absalón. El café de la aparcería al capitalismo. Bogotá: Punta de Lanza, 1977.

MALRIEU, Philliphe La construcción de lo imaginario. Madrid: Guadarrama.1971.

MANIZALES 150 años. Revista. Gráficas Colombia.1998.

MANIZALES FIN DE SIGLO. Santander Mejía, Matilde y Velázquez, Germán compiladores. Manizales: Zeta calima editores. 1994.

MARTIN BARBERO, Jesús. Colombia: ausencia de relato y desubicación nacional. En Cuadernos de nación. Ministerio de cultura. Bogotá: 2002.

MARTINEZ, Aída. Mesa y cocina en el siglo XIX. Colombia. Bogotá: Planeta, 1990.

MARTINEZ OROZCO, Alfredo. La voz de la tierra. Tercera edición, México: Stylo, 1950.

MARX, K.; ENGELS, F. La ideología alemana. Barcelona: Ediciones Grijalbo. 4ª ed. 1974.

MARX, Karl. El trabajo asalariado y capital. En El manifiesto comunista. Madrid: Ed. Sarpe. 1983.

MEJIA M., Jaime. Historias médicas. Medellín: Bedout, 1960.

MEJIA Velilla, David. Berrío intimo. Bogotá: Impresa S.A. 1975

MELO, Jorge Orlando. Colombia hoy. Perspectivas hacía el siglo XXI. 15ava. EDCIÓN Bogotá: Tercer Mundo. 1995.

_____. Historia de Medellín Vol. 1 y 2. Compañía suramericana de seguros. Bogotá: Talleres gráficos de Panamericana formas e impresos S.A. 1996.

MENDOZA, Enrique. Café y dinero entre los arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta. En El campesino contemporáneo (Editor Femando Bemal) Bogotá.1990.

MESA BERNAL, Daniel. Polémica sobre el origen del pueblo antioqueño. Bogotá: Ediciones Fondo Cultural Cafetero. 1988.

MOLINA, Gerardo. Las ideas liberales en Colombia. Bogotá: Tercer mundo.1970.

MOLLIEN, G. Viaje por la república de Colombia en 1823. Vol. VIII. Banco Popular de cultura Colombiana. Bogotá: Imprenta Nacional. 1944.

MOLINER, María. Diccionario del uso del español. Madrid: Gredos versión en CD-ROM.

MON Y VELARDE, Juan Antonio. Sucinta relación de la visita de Antioquia.1788. En Anales de instrucción pública de Colombia. Bogotá. 1890 Vol.1.

MONSALVE, Diego. Colombia cafetera. Barcelona, 1927.

MORIN, E. Le cinémct ou l´hornme imaginaire, Paris: Minuit, 1956.

MORALES BENITEZ, Otto. Testimonio de un pueblo. Bogotá: Imprenta del Banco de la República. 1962.

_____ Historias económicas en tomo al Café. En: Don Manuel. Mister Coffee, tomo I, Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1989.

_____.Teoría y Aplicación de las Historias Locales y Regionales. Manizales: Universidad de Caldas, 1995.

_____. Cátedra Caldense. Bogotá: Banco Central Hipotecario, 1984.

MORENO, Isidoro. ¿Violencia étnica o violencia del Estado? Nacionalismos, etnonacionalismos y minorías étnicas. En J. Fernández de Rota y Monter. Etnicidad y violencia. Servicios de publicaciones. Universidad de la Coruña. España. 1994.

_____.Identidades y rituales. Estudio introductorio en J. Prat, U. Martínez, J. Contreras e I. Moreno. Antropología de los pueblos de España. Madrid: Taurus. 1991.

MORNER, Magnus. El comercio de Antioquia alrededor de los años 1830, según un observador sueco. Anuario colombiano de historia social y de la cultura. Vol. 1 No.2 Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 1964.

MOSQUERA T., Gilma; APRIL-GNISET, Jacques. Dos ensayos sobre la ciudad colombiana. Universidad del Valle. Cali. 1978.

MUÑOZ ARIAS, Julián et al. Visiones de ciudad región. Manizales: C.R. Ediciones. 1998.

NARANJO, Gloria H. Representaciones colectivas en la formación de ciudadanía en Medellín. Medellín: Universidad de Antioquia. I.E.P. 1991.

NATES Cruz, Beatriz. De lo bravo a lo manso: territorio y sociedad de los Andes. Quito: Ed. Abya-yala 2000.

NIETO Arteta, Luis E. El café en la sociedad colombiana. Bogotá: Ancora editorial. 1988.

NOGUERA, Patricia. Escisión y reconciliación: movimiento autoreflexivo de la modernidad estética. Manizales: Universidad Nacional. 1998.

NORTHROP, Frye. Anatomie de la Critique. Traducción de G. Durand, NRF. Citado por Pierre Guiraud en La Semiología. 13ª ed. En español. México: Siglo XXI. 1986.

NUÑEZ, Rafael. La reforma política. Bogotá. 1950.

OCAMPO LOPEZ, Javier. Mitos Colombianos. Bogotá: El Ancora Editores, 1988.

OCAMPO, José Fernando. Ensayo sobre la historia de Colombia. Biblioteca de escritores caldenses. Manizales. Imprenta departamental.1988.

_____."Manizales, la colonización antioqueña y las guerras civiles de 1860 y 1876" En Colonización antioqueña. Imprenta departamental. Manizales.1989.

_____. Dominio de clase en la ciudad colombiana. Medellín: Oveja Negra. 1972.

OCAMPO, Rudesindo y LONDOÑO, Tulio. Reseña histórica de la industria del café en el departamento de Caldas. Cuadernos de Ciencias Sociales, U. Tecnológica de Pereira. 1985.

ORDOÑEZ CAICEDO, Carlos. La cocina paisa. Bogotá: ITACA Producciones, 1986.

OROZCO, Víctor Manuel. Apuntes a la vida de Pedro Orozco, fundador de Támesis. Medellín: Imprenta departamental. 1897.

ORTIZ MESA, Luis Javier. El federalismo en Antioquia 1850-1880. Medellín: U. Nacional, 1985.

_____Antioquia bajo el federalismo en Jorge Orlando Melo editor. En Historia de Antioquia. Medellín: Suramericana de seguros. 1988

OSORIO LIZARAZO, José Antonio. La cosecha. Manizales: Editorial Arturo Zapata, 1935.

OSPINA VASQUEZ, Luis. Industria y protección en Colombia. 1810-1930. Medellín: La Oveja Negra, 1955.

OSPINA. Joaquín. Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia. Bogotá: Águila, 1937.

OSPINA. Pedro Nel. La mula. En: Algo de lo nuestro. Medellín: Bedout, 1960.

OTERO D´COSTA, Enrique. Reportaje a dos fundadores de Manizales, en Archivo historial Vol. 1 No. 8-9. 1919.

_____. La fundación de Manizales. En Archivo Historial, Vol. III, Nos. 27-28. 1921.

PACHECO, Margarita La fiesta liberal en Cali. Cali Centro editorial Universidad del Valle. 1992.

PALACIOS, Marco. El café en Colombia. 1850-1970. Bogotá: Fedesarrollo/Presencia. 1979.

PALANT, Vicky y Jorge Jinkis, traductores de El espacio literario, edición Paidos, Buenos Aires. 1969.

PALENZUELA, Pablo. Las culturas del trabajo: Una aproximación antropológica. En Sociología del trabajo. No. 24. 1995.

PANOFSKY, E. La perspectiva como forma simbólica. Barcelona: Tusquets editores. 1986.

PARSONS, James. La colonización antioqueña en el occidente de Colombia. Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia, 1950.

_____. Salida de Antioquia al mar. Geografía e historia de la colonización. Banco de la República y el Instituto de integración cultura y Corpourabá. Medellín. 1975.

PARSONS, Talcott. Estructura de la acción social. Madrid: Guadarrama. 1968.

PASTOUREAU, M. Couleurs, images, symboles: études d´histoire et d´antropologie. Le leopard d´or. Paris. 1989.

PATINO, Alejo María. Datos geográficos y estadísticos de Manizales. Los Ecos del Ruiz No. 11, Manizales, 1880.

PATIÑO NOREÑA, Bonel. Postdata a la colonización antioqueña: Manifiesto de la identidad caldense. En Supia histórico Año 11 No. 29 1998.

_____ Mito y realidad en la colonización antioqueña: la concesión Aránzazu. Biblioteca de escritores caldenses. Manizales: Imprenta departamental. 1989.

PATINO, Víctor Manuel. Historia de la actividad agropecuaria en América Equinoccial. Cali: Imprenta Departamental, 1965.

PATLAGEAN, E. L´histoire de l´imaginaire. La Nouvelle histoire. 1ére éditíon. Paris: Retz, 1978.

PECAUT, Daniel. Orden y violencia: Colombia 1930-1954. 2 tomos. Bogotá: Siglo XXI. 1987.

PEÑA, Heliodoro. Geografía e historia de la provincia del Quindío. Popayán: Imprenta oficial.1982

PEREZ ARBELAEZ, Enrique. Plantas útiles de Colombia. Medellín: Víctor Hugo, 1990.

PIJAO: Una perspectiva integral de la cultura para un municipio sostenible. Cámara de Comercio de Manizales, Corporación Rafael Pombo, Fondo para la reconstrucción del Eje Cafetero. Manizales: Universidad de Manizales. Departamento de Publicaciones. 2001.

PINZON, Juan. Apuntes históricos y crónicas de Manizales. Archivo Historial No. 11, Manizales, 1919.

_____ Reseña histórica de la fundación y desarrollo de Manizales. Archivo historial Vol. IV No. 38 Manizales. 1924.

PIRENNE, M. Les periodes de l´Histoire socials du capitalisme. Brissels: Hayes. 1914.

PLAN DE DESARROLLO DE CALARCÁ. Planificadores asociados Ltda. Cal í- Bogotá. 1968.

POMBO, Manuel. Obras inéditas de D. Manuel Pombo. Bogotá: Tribuna, 1914.

_____. De Medellín a Bogotá. Biblioteca V Centenario. Colcultura, 1992.

POMBO, Miguel Una excursión por el Valle del Cauca. En Museo de cuadros de costumbres, variedades y viajes. Biblioteca de El mosaico. Tomo II. Bogotá: Banco Popular. 1973.

POSADA Carbó. Eduardo. La nación soñada: Violencia, liberalismo y democracia en Colombia. Bogotá. Editorial Norma. 2006.

POSADA, Julio. El machete y otros cuentos. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946.

PULEO, A.H. Patriarcado. En C. Amorós 10 palabras claves sobre la mujer. Pamplona. Verbo divino. 1995.

RAGLIOLI, Fabrizio. Perfil de la teoría moderna de la educación. México: Grijalbo. 1984.

RAMIREZ, Mario E. Psicoanálisis e historia de las mentalidades: una posible aproximación. En: www.psiconet.com/ramirez/articulos2/mentalidades

RENAN, Ernest. ¿Qué es una nación? Madrid: Alianza editorial. 1987.

RESTREPO G., Alberto. Raíces aldeanas de la corrupción. Manizales: Imprenta Departamental, 1984.

RESTREPO EUSSE, Álvaro. Historia de Antioquia. Medellín: Imprenta oficial. 1903.

RESTREPO, Antonio José. El cancionero de Antioquia. Medellín: Edit. Bedout. 1955.

RESTREPO, José Manuel. Historia de la revolución en Colombia. Tomo I y II. Medellín: Editorial Bedout. 1974.

RESTREPO, Huberto. La Religión de la antigua Antioquia. Medellín: Edit. Bedout, 1972.

RESTREPO A., Ignacio 50 años del desarrollo económico en Manizales. Manizales: talleres de editores S.A. 1995.

RESTREPO González, Roberto. Historia de Anserma y otros apuntes. Biblioteca de escritores caldenses. Manizales: Imprenta departamental. 1984.

RESTREPO MAYA. José María. El explorador manizaleño Fermín López. Archivo Historial No. 29 y 30. Manizales, mayo 1921.

_____. Biografía de algunos fundadores de Manizales. Archivo Historial No. 8 y 9.

_____. Apuntes para la historia de Manizales. Manizales: Imprenta departamental. 1914.

RESTREPO URIBE, Jorge. Medellín, su origen, progreso y desarrollo. Medellín: Servigráficas. 1981.

RESTREPO, Olga. Un imaginario de la nación. En Anuario Colombiano de Historia social y de la Cultura No. 26. Bogotá. 1999.

RESTREPO, Roberto. El Quindío y su colonización. Archivo Historial No. 33. Manizales, 1921.

RESTREPO, Vicente. Las minas de oro y plata en Colombia. Bogotá: Imprenta de Silvestre y Cía. 1888.

RICOEUR, Paul. Ciencia e ideología. En: Ideas y valores. Nos 42-45. 1973-75. Departamento de filosofía, Universidad Nacional de Colombia.

_____. La memoria, la historia y el olvido. Buenos Aires: F.C.E. 2004

RINCON, Ovidio. Gente de Manizales. 1960.

RIVAS. Medardo. Los trabajadores de tierra caliente. Bogotá: Incunables, 1983.

RIVERA, M.M. Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista. Barcelona: Icaria. 1998.

ROBLEDO, Emilio. Geografía médica y nosológica del Departamento de Caldas. Manizales: Imprenta departamental. 1916.

_____. Bosquejo biográfico del señor oidor Juan Antonio Mon y Velarde. Tomo I-II. Bogotá: Banco de la República. 1954.

_____La vida del general Pedro Nel Ospina. Vol. VIII. Medellín: Imprenta departamental.1959.

_____ Del refranero antioqueño en discursos académicos. Tomo II. Bogotá: Ed. A.B.C. s.f.

ROBLEDO, Jorge E. La ciudad en la colonización antioqueña. Bogotá: Editorial Universidad Nacional. 1996.

_____ Un siglo de bahareque en el Antiguo Caldas. Bogotá: Ancora editores. 1993.

RODRIGUEZ Plata, Horacio; Rodríguez, Juan Camilo. Compiladores. Escritos sobre Santander. Biblioteca de la Presidencia de la República. Bogotá. 1988.

RODRIGUEZ, Jorge. Maizopolis. Medellín. Ed. Túnel. 1915.

RODRIGUEZ, Manuel. El empresario industrial del Viejo Caldas. Bogotá: Uniandes. 1979.

RODRIGUEZ Jiménez, Pablo. Seducción, amancebamiento y abandono en la colonia. Bogotá. Fundación Simón y Lola Guberek 1991.

ROTHLISBERGER, Ernest. El dorado, estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana 1897. Archivo de la economía nacional. Banco de la República. Bogotá. 1963.

RUIZ, Darío; TIRADO M., Álvaro. Estudio del patrimonio de Antioquia y el viejo Caldas. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. 1979.

SAENZ, Nicolás. Memorias sobre el cultivo del café. Bogotá: Banco de La República, 1952.

SAFFORD, Frank. Significación de los antioqueños en el desarrollo económico colombiano. Un examen crítico de la tesis de Everett Hagen. Anuario colombiano de Historia social y de la cultura. Vol. 3 Bogotá. 1967.

SAFFRAY, Charles. Viaje a Nueva Granada. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948.

SANCHEZ C., Celio. Imaginario cultural e identidades colectivas. Universidad Pública de Navarro. 1996.

SARTRE, Jean Paul. Lo imaginario. Psicología fenomenológica de la imaginación. Buenos Aires: Editorial Losada 1era edición. 1964.

SANCHEZ ZULETA, Guillermo. Desunir para unir. 75 años de Caldas. Revista Caldas Cultural. No. 1. Manizales: Imprenta departamental. 1980.

SAN FELIX. I.M.C. Risueña holanda caldense 1858-1958. Medellín: Ed. Bedout. 1958.

SANTA, Eduardo. La colonización antioqueña. Una empresa de caminos. Bogotá: Tercer mundo editores. 1993.

_____. Arrieros y fundadores. Bogotá: Ed. Cosmos. 1961.

_____. Recuerdos de mi aldea. Bogotá: Ed. Kelly. 1990.

SANTANDER ARIAS, Jorge. Subrayados. Biblioteca popular de autores caldenses. Manizales: Imprenta departamental. 1982.

SAMPER, José María. Ensayo sobre las revoluciones políticas. Paris 1861. Edición de Universidad Nacional de Colombia 1969.

SAMPER, Miguel Selección de escritos. Biblioteca básica colombiana. Colcultura. Bogotá. 1977.

SCHMITT, J.C. Imago: de l'image á l'imaginaire. Cahiers du Léopard d'Or. No. 5. 1996.

SCOTT. J.W. Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea. Valencia: ediciones Alfonso el magnánimo 1990.

SEE, H. Les Origins du capitalisme moderm. Paris. 1926.

SERRET. Félix. Viaje a Colombia 1911-1912. Bogotá: Banco de La República, 1994.

SCHENCK, Friedrich Von. Un Viajero alemán por los caminos de Antioquia, en 1882. Las Maravillas de Colombia, tomo IV, Bogotá: Edit. Forja, 1979.

SCHUTZ, A. Y LUCKMAN, TH. Las estructuras del mundo de vida. Buenos Aires. 1979.

SIERRA García, Jaime. Antioquia, pasado y futuro. Medellín: Ed. Politécnico colombiano. 1980.

SILVA, Armando. Imaginarios urbanos. 4ta. Edición. Bogotá: Tercer Mundo editores. 2000.

SILVESTRE, Francisco. Descripción del reino de Santafé de Bogotá. Bogotá: Banco Popular de Cultura colombiana. 1950.

SOMBART, Werner. The Jews and Modern Capitalism. Nueva York: Collier book. 1962.

SUAREZ, Arturo. Rosalba. Bogotá: ABC, 1944.

SUAREZ, Jesús M. La fundación de Armenia y sus orígenes. Armenia. 1910.

TWINAM, Ann. Mineros, comerciantes y labradores. Las raíces del espíritu empresarial en Antioquia. 1783-1810. Medellín. FAES. 1985.

TIRADO M., Álvaro. El estado y la política en el siglo XIX. En Nueva Historia de Colombia. Vol. 2. Bogotá: Editorial Planeta. 1989.

_____. Colombia: siglo y medio de bipartidismo. Bogotá 1995.

TONNIES, Ferdinand Comunidad y asociación. Barcelona: Ediciones Península. 1979.

TORO, Bernardo. Minas, mulas y mujeres (novela antioqueña). Medellín. 1943.

URIBE Ángel, Manuel. Geografía general del estado de Antioquia en Colombia. Medellín: Imprenta Departamental. 1885.

_____. La medicina en Antioquia. Biblioteca aldeana colombiana. Medellín: Ed. Minerva. 1936.

URIBE URIBE, Rafael. La importancia política v moral de los ferrocarriles, en " El Liberal" No. 1051, julio 29 de 1914

VALENCIA, Guillermo. Panegírico de la ciudad y de la raza en el libro de J.B.MEZA. El libro de oro de Manizales. Ministerio de Educación Nacional. Bogotá. 1951.

VALENCIA ZAPATA, Alfonso. Quindío histórico (Monografía de Armenia). Cuarta edición, Armenia, 1981.

VALENCIA LLANO, Alonso. Estado soberano del Cauca: Federalismo y Regeneración. Bogotá: Banco de la República. 1988.

VALENCIA LLANO, Néstor Fabio; BETANCOURTH, Luis Femando. Origen, desarrollo y descripción de los tipos de gallina "criolla" existentes en varios municipios del departamento del Valle del Cauca. Tesis de grado, U. Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Agropecuarias. Palmira, 1991.

VALENCIA LLANO, Albeiro. La aldea encaramada. Historia de Manizales en el siglo XIX .Fondo Cultural Cafetero. Bogotá. 1999.

_____. Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña. Universidad de Caldas. Manizales. 1996.

_____. Colonización, fundaciones y conflictos agrarios. Manizales: Imprenta departamental. 1994.

_____. Manizales en la dinámica colonizadora (1846-1930). Manizales: Universidad de Caldas. Fondo editorial. 1990.

_____. Manizales a las puertas del siglo XXI. Manizales: La Patria. 1986

_____. Colonización y el desarrollo económico-social del Gran Caldas. Revista de la Universidad de Caldas. Vol. 5 No 2 Mayo-diciembre. 1985

_____. Componentes socio-económicos del desarrollo Rural de Caldas. Estudio en una perspectiva histórica. Universidad de Caldas. Febrero de 1985.

_____ Evolución socio-económica de las comunidades indígenas de Caldas (siglos XVI-XIX). En la Revista de la Universidad de Caldas Vol. 4 No. 2 Mayo-agosto .Manizales: 1983.

VARGAS S. Gonzalo. Comunidades campesinas. Campo y ciudad. Bogotá: Universidad Santo Tomás. 1990.

VARIOS. La colonización antioqueña. FICDUCAL. Manizales: Imprenta Departamental, 1989.

VASQUEZ Lara, César Augusto. Las representaciones populares de los habitantes de la ciudad de Manizales acerca del volcán-nevado del Ruiz. Bogotá. Universidad de los Andes. 1988.

VELASQUEZ C., Federico. Recuerdo histórico sobre la fundación de Manizales. En Archivo historial. Vol. I Nos. 8-9 (1919) y en Atalaya no. 5 Octubre de 1936.

VELASQUEZ, Samuel. Madre. Varios cuentistas antioqueños. Bogotá: Minerva, s.f.

VELEZ, Humberto. Rafael Reyes: Quinquenio, régimen político y capitalismo (1904-1909). En la Nueva Historia de Colombia. Bogotá: Editorial Planeta. 1989.

VELEZ R., Juan Carlos. Los pueblos allende del rio Cauca: la formación del suroeste y cohesión del espacio en Antioquia.1830-1877. Medellín: Editorial de la Universidad de Antioquia. 2002.

VELEZ, Victoriano. Del socavón al trapiche. Manizales: Biblioteca de Autores Caldenses. 1958.

VERJAT, Alain. El retorno de Hermes. Barcelona. 1989.

VILLEGAS. Aquilino. Obras escogidas. Manizales: Imprenta departamental. 1991.

_____. Las letras y los hombres. Manizales: Biblioteca de autores caldenses, 1980.

VILLEGAS, Joaquín. Lino y yo. Arizona USA: Phoenix, 1971.

VILLEGAS. José Ignacio. Colonizadores de Caldas. Bogotá: Biblioteca Aldeana de Colombia, 1935.

VILLEGAS DUQUE, Néstor. Estampas interiores. Manizales: Imprenta Departamental de Caldas, s.f.

VILLEGAS, Jorge. La colonización de vertiente en el siglo XIX. Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Económicas. Medellín. 1979.

_____. Pleitos de tierras entre colonos y propietarios en la colonización antioqueña. En la Revista de la Universidad Nacional. Octubre No. 6. Medellín. 1979.

VOVELLE, Michel. Ideologías y mentalidades. Barcelona: Ariel. 1985.

WEBER, Max. Historia económica general. México: Fondo Cultura Económica. 1942.

_____. Ética protestante y espíritu del capitalismo. Madrid: Sarpe 1984.

_____. Economía y sociedad. México: Fondo Cultura Económica. 1976.

WEST. Robert C. La minería de aluvión en Colombia durante el período colonial. Bogotá: Universidad Nacional. 1972.

WORMS Jeannine Entretiens avec Rogers Callois. La différence. Paris 1991.

WUNERBURGER, Jean-Jacques. La vie des images. Strasburg. P.U.F. 1995.

ZAMBRANO, Fabio. Ocupación de territorios y conflictos sociales en Colombia. En Controversias No. 151-152. Bogotá: Cinep. 1990.

ZULETA, Estanislao. Tres culturas familiares colombianas. Primer seminario de economía del hogar. Mayo. Bogotá. 1975.

ZULUAGA, Víctor et al. Pereira y su evocación de mujer. Bogotá: Tercer mundo editores. 1999.

ZUSMA, Perla. Representaciones, imaginarios y conceptos en torno a la producción material de las fronteras. Revista bibliográfica de geografía y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona. ISS.1138-9796. No. 149. Marzo 25 de 1999.

ARTÍCULOS:

ACEVEDO TARAZONA, Álvaro. Los enigmas de Nuestra Señora de la Pobreza de Pereira. En revista Ciencias Humanas Universidad Tecnológica de Pereira. No. 27 Marzo 2001 Págs. 80-88.

BAÑARES, Leticia. La cultura del trabajo en las organizaciones. Madrid: Editorial Rialp. 1994 Pág. 215-250.

BRAVO MOLINA, Carlos R. Región etnohistórica -Quimbaya- visión historiográfica. En revista Ciencias Humanas Universidad Tecnológica de Pereira. Ano 2 No. 3 1995 Págs. 81-87.

ECHEVERRI, Daniel. Genio y figura del caldense. En Revista de la Universidad de Caldas Enero -diciembre No. 3-4 Manizales.1957.

GARRIDO, Margarita. Cultura Política Colonial. En INSTITUTO DE ESTUDIOS DEL PACIFICO. Historia del Gran Cauca. Santiago de Cali: Consorcio de artes gráficas. 1996.

GERMANI, Gino. Asimilación de inmigrantes en el medio urbano: notas metodológicas. En la Revista de Sociología Vol. 1. Santiago de Chile. Julio de 1965.

GONZALES, Luis Fernando. Negros y libertad en Caldas. En Papel Salmón. La Patria. Mayo 6 de 2001.

HEYNING, Claus. Principales enfoques sobre economía campesina. En la revista de la CEPAL... Abril. Santiago de Cali. 1962.

MALDONADO DELGADO, Fernando. La pereiranidad o el tejido de las identidades. En revista Ciencias Humanas Universidad Tecnológica de Pereira. No. 22 1999 Págs. 87-92.

MENDOZA, Alberto. La colonización antioqueña. En Así creció Colombia. El Espectador. 1978.

MORALES M., Manuel. Lo real, lo imaginario y lo simbólico. En Revista Contextos No. 24. Universidad de Medellín. 1999.

SANCHEZ, Celso. Imaginario cultural e identidades colectivas. En identidades culturales. Bilbao: Universidad de Deusto. 1996.

Una mirada a Medellín y al valle del Aburrá. Seminario. Medellín. Editorial Lealon. 1994.

ZULUAGA GOMEZ, Víctor El mito de la pereza congénita. En revista Ciencias Humanas Universidad Tecnológica de Pereira. Ano 2 No. 3 1995 Págs. 53-56.

_____ Vida y muerte de Cartago. En revista Ciencias Humanas Universidad Tecnológica de Pereira. No. 17 1998 Págs. 51-67.

PERIÓDICOS:

- Boletín oficial No. 318. Medellin. 13 de febrero de 1869 Pág. 32-3.
- Boletín oficial No.188. Medellin. 23 de diciembre de 1866 Pág.411.
- Diario Oficial del 3 de mayo de 1872.
- El antioqueño constitucional No. 26-28. 1847.
- El catolicismo. Bogotá1853.
- El Cauca No. 1, 2,36, 1866-1870.
- El Ciudadano Popayán Nº 16, 1871.
- La Estrella del Cauca 1870.
- El Heraldo de Medellín.1872.
- El Relator Popayán 24-IV-1877.
- La Patria. Bogotá. 1876.